Shlomo Sand

Breve historia mundial de la izquierda

Akal Cuestiones de antagonismo

Akal / Cuestiones de antagonismo / 125

Shlomo Sand

Breve historia mundial de la izquierda

Traducción: Alcira Bixio

akal
ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

¿Qué le está pasando a la izquierda? ¿De verdad está en crisis? Aunque a lo largo de su historia se ha entonado su réquiem en varias ocasiones, hasta ahora siempre había vencido a las adversidades. Sin embargo, en la actualidad, los movimientos de la izquierda organizada parecen estar en grave declive en todo el mundo. Tal vez ello no sea sino un síntoma de un borrado más profundo y problemático, el del «imaginario de la igualdad», que ha sido la principal fuerza motriz de la izquierda global desde su nacimiento.

Esta es la tesis de este agudo y penetrante ensayo histórico. Y para comprender su pertinencia, Shlomo Sand propone remontarse a las fuentes de este «imaginario» y estudiar la gestación, las transformaciones y los ajustes de la idea de igualdad a lo largo de más de tres siglos. Desde los *Diggers* de la Revolución inglesa hasta la formación del anarquismo y el marxismo, del tercermundismo a las revoluciones anticoloniales, desde el feminismo post-MeToo hasta el populismo de izquierdas actual, este libro analiza a los pensadores y movimientos que construyeron la izquierda mundial.

Con la brillantez y el compromiso que le caracterizan, Shlomo Sand asume el difícil reto de escribir una breve historia mundial de la izquierda que, con gran sentido pedagógico, se dirija al mayor número de personas, proponiendo al mismo tiempo hipótesis originales en un momento en que debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para reactivar el imaginario igualitario.

Shlomo Sand estudió Historia en la Universidad de Tel Aviv y en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS, París). Actualmente es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Tel Aviv. Comprometido ensayista e historiador crítico –cuyas obras son reconocidas mundialmente–, en Akal ha publicado *¿El fin del intelectual francés? De Zola a Houellebecq* (2017), *La invención de la tierra de Israel. De Tierra Santa a madre patria* (2013) y *La invención del pueblo judío* (2011).

Diseño de portada
RAG
Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.
Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.
Título original
Une brève histoire mondiale de la gauche
© Editions La Découverte, 2022
© Ediciones Akal, S. A., 2023
para lengua española
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-5366-8

A la memoria de Daniel Lindenberg
Tel Aviv, 2021

Introducción

La igualdad como mito activo moderno

> La igualdad es pues a la vez la cosa más natural y, al mismo tiempo, la más quimérica.
>
> Voltaire, «Igualdad», *Dictionnaire philosophique, 1764.*

Nací a la izquierda. Mi padre había sido de izquierdas durante toda su vida y esperaba que yo siguiera sus pasos. Por eso me inscribió muy temprano en el movimiento de la juventud comunista israelí. Me crie en la indigente Jaffa, en los años cincuenta, en pleno ascenso del anticomunismo en Israel. Cada 1.º de mayo, yo desfilaba con mi camisa blanca y mi bufanda roja. En medio de la muchedumbre, temía, enormemente angustiado, que los compañeros de mi clase pudieran verme, pues sabía que luego me hostigarían en la escuela. Pero, el hecho de marchar junto a otros niños y niñas –y particularmente una de la que yo me había enamorado– atenuaban un poco mis temores y me sentía la encarnación de un pequeño gran héroe.

Lo cierto es que el chaval que era yo en aquella época lejana vive aún en mi fuero interno. Sin embargo, desde 1968, la invasión de las tropas del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia me llevó a romper todo vínculo con el movimiento comunista. Más tarde, la conciencia de los terribles efectos que tuvieron las revoluciones del siglo XX, evidentemente, no me alentó a volver a acercarme a él. Con todo, continúo pensando como un hombre de izquierdas: una parte de los defectos y, posiblemente, algunas de las cualidades de mis escritos me devuelven a mis posiciones iniciales, a las que no estoy dispuesto a renunciar. A pesar de todas las decepciones engendradas por los desvíos y los fracasos de las luchas sociales del siglo XX, la brecha que separa el universo de los valores que animan a la izquierda, en toda su diversidad, y el que alimenta a todas las derechas continúa siendo aún enorme.

Crecí en una familia de ingresos modestos. Mi madre era empleada doméstica y mi padre vigilante nocturno. A los dieciséis años, tuve que interrumpir mis estudios y comenzar a hacer trabajos manuales hasta entrar en el servicio militar; ya fue a los veinticuatro años cuando decidí terminar el bachillerato e inscribirme en la universidad. Más tarde, después de obtener un doctorado, conseguí un puesto de profesor titular universitario que me permitió enseñar y dedicarme a la investigación. Espero que el hecho de haber frecuentado a miembros de la clase obrera y haber estado cerca de varias corrientes de la izquierda organizada me haya inmunizado contra toda idealización de mis objetos de investigación.

Después de años de enseñar en la Universidad de Tel Aviv y ya como profesor emérito, gozo hoy de las ventajas materiales de la clase media. A pesar esta circunstancia no estoy dispuesto a olvidar mi pasado, por lo tanto, sigo siendo muy consciente de que la mayor parte de los seres humanos se encuentran en una situación mucho más difícil que la mía y cotidianamente hacen enormes esfuerzos para mejorar su vida y la de sus hijos. En el

momento de escribir estas líneas me entero por la prensa de que la mitad de la población mundial sobrevive con menos de cinco dólares por día. La mayoría de nosotros nunca nos cruzamos con esas personas y esto no se debe de ninguna manera al azar.

No lejos de mi casa vive un pueblo al que, desde hace cincuenta y cuatro años se le niegan los derechos civiles, políticos y sociales fundamentales. Casi nunca percibimos a esos palestinos que, desempeñándose generalmente como obreros de la construcción, consiguen trabajar en Israel por un salario de miseria: trepados a los andamios, generalmente son transparentes o invisibles. Solo se oye hablar de ellos cuando caen y se estrellan contra la acera. De ahí, entre otras cosas, mi constante –y parcial– atención a la historia social y sus expresiones políticas. El filósofo británico Bertrand Russell afirmaba que «un hombre sin prejuicios –suponiendo que tal hombre existiera– no puede escribir una historia interesante». Comparto plenamente ese punto de vista.

¿El fin de la izquierda?

Redacto este texto en un momento en que los movimientos de la izquierda organizada están experimentando, en todas partes, una decadencia significada. Ciertamente, las luchas sociales no han cesado y la rebelión ciudadana continúa haciendo tambalear varios regímenes en ejercicio, pero esto no se traduce en un fortalecimiento de los partidos de izquierda tradicionales ni en la creación de movimientos dinámicos.

Hegel evocaba a «la lechuza de Minerva que alza vuelo al crepúsculo» para significar que un fenómeno histórico solo puede comprenderse retrospectivamente, en el momento en que ha terminado. ¿Puede aplicarse ese principio a la izquierda en el mundo? No estoy seguro, y la presente obra refleja mi desconcierto al respecto. Decenas de autores en el pasado han pronunciado ya el réquiem de la izquierda pero esta, como el fénix, no ha dejado de renacer en tiempos y lugares inesperados. Sin embargo, en estas primeras décadas del siglo XXI, la izquierda parece cada vez más envejecida y fatigada: sus brazos ideológicos tiemblan y se agitan a tientas frente al futuro. Con todo, antes de decidir si hay que enterrarla definitivamente, es esencial detenerse brevemente a observar los múltiples rostros que ha exhibido y las metamorfosis que ha experimentado a lo largo de los años.

A estas alturas del libro yo no propondría una definición unívoca y demasiado restrictiva del concepto de «izquierda». Filósofos, historiadores o politólogos lo han intentado y emplean el término de diferentes maneras. Además, el vocablo ha tenido diferentes sentidos según las épocas y las áreas geográficas. En mi opinión, conviene abordar el concepto de «izquierda», al igual que el de «capital», no como una cosa o una esencia, sino como una relación entre partes, como un fenómeno cuyo significado es siempre relativo. Toda izquierda tiene una derecha y, del mismo modo, toda derecha tiene un ala izquierda. Por otra parte, esta dinámica relacional ha evolucionado notablemente a lo largo de los dos últimos siglos.

Como sabemos, la aparición de los términos «izquierda» y «derecha» debe mucho al azar. El 28 de agosto de 1789, en el seno de la Asamblea constituyente recién instaurada, cuando hubo que determinar si se mantenía o no el derecho a veto del rey sobre las decisiones de los representantes elegidos de la nación, quienes se oponían a mantenerlo se agruparon en el lado

izquierdo de la sala, mientras que los partidarios de conservarlo se concentraron en el lado derecho. Debieron pasar muchos años para que esta división fuera aceptada en círculos más amplios y llegara a ser significativa.

¿Cuáles fueron los primeros criterios de esta clasificación? ¿Qué debe en realidad el despliegue de la «izquierda» en el nivel mundial a esta fase histórica? Generalmente los conceptos se asientan a medida que surgen nuevas representaciones, pero esto no quiere decir que el nacimiento de esos conceptos concuerde perfectamente con la irrupción de los fenómenos mismos. En el caso del concepto de «izquierda» debe correlacionarse su aparición con la del concepto de «igualdad» que se impuso entonces en la conciencia humana. Este concepto siempre se ha asociado a «cosas» diferentes entre sí y no a una «cosa» en sí misma.

Durante la Revolución francesa, la «igualdad» fue uno de los tres valores enarbolados –junto con la «libertad» y la «fraternidad»– como estandarte por los insurgentes. En la trinidad revolucionaria la «libertad» precede a la «igualdad» y ello se debe sin duda a que aquella es una noción mucho más antigua. Según el mito bíblico, los hijos de Israel salieron de la esclavitud con el propósito de encontrar la libertad; más tarde, durante las rebeliones de esclavos en Roma, resonaba con frecuencia la reivindicación de la libertad. En efecto, la noción de libertad se debate desde la Antigüedad en el seno de la civilización mediterránea: Aristóteles la examinó en detalle en el siglo IV antes de nuestra era (también se interesó en la igualdad, pero únicamente entre hombres libres). Más tarde, Thomas Hobbes, en el siglo XVII, continuó abordando el concepto al interrogarse sobre la libertad de los vasallos de aceptar voluntariamente la dominación del señor. En los siglos XIX y XX el concepto fue progresivamente defendido cada vez más por personalidades de derecha. Por ejemplo, en el momento de la victoria sobre el nazismo, la izquierda y la derecha europeas celebraron la libertad haciendo de ella una idea central de sus doctrinas políticas. Y la derecha liberal siempre ha acusado a la izquierda de constituir una amenaza contra las libertades civiles y políticas… acusación que no siempre ha sido enteramente falsa.

En cuanto a la idea –tan importante– de «fraternidad», se origina principalmente en la tradición cristiana, es decir, en las nociones de amor, piedad y caridad por los débiles y los pobres. Si bien la izquierda moderna la ha adoptado con el nombre de «solidaridad», ello no implica que tenga su monopolio. Las naciones siempre se han construido apoyándose en cierto sentimiento de fraternidad entre los ciudadanos. Asimismo, en todas las guerras modernas, la fraternidad de los combatientes ha constituido la piedra angular de la constitución del sentimiento nacional.

Ahora bien, si queremos descifrar la aparición de la izquierda en la historia, la noción central es, en cambio, la igualdad entre todos los seres humanos. En las sociedades agrícolas premodernas, la igualdad no se definía como finalidad moral. No la encontramos en los imperios hidráulicos (de Mesopotamia a la China imperial) ni en las sociedades esclavistas del perímetro mediterráneo (Grecia y Roma) ni en los países feudales europeos (de Inglaterra a Rusia). Del mismo modo, y esto puede ofender los oídos de numerosos creyentes, ninguna de las religiones monoteístas emitió nunca ninguna objeción de principio contra la esclavitud. Los «antiguos esclavos de Egipto» de la Biblia pasaron a ser legítimos propietarios de esclavos en Tierra Santa. Tampoco los cristianos impugnaron la esclavitud y, a sus ojos, la salvación del alma siempre ha prevalecido sobre la del cuerpo. El Corán, por su parte, acepta la desigualdad de base entre el amo y el esclavo, sin dejar de reconocer la inmortalidad del

alma de este último.

A semejanza de los politeísmos (de la antigua Atenas a la India hinduista), los monoteísmos consideraban la propiedad de ciertos seres humanos como una circunstancia natural y un principio rector del orden cósmico. En Europa, el cristianismo no se alzó contra la servidumbre y cumplió la función de soporte ideológico y jurídico para el edificio jerárquico, extremadamente rígido, del feudalismo. La igualdad entre los seres humanos, a pesar de las numerosas expresiones de piedad y las críticas a la crueldad de los poderes arbitrarios, nunca fue parte integrante del dogma de las grandes religiones. Así, podemos considerar que Nietzsche estuvo profundamente equivocado al atribuir al cristianismo la invención de la idea de igualdad.

En los umbrales de la era moderna, la exigencia de igualdad era aún balbuceante. Teniendo en cuenta que la igualdad no estaba presente en la naturaleza, la nueva norma moral tuvo que apoyarse permanentemente en modelos tomados de la historia. Los fundadores de naciones se referían al pasado lejano a fin de confirmar la larga ascendencia de los pueblos modernos que se esforzaban por hacer renacer. Y paralelamente, diversos círculos de izquierda también abrevaron en las mismas fuentes a fin de encontrar en ellas la confirmación de lo acertado de sus empresas ideológicas y de sus previsiones optimistas relativas al futuro.

Por ejemplo, durante la revolución registrada en Inglaterra en el siglo XVII, los radicales imaginaron que antes del reinado de Guillermo el Conquistador (el Bastardo), los anglosajones eran plenamente iguales y vivían en la tranquilidad de una sociedad pastoral. En el siglo XVIII, Jean-Jacques Rousseau, uno de los primeros pensadores de la idea de democracia, pintó al ser humano en estado de naturaleza como un «buen salvaje», esto es, una criatura animada por el espíritu de la libertad y de la igualdad. Según el abate Sieyès, quien en vísperas de la Revolución escribió *Qu'est-ce que le Tiers État? (Qué es el Tercer Estado),* las tribus galas habían vivido sin distinción de clases hasta la invasión de los francos. Al jacobino radical François-Nöel Babeuf se le había agregado el sobrenombre de «Graco» para conferir a su acción la aureola del tribuno de la plebe de la antigua república romana. En el siglo XIX, cuando el antropólogo Lewis Morgan publicó sus investigaciones sobre la vida en comunidad y la igualdad en las antiguas sociedades tribales, Marx y Engels se apresuraron a hacerse eco con entusiasmo de sus descubrimientos. Según este último, lo que había sido la regla en la sociedad primitiva lo sería también en la futura sociedad comunista, que además se beneficiaría de la abundancia material obtenida gracias a las máquinas creadas por el progreso. Karl Kautsky, el heredero oficial de Marx y Engels, se sumergió a su vez en la historia para extraer de las utopías del pasado las ideas anunciadoras del socialismo y del comunismo. Desde *La República* de Platón, escrita en el siglo IV antes de nuestra era, pasando por los Evangelios cristianos, los reglamentos de las abadías y hasta la *Utopía* de Tomas Moro, publicada a comienzos del siglo XVI, Kautsky halló una profusión de ideas colectivistas y de críticas a la propiedad privada; visiones que, según él, no habían podido concretarse hasta entonces porque el sistema de producción económica no se había desarrollado lo suficiente.

Conviene precisar que, entre los diversos ejemplos históricos evocados, figuran críticas de la propiedad privada o de la injusticia social y económica, invocaciones a la generosidad para con los pobres y exaltadas proclamas en favor de la libertad, pero en todos ellos está completamente ausente la idea de igualdad universal. Los nobles ignoraban todo de la igualdad: las antiguas tribus anglosajonas y celtas se regían por normas jerárquicas estrictas;

La República de Platón es un ensayo expresamente desigualitario, ni Solón el ateniense ni Licurgo el espartano imaginaron lo que podía ser la igualdad; en la mayor parte de las rebeliones de esclavos, los insurgentes querían convertir a sus amos en servidores, los monasterios siempre respetaron la jerarquía clerical y hasta en la *Utopía* de Tomás Moro, en la que prevalece el sentimiento de compartir, se admite la posesión de esclavos, aunque de manera limitada.

La aparición de la igualdad

¿Cuáles son las principales razones de la lenta eclosión del mito de la igualdad en el siglo XVII? Empleo aquí el término «mito» en el sentido que le ha dado Georges Sorel, es decir, no un imaginario engañoso o ilusorio del pasado o del presente, sino un conjunto de representaciones que une a un grupo humano y lo incita a la acción colectiva.

En mi opinión, una primera razón estriba en la decadencia de las estructuras agrarias tradicionales experimentada en una parte de los territorios de la Europa occidental, que trajo consigo un comienzo de movilidad individual y horizontal de los individuos. El crecimiento de la producción agrícola, consecutiva del significativo mejoramiento de las prácticas asociadas a la introducción de nuevas técnicas, permitió una nueva división del trabajo que, a su vez, engendró una movilidad social sin precedentes. Estos numerosos cambios de posiciones y de situación, no siempre benéficos[1], alteraron las mentalidades de una manera desconocida en otras sociedades agrícolas tradicionales.

No fueron las revoluciones las causantes de la caída del orden feudal ancestral. La desestabilización de los vínculos de dependencia y de patronazgo abrió el camino a toda una serie de revueltas y de amotinamientos de masas. El resquebrajamiento del sistema de lealtad y de vasallaje feudales, así como el retroceso de la servidumbre, con el desarrollo de las ciudades, la formación del capitalismo, el ascenso creciente de una clase de comerciantes, la constitución de nuevas categorías de artesanos rurales y urbanos fueron todos fenómenos que modificaron profundamente la morfología de la relación de fuerzas socioeconómicas y también los modos de pensamiento y la sensibilidad de los individuos en relación con sus congéneres que vivían y trabajaban en la vecindad.

Las identidades personales (que siempre se constituyen en una relación con el otro) experimentaron mutaciones decisivas que prepararon y aceleraron un malestar creciente. Mientras que la estratificación social tradicional del mundo agrario había parecido «natural» durante siglos, la nueva configuración, más flexible, pareció de pronto menos comprensible y mucho menos legítima. El periodo de inestabilidad social que sobrevino tras su aparición –con las primeras fisuras en las creencias religiosas que, hasta entonces, habían cimentado y naturalizado un orden jerárquico– llevó a que los individuos se compararan entre sí (no necesariamente animados por la envidia ni la frustración), lo que marcó el comienzo de una nueva dinámica de las relaciones sociales característica de la era moderna.

¿Qué significación deberíamos atribuir a esta «norma de igualdad» todavía balbuceante? ¿En qué sentido los individuos sentían e imaginaban que estaban destinados a ser los iguales de otros individuos? ¿Qué era lo que empezaba a molestar en la persistencia de la desigualdad

y en qué medida tenían los individuos vocación de ser iguales entre sí en el momento presente y en el futuro?

El mito de la igualdad pudo adquirir formas variadas que a veces se complementaban y otras se oponían. Así es como podemos identificar, en los albores de esta profunda mutación cultural, la reivindicación de la igualdad de los derechos cívicos ante la ley, luego la exigencia de la igualdad política representada por la soberanía del pueblo junto con, casi en paralelo, la aspiración a una mayor igualdad en la esfera socioeconómica y el acceso de todos los pueblos a la independencia y a la autodeterminación.

En nuestros días, las reivindicaciones de igualdad se expresan en la forma de igualdad de oportunidades ante el sistema educativo, igualdad entre las personas llegadas de diferentes continentes, igualdad entre las religiones, las culturas, los géneros y los sexos. Todo esto se comprende y se admite cada vez más. La categoría de igualdad abarca así, en el curso de la historia contemporánea, dimensiones complejas que a veces resulta difícil situar bajo un mismo paraguas conceptual. ¿Asistimos hoy a una crisis de los diversos componentes del mito de la igualdad que podría explicar el desconcierto de los movimientos de la izquierda? Esta es la pregunta que me esforzaré por responder, aunque solo sea parcialmente, como conclusión de este libro. Pero antes de llegar a ese punto habré esbozado un balance histórico, por cierto, demasiado corto e incompleto, de los éxitos y de los fracasos de la izquierda.

¿Hasta qué punto dependía la izquierda de cada país del legado de las relaciones de fuerzas de largo desarrollo que precedieron a su llegada? ¿Cómo continuó actuando la izquierda dentro de ese marco y reproduciéndolo? ¿En qué áreas la ética de la igualdad llegó a ser hegemónica hasta el punto de imponer sus valores casi en todos los rincones del mundo? ¿En qué y por qué fracasó en incontables ocasiones y suscitó vivas reacciones? ¿Cómo se enfrentó al liberalismo político, al colonialismo y al nacionalismo? ¿Hasta qué punto la ha paralizado la memoria del *gulag* y de los regímenes autoritarios que se identificaron con el comunismo, al hacer vacilar considerablemente la esperanza y debilitar así la lucha a favor de progresos sociales significativos? ¿Qué relación mantuvo con la idea de igualdad entre humanos semejantes y humanos diferentes? La mayor parte de las reivindicaciones, ¿apuntan generalmente a una igualdad relativa, a falta de una igualdad plena? ¿Cómo se ha integrado la idea del progreso al mito de la igualdad, justamente cuando el deterioro de esta idea, asociada a la sensación de que hoy vivimos en un planeta que se está consumiendo, debilita aún más a la izquierda y hace que su acción se asemeje al trabajo de Sísifo?

Evidentemente, no tengo la más remota intención de proponer en este breve ensayo una historia detallada de todas las corrientes de la izquierda en el mundo: ¡no podríamos hacerlo ni con varios estantes cargados de libros! Me atendré a evocar los nudos centrales, movimientos que influyeron en la historia, personalidades importantes y, por supuesto, acontecimientos remarcables.

Comenzaré este breve viaje tratando de clarificar las fechas de nacimiento de la izquierda y de mostrar cómo dio sus primeros pasos. He seleccionado dos puntos de partida: la Revolución inglesa de mediados del siglo XVII y la filosofía revolucionaria de Jean-Jacques Rousseau que cobra forma un siglo más tarde.

Esta elección podría parecer bastante arbitraria, como es, necesariamente, toda elección histórica, de manera que me esforzaré por justificarla escuetamente en el primer capítulo.

[1] Particularmente el movimiento de los terrenos cercados que se inicia en Inglaterra y en Gales en el siglo XVI, corresponde a la primera acumulación primitiva del capital, al mismo tiempo que empobreció considerablemente a numerosos campesinos.

I

De los *Levellers* al enigma Rousseau

> La primera fuente del mal es la desigualdad; de la desigualdad han surgido las riquezas; pues esas palabras «pobres» y «ricos» son relativas y en todas partes donde los hombres sean iguales no habrá ricos ni pobres.
>
> Jean-Jacques Rousseau, *Réponse au roi de Pologne,* 1751.

Del siglo XVI en adelante, Europa vivió grandes rebeliones campesinas en las que se exigía la reducción de impuestos arbitrarios y la redistribución de las tierras. En su origen, esta agitación social prolongada no provocó ningún cambio de régimen, y las revueltas, cruelmente reprimidas, dejaron tras de sí profundas frustraciones. Los conflictos tradicionales, y hasta los ataques contra la nobleza, el clero y la realeza registrados en el umbral de la era moderna no se tradujeron en ningún cambio revolucionario sino que terminaron fortaleciendo el absolutismo monárquico.

La gran sublevación del Parlamento en las islas británicas a mediados del siglo XVII constituye el comienzo de un punto de inflexión en la historia de los conflictos sociopolíticos. Los partidarios del rey de Inglaterra entraron en disputa con los del Parlamento en un enfrentamiento que duró una decena de años y que provocó la muerte de cien mil personas sobre una población total de alrededor de cinco millones. El apogeo de esta guerra llevó al regicidio, algo que, si bien ya había sucedido en el pasado, en esta ocasión, por primera vez en la historia, supuso que el rey fuera juzgado públicamente y, como consecuencia de ese juicio, fuera ejecutado.

La decapitación de Carlos I marcó además el comienzo del derrocamiento del antiguo orden característico de todas las sociedades tradicionales en la superficie del globo. Anunció la ejecución futura de otros reyes y emperadores, del francés Luis XVI y del ruso Nicolás II; en cuanto a Puyi, último emperador de China, no fue ejecutado sino «reeducado» para convertirlo al comunismo. No obstante, los diputados ingleses que juzgaron al rey y dieron al mundo el principio de la soberanía del Parlamento –nada menos que la inauguración de la politización de las clases sociales– no emanaban de una instancia democrática y no podían jactarse de representar a la totalidad de los súbditos del reino.

Para pertenecer a ese grupo político no hacía falta ser elegido; la transmisión se efectuaba de padre a hijo mediante el pago del censo, una tasa contribución fijada en relación con los bienes inmuebles. El Parlamento estaba compuesto principalmente por representantes de la nueva nobleza media, de propietarios de grandes extensiones de tierra, de abogados designados por el rey en las grandes ciudades, de jefes de las diversas sectas de puritanos hostiles a la Iglesia oficial, etcétera. Se trataba, esencialmente, de las élites políticas y

religiosas que se oponían al poder absoluto del rey y que supuestamente representaban a toda la sociedad.

Aquella insurrección inglesa, si bien permitió el surgimiento de nuevos actores políticos y revolucionarios, no constituye pues un evento histórico que haya hecho de la igualdad política la brújula de su combate.

Los augures políticos de la igualdad

Para poder medirse con el ejército del rey y provocar su derrota, las élites antiabsolutistas se encontraron, a su pesar, en la obligación de movilizar a su alrededor vastas masas de gente. Surgió entonces, por primera vez en la historia, lo que podría llamarse un movimiento de izquierda primitivo. Los *Levellers* (Niveladores) no eran ciertamente un partido dotado de una plataforma ni de un programa de acción política, pero sus dirigentes redactaban manifiestos y peticiones y organizaban debates públicos y, en 1648, hasta llegaron a publicar durante algo más de un año un periódico pionero, *The Moderate.*

Los miembros de esta agrupación se reclutaban principalmente entre los pequeños artesanos –tejedores, zapateros, impresores, sopladores de vidrio, etcétera– así como entre los comerciantes, las profesiones liberales y el pequeño y mediano campesinado. Una parte importante de ellos, que se enroló en el New Model Army (Nuevo Ejército Modelo) comandado notablemente por Cromwell, pereció en los combates. Las mujeres tomaron parte activa en este movimiento, redactando sus propias peticiones y organizando manifestaciones independientes.

La principal figura de los *Levellers* fue John Lilburne. Perteneciente a una familia de la baja nobleza y aprendiz en el taller de un sastre puritano, Lilburne fue un militante radical desde muy joven, lo cual le valió varios arrestos. Se hizo célebre por negarse a dar juramento ante los tribunales. Estando preso se dedicó a redactar una serie de textos cortos que logró difundir clandestinamente fuera de la prisión. Su fe religiosa no le impidió lanzar ataques cada vez más virulentos contra la Iglesia. Asimismo, dedicó varias páginas a defender los derechos del ciudadano y a oponerse vigorosamente a los excesos del aparato judicial. En 1640, Cromwell fijó su atención en él al leer una petición que Lilburne había dirigido al Parlamento desde la cárcel; admirado por su calidad retórica, no dudó en dar curso a la solicitud y terminó por obtener su liberación. Lilburne fue nombrado capitán del nuevo ejército del Parlamento a comienzos de la insurrección pero se negó a integrar el comando supremo: para él era inaceptable jurar lealtad a ninguna autoridad de mando de cualquier índole. Finalmente, renunció y decidió dedicar toda su vida a la acción política adoptando el seudónimo «Freeborn John».

Si bien su lucha contra la Cámara de los Lores le costó volver a la cárcel, ello no fue un impedimento para que Lilburne continuara publicando panfletos a favor de la igualdad ante la ley y los derechos del hombre. Su fama, así como la cantidad de gente que lo apoyaba continuó creciendo. En julio de 1646 publicó, junto con otros redactores, *A remonstrance of many thousand citizens (Amonestación de varios miles de ciudadanos)* que puede considerarse el primer programa democrático de los *Levellers.* El «Agreement of the people» («Acuerdo

del pueblo»), complemento de aquellos principios básicos, aparecido dieciséis meses más tarde, expone, por su parte, el fundamento ideológico anunciador del primer movimiento explícitamente político de la historia.

El «Acuerdo» proclama que toda autoridad gobernante debe transmitirse al pueblo. Solo una asamblea de representantes elegidos por todos los ciudadanos puede declararse legítima y legal; además hay que abolir la monarquía y sustituirla por un régimen republicano fundado en la voluntad del pueblo. La Cámara de los Lores podrá continuar existiendo pero únicamente como órgano de consulta y no como poder legislativo. El Parlamento, en cambio, será elegido por escrutinio proporcional una vez por año o cada dos años y será el único soberano. Estos primeros demócratas eran también pluralistas liberales en el plano político. Según el «Acuerdo», el Parlamento recientemente elegido debía suprimir la censura de los escritos, proteger la libertad de expresión y representar al conjunto de las concepciones políticas y religiosas de la sociedad.

Una parte importante de las discusiones que mantenían los *Levellers* giraba alrededor de la argumentación teológica si bien, en última instancia, la «ley de la Naturaleza» fue la guía y el marco de sus conclusiones. Aunque en su mayoría eran protestantes y profundamente creyentes, preconizaban la tolerancia religiosa y la libertad de conciencia y por esta razón se pronunciaron a favor de la completa separación de la Iglesia y el Estado. Tenían confianza en la razón humana y en su capacidad de concretarse en la política.

No obstante, a pesar de su adhesión de principio a la igualdad política y su constante exigencia de elecciones democráticas abiertas a los habitantes del reino, los *Levellers* excluían del cuerpo electoral a los sirvientes, a los mendigos y también a las mujeres quienes, sin embargo, como vimos, habían tomado parte activa en la protesta. Además, a semejanza de los partidarios de Cromwell, sacralizaban la propiedad privada y rechazaban vigorosamente todo intento de cuestionarla. Este último punto dio lugar al nacimiento de los *Diggers* (los Cavadores) quienes, en muchos aspectos, pueden juzgarse como el primer movimiento histórico de la «izquierda de izquierdas».

Los *Diggers* se consideraban los verdaderos *Levellers*. Habían llegado a la conclusión de que la igualdad política solo podría alcanzarse si concomitantemente se desarrollaba la igualdad social y económica. Tomaron el nombre de «Cavadores» porque habían decidido dedicarse a los trabajos de agricultura con el objeto de crear una comunidad de iguales que labrarían un solar público. Sus seguidores, poco numerosos, se contaban sobre todo entre los labriegos y los artesanos indigentes, entre ellos quien más se destacaba era Gerrard Winstanley. Hijo de un comerciante de telas, Gerrard fue aprendiz de sastre y más tarde se hizo cuáquero. Su fórmula para definir la justicia era de una sobriedad ejemplar: «Trabajar en común, comer juntos y proclamarlo a la faz del mundo».

Si bien los *Diggers* pudieron beneficiarse del apoyo de los campesinos víctimas de los «vallados» y expulsados de su tierra, no consiguieron transformarse en un movimiento significativo. Con todo, siguen siendo importantes desde el punto de vista histórico porque están entre los primeros que exaltaron la idea de la limitación y hasta la supresión de la propiedad privada con el propósito de poner fin a las injusticias, a la pobreza y a lo que ellos mismos definieron como «la explotación de los hombres por los hombres». Fueron, en suma, los primeros partidarios históricos de la igualdad socioeconómica.

Al igual que los *Levellers,* los *Diggers* desaparecieron muy rápidamente de la escena

política inglesa. Aunque parezca que no constituyeron más que un episodio pasajero de la gran insurrección contra el absolutismo, su exigencia de igualdad política, social y económica tuvo numerosos herederos. Así es como, un siglo después, aparecerán en Francia pensadores originales que pondrán la democracia igualitaria y la propiedad colectiva en el centro de sus reflexiones.

Filósofos heraldos de la igualdad

En muchos aspectos, los escritos de Étienne-Gabriel Morelly y de Gabriel Bonnot de Mably pueden estimarse como una suerte de continuación teórica del movimiento pionero de los *Diggers*. Se ignora si se trató de una «influencia» directa pues no hay ningún texto que atestigüe una eventual transmisión de las ideas vanguardistas inglesas a Francia, si bien existían nutridos intercambios entre las dos culturas[1]. Tampoco se sabe nada de la vida de Morelly. En cuanto a Mably, en cambio, sabemos algo más: fue un católico erudito perteneciente a la pequeña nobleza que, además, era hermano del célebre filósofo Condillac.

Estos dos primeros «pensadores de izquierda» identificaron explícitamente la propiedad privada como el origen de la desigualdad entre los hombres. Morelly, el más radical de los dos, llamaba abiertamente a hacer que los bienes de patrimonio, una vez deducido lo necesario para las necesidades personales, pasaran a ser de propiedad colectiva. De ese modo, recusaba formalmente las ganancias que resultaran del comercio y no de la producción. El abate Mably se mostraba más moderado en cuanto a la búsqueda de remedios al desamparo y el sufrimiento sociales, que torturaban su conciencia: su crítica de la injusticia económica estaba acompañada de los temores que le despertaban las posibles medidas que habría que adoptar para alcanzar la deseada igualdad.

Los escritos de Mably y Morelly permanecieron en el ámbito confidencial, al margen del gran florecimiento intelectual de la «Ilustración». Su redacción era bastante torpe y difícil de asimilar; en ellos no se encuentra ni la conciencia ni el intento de comprender, en el plano histórico, el origen de las soluciones audaces que ellos mismos proponían. Por el contrario, los escritos de Jean-Jacques Rousseau, a quien podemos definir como el primer gran pensador de la igualdad, sacudieron desde su publicación el foro filosófico del siglo XVIII. En el momento mismo en que Morelly y Mably se volcaban a la redacción de sus libros, Rousseau publicaba sus primeros escritos, caracterizados por un enfoque histórico y antropológico singular, único en su época. Teniendo en cuenta las pocas fuentes de que disponía, resulta admirable su agudeza para distinguir las bases de la formación de la civilización, más allá de las contradicciones que encierran.

Rousseau no se veía como un súbdito francés, sino como un ciudadano de la ciudad libre de Ginebra, su lugar de nacimiento y donde se había criado y se había instruido. No hay ninguna duda de que su vida de migrante desgarrado entre dos culturas políticas distintas –una pequeña república aristocrática y una vasta monarquía absolutista– contribuyó directamente a aguzar su original mirada comparativa. Su existencia inestable –aprendiz, educador, secretario de ricos burgueses, músico de ingresos aleatorios– forjó su visión específica y pionera, cuya esencia provenía de una sensibilidad de hombre inquieto, en situación precaria y fino

conocedor de las clases sociales con las que se había codeado y de las que era sagaz observador.

Ya en 1751, en su famosa carta dirigida a Stanislas, el antiguo rey de Polonia, Rousseau escribía: «La primera fuente del mal es la desigualdad». Y cuando la Academia de Ciencias, Artes y Letras de Dijon organizó un concurso público sobre los orígenes de la desigualdad, Rousseau, muy entusiasmado (y ya recompensado por otro ensayo anterior), aportó su contribución. Más tarde, en *Les Confessions (Las confesiones)* escribirá: «Puesto que [la Academia] había tenido esa valentía, yo bien podía tener el coraje de tratar con ella y acometer la tarea».

Al promediar el siglo XVIII, la idea de la «desigualdad» se instalaba pues tímidamente en Francia en los márgenes del pensamiento y Rousseau fue el pionero al decidir dedicarle toda la potencia de su intelecto. Entre los siglos XVII y XVIII, de Hobbes a Locke y de Montesquieu a Voltaire, los filósofos habían tratado cuestiones tales como la libertad, los derechos naturales (sin interesarse verdaderamente por la igualdad) y la separación de los poderes, y además habían criticado duramente la ideología tradicional de la Iglesia. Sin embargo, ninguno había defendido la democracia a la que la mayoría de ellos temía como a una epidemia. Desde este punto de vista, el pensamiento de Rousseau constituye una excepción en el panorama de las sensibilidades intelectuales de su época.

En *Le Discours sur l'origine et les fondaments de l'inégalite parmi les hommes (El discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres),* redactado en 1755. Rousseau esboza por primera vez un esquema histórico-antropológico de la evolución de la división del trabajo en sus fases iniciales. Seguro de sus brillantes intuiciones, el filósofo se aplica a describir la aparición de la desigualdad en la aurora de la civilización humana. Toma como punto de partida el rechazo de toda la tradición religiosa pero también de la filosofía pesimista de Hobbes y sus herederos: el pecado original no existe, la desigualdad no procede de una voluntad divina y, sobre todo, el hombre no es fundamentalmente malo.

Según Rousseau, el primer hombre no se define siguiendo un criterio moral; no debemos aplicarle las categorías del bien y del mal. Y si bien puede sentir piedad e identificarse con el sufrimiento del otro, solo cuando vive en sociedad posee una voluntad libre y puede tomar decisiones que no estén guiadas por su instinto. Esta libertad es la que condiciona en el ser humano la capacidad de perfeccionamiento, responsable del desarrollo del trabajo, del progreso de los medios de producción, de la comunicación por medio del lenguaje y de la dependencia mutua dictada por las necesidades comunes. Llega entonces la fase decisiva: «El primero que, habiendo cercado un terreno se atrevió a decir: esto es mío y encontró gente lo suficientemente simple para creerle fue el verdadero fundador de la sociedad civil. Cuántos crímenes, cuántas guerras, cuántos asesinatos, miserias y horrores le habría ahorrado al género humano alguien que, arrancando los postes o rellenando el foso, hubiese gritado a sus semejantes: «¡Cuidaos de escuchar a este impostor! ¡Estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie!».

Más allá de esta toma de posición, Rousseau nunca llamará a suprimir la propiedad privada, aun cuando haya admitido que la democracia solo podría subsistir en el caso en que las distancias sociales no fueran demasiado grandes. Nunca dejó de exhibir su aborrecimiento por el lujo, el despilfarro y las riquezas superfluas. Su única intención era poner en evidencia la relación inmanente entre la sed de posesiones y de ganancias y la desigualdad social.

Rousseau vivió en una época preindustrial pero ya inmersa en el capitalismo, en la que la tierra se había vuelto una mercancía y una fuente esencial de acumulación primitiva del capital. El «ciudadano de Ginebra» no se limitaba, sin embargo, a dar una explicación puramente económica; su grandeza estriba en el lúcido enfoque de la dimensión psicológica de la desigualdad, integrado en su audaz mensaje teórico destinado a comprender sus orígenes: «Si fuera este el lugar para entrar en detalles, yo explicaría fácilmente cómo la desigualdad de crédito y de autoridad entre particulares se vuelve de inmediato inevitable cuando estos, reunidos en una misma sociedad, se ven forzados a compararse entre sí y a tomar en consideración las diferencias que encuentran en el uso continuo que tienen que hacer unos de otros».

Si retomamos la hipótesis formulada por Rousseau sobre el nacimiento de la civilización y la aplicamos a las mutaciones sobrevenidas en su época –mediados del siglo XVIII– comprendemos que la sociedad francesa haya experimentado algunos años después las convulsiones revolucionarias ocasionadas por el potente motor ideológico del mito de la igualdad. Y si bien Rousseau descarta, a su pesar, la posibilidad de la igualdad económica se afirma como uno de los padres espirituales de la igualdad política. *Du Contrat Social (El contrato social)* publicado en 1762 se inscribe indiscutiblemente en la continuidad directa de su crítica anterior a la desigualdad.

Una sociedad no es una familia, no se asienta en el amor sino en la concordia. ¿Por qué existen, pues, amos y esclavos? ¿Tenía razón Aristóteles cuando afirmaba que unos nacen esclavos mientras que otros sienten de entrada la vocación de ser amos? ¿Es verídico el dogma religioso según el cual Dios transmite el poder de gobernar? Rousseau responde a estas cuestiones mediante la ironía y desafía la antigua tradición de la filosofía griega de la que desconfía como de todas las creencias religiosas: todas las enfermedades tienen su origen en una fuerza superior, pero esa no es una razón para no recurrir a un médico. En verdad, los hombres nacen libres e iguales; es el poder lo que los somete y el miedo el que los obliga y los paraliza pero, contrariamente a lo que piensan y escriben la mayoría de los demás filósofos, Rousseau sostiene que la fuerza no crea el derecho a la dominación.

Un acuerdo por el cual uno renuncia a la libertad y se somete a una dominación absoluta es contrario a la naturaleza humana y no puede calificarse de verdadero acuerdo. Un entendimiento real debe estar fundado en una voluntad y una decisión racionales que son las únicas que pueden conferir un valor normativo a los acuerdos políticos. ¿Cómo pueden ser libres los hombres en sociedad y no en el estado de naturaleza? En otras palabras, ¿cómo pueden expresar sus voluntades? Y, como problema suplementario, ¿cómo llegar a conocer esas voluntades? La voluntad general, ¿es la suma aritmética de todas las voluntades individuales?

En un cuerpo igualitario y democrático no puede haber contradicción entre los intereses del soberano y los del cuerpo ciudadano pues no son más que uno. Y agrega, «la potencia soberana no tiene necesidad de garante ante los sujetos porque es imposible que el cuerpo quiera dañar a todos sus miembros […]».

¿Y si un miembro, metafóricamente, un individuo cegado, expresara una voluntad particular contraria al interés colectivo? Rousseau da una respuesta mordaz: «Cualquiera que se niegue a obedecer a la voluntad general, será obligado por todo el cuerpo: lo cual no significa sino que se lo forzará a ser libre».

Rousseau rechaza la ingenuidad de imaginar que todos los hombres son suficientemente racionales para poder reconocer siempre su interés «verdadero». Es por ello que la voluntad general igualitaria no podría constituir la suma, ni siquiera la mayoría, de las voluntades particulares: «Uno siempre quiere su bien, pero no siempre lo ve», precisa con tristeza.

La voluntad general equivale pues a la idea del «bien general»; de todos modos, Rousseau se muestra indeciso en cuanto a la vía que permitiría definirlo y lograrlo. No cree en los sistemas de representación política pues piensa que un delegado nunca puede representar realmente a otros hombres. Tampoco está a favor de la presencia de grupos parcelarios (los partidos) que rivalizan entre sí por ser quienes expresan la voluntad general. Según él, solo sociedades de una escala reducida estarían en posición de concretar la voluntad general en materia de igualdad y solo la democracia directa permitiría acceder a una soberanía plena y expresar la voluntad general. El «pueblo» imaginario de Rousseau reviste la forma de una pequeña comunidad unida (¿quizá una pequeña Ginebra imaginaria?) en la que puede encarnarse el bien general.

Rousseau se oponía explícitamente al pluralismo: los conflictos en el seno del cuerpo soberano le repugnaban porque amenazaban con atentar contra la libre voluntad. Reivindicaba los plenos poderes para el pueblo como la manera de quebrar la dominación de los dirigentes que vivían a su costa. Asimismo, juzgaba necesario atribuir un poder sin límite al soberano. Para Rousseau, el pueblo soberano abstracto es una simetría invertida del absolutismo monárquico de la época.

De algún modo, Rousseau ha procurado restituir su firmeza al absolutismo al otorgar racionalidad y moral al soberano, llegando, con ese fin, hasta el punto de reducir el tamaño del cuerpo social sin disminuir por ello la potencia ilimitada del poder político.

La repugnancia que le provocaban los conflictos y las divisiones internas procedía de su sed intransigente de igualdad universal. Su defensa del derecho del colectivo a imponerse, contra la voluntad egoísta del individuo, aparentemente se origina en una profunda circunspección sobre el nivel de racionalismo de las masas. Rousseau formaba parte de una sociedad compuesta mayoritariamente por campesinos miserables, incultos y analfabetos, de cuya honestidad y bondad ciertamente él no dudaba, pero cuya libertad de decisión personal le parecía limitada.

Podemos identificar tendencias muy parecidas en el seno de importantes corrientes de la izquierda. Desde la Revolución francesa, en momentos de avances radicales, aparecerán corrientes democráticas, autoritarias y opuestas al pluralismo. Pagando el precio de dolorosos sacrificios, romperán el antiguo orden sin tener conciencia de estar contribuyendo al mismo tiempo a prolongar la tradición del centralismo autoritario.

---

[1] Por ejemplo, Thomas Hobbes, que apoyó al rey durante la insurrección del Parlamento, se refugió y vivió en París durante muchos años gozando de los favores de los partidarios de la monarquía francesa. En cambio, no sabemos si Morelly o Mably habían leído *Civitas solis (La ciudad del sol),* el libro utópico de Tommaso Campanella, el filósofo italiano que también se refugió en Francia.

II

La Revolución, el Terror y la Conspiración de los Iguales

> Pero esta generación muy pronto se apagará; la de la nobleza que deberá seguirla, se asemejará a los artesanos, a los campesinos, a los agiotistas, a los usureros y a los judíos, quienes serán para siempre sus camaradas, a veces sus señores. Creedme, señor, los que pretenden nivelar nunca igualan.
>
> Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France,* 1790.

Ni la «Revolución Gloriosa» registrada en Inglaterra de 1688 a 1689 ni la Guerra de la Independencia estadounidense librada entre 1765 y 1783 vieron difundirse lo que podría calificarse como corrientes o movimientos de izquierda. Es verdad que, durante aquellos acontecimientos históricos, las mutaciones de la sociedad impulsaron avances constitucionales fundados en los «derechos naturales» y las «libertades fundamentales» y que tenían por objetivo limitar la arbitrariedad de los poderes. Pero en ninguno de ellos se observan intenciones igualitaristas universales o anticlericales fundadas en la razón, como fue el caso en la Francia de 1789.

Esta es precisamente la razón por la que el filósofo conservador inglés Edmund Burke –quien apoyó con toda su potencia intelectual esos dos acontecimientos «anglosajones»– expresó desde un principio su rechazo hacia los revolucionarios que irrumpieron estentóreamente en el escenario de la historia europea. Dicho sea de paso, el término «revolución» nació en esta ocasión y no antes. En su apasionante ensayo *Reflections on the Revolution in France (Reflexiones sobre la Revolución francesa),* publicado en 1790, es decir, algunos años antes del episodio del Terror, Burke no oculta su profunda inquietud de que algo semejante se produzca en Inglaterra. «¿Es nuestra monarquía lo que quieren destruir? ¿Todas nuestras leyes, todos nuestros tribunales? ¿Para darnos una constitución geométrica y matemática? ¿Hay que declarar inútil la Cámara de los Lores? ¿Destruir el episcopado? ¿Hay que vender los bienes del clero a los judíos y a los agiotistas?

Burke fue sin duda el primer pensador que asoció a los revolucionarios con los judíos. ¡Evidentemente, no será el último! Pero al menos estaba en lo cierto cuando hacía una distinción entre la Revolución francesa y los acontecimientos que la habían precedido y que parecían presentar ciertas similitudes. Durante la «Revolución Gloriosa», los miembros del Parlamento no habían considerado la posibilidad de confiscar las tierras de la Iglesia ni de conceder el derecho de voto a la totalidad de los súbditos del reino, derecho que solo será otorgado a los británicos dos siglos más tarde. Esta rebelión parlamentaria de fines del siglo

XVII tampoco había abolido la esclavitud sino que, por el contrario, al destituir al rey Jacobo II, quien además era propietario de la compañía marítima que tenía el monopolio del comercio de esclavos, el Parlamento propulsó la trata de seres humanos en una escala sin precedentes desde la Antigüedad. Los esclavos pasaron a ser entonces una mercancía que aportaba cuantiosos beneficios y constituyeron así una de las fuentes principales de la acumulación primitiva del capital (gracias a la producción barata de algodón) que servirá de palanca para el despegue industrial.

En cuanto a los Federalistas, redactores de la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos, a pesar del espíritu democrático que proclamaban, no se enfrentaron a la nobleza local pues no confiaban verdaderamente en el pueblo real que estaba constituyéndose entonces en Norteamérica y prefirieron apoyarse en la constitución y en el Estado para frenar y limitar la soberanía popular. Tampoco pensaron por un solo instante en integrar a su nueva nación a los indígenas autóctonos del continente que fueron masacrados masivamente. Además, añadieron a la nueva constitución un artículo específico que obligaba a los Estados de la Unión federal a denunciar a todo esclavo que huyera de los dominios de su propietario legal[1]. Este artículo sobre «el esclavo en fuga» no debe sorprendernos: dos de los principales actores de la guerra de la Independencia, Thomas Jefferson y George Washington, eran propietarios de centenares de esclavos.

La Revolución francesa es otra historia y muchos de sus actores podrían definirse hoy como «de izquierdas». ¿Significa esto que corresponde poner ese rótulo a todos los redactores y defensores de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano del 26 de agosto de 1789 que comienza con la espléndida declaración según la cual: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en sus derechos» y que continúa precisando que la fuente de todo poder reside en la nación, que todos los ciudadanos son iguales ante la ley, que el acceso a las funciones públicas está abierto a todos y que la ley debe ser la expresión de la voluntad general?

Aparentemente estamos ante una declaración igualitaria y universal que reúne en un solo trazo diversos principios de los filósofos del siglo XVIII –desde Montesquieu a Rousseau pasando por Voltaire– en una síntesis asombrosa y acerada. No todos estaban «influidos» por estos filósofos, pero la atmósfera reinante en los círculos cultivados de la segunda mitad del siglo XVIII tendía a la crítica del orden existente. Y en 1789 el malestar intelectual se transformó en malestar político. Sin embargo, ¿es pertinente calificar de hombres de izquierda a personalidades tan notables como La Fayette, Mirabeau o Sieyès y a algunos otros colaboradores de la formulación de los «diez mandamientos» de la Revolución?

Los jacobinos y la igualdad

La unidad de opinión sobre la igualdad ante la ley gozó de consenso desde 1789 y marcó la evolución futura de toda la política moderna de Francia y, más tarde, del mundo entero. No obstante, hay un elemento significativo que brilla por su ausencia en la Declaración. Es verdad que en el tercer artículo se hace referencia a la voluntad general pero la fórmula es deliberadamente imprecisa. Sería en vano buscar en el texto una reivindicación clara de la

igualdad política, como lo sería tratar de encontrar el reconocimiento de la libertad de asociación. La Declaración apunta explícitamente contra la nobleza: exige la completa abolición de los vestigios del sistema feudal y condena el absolutismo. Sin embargo, no es un manifiesto a favor de la fundación de una democracia soberana e igualitaria. Al tiempo que limitan los poderes del rey y preconizan el establecimiento de una monarquía constitucional, sus redactores no se muestran dispuestos a proclamar que todo ciudadano de la «nación» debe gozar de idéntico derecho a participar efectivamente en la elección del soberano.

Por consiguiente, podría decirse, con toda la prudencia requerida y tomando conciencia de la sutileza terminológica, que esta declaración primordial refleja muy bien cuál era el espíritu de la Ilustración pero, en lo tocante a la igualdad, se atiene a una visión elitista burguesa y no popular y mucho menos democrática. La igualdad jurídica entre los ciudadanos, clara y racional, según la cual los derechos del hombre son una circunstancia «natural», que había preparado el terreno, en el plano mental e ideológico, para que se elevara con mayor potencia la gran exigencia de igualdad política, no era algo que las primeras élites revolucionarias dieran por sentado.

La Asamblea Nacional, autoproclamada el 17 de junio de 1789, impulsó numerosas reformas a fin de frenar y contrarrestar la autoridad del monarca y trabajó por descentralizar lo más posible el poder. Además, como vimos, abolió los privilegios feudales (sin confiscar realmente las tierras de la nobleza), se dedicó con determinación a reducir considerablemente el poder económico de la Iglesia y exigió que el clero prestara juramento directamente al rey. Pero, al mismo tiempo, introdujo una división entre ciudadanos activos y ciudadanos pasivos. Estos últimos, si bien gozaban de los derechos fundamentales del hombre, no tenían derecho a voto ni podían ser jurados pues no eran propietarios de bienes inmuebles. Únicamente los ciudadanos activos, reconocidos propietarios, participaban en la expresión de la «voluntad general». Además, los delegados a la Asamblea debían ser suficientemente ricos para solventar un pago de cincuenta francos oro al tesoro del Estado. Lo mismo ocurriría con la posibilidad de enrolarse en la Guardia Nacional, subordinada a cierto umbral de ingresos. En junio de 1791, la Asamblea votó asimismo la Ley Le Chapelier, que prohibía la creación de asociaciones profesionales y no permitía que los obreros recurrieran a la huelga. Más tarde, difirió hasta noviembre la atribución de completa igualdad a los judíos y continuó considerando que la esclavitud era legítima, tal como lo habían hecho anteriormente los actores de la «Revolución Gloriosa» y de la guerra de la Independencia estadounidense.

En dos o tres años se constituyó una nueva clase de campesinos transformados en ricos propietarios de tierras. Aliados a la nobleza, que había logrado conservar el 80% de sus tierras fuera de París, esta nueva clase comenzó a tener un peso decisivo en las relaciones de fuerzas socioeconómicas. En las provincias, su influencia y su representación política compensaron la asociación estrecha de otros grupos sociales con los «*sans-culottes*» urbanos, quienes, por su parte, entraron en un rápido proceso de debilitamiento. Esos nobles y campesinos enriquecidos practicaban el almacenamiento de alimentos con el propósito de crear carestía y hacer subir así los precios, lo cual provocaba de vez en cuando una grave escasez de pan. A esto se agregaban los efectos del servicio militar que, al incorporar a numerosos campesinos en el ejército, hacía aún más difícil la provisión de bienes alimentarios. De esta forma, el hambre y el paro se propagaron en París y otras ciudades.

Es importante tener muy presente este contexto si uno pretende empezar a comprender la

aparición de la división histórica entre derecha e izquierda, entre moderados –los *feuillants,* los Amigos de la Constitución*,* opuestos al sufragio universal– y los radicales –los jacobinos, partidarios del principio de igualdad democrática–. Poco a poco, surgió además un vacilante «centro» que la historiografía ulterior llamará la «Gironde». Todas estas corrientes se reunían en clubes o salones que se encargaban de cubrir la función que luego se asignará a los partidos políticos. En cuanto al populacho revolucionario de los suburbios de la capital, comenzaba a ser reconocido con el nombre de los *«sans culottes».*

No se sabe si los jacobinos habían leído más que otros las obras de Rousseau antes de que se desencadenara la revolución pero, a medida que iban haciéndose del poder político, solo fueron conservando los escritos del «ciudadano de Ginebra» que les parecían convenientes para responder a las necesidades del momento. Por ejemplo, Maximilien Robespierre se refería frecuentemente en sus discursos al «contrato social». Su adhesión ferviente a la democracia recuerda la de John Lilburne, el *leveller* radical inglés, de quien se distinguía, sin embargo, tanto por sus modos de legitimación ideológica como por el ejercicio efectivo del poder. Evidentemente, esta diferencia procedía también de contextos históricos, de relaciones de fuerzas sociales y de actores muy específicos. Contrariamente a la Inglaterra de mediados del siglo XVII, Francia vio tomar el poder a la izquierda democrática y aunque fuera por un breve periodo, lo hizo de tal manera que el acontecimiento conmocionaría perdurablemente el imaginario político de la izquierda.

Así fue como el 21 de septiembre de 1792 quedó abolida la monarquía y fue proclamada la república. Cuatro meses más tarde, Luis XVI, juzgado y condenado a la pena capital, moría guillotinado. El 24 de junio de 1793, por influencia de los jacobinos, Francia adoptó una nueva Declaración de los derechos destinada a servir de base a una revisión de la constitución: todos los franceses de sexo masculino estaban llamados desde entonces a ejercer la soberanía popular y gozaban del derecho a elegir directamente a sus representantes. Todo ciudadano francés mayor de veintiún años tenía el derecho de elegir y de ser elegido. Se redactaba, por primera vez en la historia, una constitución ampliamente democrática que también comprendía algunos artículos característicos del Estado benefactor: instrucción gratuita, asistencia a los enfermos y a los inválidos, etcétera. Por lo demás, gracias a la intervención de ciertos jacobinos, particularmente de Robespierre y del abate Grégoire, los judíos obtuvieron la igualdad de derechos y por fin se abolió la esclavitud. Finalmente, se adoptó además la ley llamada «del máximo» que apuntaba a frenar el alza de precio de los cereales.

No obstante, la aplicación de la nueva constitución fue diferida a causa del estado de emergencia nacional. El gobierno revolucionario optó, en efecto, por actuar según la lógica definida por el jacobino Jean-Paul Marat: «La libertad debe imponerse por la violencia». Frente a las olas de oposición y a los conflictos violentos, el Comité de Salvación Pública, dirigido por Robespierre, decidió recurrir al terror contra todos los oponentes.

¿Por qué la izquierda revolucionaria, llegada por primera vez al poder se vio forzada a recurrir a tal represión? Esto puede explicarse por limitaciones objetivas, pero también como resultado de procesos inducidos por decisiones subjetivas, es decir, por las inclinaciones ideológicas y el estado de ánimo de quienes tuvieron la misión temporal de gobernar. El intento de fuga del rey y sus llamamientos a la nobleza emigrada, a lo que vinieron a sumarse las guerras con Austria y Prusia, y luego con Inglaterra y los Países Bajos, fueron acontecimientos que, al suscitar una sensación de estado de sitio, crearon un insoportable

clima de tensión pública. El levantamiento de la Vendée realista católica, en marzo de 1793, reforzó el ambiente general de un histérico «sálvese quien pueda». La contrarrevolución alcanzaba su apogeo y, como ocurrirá en muchos conflictos nacionales ulteriores, la amenaza exterior sirvió para justificar que el gobierno recurriera a medidas de emergencia cada vez más draconianas contra toda voz que se opusiera a las decisiones del poder central.

Las multitudes urbanas, sobre todo en París, ejercían presión a fin de que la represión contra todo sospechoso de traicionar a la patria y hacer pasar hambre al pueblo fuera más severa. La ejecución del rey galvanizó ese sentimiento popular al mostrar que recurrir a la violencia hacía cada vez más posible lo que antes parecía imposible. La represión se volvió luego contra los «girondinos» que procuraban llegar a un acuerdo con los monárquicos moderados: muchos de ellos fueron ejecutados en octubre de 1793. Más tarde, en marzo del año siguiente, el viento cambió: sintiéndose amenazado por los movimientos populares radicales de la muchedumbre parisina, el Comité de Salud Pública ordenó aplastar a los agitadores de calle. Sobre todo, estaban en la mira los *hebertistas,* llamados así por su jefe Jacques Hébert, y los *Enragés* (otro grupo extremista); muchos activistas de esta primera extrema izquierda francesa murieron en la guillotina.

Esta espiral de violencia se volvió finalmente contra quienes la habían desencadenado. En abril de 1794, Georges Danton y sus partidarios fueron condenados a muerte, con el apoyo tímido de Robespierre. El 28 de julio de 1794, «el Incorruptible» y veintiuno de sus compañeros fueron guillotinados a su vez por sus aliados de la víspera.

El terror «de izquierda» finalmente pudo detenerse y, por un corto periodo, le siguió un terror «de derecha». En noviembre de 1794, se cerró el club de los jacobinos y se puso fin al embate radical, al tiempo que se suspendía la constitución democrática antes de que fuera definitivamente enterrada poco tiempo después. Esta primera izquierda francesa quedó así, y por mucho tiempo, excluida del ejercicio del poder.

El balance del terror revolucionario es espantoso. Oficialmente, fueron ejecutadas 16.000 personas, a las que hay que agregar muchas decenas de miles de víctimas de acciones punitivas en toda Francia y cerca de 200.000 muertos en Vendée, donde los insurgentes fueron masacrados. La honestidad implica, sin embargo, resituar estos horrores en el conjunto de las masacres de la época. En el transcurso de las guerras contra los regímenes conservadores de Europa, desde 1792 a la derrota de Napoleón en 1815, murieron más de cinco millones de personas, de las cuales un millón cuatrocientos mil pertenecían a las filas del ejército francés. Numerosos *sans-culottes* fueron a morir en los campos de batalla, incluso en Moscú y sus suburbios en llamas.

El hecho de que las fuerzas conservadoras europeas y la sed de conquista desenfrenada de Napoleón hayan arrastrado a la muerte a una cantidad de personas infinitamente superior a la de las víctimas inocentes del tiempo de Robespierre no está verdaderamente anclado en la memoria historiográfica. Por ejemplo, en París una calle aún lleva el nombre de Bonaparte y muchos otros lugares conmemoran la conquista napoleónica de Europa (Puente y Estación de Austerlitz, avenidas de Wagram, de Iéna, de Friedland, de la Grande-Armée, calle y Puente de Arcole…). En cambio, no se encontrará ninguna calle ni callejón que lleve el nombre de Robespierre. Sin embargo, gracias a las tomas de posición de este último, fue acordada la igualdad de derechos a los judíos y fueron liberados todos los esclavos. Y Napoleón fue precisamente quien restableció la esclavitud en las colonias…

Los discursos de «el Incorruptible» están impregnados de un síndrome mental e ideológico que será característico de toda una fracción de la izquierda revolucionaria incluso hasta nuestros días: si bien la fe en la igualdad política y en el derecho fundamental del pueblo a ser su propio soberano no se pone nunca en tela de juicio, en ciertas circunstancias –si el pueblo no actúa o no elige la «medida correcta»– se puede y hasta se debe contemplar la posibilidad de que la élite revolucionaria se vea compelida a decidir en su lugar. La identificación con el interés del pueblo hace que su «representación» termine considerándose la encarnación temporal de su voluntad auténtica. Si Luis XIV dijo (tal vez) «El Estado soy yo», Robespierre, por su parte, habría podido decir «La Revolución soy yo». Así, el 26 de mayo de 1793, con extraordinaria seguridad, anunció ante la Convención: «Declaro que, habiendo recibido del pueblo el derecho de defender sus derechos, juzgo como mi opresor a quien me interrumpa o me niegue la palabra y yo, solo, me declaro en insurrección contra el presidente y contra todos los miembros que ocupan un escaño en la Convención». Así es cómo el pensador liberal Alexis de Tocqueville pudo describir, no sin razón, el espíritu centralizador y autoritario de Robespierre y de los jacobinos como inscritos, en cierto modo, en la continuidad del absolutismo del Antiguo Régimen.

Contrariando la intuición profunda de Jean-Jacques Rousseau según la cual toda instancia política representa no solo a sus mandantes, sino también sus propias aspiraciones ocultas, los jacobinos se negaron a admitir que constituían una élite política; una élite, ciertamente, llena de temor y de aprehensión, pero animada por su interés personal y su voluntad de poder y que dio nacimiento a una nueva lógica de democracia autoritaria. Probablemente, si hubieran permanecido en el poder, los jacobinos habrían apoyado la constitución democrática que habían propuesto pero reduciendo su dimensión y su práctica pluralistas.

Según ellos, la democracia era sinónimo de igualdad política y de elecciones generales, pero no tenía necesariamente vocación de transformarse en un foro de conflictividad pública donde se expusieran y se enfrentaran voluntades diferentes que no podrían sino debilitarla. El pueblo portador de la «virtud» solo puede tener un interés único o, si nos atenemos al pensamiento de Rousseau, una sola voluntad general, una e indivisible.

Los Iguales y la lucha de clases

Dos años después de la decapitación de Robespierre se descubrió la «Conspiración de los Iguales», conducida por François-Nöel Babeuf quien pasó a la posteridad, como ya vimos, con el nombre de Gracchus (Graco) Babeuf. Como muchos otros revolucionarios, Babeuf tenía un pasado profesional de jurista (notario) y admiraba a Rousseau. No obstante, a diferencia de los dirigentes jacobinos, según los cuales la propiedad privada de los medios de producción constituía la base necesaria de toda sociedad humana, Babeuf, un poco a semejanza de Gerrard Winstanley, el jefe de los *Diggers* ingleses, tendía a pensar que la impotencia de la Revolución se originaba en su incapacidad de comprender la esencia de las contradicciones socioeconómicas subyacentes en los enfrentamientos políticos. Al fin de cuentas, la destrucción de los registros catastrales, la toma de tierras de los aristócratas exiliados y la confiscación de los bienes de la Iglesia habían sacudido las concepciones tradicionales de la

propiedad y habían permitido a personas como Babeuf lanzar un ataque feroz contra la acumulación del capital, las grandes heredades y, de manera más general, la propiedad privada.

Babeuf era categórico: si se quiere alcanzar la igualdad entre los hombres, es necesario completar la Revolución procediendo a la colectivización de las tierras y de todos los medios de producción. En los escritos de Babeuf, particularmente en el *Manifieste des Égaux (Manifiesto de los Iguales),* redactado en colaboración con su amigo Sylvain Maréchal, aflora también la idea de la lucha de clases: «Tampoco nos alcanza solamente con esa igualdad transcrita en la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, la queremos entre nosotros, bajo el techo de nuestras casas. […] Hagamos desaparecer por fin las repugnantes distinciones entre ricos y pobres, entre grandes y pequeños, entre señores y sirvientes, entre gobernantes y gobernados. […] Ha llegado el momento de fundar la República de los Iguales, ese gran asilo para todos los hombres. […] Al principio, la organización de la igualdad real, la única que responde a todas las necesidades, sin provocar víctimas, sin costar sacrificios, probablemente no agrade a todo el mundo. El egoísta, el ambicioso, temblará de rabia».

El fracaso del intento de insurrección de los partidarios de Babeuf será notablemente relatado en un libro publicado en 1828 por Filippo Buonarroti, perteneciente a la familia de Miguel Ángel y amigo de juventud de Babeuf. En 1796, varios jacobinos decepcionados por el giro que había dado la Revolución crearon, junto con algunos herederos supervivientes de los líderes de los *sans-culottes* y algunos militares radicales, el Club del Panteón. Babeuf mismo no se unió a esta asociación cuyos miembros, sin embargo, continuaban adulándolo, publicando sus artículos en el periódico del club y considerándolo un maestro del pensamiento.

Cuando, siendo comandante del ejército interior, Bonaparte cerró el club, una parte de sus miembros se reorganizó secretamente, esta vez con Babeuf, con el objetivo de derrocar el régimen por la fuerza y constituir un gobierno revolucionario provisional, restablecer la constitución democrática de 1793 y prolongar así la Revolución. Contaban con el apoyo de los barrios populares así como con el de una parte de la gendarmería de la ciudad. Pero el complot fue descubierto y el régimen reaccionó muy vivamente: arrestó a 245 personas, entre ellas a Babeuf, quien fue guillotinado a comienzos de 1797.

A semejanza del caso de los *Diggers* durante la rebelión del Parlamento inglés, la «Conspiración de los Iguales» constituye un episodio breve y marginal de la Revolución francesa pero, a diferencia de aquel primer caso, este registró un eco impresionante durante la primera mitad del siglo XIX. Las críticas tajantes de Babeuf a la propiedad privada y su apoyo a la lucha de clases entraron en el patrimonio imaginario de los rebeldes y de los revolucionarios de diversos bandos. El hecho de que aquel complot radical no hubiera provocado víctimas, salvo entre los conjurados, inmortalizó a estos últimos como héroes revolucionarios más puros que Robespierre y sus camaradas.

Babeuf pudo ser percibido, hasta cierto punto, como el primer hombre de izquierdas que formuló la necesidad de una revolución permanente. La fecha de su ascenso al cadalso puede tomarse como la señal del fin de ese sueño y de la Revolución. El antiguo orden ya no volverá a restablecerse en Francia, a pesar de los intentos de restauración monárquica, pero el terror revolucionario interior se exteriorizará en terror paneuropeo, en otras palabras, en guerra permanente más que en revolución permanente, mientras que la izquierda política

desaparecerá de la escena durante muchos años.

Según ciertos historiadores, la Revolución acabó mucho más tarde; otros hasta llegarán a afirmar que nunca terminó.

---

[1] El filósofo John Locke, adulado por los redactores de la «Declaración», no repudiaba la esclavitud. Locke contribuyó a redactar la constitución de Carolina, favorable a la esclavitud y poseía acciones en una compañía de comercio de esclavos.

III

De la utopía como refugio, de la política al *chartismo*

> La igualdad por la que abogamos es una igualdad que desembocará en un Estado de gran mejoramiento intelectual.
>
> Una revolución tan audaz no puede darse en los asuntos humanos hasta que no se haya cultivado en alto grado el espíritu general […]. Toda tentativa sin preparación solo producirá confusión. Su efecto será momentáneo y una desigualdad brutal le sucederá.
>
> William Godwin, *An Enquiry Concerning Political Justice,* 1793.

Así como suele considerarse a Babeuf el primer comunista, el inglés William Godwin es mencionado con frecuencia como el primer anarquista. Esos dos términos, «comunismo» y «anarquismo» no existían a finales del siglo XVIII y solo aparecen en el transcurso del siglo XIX, lo mismo que las palabras «socialismo», «capitalismo», «liberalismo», «colectivismo», «bonapartismo» y, más tarde, «marxismo», «colonialismo», etcétera. El siglo XIX fue particularmente prolífico en palabras terminadas en «ismo», posiblemente porque, más que en el pasado, hubo un interés por categorizar sistemáticamente los fenómenos políticos e ideológicos.

Godwin, antiguo sacerdote calvinista que se volvió ateo y escritor reconocido, había publicado durante la Revolución francesa una obra precursora sobre el sentido de la justicia política. En gran medida, ese libro pretendía ser la respuesta de un hombre «de izquierda» al ensayo del conservador Burke. Godwin había respaldado la Revolución en sus fases iniciales, pero en ese texto precoz ya se observa su reticencia no solo ante el autoritarismo y el centralismo, tan francés a sus ojos, sino también en relación con la existencia misma del Estado y su capacidad, en su carácter de órgano superior, de promover la igualdad.

Según Godwin, la Revolución, que en varios planos ha inaugurado la política moderna –o sea, la acción consciente y organizada destinada a influir en las relaciones de fuerzas sociales y económicas– había terminado por engendrar una profunda reserva respecto de la acción política misma. La violencia que la había acompañado, su fracaso, su devenir autocrático, su desencadenamiento militar y la decadencia de la efervescencia de las masas hicieron que en casi toda Europa muchos espíritus se orientaran hacia la escritura de profecías sociales, en lugar de asumir un compromiso político efectivo.

De William Godwin a Robert Owen, pasando por Claude Henri de Saint-Simon, Charles Fourier y muchos otros ensayistas menos célebres, el primer cuarto del siglo XIX produjo una serie de pensadores originales que se lanzaron a hacer una crítica radical del orden existente. Más tarde, sus obras serán calificadas como «utopías». Sin embargo, a diferencia de Tomás Moro, que había redactado su *Utopía* en el siglo XVI sin creer que se haría realidad, los

pensadores posrevolucionarios franceses e ingleses no se consideraban «utopistas». Estaban plenamente persuadidos de que sus doctrinas iban a concretarse en un futuro cercano y que permitirían reducir las desigualdades que se habían hecho evidentes en ese mundo nuevo. La visión del futuro o, como decía Víctor Hugo, «la verdad de mañana», constituía el arma crítica que oponían a las injusticias del mundo real. Más allá de las importantes diferencias entre ellos, aquellos pensadores pueden seguramente considerarse hombres de izquierdas.

Godwin recusaba todo tipo de autoridad, incluida la de un Estado que se dijera republicano. Según él, todas las instancias políticas estaban condenadas a atrofiarse o a desaparecer rápidamente. Como buen discípulo de Rousseau que era, juzgaba que el hombre es fundamentalmente bueno y que sus comportamientos pueden estar guiados por la razón. Lo que arruina el carácter de las personas y degrada sus relaciones es la dureza de las condiciones de vida. A la larga, hay que tener confianza en el cerebro humano y mejorarlo por medio de una educación ampliada y más aún mediante el alivio de las condiciones materiales de existencia. Como Rousseau, sentía un profundo repudio por la carrera en pos de la acumulación de un capital superfluo y por la vida de lujos. Por eso, predicaba la moderación, llamaba a sentirse satisfecho con poco y promovía la convivencia cordial auténtica con el prójimo.

La Revolución francesa no era el único ejemplo al que apelaba Godwin, quien también fue testigo de las primeras consecuencias de la industrialización en Inglaterra. Si bien aprobaba la mecanización, pues creía que terminaría por aliviar el trabajo manual, juzgaba severamente la concentración de los trabajadores en sitios de producción superpoblados en donde sufrían alienación y explotación. Godwin detestaba a los patrones de toda especie y esperaba que la evolución histórica condujera a los hombres a vivir exclusivamente de su labor, a unirse en comunidades de producción y no vivir ya a expensas de otros. Solo una sociedad futura de este tipo estaría en condiciones de reducir la necesidad de un Estado, fuera monárquico o republicano. En sus obras, Godwin no cesaba de reiterar una áspera crítica a la peligrosa ilusión que consistía en suponer que el medio de contrarrestar el acrecentamiento de las desigualdades era tener «más Estado».

Los «utopistas» franceses

Saint-Simon, contemporáneo de Godwin, afrontó de manera diferente las mutaciones de su tiempo. Al principio y por un breve momento, expresó su apoyo a Napoleón Bonaparte (argumentando que este había ayudado a los científicos), antes de respaldar el Congreso de Viena, sosteniendo que instauraba una era de paz en Europa después de la caída del Emperador. No obstante, prefirió, en general, mantenerse al margen de la política al tiempo que desarrollaba tesis filosóficas utilitaristas.

Como Godwin, Saint-Simon era muy reservado respecto de la Revolución francesa a causa de la violencia que la había caracterizado y de las guerras devastadoras que la siguieron. Estimaba, sin embargo, que había sido necesaria para destruir el Antiguo Régimen. Según él, el problema cardinal de la época era que la Revolución no había construido nada y que, por lo tanto, había que inventar un nuevo orden conforme al progreso de la humanidad. Saint-Simon

legó a la izquierda la idea de que la historia está regida por leyes y constituida por etapas sucesivas, la última de las cuales estará dominada por la razón científica y no reconocerá otros privilegios que los derechos debidos a la competencia.

Los escritos de Saint-Simon abundan en ideas originales, en parte totalmente quiméricas, pero también de una lógica impresionante. Este pensador fue el primero en imaginar y proponer un canal que vinculara los océanos Atlántico y Pacífico en México. Asimismo, planificó grandes obras públicas que fueron íntegramente realizadas mucho más tarde. En uno de sus primeros escritos, las *Lettres d'un habitant de Genève à ses contemporains* (1803) –la referencia a Ginebra no es ciertamente fortuita– expresa la idea de que todo poder político, monárquico o republicano es fundamentalmente inepto. Solo un poder científico tendrá la capacidad efectiva de hacer progresar la sociedad y de abrirle nuevos horizontes. A ese efecto, convino en elegir veintiún intelectuales (Saint-Simon fue el primero en emplear el calificativo «intelectual» como término genérico) surgidos de cuatro grandes culturas europeas (la francesa, la inglesa, la alemana y la italiana) que constituirían un «consejo de Newton» europeo encargado de guiar a los científicos y a los industriales.

Antiguo aristócrata, no sentía ninguna simpatía por los representantes de la nación engendrados por la Revolución y temía que esta suscitara guerras tan interminables como mortíferas. También fue uno de los primeros que reflexionó sobre la idea de una Europa unida, no por conquistas sino sobre una base voluntaria. Esta Europa debía aportar la buena nueva de la ciencia a los demás continentes que aún estaban en el estadio de su primera juventud, para permitir así que toda la humanidad alcanzara su nivel supremo de desarrollo histórico: el del racionalismo y el pacifismo. Para Saint-Simon solo la ciencia y la instrucción podían reducir la ignorancia que incitaba a las multitudes a cometer actos de violencia y destrucción. Y solo el reino de la nueva filosofía, fundada en la ciencia, podría anunciar el advenimiento de una era orgánica, no conflictiva y crítica en la que se alentarían la ciencia, la producción y las artes que nutren la imaginación creadora.

Saint-Simon condenaba la lucha de clases entre los burgueses capitalistas y los obreros por considerarla inútil. Según él, estos dos grupos compartían un mérito: eran los fundamentos del orden industrial y por ellos estaban llamados a luchar juntos contra la ociosidad de los ricos, los nobles, los militares y todas las demás categorías de parásitos. Como la gran masa de los trabajadores eran pobres, la sociedad debía orientar sus recursos a fin de mejorar su suerte. Saint-Simon estaba persuadido de que los industriales, pero también los banqueros, obrarían, aunque solo fuera por su propio interés, a favor de aumentar la producción y responder cada vez más a las necesidades sociales.

En la última parte de sus voluminosas obras, Saint-Simon llegó a la conclusión de que la razón y la ciencia no bastarían para hacer progresar a la humanidad hasta su fase suprema. Esa idea lo incitó a preconizar el nacimiento de una suerte de religión sin teología ni dios, bautizada «nuevo cristianismo». Esta religión debía organizar y movilizar opiniones y fuerzas espirituales a fin de lograr la transformación del mundo social. El nuevo credo, una especie de mística laica, debía fusionarse con la razón con el propósito de acelerar la instauración del régimen del futuro.

¿Habría que definir a Saint-Simon como un pensador de izquierda? Esta personalidad compleja y original constituye sin ninguna duda un caso límite. A lo largo de toda su obra, su objetivo mayor no es suprimir, ni siquiera reducir, la desigualdad, sino instaurar una

organización más racional y científica de la producción. El hecho de que haya comprendido, antes que muchos otros, que detrás de los conflictos políticos se hallan los procesos económicos, su repudio del despilfarro orquestado por los ricos ociosos y corruptos que viven como parásitos, su crítica al derecho ilimitado de los ricos a legar su fortuna, su certeza de que el acrecentamiento de la producción y la creación de instituciones pedagógicas y científicas mejorarían la situación de la mayoría de la sociedad son todas posturas que permiten afiliarlo al universo crítico, sensible e imaginario de la izquierda histórica. Algunos preferirán ver en él a uno de los precursores de la sociología moderna[1].

Resulta más fácil, en cambio, clasificar a Charles Fourier en la categoría de los izquierdistas. Aun cuando nunca haya predicado la igualdad política sistemática, mereció que se le atribuyera la paternidad de la idea de las cooperativas. El primer punto común que tienen Fourier y Saint-Simon es que ambos fueron encarcelados durante la Revolución por especulación con la tierra pero, mientras el segundo se enriqueció durante un tiempo, Fourier que durante toda su vida fue agente comercial, había perdido casi todos sus bienes a lo largo de la década de 1790. De modo que no sorprende en absoluto que, como Saint-Simon, se hubiera distanciado de la llama y el mesianismo revolucionarios y buscara una salida apolítica a la dureza de los tiempos. Nada despertaba más su cólera que el hecho de que se equiparara su visión con la acción de los jacobinos. Debemos subrayar, además, que ni él ni Saint-Simon pusieron nunca en tela de juicio el derecho de propiedad y que ambos se opusieron vivamente a la concepción de la lucha de clases sostenida por Babeuf y sus compañeros.

De todos modos, las diferencias entre los dos pensadores son más numerosas que sus similitudes, tanto en sus puntos de partida como en sus soluciones propuestas a las fracturas sociales. En 1808, Fourier publicó su primer ensayo de importancia, la *Théorie des quatre mouvements et des destinées générales* (*Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales*). No experimentaba el menor interés por la industrialización y la ciencia y nunca comprendió que alguien pudiera creer que la aplicación de métodos científicos a la organización de la sociedad hiciera disminuir las injusticias, la pobreza y el sufrimiento humano. Fourier no menospreciaba la ciencia y, como Saint-Simon, admiraba a Newton pero, según él, la palanca para reformar el mundo se encuentra en la psicología humana. Contrariamente a lo que enseñan las religiones tradicionales, creía que los deseos, los instintos, o hasta las pasiones humanas, no son malos o peligrosos; es la organización social y económica dominante la que los sofoca y los deforma. Según Fourier, desde que las nuevas clases y más aún el capitalismo mercantil estructuran la economía moderna, la moral humana se ha ido degradando cada vez más. Fourier sentía horror por el ascenso de la potencia del comercio y el intercambio. Su experiencia de comerciante –y de hijo de comerciante– lo había convencido de que el sistema mercantil se basaba en el fraude y la explotación de quienes fabrican y venden sus productos.

Quería indagar nuevas formas de asociación cuya naturaleza alentara y permitiera la creatividad natural y diversa del ser humano. En el mundo actual, el individuo está alienado (Fourier no emplea ese término) de sus deseos y los reprime. La asociación libre –en la que el trabajo se parecerá más a un juego y a una distracción que a una necesidad y una obligación– es lo que hará posible que florezca una sociedad libre y feliz. Por lo tanto, hay que comenzar a fundar, sobre la base del voluntariado, «falansterios» (que son una especie de cooperativas ampliadas a todo el espacio de la vida social) y desarrollarlos en el marco de un Estado

federal. En un contexto semejante, los hombres y mujeres se dedicarán a hacer sus trabajos favoritos y el nivel de satisfacción y de placer que resultará de estas actividades determinará la medida de la productividad.

Para fundar la primera cooperativa, Fourier buscó en vano a algún rico deseoso de lanzarse a financiar la nueva empresa humana, pero el falansterio nunca llegó a concretarse. No obstante, la publicación de sus libros le otorgó una importante notoriedad y muchos admiradores, tanto en Francia como en Inglaterra.

Owen y la clase obrera inglesa

Se ignora hasta qué punto Robert Owen tenía conocimiento de los libros de Fourier, lo que sabemos es que su eco había llegado hasta él. En efecto, Fourier había procurado ponerse en contacto con Owen antes de manifestar su hostilidad hacia ese «imitador inglés» que no se había tomado la molestia de responderle. Sin embargo, aunque Saint-Simon y Fourier habían sido traducidos al inglés y ya tenían cierto número de simpatizantes en los círculos de la izquierda intelectual británica que estaba empezando a cobrar forma, en aquella época las ideas de Owen seguían teniendo peso.

Owen era un empresario galés que había aprovechado el despegue industrial de comienzos del siglo XIX y dirigía con su yerno una fábrica textil en Escocia. Espantado por las condiciones de vida y de trabajo de sus empleados, sobre todo de los niños, esos «enanos útiles» que trabajaban para él, trató de aplicar reglas más humanas en su fábrica. Muy pronto se dio cuenta de que el fenómeno se extendía al conjunto de la clase de los trabajadores atrapados en el ciclo de la industrialización acelerada y decidió dedicarse a mejorar la suerte de aquellos desafortunados.

A diferencia de las ideas de Saint-Simon y de Fourier, la reflexión de Owen se desarrolló directamente asociada con sus funciones de industrial. La idea de crear «aldeas colectivas» se le ocurrió al principio como una forma de reducir la miseria espantosa que sufría Inglaterra al salir de las guerras napoleónicas, cuando centenares de obreros en paro morían de hambre junto con sus familias en los barrios pobres de los suburbios. Las proposiciones de Owen suscitaron interés hasta en las filas del partido conservador pero quedaron en letra muerta. No obstante, basándose en la idea de estas unidades de producción colectivas agrícolas e industriales, Owen desarrolló rápidamente una concepción del mundo ampliada y empezó a considerarlas el punto de partida de un mundo económico de una nueva índole.

Si bien no cuestionaba la industrialización, Owen estimaba que no era bueno que su finalidad última fuera el acrecentamiento de las ganancias y la acumulación del capital. Por el contrario, debía servir de palanca para crear una sociedad de abundancia para beneficio de todos los seres humanos. En la línea de los economistas Adam Smith y David Ricardo, Owen había llegado a la conclusión de que, a fin de evaluar el costo de un producto es necesario hablar, en general, del «tiempo de trabajo» invertido en la producción. El trabajo incorporado en un producto y no el dinero debe ser, según él, el criterio de comparación entre los objetos. Era necesario comenzar a aplicar ese principio a comunidades de producción colectivas que constituirían un modelo para toda la sociedad. Así fue como Owen, en su condición de

empresario, comenzó a fundar establecimientos colectivos e igualitarios, primero en Inglaterra y luego en Estados Unidos. Estas comunidades prosperaron y tuvieron una existencia duradera pero terminaron por declinar y finalmente, desaparecer.

Mientras Owen estuvo en Estados Unidos, sus ideas continuaron difundiéndose en Inglaterra, donde se crearon cooperativas de producción y de consumo. En paralelo, comenzó a emerger lentamente un nuevo fenómeno social: protestas cada vez más numerosas y, simultáneamente, intentos de autoorganización surgían de la clase obrera en pleno crecimiento como consecuencia de la industrialización rápida. Ya no se trataba de esperar que los filántropos o los filósofos subvencionaran o imaginaran la sociedad futura, como había pensado Owen al comienzo, se trataba de la lucha de los trabajadores por lograr su propia emancipación.

En 1830, a instigación de los partidarios de Owen, se fundó la National Association for the Protection of Labour (Asociación nacional para la protección del trabajo). Financiada por el mismo Owen, también se creó en 1835 una Bolsa de trabajo equitativo en la que uno podía intercambiar productos en función del tiempo de trabajo que había invertido para fabricarlos. También surgieron tiendas cooperativas que limitaban los precios minimizando los costes intermediarios.

Por más que Owen se oponía a la lucha de clases por temor a los actos de violencia que podía acarrear –el recuerdo de la acción de los *Luddites* (luditas), los rompedores de máquinas de comienzos del siglo XIX, ejercía un efecto disuasivo en su espíritu–, cada vez más obreros –particularmente quienes tenían una alta calificación profesional– emitían reivindicaciones políticas más radicales. Las huelgas eran cada vez más frecuentes y fueron duramente reprimidas o dieron lugar a *«lock outs»* (cierres de establecimientos decididos por los patrones). En 1831, se lanzó por primera vez –aparentemente promovida por William Benbow– la idea de una huelga general o Grand National Holiday, destinada a oponerse al orden existente en su totalidad.

Sobre la marcha, los empleadores hicieron todo lo posible para quebrar los intentos de organización y, en 1834, el gobierno terminó desmantelando la Unión Nacional de los trabajadores. Ese mismo año, la Poor Law limitó la asistencia a los más desprotegidos. Owen tomó distancia del movimiento sindical declinante y, con ayuda de sus seguidores, principalmente los partidarios ingleses de Saint-Simon, emprendió la difusión de una nueva «religión científica» de bases laicas, cuya finalidad consistía en desarrollar el amor y la fraternidad entre los hombres. Al mismo tiempo, comenzó a sonar entre sus partidarios y, del otro lado del canal de la Mancha, en el círculo de Pierre Leroux y los «sansimonianos», un término nuevo: «socialismo». Lo que al principio se había concebido como una palabra opuesta a la idea de individualismo pronto llegó a ser el denominador común de las corrientes críticas de un sistema en el que el capital domina el conjunto de los medios de producción.

Después del fracaso de la fundación de los primeros sindicatos, la acción se orientó hacia objetivos más políticos. Militantes radicales surgidos de las primeras organizaciones obreras, algunos de los cuales se definían como socialistas, se reunieron en mayo de 1838 para redactar la *People's Charter (La carta del pueblo).* Entre los redactores figuraba un compañero de Owen, William Lovett. Ciertamente, la reforma electoral de 1832 había ampliado un poco el derecho de voto, pero dejaba de lado a numerosos individuos, comenzando por los miembros de la clase obrera. Ni el partido liberal –los Whigs– ni el partido conservador –los Tories–

estaban dispuestos a establecer una democracia en la que el pueblo «bajo» tuviera su parte de soberanía. La carta exigía el sufragio universal masculino, el escrutinio secreto, el pago de un subsidio a los elegidos, la supresión de la obligación de ser propietario para presentarse como candidato, circunscripciones electorales de un mismo tamaño y una duración del mandato electoral reducida a un año. Con escasas diferencias, eran las reivindicaciones que reclamaban los *Levellers* casi dos siglos antes. Muchos de los primeros simpatizantes de los *chartistas* esperaban que, con ayuda del principio democrático, lograrían asentar el movimiento cooperativo, conquistar derechos sociales para los trabajadores y obtener mejores condiciones de trabajo en las fábricas. Esta exigencia democrática estaba acompañada de la voluntad de mejorar la situación de los pobres; dicho de otro modo, la democracia política tenía, de entrada, la vocación de ser además una democracia social. La igualdad política debía, ante todo, ponerse al servicio del progreso de la igualdad social.

La carta, sometida a la aprobación del pueblo, fue ratificada por más de un millón de súbditos del reino pero, en 1839, el parlamento la rechazó. Como reacción, estalló una revuelta que se disipó rápidamente y dio lugar a una ola de arrestos. La ulterior puesta en libertad de sus líderes reavivó una vigorosa campaña de propaganda que concitó multitudinarias manifestaciones. En 1842 fue presentada una nueva petición, esta vez con el respaldo de 3,3 millones de firmas, que el Parlamento también rechazó, lo cual impulsó nuevamente un vasto movimiento de huelgas infructuosas que terminaron desmoralizando a numerosos militantes.

En 1848, cuando en el continente se registraban una serie de insurrecciones y revoluciones, se redactó una nueva petición que reunió también millones de firmas. Instruido por la experiencia, el gobierno británico reprimió por la fuerza las vastas manifestaciones que volvieron a colmar las calles y se organizó enérgicamente para impedir levantamientos semejantes a los que se estaban dando en casi toda Europa.

El movimiento laborista inglés terminaría por recuperarse; a partir de los años 1850, se crearán nuevas asociaciones profesionales que no cesarán de fortalecerse hasta el fin del siglo. El derecho de votó se ampliará primero en 1867 y luego, aún más, en 1884, pero la plena democracia representativa, es decir, la extensión del derecho a elegir y ser elegido a todos los súbditos del reino, solo se obtendrá en 1918, después de que murieran más de 700.000 hombres en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, principalmente obreros y campesinos que, indirectamente, habrán contribuido a hacer progresar el principio de igualdad política.

---

[1] Auguste Comte, tenido por uno de los fundadores de la sociología, fue durante ocho años secretario personal de Saint-Simon, de quien adoptó una buena cantidad de ideas en su doctrina «científica».

IV

La primavera de los pueblos

París, capital del siglo XIX

> Por grande que sea la desigualdad, no lastima tanto las miradas cuando todas las condiciones son desiguales; mientras que la más pequeña desemejanza parece chocante en el seno de la uniformidad general y su vista se hace más insoportable a medida que la uniformidad es más completa. Por lo tanto, es natural que el amor por la igualdad crezca sin cesar con la igualdad misma; satisfaciéndola se la desarrolla.
>
> Alexis de Tocqueville, *De la Démocratie en Amérique,* 1835.

La derrota de Napoleón en 1815 parece marcar la restauración del antiguo orden en Europa. El Congreso de Viena, reunido bajo el patrocinio de cuatro reinos victoriosos, busca entonces restablecer los poderes de las dinastías aristocráticas y monárquicas, duramente maltratadas por la guerra total que había sacudido al conjunto de Europa. Sin embargo, en 1820 estalla en España una rebelión contra el intento de restaurar el absolutismo. Como consecuencia de ese levantamiento burgués, que le impuso una constitución a Fernando VII (quien tres años más tarde sería reinstalado en el poder gracias a una intervención francesa), aparece por primera vez la palabra «liberalismo».

En realidad, la noción misma de «liberalismo» podría aplicársele retroactivamente tanto a la «Revolución Gloriosa» de 1688, como a la corriente política de los Whigs, que se inició entonces, y hasta a Voltaire y a Montesquieu e, incluso, a las primeras fases de la Revolución francesa hasta el advenimiento de los jacobinos. Un denominador común ideológico y político justifica el empleo de ese término: los círculos y las corrientes a las que puede atribuírseles el calificativo «liberal» corresponden a las fuerzas que reivindicaban la reducción del poder de los monarcas absolutistas, la instauración de un Parlamento con esa finalidad, la separación de los poderes, la igualdad ante la ley, la disminución del poder de la Iglesia y el reconocimiento del pluralismo, por cierto elitista, en la arena pública.

Otra característica común del pensamiento y la acción liberales, en su fase inicial, fue su oposición, o al menos su firme reticencia, a la instauración de los principios democráticos en la vida política. Los liberales aborrecen la tiranía pero al mismo tiempo desconfían de la intervención del populacho. Hay sólidas afinidades entre ellos y la clase socioeconómica que está remontando vuelo en bambalinas y les va a otorgar su fuerza política: la burguesía.

La reforma del derecho de voto que instituye el gobierno inglés en 1832 puede definirse como una medida liberal por excelencia. La independencia de Bélgica, que se separa de los Países Bajos en 1830 y se transforma en monarquía constitucional, también puede entenderse

como un avance del liberalismo europeo. En Sajonia y Hannover, el hecho de que los alemanes lograran ampliar sus derechos corresponde también al liberalismo. Asimismo, las jornadas revolucionarias de julio de 1830 en Francia, las «Tres Gloriosas», se conocen como un episodio a cuyo término los liberales impusieron a los realistas «legitimistas» un rey «orleanista» y un gobierno más moderado. Aquí conviene precisar que durante esas jornadas de julio, los propietarios de los talleres parisienses cerraron sus puertas para que los obreros salieran a protestar en las calles contra el poder del rey Carlos X. En efecto, los liberales, al no disponer de tropas, siempre se vieron obligados a pactar alianzas con diversos grupos sociales. Artistas, parados y estudiantes se unieron a los obreros para reclamar una nueva república. A fin de calmar la efervescencia de la calle, los liberales se apresuraron a elegir a Luis Felipe de Orleans como alternativa monárquica. Se izó la bandera tricolor de la Revolución en el palacio real, se restableció el orden y se amplió el derecho a voto (apenas): de una población de treinta y cinco millones de habitantes, ¡solo 241.000 propietarios pudieron ser electores!

En Francia y en Europa en general, el año 1830 puede entenderse como una fecha de victoria relativa del liberalismo, pero también de la izquierda republicana que comenzaba a despertar lentamente de su largo sopor «utópico». Entre la muchedumbre que deambulaba por las calles de París en julio de 1830 figuraban jóvenes militantes como el químico François-Vincent Raspail, el escritor Étienne Arago o el estudiante Auguste Blanqui, llamado a ser un revolucionario célebre. Estos tres, junto a otros, fundaron la Sociedad de Amigos del Pueblo, pronto declarada ilegal por el nuevo ministro del Interior, el historiador liberal François Guizot.

Estas persecuciones no aplacaron el entusiasmo de los militantes, una parte de los cuales se implicó en la organización de una nueva insurrección republicana abortada en 1832. Ese mismo año, se fundó otra sociedad, la Sociedad de los Derechos del Hombre, sucesora de los «Amigos del Pueblo». Animada por personajes como Buonarroti, el compañero de Babeuf, Godefroy Cavaignac y hasta el joven Armand Barbès, ya conocido por sus posiciones radicales y que se asociará durante un tiempo a Auguste Blanqui, esta organización tuvo una vida más larga.

En Francia, en este estadio, la izquierda política no pretendía instaurar un movimiento de masas organizado alrededor de una carta democrática, como en Inglaterra, sino que procuraba sobre todo unirse en grupos clandestinos que, recurriendo a la propaganda política y la acción directa, apuntaran a derrocar el régimen. Esta nueva generación de republicanos radicales se caracterizaba por desconfiar de las elecciones. La herencia de Babeuf inspiraba a numerosos artistas y obreros parisienses que luego se conocieron como «blanquistas». La visión según la cual una pequeña minoría armada y bien organizada podía aprovechar una situación de crisis para hacerse del poder e instaurar provisionalmente una dictadura previa a la creación de una república democrática, hasta socialista, recogía un eco creciente entre numerosos simpatizantes.

Así es como, en 1839, estalló en París un nuevo movimiento insurreccional que fue reprimido inmediata y duramente. Blanqui, arrestado otra vez, no recuperó la libertad hasta 1848, con la caída de la monarquía liberal, antes de volver una vez más a la cárcel, ese mismo año, como consecuencia de otro intento de insurrección. Este militante, a quien bautizaron «el Encerrado» pasó la mayor parte de su vida detrás de los barrotes.

1848, Europa en el torbellino

En la década de 1840, tras experimentar rápidos progresos económicos, toda Europa se vio sacudida por una serie de crisis, primero en la agricultura y luego en la industria. El invierno de 1847, extremadamente riguroso en el conjunto del continente, provocó malas cosechas y escasez de bienes alimentarios en las ciudades. La protesta social resultante se tradujo en la amplia difusión de la propaganda liberal y democrática que encontraba la creciente simpatía del pueblo. Una vez más, surgieron movimientos que reivindicaban y exigían la igualdad cívica y política con tal calor que hicieron que ese año 1848 recibiera un apelativo emblemático que quedó inscrito en la memoria histórica: la «primavera de los pueblos». En Suiza, los cantones liberales se impusieron sobre los cantones conservadores. En varias regiones de la península itálica estallaron levantamientos dirigidos principalmente contra la dominación austríaca. En Roma y en Venecia, los revolucionarios Giuseppe Mazzini y Giuseppe Garibaldi se pronunciaron en favor de una república italiana unificada.

Hubo revueltas obreras en las principales ciudades de la Confederación Germánica, en principados y territorios sometidos a la dominación prusiana. En diversos lugares se instauraron gobiernos liberales mientras que los llamamientos a la unión de todos los germanófonos circulaban entre los intelectuales y los artesanos de numerosas ciudades. En Berlín hasta se organizó una rebelión armada de estudiantes y obreros que fue reprimida de inmediato. El sumun del despertar político nacionalista cobró forma con un Parlamento pangermánico nombrado en Fráncfort, pero los principales debates, animados por los liberales, en su mayoría profesores conservadores, hicieron fracasar la idea de la unión y del Parlamento mismo. Un gran movimiento rebelde tuvo lugar en el Imperio austrohúngaro y, durante un breve periodo, en Hungría se hizo del poder un gobierno nacional liberal. Asimismo, en Polonia y en Bohemia, millares de manifestantes iniciaron conatos de revolución protestando en las ciudades y en el campo.

En toda Europa, con excepción de Rusia, se registraba una intensa agitación en la que se entremezclaban reivindicaciones sociales, políticas y nacionalistas. Pero ninguno de esos movimientos constituyó una plataforma para una izquierda organizada y claramente identificada ni se tradujo en una gran fuerza política capaz de canalizar las protestas y provocar un cambio de sistema. Si bien el antiguo régimen estaba maduro para caer, el nuevo no estaba aún preparado para recoger los frutos de la victoria.

La agitación terminó por extenderse y a veces sufrió una brutal represión. Hubo un solo sitio –«la capital del siglo XIX», según la expresión admirativa de Walter Benjamin– en donde la revuelta urbana desembocó en una nueva revolución. En febrero de 1848, las calles de París estaban erizadas de barricadas durante un levantamiento iniciado como consecuencia de la «campaña de los banquetes», insurrección que obligó a Luis Felipe a abandonar la capital. Los jefes de los insurgentes proclamaron de inmediato la república y llamaron a elecciones de sufragio universal (masculino). Los liberales rechinaron los dientes, pero aceptaron a desgana el principio democrático, procurando al mismo tiempo limitar los «estragos» que podría causar la cólera popular.

Los blanquistas y miembros de otras sociedades secretas que habían contribuido en gran medida a la caída de Luis Felipe, temiendo una victoria de las provincias antirrepublicanas,

exigieron el aplazamiento provisional de las elecciones; durante una gran manifestación del pueblo delante de la sede del nuevo gobierno, reclamaron también que se sustituyera la bandera tricolor por una roja.

El poeta romántico y liberal Alphonse de Lamartine, que se había autoproclamado ministro de Asuntos Extranjeros, se dirigió a los radicales empleando una retórica patriótica extremadamente eficaz que luego sería reutilizada en numerosas ocasiones: «Si me quitan la bandera tricolor, sabedlo bien, ¡me quitarán la mitad de la fuerza exterior de Francia! Pues Europa solo reconoce la bandera de sus derrotas y de nuestras victorias en el pabellón de la República y el Imperio. […] Es la bandera de Francia, es la bandera de nuestros ejércitos victoriosos, es la bandera de nuestros triunfos la que hay que enarbolar ante Europa. Francia y la bandera tricolor son un mismo pensamiento, un mismo prestigio y, si hace falta, ¡un mismo terror para nuestros enemigos! Ciudadanos, por mi parte, nunca adoptaría la bandera roja […]».

La Segunda República rechazó pues la divisa roja que solo volvió a enarbolarse nuevamente en 1871 con la Comuna de París. El gobierno provisional comprendía, en efecto, una mayoría de liberales moderados, entre los que descollaban el mismo Lamartine, el abogado Adolphe Crémieux, el republicano Ledru-Rollin y dos representantes auténticos de la izquierda democrática. Estas dos personalidades, que con todo derecho pueden ser tenidos como los primeros ministros socialistas de la historia –aunque sin «cartera»– eran Alexandre Martin, también llamado «Albert el Obrero», y Louis Blanc, historiador y periodista.

Los primeros socialistas en el poder

Surgido de los grupos revolucionarios clandestinos que habían desempeñado un importante papel en la insurrección, Albert fue el primer trabajador manual que llegó a ser ministro. Además, fue nombrado vicepresidente de la Comisión de Luxemburgo, cuya tarea era proponer una nueva organización del trabajo y cuya presidencia recayó en su amigo Louis Blanc. Ambos se afanaron por hacer aplicar una política social que estuviera al servicio de los artesanos, de los obreros y de los campesinos pobres y que tenía como propósito inmediato la reducción del creciente desempleo que llevaba a numerosas familias al borde de la hambruna.

Muy pronto se dieron cuenta de que la Comisión y los talleres nacionales, creados al mismo tiempo con la intención de emplear a los parados, estaban desprovistos de toda eficacia y que, en realidad, solo servían para calmar la cólera de los parisinos hambrientos. El objetivo no declarado de la Comisión, compuesta por empleadores y representantes de los trabajadores, era favorecer los acuerdos y prevenir las huelgas. No se le había asignado ningún presupuesto real y los dos socialistas, como muchos de sus herederos en el futuro, fueron simplemente los garantes de una política socioeconómica liberal prudente y temerosa. Lamartine y sus socios sabían (y tanto), que era importante no malquistarse con los burgueses quienes estaban dispuestos a hacer concesiones y, en definitiva, a aceptar los principios republicanos.

Como resultado de las elecciones de abril de 1848, Louis Blanc fue apartado de toda función gubernamental. Más tarde, acusado de haber sido responsable de las manifestaciones de la insurrección de junio, que desencadenó el cierre de los talleres nacionales, estuvo a

punto de perder la vida durante la represión extremadamente brutal que vino después. Se le retiró la inmunidad parlamentaria y, si bien él no había estado implicado en los enfrentamientos, el gobierno determinó que sería juzgado por su participación. Se refugió en Bélgica, pero allí se le negó la residencia como consecuencia de la presión diplomática ejercida por Francia. Así, se vio obligado a instalarse en Inglaterra donde inició un exilio que duró veinte años. En Londres vivió parcamente dando conferencias y se hizo amigo del filósofo John Stuart Mill. Aquel exilio londinense tuvo el efecto de reforzar su enfoque teórico del socialismo, marcado por una impregnación de ideas liberales particulares.

Siempre se menciona a Louis Blanc como un reformista radical y una figura de excepción en el seno de la nueva izquierda política. A diferencia de Blanqui y de sus propios compañeros de los grupos revolucionarios, Blanc confiaba plenamente en el pueblo y, por ende, en las elecciones, sin descartar la posibilidad de que lo decepcionaran, como sucedió a partir de 1849. Su concepción de la democracia era ciertamente radical pero opuesta al jacobinismo y, como vimos, profundamente teñida de liberalismo. En gran medida, Blanc puede ser tenido como el padre espiritual de las corrientes socialdemócratas, así como de Jean Jaurès y hasta de Léon Blum. Mostraba sus reservas ante la idea de la lucha de clases y, más aún, ante la idea de tomar el poder mediante las armas.

En su importante ensayo de 1839 titulado *Organisation du travail*, figura una famosa frase, llamada a convertirse en piedra de toque de muchas formulaciones socialistas: «La igualdad no es pues sino la proporcionalidad; solo existirá de manera verdadera cuando cada uno […] produzca según sus capacidades y consuma según sus necesidades». Por otra parte, muy probablemente haya sido el primero en emplear el término «capitalismo», que aparece en letra bastardilla en el prefacio a la novena edición de su libro.

La decepción que le provocó la acción del gobierno provisional incitó a Louis Blanc a mostrarse más escéptico respecto del «socialismo estatal»; desde entonces solo otorgará al Estado un papel subsidiario en la lucha por una nueva sociedad y, en consecuencia, se pronunciará por la descentralización de los poderes estatales. Aunque, durante toda su vida, continuó preconizando la planificación estatal de la producción y la idea de que el Estado debe garantizar un empleo a cada trabajador, Blanc terminará por oponerse firmemente a la nacionalización completa de los medios de producción y pondrá la mira en la educación y la organización «desde abajo» de la clase obrera en expansión. Por esta razón, hizo suya la idea de cooperativa, cercana a los partidarios de Fourier y de Owen, y se pronunció a favor de la fundación de un banco público encargado de otorgar créditos baratos a toda unidad cooperativa de producción, así como a las asociaciones de consumidores.

Después de la partida de Blanc a Londres, la revolución democrática en la que él había tomado parte activa llegó a su fin de manera brutal. En diciembre de 1848, la elección del presidente de la República mediante sufragio universal (masculino) directo aseguró la amplia victoria de Luis Napoleón (el sobrino del primer Bonaparte). Este uso inaugural de una elección libre, precedida de la implacable represión del pueblo parisiense, elevó al poder a un hombre que debía esencialmente su reputación a la nostalgia de un pasado nacionalista aureolado de prestigio.

A semejanza de su tío, Napoleón III no tenía nada de demócrata y pronto se hizo evidente que tampoco era el liberal que se jactaba de ser. Constituía, en cambio, el símbolo de la grandeza pasada del Primer Imperio y, a la vez, una promesa de estabilidad del orden burgués.

Durante la elección, liberales atemorizados, sostenidos por una clase media en ascenso y un amplio sector de los propietarios rurales –quienes recordaban perfectamente que Napoleón I había consolidado por ley la propiedad de sus tierras, adquiridas a expensas de la Iglesia durante la Revolución–, así como los conservadores, la nobleza antigua y los monarquistas, que habían comprendido que el rey ya no regresaría, formaron una vasta coalición victoriosa. Luis Napoleón fue elegido con el 75% de los votos.

Sabiendo que, según la constitución, el presidente de la República solo podía ejercer un mandato limitado a cuatro años, Luis Napoleón Bonaparte organizó un golpe de Estado en su tercer año de presidencia a fin de hacerse nombrar emperador de los franceses. Un plebiscito, ampliamente manipulado, sirvió para considerarlo entronizado por el pueblo, lo cual permitió a «Napoleón el pequeño» (según la fórmula de Victor Hugo), dotado de plenos poderes, gobernar Francia durante casi veinte años, hasta su derrota militar frente a Prusia en 1870. A partir de 1860, sintiéndose suficientemente seguro de sí, Napoleón III, flexibilizó un poco el aspecto autoritario de su régimen y hasta se esforzó por adoptar una política social moderada, con ayuda de inversores sansimonianos. De ese modo logró, durante varios años, situar bajo un apagavelas a la izquierda democrática que en 1848 había logrado llegar al umbral del poder en París.

Nuevamente, una revolución había desembocado en una dictadura política, nacida esta vez, no de un golpe de Estado militar, sino de una elección. La mayoría de los campesinos y los pequeñoburgueses urbanos se inclinaron a favor de un poder fuerte, capaz de restablecer el orden (y tal vez borrar la humillación de Waterloo).

El bonapartismo puede entenderse como el primer avatar de un nacional-populismo llamado a desempeñar un papel importante a lo largo de todo el siglo XX y más allá.

V

Proudhon, Bakunin y el anarquismo como libertad

> Como el hombre busca la justicia en la igualdad, la sociedad busca el orden en la anarquía (ἀναρχία, en griego antiguo: ausencia de poder).
>
> Pierre Joseph Proudhon, *Qu'est-ce que la propriété?,* 1840.

Junto a Louis Blanc y a otras personalidades de izquierda, particularmente Arago, Barbès y Raspail, dos hombres originales que habían dejado impresa su marca en la vida intelectual del país ocuparon su escaño en la Asamblea Nacional constituyente elegida en 1848. A la derecha, Alexis de Tocqueville, y en el lado opuesto, frente a él, Pierre-Joseph Proudhon. El primero es probablemente el pensador liberal más importante de su época. Al segundo se lo considera, con William Godwin, el fundador de la doctrina anarquista. Se ignora hasta qué punto se conocían entre sí. Posiblemente se saludaran al cruzarse a la entrada o a la salida del hemiciclo. Lo que sabemos con seguridad es que Tocqueville no aplaudió el inflamado discurso revolucionario pronunciado por Proudhon el 31 de julio de 1848.

Sin embargo, estos dos pensadores tenían un punto en común: veían en el centralismo autoritario legado por la Revolución francesa una fuente de opresión política y una supervivencia ideológica que hipotecaba las libertades fundamentales en la sociedad moderna. A Tocqueville le preocupaba la separación de los poderes, la autonomía del espacio público y temía el retorno de la «democracia jacobina» desprovista de frenos liberales. A Proudhon no le gustaban el bonapartismo ni el blanquismo ni el sansimonismo; en otras palabras, le repugnaba todo tipo de administración centralizada de la vida social. No obstante, era coherente en su apoyo a la lucha de clases y toda su vida anheló contribuir a una revolución social no violenta.

Más allá de su sensibilidad política compartida frente a una autoridad opresora y a la negación de las libertades, Tocqueville y Proudhon divergían en numerosos puntos. El primero, perteneciente a la nobleza, poseía un vasto territorio en Normandía. El segundo, nativo de Besançon, era hijo de un tonelero y de una campesina pobre, origen que lo enorgullecía. Autodidacta, era uno de esos raros pensadores de izquierda procedente de un medio de pequeños artesanos que había sido trabajador manual en su juventud. Tocqueville siempre sintió curiosidad por la ética de la igualdad, lo que no le impedía distanciarse de ella con horror, mientras que Proudhon dedicó la totalidad de su existencia a luchar por hacerla realidad, a pesar de que tenía sus reservas ante el simplismo de la exigencia popular de igualdad.

Hay otra diferencia notable entre las biografías de estos dos pensadores: Tocqueville fue

nombrado ministro de Asuntos Extranjeros en 1848, durante la presidencia de Luis Napoleón Bonaparte, y cumplió esa función hasta el día en que este se hizo coronar emperador. Ese mismo año, Proudhon recibía una condena de tres años de cárcel por haber apoyado a los insurgentes de junio de 1848 y haber pronunciado filípicas contra el poder del nuevo presidente. Tras su liberación en 1852, Proudhon conservaba intactas su valentía política y su fecundidad literaria, como lo atestigua la publicación de su ensayo de 1858: *De la justice dans la révolution et dans l'Église (De la justicia en la revolución y en la Iglesia)*. Este alegato furibundo contra la Iglesia católica le valió una nueva condena a tres años de prisión por lo que, como antes que él Louis Blanc y Victor Hugo, se vio obligado a refugiarse en Bélgica. Fue amnistiado en 1860 y hasta su muerte continuó siendo uno de los principales portavoces de la izquierda francesa. El título de su última obra, *La Guerre et la Paix (La guerra y la paz),* fue retomado por León Tolstoi como un homenaje al gran anarquista.

La consolidación de las ideas anarquistas

Antiguo aprendiz de artesano, Proudhon había conservado la sensibilidad y las contradicciones características de buen número de personas de esa clase social y de su generación. Era simultáneamente misógino, judeófobo y ampliamente xenófobo, particularmente en relación con los ingleses. Sin embargo, jamás renunció a repudiar la dominación, la autoridad y la sumisión. Su sed de libertad y de autonomía nunca pasaba a un segundo plano en su combate por la igualdad y la justicia social. En lo tocante a la política, Proudhon siempre pensó que el socialismo del futuro debería realizarse fuera de la dominación del capital y de la tutela del Estado, mediante el desarrollo de proyectos autogestionados basados en la descentralización y el federalismo. A semejanza de Rousseau, desconfiaba de toda representación política centralizada y no concebía la política en otro nivel que no fuera el de las asociaciones que administraban la producción por medio del mutualismo popular.

En su primera obra de importancia, *Qu'est-ce que la propriété? (¿Qué es la propiedad?)* –que Marx, exiliado en París consideraba su mejor texto–, la respuesta ofrecida es bien conocida: «La propiedad es un robo». Con todo, en sus escritos ulteriores, Proudhon no descarta enteramente la propiedad individual. No creía que la nacionalización del conjunto de los medios de producción, esto es, la transformación de la propiedad privada en propiedad del Estado, condujera a una sociedad más justa y más igualitaria. Los hombres, o más exactamente, las familias y no lo individuos, debían poder conservar bienes, servirse de ellos a voluntad y hasta transmitirlos a sus descendientes, pero no debían utilizarlos con el propósito de aprovecharse del fruto del trabajo de otros. La propiedad debía pues estar limitada por los derechos públicos.

En la imaginación fértil e innovadora de Proudhon las unidades de producción tenían vocación de ser de talla modesta, guiadas por dos principios esenciales: la autogestión y la mutualidad. En cuanto al valor de intercambio de los productos, debía fijarse en función de la cantidad de trabajo que contuvieran, sabiendo que quien procedía a hacer el intercambio también debía considerarse como parte integrante de la producción.

Las concepciones económicas de Proudhon se aproximaban a las de Louis Blanc, aun cuando el primero no soportara a este último a causa de su propensión a asociar el Estado con la organización de la producción. Como Blanc, Proudhon preconizaba la creación de un banco público de crédito que no cobrara intereses y financiara cooperativas y organizaciones de trabajo socialistas. Su capital inicial provendría del impuesto al capital industrial privado y a los ingresos de los propietarios rurales acaudalados. La extensión de la producción colectiva debía limitar cada vez más la producción puramente capitalista, con la hipótesis plausible de que terminaría por reemplazarla.

Proudhon estimaba que la industrialización era necesaria pero, como Rousseau, estaba, al mismo tiempo enamorado de la naturaleza, amaba las aldeas y a los campesinos y no sentía ningún aprecio por la intelectualización de los sentimientos humanos. Estaba dispuesto a reconocer, sin ofenderse, que en sus escritos había contradicciones e incoherencias. El extenso saber que poseía en economía política no se había traducido en un enfoque sistémico y coherente.

Casi todo lo que ha escrito Marx sobre Proudhon, en su mordaz ensayo *Misère de la philosophie (La miseria de la filosofía),* da en el blanco. No obstante, hay que reconocer que Proudhon no estaba errado cuando percibía una tendencia a la intolerancia en el filósofo alemán. Cuando en 1846, antes de la polémica entre ambos, Marx le pidió a Proudhon que se uniera al movimiento de la izquierda paneuropea, el francés le respondió, en una larga carta: «No tratemos también nosotros de adoctrinar al pueblo, no caigamos en la misma contradicción de su compatriota, Martín Lutero, quien después de haber derribado la teología católica se puso de inmediato, con ayuda de excomuniones y anatemas, a fundar una teología protestante. […] Que el estar a la cabeza de un movimiento no nos haga los jefes de una nueva intolerancia, no nos erijamos en apóstoles de una nueva religión, aunque esta sea la religión de la lógica, la religión de la razón. Acojamos todas las protestas, alentémoslas, estigmaticemos todas las exclusiones, todos los misticismos, no consideremos nunca que una cuestión está agotada. […] Con esa condición, yo entraría con gusto en su asociación. Si no, ¡no!»

A la vista de este intercambio, no cabe asombrarse de que posteriormente aparecieran corrientes denominadas marxista, leninista, trotskista o maoísta, mientras que será difícil encontrar movimientos que reivindiquen el proudhonismo, el bakuninismo, el kropotkinismo, etcétera, pero hallaremos en cambio varias corrientes que se identifiquen con el anarquismo, el anarcocolectivismo, el anarcosindicalismo y hasta el anarquismo individualista[1]. En el patrimonio anarquista inaugurado por Godwin y Proudhon, el conflicto mayor no opone a los capitalistas y los proletarios sino que se da entre dominantes y dominados, dirigentes y dirigidos. Esta herencia contestataria se ha transmitido en el seno de los movimientos de izquierda en Europa y más allá. Entre los primeros partidarios de Proudhon, Mijaíl Bakunin fue uno de los más descollantes. Perteneciente a la nobleza rusa, Bakunin había renunciado a los privilegios de su casta para convertirse en un vagabundo que recorría Europa; revolucionario errante, constantemente perseguido, contribuyó en alto grado a la difusión de las ideas anarquistas. Durante su estancia en París, conoció a Proudhon cuyas ideas le habían causado gran impresión. En 1848, se encaramó a las barricadas de la capital y luego dedicó el resto de su vida a crear agrupaciones revolucionarias. Los diversos escritos cuya publicación emprendió él mismo, expresan gran simpatía por el socialismo libertario, así como el profundo repudio de toda forma de autoritarismo. Como Proudhon y ciertamente otros personajes de la

izquierda de su época, Bakunin era un judeófobo virulento pero, a diferencia del anarquista francés, se pronunciaba a favor de la total igualdad de derechos entre hombres y mujeres y no descartaba el uso de la violencia en los enfrentamientos sociales.

El aborrecimiento que sentía por el Estado estaba alimentado por su hostilidad sin límites hacia el zarismo: Rusia representaba a sus ojos el prototipo de la abominación estatal. A veces hasta expresó sus temores de que si se producía la Revolución en Rusia terminara engendrando un régimen represor semejante al de los zares. Como escribió, muy explícitamente: «La libertad sin el socialismo es el privilegio y la injusticia y el socialismo sin la libertad es la esclavitud y la brutalidad».

Además, veía en el anarquismo colectivista la única vía de acceso a la felicidad y el bien de la humanidad. Si bien se expresaba con especial claridad y de un modo inflamado y atrayente, Bakunin nunca expuso una presentación global de sus ideas. Lo que no le impidió, algo que no puede sorprender, que sus pensamientos hayan sido bien recibidos por los jóvenes revolucionarios, particularmente en el sur de Europa y en América. Bakunin se sentía como en casa en el Jura suizo donde existía, entre las asociaciones de relojeros, una larga tradición federalista y antiautoritaria.

En 1864, Marx y Engels participaron de la fundación en Londres de la Asociación Internacional de los Trabajadores (la AIT, que entró en la historia del movimiento obrero con el nombre de «Primera Internacional») con el fin de reunir a los revolucionarios del viejo continente antes de unir a todos los obreros del mundo. Durante la Comuna de París –la insurrección popular nacional desencadenada en 1871 como corolario de la derrota de Napoleón III frente a la invasión prusiana–, los discípulos de Proudhon y de Bakunin, junto a partidarios de Marx y de Blanqui, ocuparon su puesto en el consejo revolucionario que dirigió brevemente la ciudad. La represión brutal que puso fin a la insurrección no diferenció entre los insurgentes de las diversas tendencias; en total, entre los que murieron combatiendo y los que fueron ejecutados después, segó la vida a aproximadamente 30.000 personas.

La unidad temporal de la izquierda radical no sobrevivió largo tiempo. Pronto reaparecieron las fracturas ideológicas interpersonales; Marx y Bakunin no se soportaban y, en 1872, los anarquistas fueron excluidos de la AIT. Aunque estos trataron de reconstruir en Suiza un movimiento internacional paralelo «antijerárquico», el proyecto fracasó, como también lo hizo, por otra parte, la Primera Internacional de Marx.

El anarquismo en expansión

Si bien los anarquistas no lograron dar vida a una organización internacional, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, las ideas libertarias y antiautoritarias continuaron prosperando. Pensadores y militantes anarquistas de renombre se diseminaron incluso más allá de los confines de Europa.

Piotr Kropotkin, aristócrata en el exilio como Bakunin y figura no menos carismática, se hizo anarquista durante el periodo que pasó junto a los relojeros del Jura suizo. Al regresar a Rusia, siendo ya un activista revolucionario, cayó en prisión, logró evadirse y se refugió nuevamente en la Europa occidental. Pasando de un país a otro (Inglaterra, Francia, Suiza),

participó en la edición de boletines anarquistas, dio una serie de conferencias y fue arrestado nuevamente en Francia. Retornó a Rusia después de la revolución de febrero de 1917 y rechazó el cargo de ministro del gobierno provisional que se le ofreció entonces. Expresó su apoyo a la revolución bolchevique pero, rápidamente decepcionado con el nuevo régimen, declaró su simpatía por la revuelta anarquista liderada por Nestor Majnó en Ucrania. Kropotkin falleció en su patria en 1921 y tuvo derecho a unas exequias nacionales a las que asistió una gran multitud.

En cuanto a Enrico Malatesta, fue uno de los primeros italianos que se volvió anarquista después de su encuentro con Bakunin en Suiza. Junto a Kropotkin está considerado uno de los precursores de la corriente «anarcocomunista» y el principal artífice de su despliegue en la península italiana. Tras sufrir varios arrestos, Malatesta fue obligado a exiliarse y se refugió en El Cairo, donde participó de las primeras organizaciones anticolonialistas de la época. Luego viajó a Buenos Aires, donde aportó su contribución para que se formara el primer sindicato obrero argentino, antes de volver a Europa, vía España, donde tomó parte activa en la revuelta popular de Andalucía. Por otra parte, fue uno de los primeros pensadores en oponerse a la guerra en 1914, postura que le llevó a romper relaciones con Kropotkin quien, por el contrario, era favorable a ella. También se opuso con todas sus fuerzas al ascenso del fascismo, lo que le valió un arresto domiciliario que cumplió hasta su muerte en 1932.

Otra notable figura anarquista es Gustav Landauer, revolucionario alemán de origen judío quien en 1895 tomó el control del periódico *Der Sozialist (El socialista)* y lo convirtió en un órgano del movimiento anarquista. Más tarde se mudó a Londres, donde trabó amistad con Kropotkin, junto a quien consolidó sus puntos de vista. En 1908 retornó a Berlín; allí fundó la Federación Socialista que contó entre sus miembros notables al filósofo libertario judío Martin Buber y al poeta Erich Mühsam. Landauer se opuso ferozmente a la guerra desde 1914 y, cuando al final de las hostilidades estalló una revolución en Baviera, fue nombrado ministro de Instrucción de la República –apenas proclamada– de los consejos obreros. En 1919, tras la reconquista de Múnich por parte del ejército, fue encarcelado y ejecutado.

Podríamos citar además todo un linaje de anarquistas de renombre que militaron en la Europa de fines del siglo XIX y comienzos del XX y que dejaron su impronta en la izquierda revolucionaria. En las islas británicas, personalidades como el escritor William Morris o el crítico de arte Herbert Read se acercaron al anarquismo; lo mismo puede decirse de Domela Nieuwenhuis en los Países Bajos. La legendaria Emma Goldman, bautizada «Emma, la roja» tuvo una actuación muy comprometida, principalmente en Estados Unidos con su compañero Alexander Berkman. El anarcosindicalista alemán Rudolf Rocker también vivió un tiempo en Estados Unidos donde se desarrolló una larga y rica tradición anarquista, de Voltairine De Cleyre a Noam Chomsky, pasando por Murray Bookchin y David Graeber: otros tantos autores y autoras de textos originales y variados.

En Francia, patria de Proudhon, un buen número de pensadores anarquistas alcanzaron notoriedad. Podemos retener los nombres de Élysée Reclus, geógrafo de prestigio considerado por algunos como el primer militante ecologista; de Louise Michel, gran figura de la Comuna cuyas actividades le valieron la deportación a Nueva Caledonia o el de Bernard Lazare, gracias a quien el caso Dreyfus llegó a ser un acontecimiento público, calificado como el primer sionista francés. Podrían agregarse muchos otros nombres a esta lista, pero el elemento verdaderamente decisivo en la expansión de las ideas anarquistas es el encuentro fecundo de

estos pensadores con agrupaciones obreras poco después de la derrota de la Comuna y la terrible represión que la siguió.

Mientras comenzaban a conformarse los primeros partidos socialistas y después de que, en 1871, se reconociera el sufragio universal, muchos anarquistas repudiaron la acción terrorista individual así como la vía electoral y optaron por implicarse en la militancia sindical. En Francia, a diferencia de Inglaterra, donde se habían constituido sindicatos de trabajadores desde la primera mitad del siglo XIX, la organización autónoma de base gremial se había retrasado un poco, particularmente porque durante largo tiempo en el seno de los grupos políticos radicales (blanquistas o de otra tendencia) se había preferido la acción directa.

El advenimiento del sindicalismo revolucionario

Eugène Varlin fue el primer anarquista en comprometerse con la acción sindical y lo hizo desde antes de la Comuna pues veía en tal acción un punto de apoyo para alcanzar una transformación radical de la sociedad. Esta idea lo llevó a conducir las grandes huelgas de los encuadernadores de libros en 1864. Desde el comienzo de la insurrección parisiense de 1871, fue elegido como miembro del comité central republicano de los veinte distritos de la Comuna donde tenía a su cargo las relaciones con las demás organizaciones de trabajadores. El 28 de mayo, al concluir la Semana sangrienta, fue arrestado por el ejército, linchado y luego fusilado. Este destino refulgente y trágico marcó un hito emblemático del movimiento anarquista francés pero quien ha sido generalmente reconocido como el auténtico fundador del sindicalismo revolucionario en Francia es Fernand Pelloutier, otro anarquista.

En 1895, Pelloutier asumió las funciones de secretario de la Federación de las bolsas de trabajo, creada tres años antes y que tenía la misión de mejorar la situación de los trabajadores por medio de su acción autónoma. Desde allí, Pelloutier se propuso formalizar y difundir su idea de la huelga general como medio de imponer a los empleadores y al Estado otra relación con los trabajadores. Además, trabajó activamente para lograr la unión entre la Federación de las bolsas del trabajo y la Federación nacional de los sindicatos, unión que dio nacimiento a la Confederación General del Trabajo (CGT).

Hasta el fin de la Primera Guerra Mundial, la CGT conservó una independencia total respecto de los partidos de izquierda y desarrolló una estrategia radical, formalizada, en 1906, en la Carta de Amiens. Ese texto fundador trata de la importancia de las luchas cotidianas de los trabajadores en pos de mejorar sus condiciones de vida y de trabajo, pero subraya que tales luchas deben inscribirse en una estrategia global de largo aliento que, llegado el momento, culminará en una gran huelga general gracias a la cual se producirá la gran transformación de la propiedad de los medios de producción. La Carta hace hincapié sobre todo en la idea de que la emancipación de los trabajadores, tanto de la explotación como de las presiones que soportan, será obra de los obreros mismos. Afirma además que es ilusorio esperar que los políticos profesionales los representen en el Parlamento o el gobierno; nada de todo eso permitirá que los proletarios ejerzan el dominio de sus condiciones de vida y de trabajo.

Las principales figuras del sindicalismo revolucionario fueron Victor Griffuelhes, obrero zapatero autodidacta y jefe del movimiento en su apogeo, y Georges Sorel, un brillante

intelectual procedente del marxismo y no del anarquismo. En su obra de 1908, *Réflexions sur la violence (Reflexiones sobre la violencia),* Sorel se propuso dar una legitimación intelectual a la tendencia radical. Pero la CGT, ya antes de la Primera Guerra Mundial moderó muy rápidamente sus posiciones y la mayoría de sus miembros, como los del partido socialista (la SFIO), aprobaron la «unión sagrada» nacional en la guerra contra los alemanes.

En Italia, después de una gran huelga general organizada en 1904, hubo varios intentos de fundar un sindicato revolucionario que imitara el modelo francés. Pero en 1912 se creó la Unione Sindicale Italiana, escindida del sindicato mayoritario. A diferencia del caso francés, la mayoría de los miembros fundadores procedían del partido socialista y de los medios intelectuales y no de las corrientes anarquistas (con la excepción de Armando Borghi) ni de la clase obrera. Sus principales teóricos, Enrico Leone y Arturo Labriola, que se basaban sobre todo en los escritos de Georges Sorel, intentaron, sin mucho éxito, representar a la mayoría de los trabajadores italianos. Ciertos militantes de ese movimiento, como Alceste De Ambris, se identificaron luego con la ola nacionalista en ascenso para finalmente unirse a Mussolini y hacerse fascistas. El sindicato, por su parte, así como el Partido Socialista Italiano, se opuso a la entrada de Italia en la Primera Guerra Mundial y más tarde llegó a ser un adversario consecuente del fascismo.

En España, el movimiento sindicalista revolucionario, netamente más significativo que en Italia, reposaba en un sustrato anarquista y obrero afín al de Francia. La Confederación Nacional del Trabajo (CNT), creada en Barcelona en 1910, defendió de entrada los principios anarcosindicalistas federalistas, mutualistas y de autogestión y, sin bien acogió en su seno a un ala moderada, mantuvo permanentemente relaciones estrechas con la Federación Anarquista. A partir de 1919, la CNT amplió su base de afiliados más allá de Cataluña hasta alcanzar rápidamente un millón de miembros.

Entre los dirigentes del sindicato figuraban Salvador Seguí, pintor de edificios asesinado en 1923, y Joan Peiro, vidriero, que en 1936 ocupó el cargo de ministro de Industria en el gobierno del Frente Popular. En 1942 fue condenado a muerte y ejecutado por la dictadura militar. En los años treinta, la CNT se pronunció a favor de una alianza táctica con los partidos de la izquierda y delegó representantes para que participaran en el gobierno republicano durante la Guerra Civil. Evidentemente, durante el régimen franquista, el sindicato fue prohibido y sus miembros sufrieron una severa represión.

En la Argentina también se gestó un sindicato revolucionario de inspiración anarquista. Gracias a la presencia de Malatesta en América Latina, las ideas libertarias habían alcanzado gran difusión fundamentalmente en el seno de las organizaciones obreras. Ya en 1901, se crea la Federación Obrera Argentina, compuesta por una mayoría anarquista y una minoría socialista. Después de una escisión, en 1904, los anarquistas fundaron la Federación Obrera Regional Argentina (FORA); en los años veinte, el sindicato contaba con más de un millón de afiliados pero, durante el decenio siguiente, con la dictadura, su influencia se redujo.

La expresión del sindicalismo revolucionario también se hizo visible en los movimientos obreros canadienses, irlandeses y australianos, pero lo que llama más la atención es la situación que se vivía en Estados Unidos: en 1905, los representantes de varios estados se reunieron en Chicago para formar el sindicato Industrial Workers of the World (IWW [Trabajadores industriales del mundo]). En oposición a la American Federation of Labour (AFL [Federación estadounidense del trabajo]), que solo aceptaba en sus filas hombres

blancos, aquellos anarquistas y socialistas habían decidido crear una organización abierta a todos los asalariados sin distinción de color de piel, de género ni de religión, así como a los inmigrantes recién llegados.

La elección de Chicago como sede de la asamblea fundadora no era casual: en esa ciudad, el 1.º de mayo de 1886 se había producido la masacre de Haymarket Square seguida además de la ejecución de dos militantes anarquistas inocentes en la horca. Que se conmemorara el 1.º de mayo con un día de huelga de los obreros en el mundo entero fue una decisión tomada como consecuencia de aquel acontecimiento trágico.

Los IWW se fijaron el objetivo de luchar por el bienestar de los obreros y a la vez preparar la sociedad del futuro, libre del salariado y de la explotación. Los «Wobblies», como se los conocía entonces, predicaban lo que denominaron la «acción directa», es decir, la acción mediante la cual se despliega la democracia efectiva en el lugar de trabajo. Las huelgas puntuales constituían, según ellos, ejercicios de preparación del gran día en el que la huelga general bloquearía los medios de producción y transferiría su administración a manos de los trabajadores. Big Bill Haywood, un minero perteneciente al Partido Socialista de América, fue uno de sus primeros dirigentes. Partidario de que los sindicatos fueran independientes de los partidos políticos, se alejó del socialismo y se aproximó al anarcosindicalismo. Así, durante la reunión constitutiva del sindicato, declaró: «La meta y el objeto de esta organización deben ser entregar a la clase obrera el control del poder económico, de los medios de su existencia y del aparato de producción y de redistribución sin preocuparse por los patrones capitalistas».

Entre los obreros fundadores de la organización figuraban además dos célebres costureras: Mary Harris Jones, llamada Mother Jones, organizadora de numerosas huelgas, y Lucy Parsons, feminista anarquista de ascendencia africana y latina. Eugene Debs, obrero del ferrocarril y uno de los fundadores del Partido Socialista, así como el intelectual Daniel De Leon, miembro del Partido Socialista Laborista, también participaron de esta reunión.

En el momento más sólido de su actividad, el sindicato llegó a tener alrededor de 10.000 miembros, si bien era capaz de movilizar a varias decenas de miles de participantes en manifestaciones y huelgas. Los IWW no apelaban a la violencia pero solían responder con disparos de arma de fuego cuando se les atacaba. La lucha de clases era generalmente más violenta en los Estados Unidos que en Europa, como consecuencia de la presencia masiva de milicias privadas al servicio de los patrones. Numerosos Wobblies hallaron la muerte durante esos enfrentamientos mientras que otros fueron ejecutados por crímenes que no habían cometido; entre ellos, Joe Hill, poeta y cantante itinerante cuyas canciones populares los sindicatos difundían como material de propaganda.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, el anarquismo, en todas sus variantes, experimentará un retroceso. La *realpolitik* había mostrado sus garras durante la guerra total y la estructura de la clase obrera en las sociedades occidentales había cambiado completamente. Más tarde, en los años sesenta, el advenimiento de una «nueva izquierda» será interpretado por algunos como el despertar de la sensibilidad anarquista.

---

[1] El filósofo alemán Max Stirner fue uno de los primeros teóricos del anarquismo individualista. Marx y Engels criticaron duramente sus posiciones en contra del Estado, teñidas de egotismo nihilista («por Mí, no hay

nada por encima de Mí»).

VI

Marx, Engels y el socialismo «científico»

> Solo se puede descifrar el secreto de la expresión del valor, la igualdad y la equivalencia de todos los trabajos […] una vez que la idea de igualdad humana ha adquirido ya la tenacidad de un prejuicio popular.
>
> Karl Marx, *Das Kapital* I, 1867.

Las ideas de izquierda aparecieron más tardíamente en Alemania que en Gran Bretaña y en Francia. Algunos pensadores se volcaron a ellas estudiando los escritos del filósofo Johann Gottlieb Fichte, otros prefiriendo a los llamados «jóvenes hegelianos» (Ludwig Feuerbach, Moses Hess). Pero hubo uno –Wilhelm Weitling, sastre, autodidacta como Proudhon, revolucionario obligado a exiliarse en Francia y luego en Estados Unidos– que dedicó su vida a las luchas de los trabajadores.

Weitling puede considerarse el primer militante eminente del joven socialismo alemán. Exiliado en París en 1837, se unió al Bund des Gerechten (la Liga de los Justos) que había establecido vínculos estrechos con la Société des saisons (Sociedad de las estaciones), creada por Blanqui y sus partidarios. Weitling defendía un socialismo antimilitarista teñido de religión. Estaba persuadido de que solo los obreros mismos podían lograr su propia liberación, sin depender de la conducción de políticos ni intelectuales diplomados.

Hasta los levantamientos de 1848, las ideas revolucionarias se habían extendido mucho más entre los numerosos alemanes en el exilio que en la misma Alemania. Uno de ellos era Karl Marx. Si bien el joven filósofo hegeliano se había radicalizado precozmente dirigiendo desde 1842 un periódico orientado a la izquierda, su verdadera acción política comienza en París en colaboración con Friedrich Engels. Se habían conocido en Colonia, pero se hicieron inseparables a partir de 1844, una vez establecidos ambos en París. Los dos habían conocido y apreciado a Weitling antes de recusarlo por su incultura y su incorregible utopismo y de reemplazar su Liga de los justos por la de los comunistas, mayoritariamente compuesta de exiliados alemanes.

El *Manifiesto comunista*

En 1847, los miembros de la pequeña «liga» encargaron a Marx y a Engels la redacción del *Manifest der kommunistischen Partei (Manifiesto del Partido Comunista).* Engels redactó un primer borrador que luego Marx revisó y completó. Publicado al año siguiente, el texto tuvo al

principio una difusión muy limitada aunque luego se convirtió en uno de los documentos escritos más célebres a lo largo del siglo XIX. Para Marx no era sin embargo su primer ensayo; ya había comenzado a redactar su obra filosófica (de la que entonces solo había publicado una parte), de modo que su visión del mundo estaba ya relativamente establecida. En el *Manifiesto* sintetiza por primera vez su concepción materialista del mundo social, asociándola estrechamente a un llamamiento a la revolución, cuyos ecos iban a resonar en el mundo entero durante más de un siglo después de su publicación.

Los vientos de la tormenta que se aprestaba a estallar en Europa se sienten en el tono y el estilo acerado del texto. Los dos revolucionarios en el exilio se dirigen a todos los obreros del mundo, no únicamente a los alemanes, y los llaman a unirse en un combate común, más allá de las diferencias nacionales. Sin dejar de reconocer las entidades nacionales, el primer comunismo de Marx y Engels aspira a ser mundial: comenzará, ciertamente, germinando en el seno de cada nación, pero culminará con su triunfo universal.

El *Manifiesto* empieza presentando una teoría histórica de las más discutibles pero que servirá de punto de vista a todas las corrientes futuras que se identificarán con el marxismo: «La historia de todas las sociedades anteriores es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos, se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; la cual terminaba siempre en una transformación revolucionaria de toda la sociedad o en el hundimiento común de las clases enfrentadas».

Probablemente sea verdad que todas las sociedades humanas han estado compuestas por clases de explotadores y de explotados, pero la afirmación de que se han desarrollado luchas de clases permanentes no tiene ningún fundamento. En la mayor parte de las sociedades –desde las sociedades hidráulicas (la Mesopotamia, la antigua China, el antiguo Egipto) a las sociedades esclavistas nacidas en la cuenca del Mediterráneo y hasta la milenaria civilización feudal europea– no faltaron los conflictos y crisis sociales pero ninguno de ellos produjo una «lucha de clases» que haya terminado en una revolución ni en la aniquilación de las «clases en pugna».

El desmoronamiento del feudalismo y el advenimiento concomitante del capitalismo constituyen la única situación histórica que dio lugar a transformaciones de carácter revolucionario. La idea de asimilar un vuelco social preciso, por importante que haya sido, a una ley histórica de la mutación de las sociedades humanas respondió pues a la necesidad de fortalecer la fe de los militantes en un futuro revolucionario («un mañana feliz», dirán sus discípulos) y en la pertinencia de la vía emprendida. Más tarde, los marxistas definirán esta supuesta «ley de la historia» como una verdadera ciencia.

La visión de la historia que se ha denominado «materialista», desarrollada anteriormente por Marx y Engels (principalmente en *Die deutsche Ideologie [La ideología alemana],* su escrito común) no podría reducirse a una lucha de clases eterna. Sin embargo, la idea de que existe una correlación entre las relaciones de producción y el nivel de desarrollo de los medios de producción, y la afirmación bien conocida según la cual la conciencia depende, en última instancia, de la experiencia social vivida, pueden entenderse como hallazgos destacados concernientes a las concepciones históricas del pasado aun cuando todo eso no corresponda a una ciencia.

La descripción que ofrece el *Manifiesto* del ascenso de la burguesía, verdadero himno a su

potencia, no deja de sorprender por su fuerza y agudeza. No hay ningún equivalente de ese breve y contundente resumen de las mutaciones sobrevenidas en los umbrales de la era moderna y más aún en los tiempos que siguieron. Por supuesto, será mucho más tarde, en 1867, con la publicación de *Das Kapital (El Capital),* cuando Marx se entregue a una descripción sistemática y detallada de la naturaleza del capitalismo y de su dinámica principal. Pero él y Engels ya habían trazado en el *Manifiesto* las grandes líneas de su pensamiento; «la burguesía (…) ha demostrado lo que puede lograr la actividad humana; ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado desplazamientos muy distintos a las migraciones en masa y a las cruzadas. La burguesía no puede existir sin revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y con ellos las relaciones de producción, y por tanto todas las relaciones sociales. (…) Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes, distinguen la época burguesa de todas las anteriores. (…) La necesidad de vender cada vez más ampliamente sus productos espolea a la burguesía a recorrer el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes».

Por el contrario, la suerte de la clase trabajadora parece mucho menos resplandeciente. «Esos trabajadores, obligados a venderse a sí mismos poco a poco, son una mercancía como cualquier otro artículo comercial, sujeta, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado. El creciente empleo de máquinas y la división del trabajo han quitado al trabajo del proletario todo carácter individual y con él todo atractivo para el trabajador, que se convierte en un simple apéndice de la máquina, al que solo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje».

No obstante, con la creciente ampliación de la clase de los asalariados alienados y explotados, la burguesía engendra a sus propios enterradores y la clase que necesariamente la sucederá en el futuro. ¿Cómo tomará el proletariado conciencia de su fuerza? ¿Qué lo hará volverse revolucionario? ¡Por cierto no serán las ideas! Todas las corrientes socialistas anteriores, pequeñoburguesas, conservadoras o utópicas, no han hecho sino confundir a las grandes masas. Solo la revelación de su fuerza creciente y la toma de conciencia del interés anticapitalista inherente a su trabajo conducirán al proletariado hacia un cambio radical. Esta clase, animada y ayudada por los comunistas, se organizará como sujeto político para conquistar el poder, con la fuerza del puño, en todo el país y para abolir la propiedad privada burguesa.

Este texto fundador de los desarrollos futuros del marxismo no hace ninguna referencia a los términos igualdad, libertad ni, evidentemente, fraternidad; palabras que ya estarán casi ausentes también en los textos ulteriores. En opinión de ambos pensadores, aquellos eran conceptos burgueses e idealistas (y, además, ¡muy franceses!). Por lo tanto, la reivindicación principal, en las conclusiones del *Manifiesto,* no es una mayor igualdad socioeconómica sino la abolición de la propiedad privada y la transferencia al Estado, «es decir al proletariado organizado en clase dominante», de la administración de la gran propiedad.

¿Cómo puede la clase social más numerosa, llamada a ser la más importante de la historia, conquistar un poder político centralizado, en otras palabras, el Estado? El modelo histórico que desempeña el papel de actor principal en la imaginación de Marx y Engels es, por supuesto, la Revolución francesa, probablemente en el origen de todo el pensamiento político

del siglo XIX. Según ellos, la clase burguesa se hizo del poder aprovechando esta revolución y en adelante corresponde al proletariado, en pleno ascenso, reemplazarla. La burguesía ha dominado el Estado por intermedio de sus representantes, principalmente abogados y todo un conjunto de intelectuales pero, ¿quiénes serán los representantes de la nueva clase revolucionaria? ¿Intelectuales, oradores brillantes o trabajadores manuales particularmente dotados?

Habrá obreros que puedan tomar en sus manos la dirección de la empresa donde trabajan y asegurar directamente su gestión y podrán hacer lo mismo en los barrios en donde viven. Pero, ¿cómo podrán erigirse en clase dirigente y gobernar países como Francia, Alemania o Gran Bretaña? ¿Es en ese momento cuando, según el *Manifiesto,* el obrero, a diferencia del artista o del obrero artesano de la economía preindustrial, «se convierte en un simple apéndice de la máquina, al que solo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas»? ¿Cómo podría un obrero alienado, cuya aptitud profesional se ha empobrecido, transformarse en demiurgo revolucionario y sagaz del mundo socialista del mañana?

Marx y Engels ignoran por completo esta cuestión: nunca se interrogan sobre las competencias políticas del obrero moderno ni sobre la naturaleza y las características de la representación política. Dejarán, desgraciadamente, toda esta cuestión a sus herederos políticos y se contentarán con imaginar que después de la revolución proletaria, el Estado comenzaría a declinar *motu propio* y terminaría por desaparecer por haber perdido toda utilidad.

La tendencia a la abstracción, típica del *Manifiesto,* ha alimentado su fuerza y su dimensión mitológica ulterior. Como es el caso de la expresión «dictadura del proletariado», aun cuando esta aparezca por primera vez dos años más tarde en otro texto de Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich (Las luchas de clases en Francia)*. Evidentemente, Marx no utiliza la fórmula en el sentido de un poder minoritario opresivo sino que se refiere a «un poder democrático centralizado y temporal», tal como lo había descrito Babeuf. Sin embargo, posteriormente muchos marxistas legitimarán los regímenes dictatoriales que nacerán bajo el estandarte «comunista», apoyándose en las abstracciones léxicas de los fundadores de la doctrina.

Después del *Manifiesto,* Marx y Engels redactarán otros ensayos políticos de importancia, pero el pensamiento de Marx alcanzará su apogeo en el campo de la crítica de la economía política. Su brillante análisis de la diferencia entre el valor de uso y el valor de intercambio, que destaca la hegemonía absoluta de este último, análisis según el cual el capital no tiene vocación de satisfacer necesidades humanas sino de producir siempre más capital, continúa siendo hoy totalmente pertinente. Su visión de la plusvalía, producida por los trabajadores y arrebatada por los empleadores, que constituye la fuente de la acumulación del capital, ha llegado a ser dominante y fue retomada por todas las corrientes del socialismo en su crítica de la explotación.

Proletariado, industrialización y ciencia

Lo que se perfilaba en el *Manifiesto,* se verificará igualmente en las demás obras de Marx; me refiero al análisis predictivo de la acción de la burguesía en la historia moderna, con sus

crisis, sus mutaciones y sus éxitos notables, pero también con el colosal fracaso del análisis de la naturaleza del proletariado, de sus capacidades revolucionarias y de su conciencia de clase.

No encontramos, en el pensamiento de Marx y Engels ninguna conciencia seria de las consecuencias ecológicas de la industrialización. Rousseau, Fourier y Proudhon aman la naturaleza y se preocupaban por la fuerza creciente de la producción industrial y los eventuales estragos que provocaría en el ambiente, pero la tradición marxista ha alabado siempre el productivismo, que prepara la revolución y crea la abundancia, al tiempo que ha expresado su desdén por los «reaccionarios» románticos, nostálgicos de una naturaleza idílica. Luego se verá que hasta los años setenta del siglo XX, la idea de proteger la naturaleza será defendida sobre todo por la gente de derecha y hasta de la extrema derecha.

En la última de sus once *Thesen über Feuerbach (Tesis sobre Feuerbach),* publicadas en 1845, Marx escribe: «Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diferentes maneras cuando lo que importa es transformarlo». Y cumplió su palabra: Marx y su gran amigo continuarán siendo revolucionarios devotos el resto de sus vidas que dedicarán, primero a las luchas obreras en Alemania y luego en toda Europa. Pero nunca estuvieron a la cabeza de una revolución social y vivieron en el exilio hasta su muerte, lo que no impidió que su renombre continuara creciendo mientras estaban vivos y que varios partidos de masas inscribieran muy tempranamente su doctrina en sus programas.

Después de la Liga de los comunistas, Marx y Engels contribuyeron a crear, como ya dijimos, otra organización importante, la Asociación Internacional de los Trabajadores o la Primera Internacional. Militantes, entre ellos muchos obreros y artesanos, llegados de diversos países de Europa, se reunieron en Londres con el propósito de estudiar la posibilidad de emprender luchas comunes contra el conservadurismo y la tiranía política, pero también contra los regímenes burgueses. También participaron de los encuentros representantes de los sindicatos británicos, de opiniones generalmente moderadas. De Francia llegaron principalmente anarquistas y blanquistas, todavía militantes clandestinos. Había también combatientes de la independencia nacional italiana, de la polaca y de la irlandesa, así como revolucionarios alemanes en el exilio, empezando por los mismos Marx y Engels. Se eligió un consejo general y Marx se encargó de redactar la declaración de la Asociación.

Dos años después se celebró otra reunión en Ginebra, en el curso de la cual se acentuaron los antagonismos. Los socialistas, partidarios de no desatender el terreno parlamentario, se enfrentaron con diversas corrientes anarquistas opuestas a este tipo de enfoque. Más tarde, la AIT continuó reuniéndose una vez por año en una ciudad diferente mientras crecían las adhesiones. En 1872, en el congreso de La Haya, organizado tras la derrota de la Comuna de París, se operó una escisión definitiva entre los «marxistas políticos» y los «anarquistas apolíticos». A partir de entonces habrá dos internacionales que desaparecerán algunos años después, antes de que, en 1889, se funde la Segunda Internacional.

La actividad de Marx en el seno de la AIT no le impidió ir todos los días al British Museum a redactar allí los tres volúmenes de su obra monumental dedicada al capital ni continuar manteniendo relaciones con personalidades de la izquierda alemana. Muerto Marx en 1883, Engels terminó la redacción de los volúmenes 2 y 3 de *El Capital* que no eran entonces más que una serie de notas. Durante todo este periodo, el marxismo no cesaba de difundirse: por toda Europa había pensadores que se confesaban abiertamente «marxistas». Entre ellos hubo cuatro que se distinguieron particularmente: Paul Lafargue –yerno de Marx–

en Francia, Karl Kausky en Alemania, Antonio Labriola en Italia y Georgi Plejánov en Rusia. *Socialisme utopique et socialisme scientifique (Del socialismo utópico y socialismo científico),* ensayo de vulgarización publicado por Engels en 1880, como resumen del *Anti-Düring*, una de sus obras precedentes, representó el broche de oro de la transcripción de las teorías en una doctrina sistemática. Este folleto estuvo destinado a ser, junto con el *Manifiesto,* uno de los textos canónicos de la formalización de la ideología marxista.

En una época en la que varias disciplinas académicas –de la historia a la sociología– comenzaban a ser consideradas «ciencias», también el socialismo estimó conveniente serlo. Pero, en lugar de confinar la certeza «científica» al seno del enclave académico, el «socialismo científico» (expresión inventada por Proudhon) tenía la intención de consolidar la creencia en el futuro de la clase obrera.

El folleto de Engels vinculaba bastante esquemáticamente el «materialismo histórico», es decir, la concepción del pasado como proceso de desarrollo de los medios de producción, de los modos de trabajo y de propiedad, con la visión de un proletariado que aboliera finalmente la sociedad de clases y organizara la socialización de la producción y del intercambio. En oposición al «socialismo utópico», al que el ensayo dedica numerosas páginas críticas, esta transformación radical no sería fruto de un sueño, de la imaginación ni de una voluntad arbitraria, sino que resultaría directamente de una necesidad social histórica.

Sin embargo, concretar esta lógica determinista implicaba traducirla en actos políticos. Ahora bien, el folleto límpido de Engels se publicó justo en el momento en que comenzaban a formarse grandes movimientos obreros. Cuando, en 1889, se reunió la primera asamblea de la Segunda Internacional, con la presidencia del viejo Engels, la mayor parte de los partidos representados se definían ya como marxistas y aparentemente habían hecho de la lucha de clases su orientación estratégica. Parecía cumplirse el antiguo sueño de Marx de un movimiento obrero internacional que llevara grabada la revolución socialista en su estandarte. Y el «socialismo científico» marchaba derechamente hacia la victoria.

La Primera Internacional se había reunido inicialmente en Londres, pero los organizadores juzgaron que era mejor celebrar la Segunda en París. Seguramente porque entonces se tenía a Inglaterra como el «demiurgo del universo burgués» (según una fórmula de Marx) y porque aunque allí se encontraban los sindicatos más sólidos del mundo no había en cambio una gran representación del partido marxista.

Este enigma se repetía en relación con el desarrollo del movimiento obrero en el nivel internacional. Por ejemplo, en Estados Unidos, transformado en una gran potencia industrial, la lucha de clases había dado nacimiento a varios sindicatos, tanto reformistas como radicales, pero de ningún modo a un partido de izquierda significativo. En Inglaterra, país pionero de la industrialización, los sindicatos mismos crearán, en 1900, el Partido Laborista; en Francia, los sindicatos se habían formado y desarrollado independientemente de los partidos socialistas. En Alemania, por el contrario, el partido socialista se ocupó de fundar sindicatos, mientras que en la Rusia autocrática y agraria, donde en 1898 se creó un partido socialdemócrata vigoroso, no había casi ninguna organización sindical.

¿Da testimonio este fenómeno de que a finales del siglo XIX las relaciones de fuerzas sociales existentes en las diferentes regiones del mundo estructuraban culturas políticas específicas? ¿Tendrían esas diferencias un impacto decisivo en la evolución de la izquierda durante el siglo XX?

VII

El Cuarto Estado, entre liberalismo y democracia

> Nosotros siempre hemos desenmascarado el núcleo duro de desigualdad y servidumbres sociales que se oculta bajo la dulce envoltura de la igualdad y la libertad formales, no para rechazarla sino para incitar a la clase obrera a no contentarse con ese envoltorio y a conquistar en cambio el poder político para llenarlo de un contenido nuevo.
>
> Rosa Luxemburg, *Die Russische Revolution,* 1918.

A veces, se imponen nuevas palabras que «capturan» el sentido de fenómenos antiguos así como, en ocasiones, palabras antiguas adquieren un sentido diferente. Durante largo tiempo, tanto en la derecha como en la izquierda, se han visto en dificultades al tratar de precisar la diferencia entre liberalismo y democracia. Más aún porque el sentido de ciertos términos con los que se los ha asociado tradicionalmente puede variar de una lengua a otra. Por ejemplo, en Estados Unidos «liberal» designa a una persona o un movimiento de izquierda, mientras que en Francia «liberal» es un término que se aplica a una sensibilidad política de derecha o al capitalismo desregulado. En cuanto a la palabra «democracia», ha sufrido y sufre aún numerosas torsiones. En el pasado, el «poder del pueblo» designaba el sufragio universal destinado a elegir al soberano, según la regla «un hombre, un voto» (un universal del que estaban excluidas las mujeres): en la actualidad, en los países occidentales, el término «democracia» designa sobre todo un régimen parlamentario y una sociedad pluralista donde reina la plena libertad de organización política.

En el siglo XIX, apoyándose en el modelo jacobino, numerosos republicanos deseaban que fueran las minorías revolucionarias quienes dieran forma a la democracia. En el siglo XX, muchos (entre los comunistas de todo el mundo o en las filas de los intelectuales de la izquierda europea) juzgaron que la URSS era un auténtico régimen democrático a diferencia, por ejemplo, de los Estados Unidos, donde, según ellos, la potencia del capital desviaba constantemente la voluntad democrática del pueblo. Y, sin embargo, desde la creación de la Unión Soviética, solo el Partido Comunista estaba autorizado a participar de la elección del sóviet supremo. Desde esta perspectiva, no resulta en absoluto sorprendente que al terminar la Segunda Guerra Mundial, cuando el ejército rojo hubo conquistado la Europa oriental, el poder soviético instaurara regímenes autoritarios centralizados, autodenominados «democracias populares», que terminaron derrumbándose con él en 1989.

La China comunista, fundada en 1949, también se presentaba como una república popular y democrática. Desde su creación, había organizado minuciosamente elecciones de escrutinio secreto, en las que únicamente competía el Partido Comunista, para elegir la Asamblea Nacional Popular, órgano desde donde el pueblo «gobernaba» por intermedio de su partido. El

nombre oficial de Corea del Norte, probablemente el país más totalitario del planeta, es República Popular Democrática de Corea. En ese país, cada cinco años se realizan elecciones de escrutinio secreto obligatorio para ocupar los escaños de la Asamblea popular suprema[1]. Oficialmente, Argelia y el Congo son asimismo repúblicas democráticas populares.

Adolf Hitler, que no procedía de la izquierda, nunca definió la Alemania nazi como una democracia, mientras que Benito Mussolini, como ya veremos, siempre insistió en señalar que el fascismo contenía aspectos mucho más democráticos que otros regímenes. Calificaba la Italia fascista de «democracia musculosa y viril» en oposición a las democracias débiles y cobardes, tales como Inglaterra o Francia.

Desde la Revolución francesa, todos los movimientos y corrientes de pensamiento que se han identificado con la izquierda también han reivindicado la igualdad política y el derecho del pueblo en su totalidad –y no únicamente de los propietarios de bienes– a ser reconocido como soberano y a participar de la elección del Parlamento. Ciertamente, los anarquistas solo sentían desprecio por los procesos electorales y por la política parlamentaria, pero justamente porque exigían una mayor soberanía del pueblo sobre sí mismo y porque rechazaban a la oligarquía.

Al finalizar el siglo XIX, todos los movimientos obreros –que representaban lo que se ha llamado el «Cuarto Estado»– entonces en pleno crecimiento y cada vez mejor organizados, se proclamaban democráticos. Lo que reivindicaban sistemáticamente era la soberanía del pueblo y la igualdad política entre todos los ciudadanos y su principal objetivo político era la conquista del sufragio universal (masculino). Uno puede preguntarse, sin embargo, si sus otras reivindicaciones básicas eran liberales: la separación de poderes, la independencia de la justicia, los derechos de la persona y de las minorías, el pluralismo parlamentario, la plena y completa libertad de expresión, y tantas otras consignas surgidas de la cultura burguesa elitista, ¿formaban parte integrante de su concepción política del mundo?

La izquierda socialista nació en el contexto del fortalecimiento de la clase obrera. Si bien buena parte de sus dirigentes y portavoces eran intelectuales pertenecientes a estratos pudientes de la sociedad, la gran mayoría de sus defensores eran obreros pobremente remunerados que trabajaban doce horas al día y tenían grandes dificultades para alimentar a sus familias. Los jóvenes encadenados al ritmo frenético de máquinas ensordecedoras y los parados al borde de la miseria también se contaban entre los primeros partidarios de la izquierda socialista. Entonces, no había subsidios por desempleo ni seguridad social y mucho menos un sistema escolar del Estado. El enfermo estaba condenado a morir en su casa o en la calle, la vejez era sinónimo del fin de la vida, muchos no sabían leer ni escribir. Las «clases peligrosas», según la expresión aún empleada a mediados del siglo XIX, daban su apoyo al movimiento socialista fundamentalmente para defender sus intereses inmediatos y no por extender el liberalismo político, percibido con la mayor frecuencia como un lujo superfluo.

Otra contradicción importante distingue la izquierda obrera del liberalismo burgués: las clases adineradas que, desde el siglo XVII, habían sostenido la liberalización de las instituciones políticas, en general no eran favorables a la intervención del Estado en la vida económica. Desde su punto de vista, el Estado era una especie de vigilante nocturno que protegía la propiedad privada, pero ciertamente no como un agente llamado a intervenir en la legislación social.

A la inversa, en el albor de sus luchas, las clases trabajadoras consideraban que la

soberanía del pueblo, plenamente realizada, debía incluir una mayor intervención del Estado en el reparto de las riquezas y en la legislación. Para ellas, la democracia no tenía la vocación de promover los derechos y libertades individuales sino la de permitir a un Estado fuerte imponer el derecho al trabajo reduciendo la duración de la jornada laboral y fijando un salario mínimo, instituir la instrucción elemental para todos, crear un sistema de salud igualitario; en suma, ser un «Leviatán» que echara por tierra las coordenadas tradicionales de la política liberal.

Ahora conviene detenerse un instante en la aparición y el desarrollo acelerado de los movimientos de la izquierda socialista para observar las mutaciones que engendrarán en las formas de la política durante la segunda parte del siglo XIX.

La formación de los movimientos obreros

La Asociación general de trabajadores alemanes, fundada en 1862 por Ferdinand Lassalle, fue el primer partido importante de izquierdas. A pesar de su atraso en comparación con el desarrollo de los movimientos de protesta social de Inglaterra y Francia, Alemania vio nacer la forma de organización que terminaría siendo el arquetipo de toda la política de masas moderna. Lassalle, jurista autodidacta y brillante orador, resultó ser además un talentoso encantador de multitudes. Marx no lo apreciaba en absoluto, sobre todo por su estilo populista y sus vínculos con los burócratas prusianos. Así como Proudhon y Bakunin se habían revelado como los más encarnizados competidores antiautoritarios de los fundadores del marxismo, Lassalle se presentaba como la contradicción absoluta de toda estrategia antiestatista en el seno del movimiento obrero. Era un personaje carismático que se había formado desde muy joven en la filosofía hegeliana y, a diferencia de Marx, continuó siendo hegeliano hasta el fin de sus días, aunque se distinguió mucho más del liberalismo burgués que el mismo Hegel. Lasalle pensó de entrada que un Estado poderoso sería la única palanca de Arquímedes apta para modificar las relaciones de fuerzas entre asalariados y empleadores. Por ello, en su opinión, el foco prioritario de la lucha debía ser la obtención del sufragio universal, aunque esto significara garantizar que el Estado monárquico prusiano se mantuviera en el poder.

El «prusiano rojo» como lo llamaron, murió en 1864 de resultas de un duelo con fondo de disputa romántica; pero su partido le sobrevivió y continuó desarrollándose. En 1869, August Bebel y Wilhelm Liebknecht, dos socialistas próximos a Marx y a Engels fundaron otro partido: el Partido Socialdemócrata Obrero. En 1875, después de que el canciller Otto von Bismarck instaurara el Segundo Reich, los dos movimientos se unieron en un único gran partido, el Partido Socialdemócrata Alemán (PSD), cuyo programa estaba entonces más cerca de la visión de Lassalle que de la de Marx y Engels. La influencia «marxista», sin embargo, se iría extendiendo poco a poco en las instancias superiores del partido.

En 1871, por impulso de Prusia, se produjo la unificación de Alemania y se estableció el sufragio universal masculino en el conjunto del Reich. Tal sufragio no se aplicaba sin embargo a la elección del emperador pues se limitaba a la elección del Parlamento (Reichstag) que entonces no ejercía un verdadero poder democrático. Temiendo que el movimiento obrero se hiciera demasiado fuerte, Bismark fue el primer hombre de Estado que tomó cierto número

de medidas sociales, si bien, al mismo tiempo, dictó leyes destinadas a limitar la influencia y la actividad de los socialistas. Tales medidas no hicieron sino acrecentar la potencia del SPD que formaba una verdadera «contrasociedad» cultural frente a las clases dominantes. En 1914, el partido contaba con casi un millón de afiliados y la mayoría de los diputados en el Reichstag. En 1891, había adoptado un programa «revolucionario» y por esa razón en toda Alemania se lo estimaba como un partido auténticamente marxista.

En el Imperio austrohúngaro, en 1889, se había creado otro partido socialdemócrata. Entre sus fundadores se destacaba Victor Adler, también adepto de las ideas marxistas. Médico psiquiatra de origen judío, como Lassalle, se propuso unificar todas las corrientes de la izquierda austríaca en la lucha por mejorar las condiciones de existencia de los obreros y obtener el sufragio universal masculino, que se logró en 1905. El Partido Socialdemócrata austríaco también se transformó pronto en un partido de masas y en poco tiempo obtuvo la mayoría en el Reichstag, un parlamento que, como su homólogo alemán, solo gozaba de un poder limitado en la monarquía de los Habsburgos.

En España, el obrero tipógrafo Pablo Iglesias Posse fundó en 1879 el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) sobre las bases de la ideología marxista. Iglesias creó un poderoso sindicato que competía con la CNT, la organización anarcosindicalista. Si bien no era entonces una democracia –pues el rey ejercía plena soberanía–, España tenía un Parlamento activo del que Iglesias fue elegido diputado en 1910 y donde presidió un importante grupo de representantes de la izquierda.

En Francia, aparecieron a finales del siglo XIX varios partidos que se identificaban con el socialismo. A diferencia del Reichstag alemán y el del Imperio de los Habsburgos, la Asamblea francesa representante del pueblo (masculino) había adquirido «la entera soberanía» en 1871, y el país se había convertido desde entonces al republicanismo democrático. En 1881, se creó el Comité Revolucionario Central, de inspiración blanquista y al año siguiente vieron la luz otros dos partidos más importantes. Uno, la Federación de los Trabajadores Socialistas de Francia, de tendencia moderada y el otro, el Partido Obrero, de inspiración marxista, animado por Jules Guesde y Paul Lafargue, que en aquella época fue la corriente política organizada más importante de Francia. Por otra parte, en la Asamblea Nacional ocupaba algunos escaños un grupo de diputados «socialistas independientes», de los cuales Jean Jaurès llegaría a ser la figura descollante.

A pesar de los interminables debates mantenidos entre «revolucionarios» y «reformadores», el conjunto de las corrientes se unió en 1905 en el seno de la SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera). La representación parlamentaria del partido fue *in crescendo* y, aunque los sindicatos habían optado por declararse totalmente independientes de ella, la SFIO estaba considerada entonces una auténtica organización de la clase obrera. Hábilmente dirigido por Jaurès, el partido logró obtener ciertas mejoras de la condición obrera, así como la completa laicización de la República. El nombre del partido, de hecho, daba testimonio de las obsesiones de Jaurès: la solidaridad entre todos los movimientos obreros de Europa y el combate intransigente contra la guerra.

Al igual que en Francia, en Italia surgieron varios partidos obreros de izquierda. Una vez que se alcanzó la unión del país en 1871, se formaron grupos revolucionarios, principalmente de tendencia anarquista. Más tarde, en 1881, en la Emilia-Romaña, vio la luz el Partido Socialista Obrero Revolucionario y un año más tarde, en el norte, nacía el Partido Obrero

Italiano, también de inspiración socialista. Diez años más tarde, por iniciativa de Filippo Turati, se creará el Partido de los Trabajadores Italianos que luego será el Partido Socialista. Como la SFIO, incluirá a «reformadores» y a «revolucionarios» que no dejarán de enfrentarse.

En Bélgica, en 1885, varios movimientos se unificaron para formar el Partido Obrero Belga (POB), una de cuyas figuras emblemáticas será Émile Vandervelde. Además de emprender numerosas luchas sociales, el POB lanzó una gran campaña en favor del sufragio universal, objetivo que alcanzó en 1919. Pocos años antes, en 1881, nacía en Holanda la Liga Socialdemócrata, el primer partido socialista del mundo que logró sentar a sus representantes en un Parlamento. En Suecia, en cambio, habrá que esperar hasta 1889 para que se funde el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores Suecos que prefiguró lo que se produciría seguidamente en todos los países escandinavos.

El ambiente era un poco diferente en el Imperio zarista donde la creación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, de vocación marxista –del que el Bund «yiddish» fue un componente importante– tuvo que realizarse clandestinamente en 1898. Este partido se fundó después de que los populistas, habiendo fracasado en su intento de derrocar al zar, decidieron abandonar la vía de los atentados individuales; numerosos militantes políticos pensaban entonces que la única forma posible de lograr el objetivo era la organización de un combate político de masas. Según ellos, la dinámica histórica y económica engendrarían la industrialización y el cambio de la estructura social en Rusia. Por ello y teniendo en cuenta la debilidad y la cobardía de la élite burguesa liberal rusa, era fundamental preparar paralelamente una clase revolucionaria con vistas a reemplazarla.

El Partido Laborista y el reformismo socialista

En Gran Bretaña, el Partido Laborista se crea en 1900, más tardíamente que en los demás países de Europa. Por cierto, desde 1881 existía una Federación Socialdemócrata que se declaraba marxista pero se trató de un movimiento marginal carente de influencia. En 1893, apareció el Partido laborista independiente que contaba entre sus dirigentes con un importante militante sindical, Keir Hardie, pero esta organización no tuvo ningún éxito. Solo el Partido Laborista (tal el nombre definitivo adoptado en 1906) organizado por los grandes sindicatos ingleses consiguió llegar a ser un partido de masas.

Al principio, la extensión del derecho de voto, que no llegaba todavía al sufragio universal, incitó al congreso de los sindicatos a crear un grupo parlamentario independiente. En la plataforma de este nuevo partido figuraban los principios del socialismo pero no se hacía ninguna referencia a posiciones marxistas ni radicales. Ramsay MacDonald, uno de los fundadores que pasaron a la posteridad, redactó, en colaboración con representantes sindicales, las grandes líneas de un programa moderado que concitó rápidamente un impresionante apoyo electoral.

A diferencia de la mayor parte de los representantes de los partidos de izquierda europeos, los elegidos del Partido Laborista eran de origen obrero. Con todo, el partido supo ganarse el apoyo de intelectuales escogidos cuidadosamente, surgidos principalmente de la Sociedad Fabiana (nombrada así por el general romano Fabio Cunctator). Esta sociedad, fundada en

1884, de orientación socialista reformista, tenía un programa redactado por George Bernard Shaw; además, tenía en sus filas al escritor Herbert George Wells y a la célebre pareja de economistas Beatrice y Sydney Webb. Los «fabianos», gracias a la influencia ejercida en numerosos simpatizantes del Partido Laborista, pesaron de manera decisiva en la difusión de la idea de que el cambio social debía producirse por vías pacíficas.

El partido «socialista» británico casi no conoció las controversias sobre la estrategia que había que adoptar que sacudían y dividían a la mayoría de los movimientos de la izquierda europea: ¿preparar a la clase de los trabajadores para una revolución ineluctable o preferir el combate cotidiano a fin de obtener reformas en el interior del sistema capitalista? En el continente, los partidos de orientación marxista optaron en una primera etapa por una línea radical, rechazando toda concesión pero, a medida que crecían electoralmente y conseguían la aprobación de una legislación social más progresista, aunque limitada, se dejaron ganar por la idea de que su acción política desembocaría en una mejor vida cotidiana para los trabajadores.

Al finalizar el siglo XIX, el gran debate sobre el «revisionismo» que sacudió el Partido Socialdemócrata alemán contribuyó a cambiar notablemente su perfil. Eduard Bernstein, uno de los teóricos del partido, que había vivido en el exilio en Londres –donde se había hecho amigo de Engels–, también se había dejado impregnar por el ambiente pragmático inglés hasta el punto de defender los avances progresistas como una vía preferible a la revolución para realizar el socialismo. Publicó una serie de artículos donde trataba de mostrar que las luchas no violentas permitirían el advenimiento de cambios concretos en la vida de los obreros, sin tener que pasar por la «casilla» de la revolución. Bernstein era crítico de la predicción marxista según la cual las clases medias estaban condenadas a desaparecer y a dejar frente a frente dos campos opuestos. Preconizaba, por el contrario, una cooperación con los estratos pequeñoburgueses así como con los elementos progresistas de la burguesía y describía explícitamente la socialdemocracia como un «liberalismo organizado».

Mientras en Alemania la polémica se limitaba al plano teórico, en Francia adquiría la forma de un ejercicio de política práctica. En 1899, la entrada del socialista independiente Alexandre Millerand al gobierno suscitó la cólera de los socialistas «revolucionarios». Un año antes, un acontecimiento que atestiguaba la relación de la izquierda con el liberalismo político contribuyó en gran medida a su nominación: el famoso artículo de Émile Zola, «J'accuse», había señalado con el dedo a la alta jerarquía militar acusándola de ser responsable del escándalo judicial que había enviado al capitán Dreyfus al presidio. La esfera política francesa entró en ebullición y se dividió en dos: los partidarios de Dreyfus y sus adversarios: *«dreyfusards»* y *«antidreyfusards»*. Esta escisión no coincidía con la división clásica izquierda-derecha: gran parte de los socialistas, sobre todo los marxistas del partido de Jules Guesde, se negaron a intervenir en «el caso». A sus ojos, se trataba de una disputa burguesa en la que la clase obrera no tenía por qué inmiscuirse. Jean Jaurès y algunos otros socialistas –Millerand se mostraba indeciso–, por el contrario, intervinieron muy activamente a fin de hacer reconocer la inocencia de Dreyfus y terminaron ganando la batalla.

Para la izquierda francesa, aquella fue una prueba importante: el socialismo político, ¿debía ser solamente «democrático» o debía ser también «liberal»? Los derechos humanos, las libertades individuales y la justicia, ¿eran cuestiones secundarias en la lucha por el socialismo o, por el contrario, debían ser parte integrante de ella?

Si observamos más atentamente la historia de la izquierda en el mundo, comprobamos que

el socialismo únicamente se tiñó de liberalismo en los lugares donde había surgido y se había estabilizado el parlamentarismo burgués antes de que prosperaran los movimientos obreros. Dicho de otro modo, en Occidente, la democracia liberal se ha constituido principalmente como consecuencia del encuentro entre una larga tradición de pluralismo político no democrático y el Cuarto Estado del pueblo, mayoritariamente encarnado en los movimientos de masas socialistas y que se fijó la exigencia de democracia como un objetivo político central.

Otra hipótesis, que puede exponerse con prudencia, sostiene que los orígenes del pluralismo inscritos en el liberalismo no proceden únicamente de la burguesía victoriosa sino que ya estaban en germen en épocas muy anteriores: las perennes relaciones antagónicas entre la realeza, la Iglesia y la nobleza del mundo feudal occidental, ¿no constituyeron acaso el primer nivel de conflictividad de la era moderna?

Donde no había existido antes ninguna tradición liberal, elitista y pluralista, la historia engendró un socialismo autoritario, monolítico, no constitucional y que, casi sin excepción, manifestó un temperamento antiliberal.

---

[1] La ironía del destino quiere que en la República Popular Democrática de Corea, además del Partido Comunista que detenta el poder, en la Asamblea popular también estén representados otros dos partidos, uno de los cuales se llama «socialdemócrata».

VIII

Frente al colonialismo

La carga del socialista blanco

> La buena voluntad y la filantropía francesas se ponen a prueba en este momento en la antigua regencia de Argelia de una manera tan completa como las inglesas en la India y las holandesas en Batavia. No hay ejemplos más impresionantes, más concluyentes, de la desemejanza y la desigualdad de las razas entre sí.
>
> Joseph-Arthur de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines,* 1854.

Paralelamente al advenimiento de la democracia liberal en la Europa occidental, impulsada particularmente por los movimientos obreros, se estaba registrando otro proceso histórico fundamental: a partir del último cuarto del siglo XIX y hasta el final de la Gran Guerra, Occidente completó su conquista del mundo. En 1875, solamente el 10% del continente africano se encontraba bajo dominación europea pero, en 1895, el 90% de las tierras del África subsahariana había pasado a ser propiedad exclusiva de Inglaterra, Francia, Alemania y del rey belga, a título privado.

Mientras que en África la dominación occidental se ejercía directamente, en Asia los modos de penetración colonial eran más variopintos. Si bien, desde comienzos del siglo XVIII el subcontinente indio era propiedad de la Compañía Británica de las Indias Orientales –responsable de la muerte por hambre de ocho millones de campesinos de Bengala– Inglaterra solo conquistó Birmania a finales del siglo XIX, mientras que Francia se apoderaba de Indochina. Holanda y Alemania se dividieron Nueva Guinea, al tiempo que Japón tomaba posesión de Corea y de Formosa, y Estados Unidos de Filipinas y la isla de Hawái.

La penetración fue diferente en las regiones donde existían monarquías locales organizadas: en China, Persia y el Imperio otomano se lanzó una carrera sin precedente por las concesiones para imponer «acuerdos» de dominación y de monopolio, acompañados de presiones económicas y de amenazas políticas que a veces llegaban hasta la intervención militar. Esta expansión imperialista indirecta se completó con la progresiva desintegración del Imperio otomano que hizo posible la supremacía directa de Inglaterra y de Francia en todo el Oriente Medio. Al término de la Primera Guerra Mundial, ¡el sector noroccidental del planeta reinaba sobre la mayor parte del globo!

¿Cómo reaccionó la izquierda ante el avance de las conquistas del «mundo burgués blanco»? ¿Cómo ajustó su cosmovisión fundada en la igualdad universal a la explotación brutal de millones de «indígenas» de las colonias?

La izquierda frente a la expansión colonial

Para poder comprender la evolución de la relación de la izquierda con la «carga del hombre blanco», como reza el título de un poema de Rudyard Kipling, hace falta remontarse en el tiempo. Desde el comienzo del siglo XIX, pensadores de izquierda habían alentado la expansión colonial europea hacia nuevos espacios allende los mares. Por más que Saint-Simon, antimilitarista convencido, denunciara y objetara la extremada violencia de esas conquistas, sus herederos sansimonianos se entusiasmaron con las realizaciones francesas de «ultramar» y cumplieron una labor nada desdeñable en la estructuración del espacio colonial francés, sobre todo en Argelia, durante el Segundo Imperio. Ismaël Urbain, particularmente, fue un consejero muy escuchado por Napoleón III en lo tocante a su política «árabe».

Fourier, y luego en su misma línea Blanqui, Blanc y muchos otros, veían la extensión de la dominación europea de sociedades «atrasadas» como un proceso histórico necesario, capaz de contribuir a resolver problemas sociales en la metrópoli. Proudhon, apóstol de la igualdad social en su patria, manifestó simpatía por las teorías de la desigualdad entre los pueblos y entre las razas. Si bien creía que «la propiedad es el robo», no pensaba que este axioma se aplicara a la propiedad colonial. Durante la revolución democrática de 1848, el Parlamento francés votó casi por unanimidad en favor de la construcción de aldeas de colonos en Argelia.

En este plano, los pensadores de izquierda no se diferenciaban de los liberales del siglo XIX. Por ejemplo, Tocqueville se congratulaba de la conquista francesa de Argelia y la justificaba retomando argumentos surgidos del espíritu de la Ilustración. John Stuart Mill, parangón del liberalismo (y además alto funcionario de la Compañía Británica de las Indias Orientales) declaró, en un ensayo titulado *On Liberty (De la libertad),* su oposición a que el gobierno chino prohibiera importar opio a su país y lo hacía en nombre de la defensa de la libertad individual de los consumidores. En el último capítulo de sus *Considerations on Representative Government (Consideraciones sobre el gobierno representativo),* Mill aconseja a los «Estados libres» sobre la manera de administrar racionalmente los «países que se les han sometido» y habitados por poblaciones «atrasadas».

En 1879, Victor Hugo, conocido por su humanismo romántico, describía el Mediterráneo como un espacio cuya orilla septentrional era civilizada mientras que la orilla opuesta estaba aún sumergida en la barbarie. Según él, los colonizadores iban a «cultivar» África, ese continente «que no ha entrado aún en la Historia» (utilizando la misma expresión de un presidente de la República francesa del siglo XXI). Y Victor Hugo concluye: «¡Apoderaos de esta tierra! ¡Tomadla! ¿A quién? A nadie. Tomadle esta tierra a Dios. Dios da la tierra a los hombres, Dios ofrece el África a Europa».

El novelista inglés Charles Dickens, que no era menos humanista que Victor Hugo, exhibía una gran sensibilidad por lo oprimidos de su patria, lo cual justifica definirlo como un liberal de izquierda. Sin embargo, no mostraba ninguna empatía en relación con las «razas inferiores». Cuando en 1857 se inició en la India la insurrección antibritánica y muchos colonos fueron masacrados, Dickens escribió en una carta privada: «Querría ser el comandante en jefe en la India. […] Allí haría todo lo que estuviera a mi alcance para exterminar a la raza sobre la que permanecerá la mancha de las recientes crueldades». En realidad, según diversas estimaciones, como represalia por esa rebelión «salvaje», fueron exterminados alrededor de un millón de indios.

El mismo año en que Dickens escribía estas líneas, hacía su aparición el término «colonialismo», seguido, tres años más tarde por la publicación del libro de éxito de Joseph Arthur Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines (Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas).* En su origen, la palabra «colonialismo» no tenía una connotación peyorativa; se refería a una realidad o a un proceso histórico necesario y, a los ojos de muchos, hasta deseable. Marx y Engels, en cambio, expresaron se entrada sus críticas y escepticismo ante el fenómeno. Por ejemplo, durante la sublevación en la India, manifestaron sus simpatías por los rebeldes y, si bien no consideraban a los indios como agentes del progreso social, valorizaban sus actos. En efecto, aunque el movimiento estaba liderado por tradicionalistas conservadores, los filósofos alemanes veían en él una suerte de levantamiento nacional que merecía su apoyo.

En su *Manifiesto comunista* de 1848, Marx y Engels ya habían descrito la expansión colonial como inherente a la dinámica de la burguesía: «Gracias al rápido perfeccionamiento de todos los instrumentos de producción y a la constante simplificación de las comunicaciones, la burguesía arrastra a la civilización a todas las naciones, hasta las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más tenazmente hostiles a los extranjeros».

Marx y Engels no se inclinaban a idealizar los modos de vida precapitalistas, en la mayor parte de los casos, estancados y desigualitarios. En esto se diferenciaban de Rousseau y de muchas otras figuras de la izquierda de la segunda mitad del siglo XIX que juzgaban que el mundo extraeuropeo se encontraba aún «a salvo del afán de la burguesía». Según los dos pensadores alemanes, los autóctonos habían permanecido políticamente incultos y atrasados hasta el punto de mostrarse incapaces de autoorganizarse. Más tarde, sin embargo, ambos sintieron curiosidad por la propiedad colectiva de la tierra de comunidades aldeanas de países no industrializados, sin que tal curiosidad los haya llevado a defender, a semejanza de los populista rusos (los *narodnicki*), un socialismo agrario supuestamente engendrado por el pequeño campesinado.

El caso es que, a diferencia de muchos de sus contemporáneos «humanistas», Marx y Engels no creían que la expansión del capitalismo estuviera acompañada de la difusión de una superioridad cultural y de ninguna manera procuraron adornar ni disminuir su naturaleza cruelmente opresora. Tampoco se dejaron llevar por la ilusión de un progreso civilizador del que el hombre blanco sería portador. En este sentido y a diferencia de la mayor parte de los pensadores de izquierda de su época, ellos no eran eurocentristas: su crítica del capitalismo estuvo permanentemente alimentada por el repudio de la hipocresía y la codicia.

No obstante, ambos pensadores alemanes cayeron en la trampa de su determinismo económico, persuadidos como estaban de que el capitalismo no solo destruiría los modos de producción anteriores sino que además exportaría la industrialización al resto del mundo; cosa que no se produjo durante el siglo XIX. En efecto, la violencia colonialista no dio lugar a un amplio desarrollo de la industria sino que solo creó ciertos enclaves de desarrollo aislado en medio de espacios de pobreza donde reinaba una explotación aún más dura que en la metrópolis. La penetración cultural conllevó además la aparición de una delgada capa social burguesa dependiente e intermediaria predecesora de las futuras élites que terminarán por rebelarse contra el poder colonial.

No obstante, en algunos artículos de Marx y algunas cartas de Engels se observa una tendencia a considerar el capitalismo en expansión como el «ministro de la historia», que prepara el terreno del mundo extraeuropeo para la llegada de la revolución socialista. Muy pronto ciertos socialistas aprovecharon esas citas para justificar su política colonialista.

Durante las primeras fases de formación de los movimientos obreros europeos, los fundadores y dirigentes no se preocupaban en absoluto por lo que pasaba en el mundo pero, a medida que esos movimientos crecían, que aumentaba su base electoral y que se lograban avances en la legislación social, comenzaron a sonar nuevos discursos referentes al potente impulso colonial.

Reformismo, conquistas y conflictos

La mayor parte de los marxistas «ortodoxos» han condenado las campañas de conquista colonial. Desde Karl Kautsky, entronizado «padre del marxismo» tras la muerte de Engels, hasta Paul Lafargue, los discípulos de Marx han estigmatizado la despiadada opresión de las poblaciones indígenas que respondía, según ellos, a una corrupción de la conciencia de los países occidentales. Durante mucho tiempo, los congresos de la Segunda Internacional adoptaron resoluciones que condenaban el colonialismo y expresaban el apoyo al derecho a la autodeterminación de todos los pueblos del mundo. No obstante, en vísperas de la Gran Guerra, la mayoría de quienes habían votado esas decisiones se retrajeron y las despojaron de todo alcance efectivo.

La primera polémica seria se desencadenó en el seno de la izquierda europea en 1899, a propósito de la Segunda Guerra de los Boers. El descubrimiento de nuevos yacimientos de oro en Sudáfrica había incitado al Imperio británico a lanzarse a la conquista de las dos repúblicas *boers* independientes. Keir Hardie y el Partido Laborista Independiente denunciaron esta guerra en la que solo veían una empresa de saqueo manifiesto y cruel (en el transcurso de la cual los ingleses inventaron una nueva forma de encierro, llamada a tener una diabólica posteridad: el campo de concentración, ¡el primero en la historia!). En el extremo opuesto, la Sociedad Fabiana, con George Bernard Shaw a la cabeza, justificó esta expedición presentándola como un compromiso positivo y necesario que iba en el sentido del progreso.

En 1900, Shaw dedicó a esta cuestión un libro titulado *Fabianism and the Empire: A Manifesto by the Fabian Society (El fabianismo y el Imperio: un manifiesto de la Sociedad Fabiana).* En él defendía la idea de que Inglaterra podía ayudar a los africanos explotados y tiranizados por los Boers y cumplir así una misión civilizadora que se concretaba mediante la expansión colonial. Ciertamente, habría sido preferible que las regiones conquistadas fueran administradas por una confederación de varios estados pero, en ausencia de tal instancia internacional, el Imperio tenía la obligación moral de asumir esta misión histórica. Los fabianos, en su conjunto, adoptaron esta posición que convenía tanto a la mayoría de los intelectuales ingleses como a los dirigentes sindicales –con excepción de los escoceses– que se unieron alegremente a la guerra.

En ese mismo momento, Jean Jaurès publicaba una serie de artículos sobre la presencia francesa en el Norte de África, después de haber pasado varios periodos en Argelia. Por

entonces, consideraba el fenómeno colonial como una circunstancia natural y necesaria y juzgaba que la denuncia de los marxistas carecía de valor y era inoperante. Preconizaba en cambio un trato más humanitario a los autóctonos a quienes había que esforzarse por integrar en la cultura política francesa. Por consiguiente, los socialistas debían controlar estrechamente la administración colonial a fin de que esta no vulnerara los derechos de los habitantes locales y les aportara toda la asistencia posible. Jaurès no criticaba el colonialismo en sí ni las aspiraciones de expansión. Otros socialistas moderados retomaron palabra por palabra sus posiciones y hasta llegaron a celebrar la política colonial aplicada por los republicanos. Francia no era el único país en el que los socialistas defendían el colonialismo. Lo mismo ocurría en Italia donde el brillante filósofo Antonio Labriola sostuvo la conquista de Trípoli, en Libia, de 1904, al igual que Leonida Bissolati, uno de los principales dirigentes de Partido Socialista Italiano.

En Bélgica, por el contrario, tuvo lugar un vigoroso debate sobre la cuestión del Congo, territorio que la Conferencia de Berlín había ofrecido en 1885 al rey Leopoldo II en calidad de propiedad privada. Cinco años más tarde, al tener que afrontar dificultades financieras para administrar la colonia, el rey solicitó el apoyo del gobierno belga; este le otorgó un préstamo con el cual pudo prolongar la masacre de los rebeldes y matar por inanición o asesinar punitivamente a agricultores y mineros, acciones que elevaron la cifra de víctimas a alrededor de diez millones de personas. El dirigente socialista Émile Vandervelde denunció las atrocidades de ese colonialismo privado y, tanto por preocupación sincera por la suerte de los indígenas como por pragmatismo político, se pronunció a favor de transformar el Congo en una colonia belga. Lo cierto es que el Congo fue «nacionalizado» en 1908 y que los socialistas belgas no tardaron en congratularse de esta inmensa colonia y de la riqueza de sus recursos[1].

En Alemania, como es natural, además de su contenido político, el debate sobre el colonialismo adquirió un tenor teórico «profundo». Hemos visto que Eduard Bernstein, una de las principales figuras del Partido Socialdemócrata había emprendido desde finales del siglo XIX una revisión de los principios del marxismo. En aquella ocasión había dado un comienzo de justificación a la empresa colonial presentándola como un progreso tanto para los obreros de la metrópoli como para los indígenas de las colonias. Más tarde, se había lamentado por el magro balance colonizador de Alemania en relación con otras grandes potencias y, desde 1896, había instado a su partido a aprobar la expansión colonial alemana sobre la base de la misión civilizadora: «Las razas inferiores y desprovistas de aptitudes para la civilización no pueden pedir nuestra simpatía cuando se rebelan contra la civilización».

En 1898, Alemania había tomado posesión de la costa de Kiau Chau y obligado a China a concederle un arrendamiento de noventa años sobre esa región, pero el Partido Socialdemócrata, en sesión del Reichstag, había condenado ese acto colonialista; Bernstein, por su parte, lo había justificado argumentando que Alemania contribuiría así directamente al desarrollo económico de China, puesto que los chinos nunca podrían cultivar y fertilizar correctamente sus tierras como saben hacerlo los especialistas alemanes.

Otras personalidades centrales del partido compartían el punto de vista de Bernstein, pero la mayoría era hostil a esa «revisión colonialista». Desde 1904 a 1908, Alemania libró una guerra cruel en el sudoeste africano con la rebelión de los nama y los herero. Durante este episodio, considerado el primer genocidio del siglo XX, los alemanes encerraron a poblaciones enteras en campos de concentración, donde les hicieron pasar hambre

deliberadamente y les envenenaron las reservas de agua. A fin de poder continuar esta costosa guerra, el ejército imperial exigió un aumento de las partidas militares al Reichstag. La mayoría de los socialistas se negaron a sumar su apoyo a la guerra lo que le valió al SPD una aplastante derrota en las elecciones de 1906 y le enseñó una lección radical: más vale no oponerse al colonialismo pues este es el orgullo del pueblo. Después de aquel revés electoral, August Bebel, el «emperador rojo» del partido, llegó a aceptar que «una política colonial puede, en determinadas circunstancias, constituir un factor favorable a la cultura».

La oposición al colonialismo

La cuestión del colonialismo fue evocada en varias ocasiones en el marco de la Segunda Internacional. Por ejemplo, en 1900 suscitó un acalorado debate durante el Congreso de París, donde el socialdemócrata holandés Henri Van Kol estuvo encargado de presentar el informe. Van Kol, ingeniero de profesión, había vivido muchos años en Indonesia administrando plantaciones y se había enriquecido notablemente. Ante el congreso, habló con gran entusiasmo de los indígenas injustamente acusados de actos crueles y de barbarie y afirmó que la Internacional obrera debía comprometerse para mejorar la situación de los aborígenes pero, por supuesto, bajo el control de los estados desarrollados. Kautsky recusó vivamente aquella visión paternalista y recibió el apoyo del congreso que, finalmente, aprobó su proposición de condenar claramente la empresa colonial en su conjunto.

Durante los congresos siguientes, celebrados en Ámsterdam en 1904 y en Stuttgart en 1907, los marxistas ortodoxos rechazaron cada vez las mociones de apoyo al colonialismo pero el campo de sus oponentes no cesaba de crecer. Los «ultras» del revisionismo continuaron expresando su respaldo a la expansión colonial con la condición de que esta se ejerciera con humanidad, de conformidad con el legado cultural europeo. Otros como Jaurès y Bernstein declararon abiertamente su escepticismo ante la posibilidad concreta de oponerse a lo que percibían como una necesidad histórica y un hecho consumado. Uno de los participantes hasta llegó a afirmar que poner fin al colonialismo equivalía a restituir Estados Unidos a los indios originarios. Jaurès, más «generoso», propuso la gestión internacional de las colonias.

Podemos comprobar pues que los socialistas más liberales eran los más comprensivos en relación con la realidad colonial, percibida como una necesidad histórica y hasta como un proceso de civilización de los indígenas «primitivos». Sus aliados de la burguesía liberal, si bien anteriormente habían promovido siempre que el Estado interviniera lo mínimo posible en el terreno de la economía, votaban regularmente los presupuestos militares exigidos para financiar las tropas coloniales. Esta inversión les parecía válida y útil para hacer progresar la economía nacional. Por otra parte, defendían el proteccionismo que comenzaba a imponerse en todo el mundo. Por su lado, los socialistas reformistas argumentaban que las colonias contribuían a mejorar el nivel de vida de los obreros de la metrópoli y reducían las crisis económicas cíclicas inherentes al capitalismo. Conviene recordar aquí que las riquezas procedentes de las colonias representaban entre el 5 y el 8% del producto anual de Inglaterra y de Francia, lo que aumentaba las desigualdades de clases en esos países.

En el Congreso de Stuttgart, Kaustky volvió a encender los espíritus con un discurso comprometido y logró que, por ajustada mayoría, se aprobara una moción según la cual la Internacional condenaba abiertamente el colonialismo. Ese mismo año, publicó una obra, *Kolonial Politik und Socialdemokratie,* en la que analizaba el colonialismo en cuanto fenómeno económico moderno que, según él, debía definirse como un imperialismo: ninguna necesidad histórica justificaba esa presencia opresora a la que los socialistas debían oponerse antes de que se produjeran nuevas masacres o que las rivalidades entre potencias se tradujeran en grandes guerras.

Contrariamente a lo que habían vaticinado los fabianos y los partidarios de Bernstein o de Jaurès, la carrera colonial estuvo acompañada, a partir de 1905, de enfrentamientos cada vez más graves entre las grandes potencias, principalmente porque ya no quedaban territorios «vírgenes». Ya en 1898, Inglaterra y Francia habían entrado en conflicto a propósito de Fachoda, una modesta aldea del este africano que, a sus ojos, tenía importancia estratégica. Después de una breve batalla, las dos partes habían llegado finalmente a un acuerdo. Siete años más tarde, durante la crisis de Tánger que opuso a Francia y a Alemania, la tensión se había elevado hasta el punto de que ambos países desplegaron sus ejércitos a lo largo de la frontera. En 1911, el golpe de Agadir dio lugar a otra escalada que nuevamente estuvo a punto de empujar a estas dos naciones al conflicto armado. En 1912 y 1913, las guerras balcánicas alimentaron a su vez una viva tensión internacional que desembocó en una carrera armamentista.

Jaurès, que era profundamente pacifista, se sentía cada vez más inquieto ante esta situación y finalmente adoptó una posición mucho más crítica frente al colonialismo y los choques que provocaba. Al mismo tiempo, esas tensiones suscitaban críticas radicales de un nuevo género en el seno del ala izquierda de la Internacional socialista, particularmente entre los marxistas de la segunda generación. A la polaca Rosa Luxemburg, que formaba parte del Partido Socialdemócrata Alemán, el holandés Anton Pannekoek y el ruso Vladimir Ilich Uliánov, llamado Lenin, no les parecía satisfactoria la crítica de Kautsky. Y propusieron, basándose sobre todo en los trabajos del economista inglés John A. Hobson, analizar el colonialismo como un fenómeno consustancial a una fase determinada de desarrollo del capitalismo.

Estos marxistas críticos subrayaban que el proteccionismo económico y el militarismo que acompañaban aquella carrera por conquistar nuevos espacios territoriales no constituían una desviación temporal del desarrollo capitalista que podrían corregirse mediante decisiones políticas sensatas, tomadas conjuntamente con la burguesía liberal. Según ellos, estos fenómenos eran el resultado de necesidades estructurales asociadas a la sobreproducción de un capital en busca de campos de inversión. Tarde o temprano, conducirían a una guerra global entre las naciones «avanzadas». Frente a esta amenaza, la socialdemocracia debía movilizar a las masas y prepararlas para una revolución.

Estos tres pensadores y militantes radicales estaban convencidos de que, si estallaba la guerra, millones de obreros, electores de la izquierda en Europa, se levantarían contra sus gobiernos y se negarían a matarse entre ellos. Su previsión no se realizó. Si bien habían percibido correctamente el vínculo entre colonialismo, militarismo, capitalismo financiero y grandes monopolios, subestimaron el peso que tenía la conciencia nacional en las clases trabajadoras de comienzos del siglo XX.

[1] Bélgica se separó del Congo en 1960, sin haber considerado nunca ofrecer una reparación a los autóctonos por el mayor pillaje de diamantes de toda la historia moderna.

IX

Nación e internacionalismo

Morir por la patria

> ¿Cuál es el defecto inherente al patriotismo? Que, al preferir una parte de la humanidad al resto, el ciudadano transgrede el principio fundamental de la moral, el de la universalidad. Sin decirlo abiertamente, admite que los hombres no son iguales.
>
> Tzvetan Todorov, *Nous et les autres,* 1989.

Los conflictos nacionales e imperialistas alcanzaron su apogeo en 1914. Aquel año, el 28 de junio, moría asesinado al archiduque de Austria Franz Ferdinand en Sarajevo, la capital de Bosnia-Herzegovina, situada bajo el poder austrohúngaro. Como consecuencia de ello, el ejército imperial austríaco invadió Serbia, más tarde Rusia declaró la guerra a Austria, antes de que, el 1.º de agosto, Alemania declarara a su vez la guerra a Rusia y, dos días más tarde, a Francia, aliada de Rusia. El 4 de agosto, Inglaterra se unió al concierto de naciones ultrajadas; luego fue el turno de Italia, de Portugal y de Rumanía y, finalmente, de Estados Unidos. Esta guerra total, la primera desde la era napoleónica, solo se terminó cuatro años más tarde, el 11 de noviembre de 1918.

Es difícil medir los efectos del terrible golpe que asestó a la civilización esta guerra en la que perdieron la vida más de dieciséis millones de militares y civiles y en la que muchos más millones de personas enloquecieron o quedaron inválidas, sufrieron brutales quemaduras o desfiguraciones…

En la víspera de la declaración de guerra, el 31 de julio de 1914, un nacionalista fanático asesinó en un café parisiense al dirigente socialista e infatigable militante pacifista Jean Jaurès. Un nuevo capítulo, inesperado, se abría en la historia de la izquierda europea y mundial: exactamente un siglo después de que se constituyera en Londres la Primera Internacional, el internacionalismo socialista se aprestaba a sufrir una derrota por KO. El socialismo nacionalista, en cambio, iba a acceder al poder como un socio gubernamental reconocido y legítimo del Estado burgués liberal.

Los socialistas entran en el gobierno

En Francia, Jules Guesde, fundador del partido marxista ortodoxo, fue nombrado de inmediato ministro del gobierno de unidad nacional del cual participaban además dos socialistas, uno de los cuales quedó a cargo de ¡la cartera de Armamento! Édouard Vaillant,

antiguo comunero y representante de la corriente blanquista también se sumó a la «Unión sagrada» contra «la amenaza militarista alemana». Gustave Hervé, portavoz de la izquierda radical pacifista en el seno del partido socialista, devino en un demagogo nacionalista y transformó su periódico *La Guerre sociale* en *La victoire*. En cuanto a los diputados socialistas, también ellos votaron los presupuestos militares y el servicio militar general y la CGT, es su gran mayoría, se adhirió igualmente a la Unión sagrada. Durante ese tiempo, los soldados movilizados que partían hacia el frente gritaban: «¡A Berlín!».

En Alemania, el Partido Socialdemócrata, que ya era el más importante del Segundo Reich (obtuvo el 34,8% de los votos en 1912), votó con fervor la aprobación de los presupuestos de guerra. Friedrich Ebert, el sucesor de August Bebel como jefe del partido, y Philip Scheidemann hicieron callar las discordias políticas nacionales en nombre del *Burgfrieden* (la paz social) durante el tiempo que tronaran los cañones. Al finalizar la guerra en 1918, ambos fueron nombrados ministros: Ebert hasta obtuvo el cargo de canciller de Alemania antes de ser reemplazado el año siguiente por Scheidemann. El socialismo había conquista al fin el poder… pero no exactamente como lo había soñado Marx.

En Inglaterra, el líder laborista Ramsay MacDonald, súbitamente reservado en relación con la guerra, fue sustituido de inmediato por Arthur Henderson quien concitó un amplio apoyo dentro del partido, totalmente movilizado «por el rey y por el país». En 1915, Henderson fue nombrado ministro del gobierno al que un año más tarde se sumaron otros dos representantes del partido obrero, partido que no vaciló en pronunciarse a favor del servicio militar obligatorio que no existía antes de la guerra. Durante ese tiempo, se creó una comisión común que asociaba al partido con los grandes sindicatos y que tuvo por objeto movilizar a la mayor cantidad posible de ciudadanos para la gran prueba militar.

En el Imperio austrohúngaro, el Partido Socialdemócrata, dirigido por su fundador Victor Adler, ofreció su apoyo inmediato a la política militarista del Imperio y votó casi unánimemente a favor de los presupuestos de guerra para «infligir una completa derrota al despotismo zarista». En Italia, que se sumó a la guerra en 1915, los socialistas adoptaron una posición neutral ante la guerra total. Benito Mussolini, entonces director del *Avanti!* (órgano central del partido), conocido por sus posiciones revolucionarias y pacifistas, cambió de opinión (como el francés Gustave Hervé) y convocó a los italianos a entrar sin tardanza en la guerra junto a los países de la Triple Entente. Fue expulsado del partido, junto con sus partidarios, y despedido de su cargo de director de la publicación. Los años siguientes serían testigos de su desquite sobre los «cobardes, traidores a la patria».

En Rusia, el Partido Obrero Socialdemócrata (POSDR) ya se había escindido en dos alas en 1903: los mencheviques, con Plejánov, y los bolcheviques liderados por Lenin. En 1914, una parte de los mencheviques, más liberales y dispuestos a defender la patria rusa, se aliaron con las democracias occidentales. Por su parte Piotr Kropotkin, uno de los padres del anarquismo ruso, también llamó a la movilización completa e inmediata contra la agresión de las potencias centrales.

Hay que recordar que durante los múltiples congresos de la Segunda Internacional, los socialistas se habían comprometido a apelar a la solidaridad obrera a fin de impedir la guerra o al menos frenarla. Poco antes de su muerte, Jaurès hasta había propuesto recurrir a la huelga general siguiendo el modelo de los sindicatos. Retrospectivamente, resulta difícil ver en aquellas arengas más que grandes declaraciones llenas de un optimismo y una confianza

excesivos que no podían traducirse en ninguna realización efectiva.

Conciencia de clase e identidad nacional

Al adherirse de inmediato a la guerra, los movimientos socialistas, ¿habían traicionado a los obreros enviándolos a matarse entre sí? La respuesta a esta pregunta exige una buena dosis de sutileza.

Sin duda ninguna, traicionaron –en todo caso, los que más se identificaban con el marxismo– los principios internacionalistas. Recordemos, por ejemplo, que *El Manifiesto comunista* termina convocando a «los proletarios del mundo» a unirse. Sin embargo, no parece justo acusarlos de haber traicionado a sus militantes y electores. Estos, desde el comienzo de la guerra y durante mucho tiempo más durante su desarrollo, clamaron ardientemente por defender su nación y vencer a los enemigos que parecían amenazarla. El compromiso de militantes y electores no era menos completo que el de sus dirigentes y guías políticos. Corriendo el riesgo de caer en una generalización y de sacar conclusiones excesivamente apresuradas hay que insistir en este punto: la identidad nacional que había cobrado vida en las clases trabajadoras resultó ser mucho más potente que la conciencia de clase.

Los teóricos críticos de izquierda de fines del siglo XIX y comienzos de XX tendrían que haber percibido como una señal de alerta la innegable popularidad de las conquistas coloniales; lo cierto es que la sumisión de las poblaciones indígenas y la expansión de la dominación territorial con excesiva frecuencia solían ser motivo de orgullo entre miembros de las antiguas «clases peligrosas». Desde la mitad del siglo XIX, el racismo ya no fue coto exclusivo de las élites intelectuales; entre los proletarios se convirtió gradualmente en una manera de afirmar una fantaseada superioridad. La dominación marítima mundial de Inglaterra o la bandera tricolor ondeando sobre espacios infinitos suscitaban el orgullo de las multitudes y más aún porque la consolidación del Estado nación les ofrecía ahora los primeros resultados positivos en el plano de sus condiciones de vida y de la seguridad social. Ser inglés, francés o alemán era un motivo de orgullo y de distinción respecto de los extranjeros exteriores a la patria.

Así quedaba refutado el pronóstico de Marx y Engels según el cual «las diferencias y antagonismos nacionales entre los pueblos desaparecen cada vez más con el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y de las correspondientes condiciones de vida». En realidad, el progreso de la democracia, a comienzos del siglo XX, hizo de la soberanía del pueblo el eje central de la formación de la identidad nacional, particularmente a través del sufragio universal (masculino) que dio a las masas el sentimiento, ilusorio, de una propiedad colectiva del Estado.

Junto con el sufragio universal, la enseñanza obligatoria hizo progresivamente de los escoceses, los bretones, los provenzales, los normandos, los suevos o los bávaros ciudadanos británicos, franceses o alemanes. Estos pueblos fueron abandonando poco a poco sus lenguas locales tradicionales a favor de la nueva lengua nacional. Los partidos de izquierda

contribuyeron a su manera a desarrollar esta nacionalización de la cultura y la afirmación identitaria de los pueblos a través de la educación popular y la creación de cursos nocturnos y talleres de lectura. Mediante estos recursos se conseguía reforzar la identificación con el ambiente cultural y lingüístico nacional con el mismo vigor que las reivindicaciones materiales: los hijos de los obreros aprendían entonces que sus antepasados eran sajones, galos o teutones y que era necesario defender, hasta sacrificando la propia vida, la tierra eterna de sus antepasados.

El racismo y el patriotismo combinados produjeron una suerte de solidaridad entre clases desconocida en los estados europeos desde el nacimiento del capitalismo. La identificación con el ambiente cultural se traducía además en una adhesión al Estado, a sus dirigentes, sus símbolos, sus banderas, y en la incorporación de un *ethos* patriótico que confería a los miembros de la comunidad nacional la legitimidad de matar a todo aquel capaz de amenazarla. Esta mentalidad nacional se impuso, a lo largo de todo el siglo XX, a la solidaridad internacional de clase.

Cuando Ramsay MacDonald o Keir Hardie y el Partido Laborista Independiente manifestaron sus reservas frente a la guerra, tuvieron que soportar la condena y el desprecio de los sectores populares. En Francia, cuando Alphonse Merrheim y otros sindicalistas revolucionarios se pronunciaron en contra de los presupuestos militares y el servicio militar obligatorio, quedaron aislados y fueron acusados de derrotistas y traidores a la nación. Cuando Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht fundaron la liga espartaquista, a fin de actuar contra el entusiasmo militarista de la socialdemocracia alemana, se hicieron blanco de desprecios y humillaciones y, más tarde, cuando fueron encarcelados, el SPD no movió un dedo para defenderlos.

Cuando el joven socialista austríaco Friedrich Adler, sumido en la desesperación, decidió asesinar al jefe del gobierno del Imperio de los Habsburgo –responsable de adormecer al Parlamento, pero también de la masacre de millones de personas en el campo de batalla–, su propio partido hasta llegó a aprobar que fuera condenado a muerte. Fue defendido únicamente por su padre y finalmente obtuvo la amnistía… Otro marxista que se opuso a la guerra, el irlandés James Connolly, no tuvo la misma suerte: fue ejecutado por el gobierno británico por haber tomado parte en la insurrección de Pascua de 1916 en Dublín, que llegó a conocerse como la «Pascua sangrienta».

La oposición a la guerra

Finalmente, los miembros de solo dos partidos socialistas se opusieron unánimemente a la guerra: en Serbia, el pequeño Partido Socialdemócrata dirigido por Dragiša Lapčević y, en Rusia, el Partido Bolchevique de Lenin, aunque algunos dirigentes mencheviques importantes también se declararon hostiles al enfrentamiento militar. Hay que aclarar que, en esas dos regiones de Europa, el espíritu nacional no se había desarrollado aun verdaderamente. Además, en los países neutrales como Suiza, los partidos socialdemócratas condenaron la guerra y deploraron la actitud de los partidos de izquierda que la apoyaban.

Dado que durante largo tiempo fue difícil hallar testimonios escritos de los estratos

populares[1], el conocimiento del estado de ánimo general nos ha llegado a través de la toma de posición de los intelectuales cuya profesión es precisamente dejar «huellas». La gran mayoría de la *intelligentsia* europea, conservadora y hasta socialista, aprobó con entusiasmo la entrada en la guerra y se asoció a la propaganda gubernamental. Max Weber, Sigmund Freud, Thomas Mann, Henri Bergson. Émile Durkheim, Anatole France, Rudyard Kipling, John Galsworthy o Herbert George Wells son algunos de los nombres célebres que se comprometieron de todo corazón con aquella locura militarista… Cientos de historiadores, sociólogos, universitarios, profesores de filosofía y de literatura, poetas y periodistas expresaron su devoción a la patria y, cuando habían pasado la edad del servicio militar, el deseo de enrolarse en su defensa. El popular *Haßgesang gegen England (Canción del odio contra Inglaterra)* del poeta alemán Ernst Lissauer, llegó a ser una especie de himno de la nación alemana, entonado en todas las escuelas del país.

No obstante, conviene recordar que, a pesar de esta atmósfera agobiante impregnada por entero de chauvinismo, un puñado de intelectuales y de hombres de izquierda remaban contracorriente: principalmente George Bernard Shaw, Bertrand Russell, J. A. Hobson, Romain Rolland, Karl Kraus, Albert Einstein, Leonhard Frank y Benedetto Croce expresaron su horror ante al nacionalismo agresivo y la prolongación de la masacre, pero su valiente protesta fue durante largo tiempo como un grito en el desierto. Anarquistas conocidos –Emma Goldman, Errico Malatesta, Gustav Landauer y el mismo Georges Sorel, antiguo turiferario del sindicalismo revolucionario– también tomaron distancia de aquel patriotismo asesino en el que estaban sumergidas las masas. A pesar de todo, esas voces, cuyo número se acrecentaba a medida que se desarrollaba el conflicto, no ejercieron ninguna influencia en las multitudes belicosas.

La Segunda Internacional suspendió sus reuniones comunes desde los primeros combates pues sus miembros, plantados en sus pertenencias nacionales, se despedazaban entre sí. Con todo, en 1915, militantes socialistas de diversos países que se oponían a la prosecución de la guerra –que ya entonces había costado la vida de un millón de combatientes–, se reunieron en la aldea suiza de Zimmerwald. Alphonse Merrheim comandaba la delegación francesa. Entre los representantes del Partido Socialista llegados de Italia estaba la antigua compañera de Mussolini Angelica Balabanoff. La poeta Henriette Roland-Holst representaba a los holandeses. La liga espartaquista, por su parte, había delegado a Bertha Thalheimer, quien leyó ante la asamblea un mensaje de apoyo de Karl Liebknecht. En la delegación rusa figuraban Lenin y Trotski, exiliados entonces en Suiza. Finalmente, del lado inglés, la representación estuvo a cargo del parlamentario laborista y pacifista Fred Jowett.

Después de un vivo altercado entre pacifistas moderados y revolucionarios determinados (los rusos muy particularmente), se adoptó una resolución común que condenaba la continuación de los combates y pedía una paz inmediata sin anexión territorial. La declaración de Zimmerwald solo encontró un débil eco debido a las restricciones que pesaban sobre la comunicación en tiempos de guerra. Pero esto no impidió que, el año siguiente, se celebrara un nuevo encuentro internacional en Kienthal, también en Suiza, que tuvo un impacto apenas superior.

Por su parte, las feministas celebraron en La Haya y en 1915 una gran asamblea de militantes contrarias a la guerra. En medio de la oleada nacionalista y viril que lo invadía todo, la acción antimilitarista de las mujeres no pasó inadvertida. Entre las participantes se

destacaban Sylvia Pankhurst, celebre sufragista socialista que se había opuesto a la guerra desde la primera hora y Charlotte Despard, escritora y mujer de izquierdas irlandesa que había fundado el Ejército Femenino de la Paz y se había comprometido intensamente en la lucha contra el nacionalismo y el militarismo.

De todas maneras, poco a poco, la publicación de crónicas del horror sobre los combates en las trincheras –como las de Henri Barbusse en Francia o del poeta Siegfried Sassoon en Inglaterra– contribuyeron a instilar lentamente una visión crítica más aguzada y más plausible hasta en los círculos de la izquierda institucional. Este nuevo enfoque se inscribía en un contexto de duda creciente referente a la utilidad de continuar una guerra devastadora y terriblemente letal, justamente cuando la perspectiva de una victoria decisiva y rápida se veía cada vez más lejana.

El repliegue del entusiasmo patriótico

La interminable guerra de trincheras y su espantoso cortejo de muertos terminaron por desmoralizar tanto a los combatientes como a los civiles. Las deserciones aumentaban y los generales instauraron como una práctica admisible los fusilamientos de desertores a título disuasivo. En el campo socialista empezaron a aparecer fisuras y la hegemonía patriótica empezó a ceder poco a poco al campo pacifista. En los parlamentos inglés, francés, alemán y austrohúngaro, algunos representantes aislados, que antes habían votado a favor de las partidas presupuestarias para armamento, dudaban ante la idea de confirmar su voto y, en ocasiones, se abstuvieron. Se producían huelgas espontáneas y los pacifistas, hasta entonces vilipendiados, empezaron a recibir nueva atención incluso de las clases trabajadoras.

La desintegración se hacía manifiesta en uno de los principales campos de batalla: las deserciones y rebeliones adquirieron mayor amplitud particularmente en el conjunto del frente del Este, en los ejércitos del zar. El gran enfrentamiento parecía cada vez más insostenible para los millares de campesinos, llevados como ganado al matadero frente a los cañones alemanes. Su motivación no era la misma de los soldados alemanes, franceses o ingleses puesto que para ellos el sentimiento patriótico era casi inexistente. En 1916, las condenas a muerte de soldados rusos por abandonar su posición durante los combates se multiplicaron en toda la línea del frente.

El zar Nicolás II se había precipitado a lanzarse a aquella guerra en 1914 para desviar la atención de los conflictos sociales que era incapaz de resolver. De modo que solo consiguió demorar tres años la circunstancia de su caída pagando el precio de 1,7 millón de vidas de soldados y civiles.

En febrero de 1917, la protesta de la masa de hambrientos y mutilados llegó a la capital, Petrogrado, donde la dispersión violenta de una manifestación de mujeres que reclamaban pan y el fin de la guerra había provocado una serie de disturbios y huelgas. El gobierno envió batallones del ejército –situados en las proximidades de la ciudad– a reprimir a los insurgentes, pero numerosos soldados se unieron a los rebeldes. En pocos días, el zar fue obligado a abdicar y se constituyó un gobierno provisional.

La Revolución rusa no coincidió con el fin de la Gran Guerra; Estados Unidos se sumó a la

contienda en abril de 1917 y los combates se prolongaron hasta el 11 de noviembre de 1918. El tratado de paz con Alemania solo se firmó en junio de 1919 y los tratados con Austria, Hungría, Bulgaria y Turquía, en agosto de 1920.

Los cambios radicales considerables ocasionados por esta guerra suscitan todavía hoy controversias historiográficas. Cayeron monarquías que fueron reemplazadas por repúblicas y el proceso de democratización prosiguió su marcha en el mundo. Pero ese proceso no estuvo necesariamente acompañado de una liberalización de las sociedades; en efecto, en ciertas regiones, la liberalización se estancó y hasta retrocedió, y el mundo de antes continuó imprimiendo su marca sobre el de la posguerra. Por ejemplo, el colonialismo y el imperialismo se fortalecieron y continuaron sus vastas conquistas; además, la conciencia nacional, que había unido las clases al declararse la guerra y había constituido una poderosa palanca de la gran masacre, fue impregnando cada vez más el espíritu de los pueblos y volvería servir de combustible eficaz en todas las guerras por venir.

La alianza histórica entre la izquierda y el nacionalismo no llegó a su fin con el armisticio. La matanza masiva no fue un obstáculo para que el socialismo moderado se integrara en el Estado-nación y hasta podría decirse que aceleró esa incorporación. La presencia de ministros socialistas en gobiernos liberales y hasta conservadores, se consideró desde entonces normal. En noviembre de 1918, el socialdemócrata alemán Philipp Scheidemann proclamó la República de la que su colega Friedrich Ebert fue el primer presidente. Una vez en el poder, los socialistas hicieron pronto alianza con el ejército y con grupos nacionalistas extremistas a fin de reprimir los levantamientos espontáneos de obreros y de soldados. Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht fueron asesinados durante estos enfrentamientos provocados en parte por la izquierda en el poder.

Mientras la monarquía austrohúngara se desplomaba, en Viena se proclamó una «Austria alemana» cuyo primer presidente fue el socialdemócrata Karl Seitz. En 1924, en Francia –donde la derecha había ganado las elecciones en 1919 y tenía amplia mayoría en el Parlamento–, el Cartel des Gauches (una coalición de centroizquierda) llegó al poder con el apoyo de los socialistas quienes, sin embargo, no formaron parte del gobierno. Ese mismo año, el Partido Laborista obtenía el poder en Inglaterra y nombraba primer ministro a Ramsay MacDonald.

En la Rusia zarista, los socialdemócratas también accedieron al poder después de la guerra, pero en circunstancias totalmente diferentes. Los nuevos socialistas que resultaron vencedores al término de la primera revolución verdaderamente «moderna» eran de una índole muy distinta.

---

[1] La «Gran guerra» creó una situación particular en la que los miembros de las clases populares que, desde hacía poco tiempo, habían aprendido a leer y a escribir, pudieron dejar testimonios tras de sí. El estar lejos del hogar obligó a muchos de ellos a mantener correspondencia con sus familias. El entusiasmo del comienzo y luego la decepción en los últimos tramos de la guerra tuvieron así una forma de expresión en la medida en que la censura militar no pudo borrar todos los contenidos «críticos» de aquellas cartas.

X

Lenin y el Estado

¿Junto a la rueca y el hacha?

> La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado al lugar que entonces le ha de corresponder: al museo de antigüedades, junto a la rueca y al hacha de bronce.
>
> Friedrich Engels, *Der Ursprung der Familie, des Privateigenthums und des Staats,* 1884.

No fue la Gran Guerra lo que provocó la Revolución rusa de 1917. En aquel momento, el fermento de la revolución ya estaba activo. Desde 1905, la derrota ante Japón había hecho temblar el antiguo régimen tiránico y, en 1912, el poder zarista se había tambaleado frente a las grandes huelgas. La guerra, por su parte, condicionó la naturaleza de la revolución y particularmente contribuyó a la extremada violencia que engendró en sus diferentes fases.

La primera revolución, la de febrero de 1917 (en realidad, marzo de 1917) aparentemente había llevado a la izquierda al poder. Alexander Kerenski, una de las principales personalidades del gobierno provisional, era un dirigente del grupo de los Trudoviki, un movimiento de izquierda importante cercano al Partido Socialista Revolucionario que pretendía ser el portavoz del campesinado. La coalición entre los Trudoviki y el Partido Socialista Revolucionario incluía además a miembros del Partido Constitucional Democrático (los kadetes) y a representantes de la corriente menchevique. Esta coalición liberal demócrata se fijó como primera misión organizar elecciones generales a fin de estatuir sobre el devenir del zarismo.

Simultáneamente, aparecieron otros órganos representativos: los sóviets, que ya habían desempeñado un papel importante durante la revolución de 1905. Se reunían en su seno representantes directamente elegidos por los obreros, los campesinos y los soldados. Los militantes de los partidos políticos, incluidos los bolcheviques intervenían públicamente en las sesiones. Ese modo de expresión revolucionaria no tenía vocación de perdurar; era lógico esperar que, si el gobierno provisional respondía inmediatamente a las necesidades urgentes y a las expectativas de las masas que habían derrocado al zar, los sóviets pronto desaparecieran.

En efecto, las expectativas se habían formulado claramente: los soldados querían el fin de los combates y los campesinos la legitimación jurídica del reparto espontáneo de tierras que había comenzado en el momento de la caída del zar. Pero el nuevo régimen pronto mostró que era incapaz –suponiendo que realmente tuviera la intención– de cumplir esas tareas urgentes y en poco tiempo tuvo que pagar el precio de esa impericia.

Antes de asumir como jefe del gobierno, cuando aún era ministro de Defensa, Kerenski había organizado una gigantesca operación militar contra los imperios centrales. Todos los partidos representados en el gobierno provisional, que desde el comienzo habían apoyado la guerra, continuaban sometiéndose a las potencias aliadas, las cuales presionaban para continuar la contienda a cualquier precio. Sin embargo, la derrota militar era evidente en la totalidad del frente hasta tal punto que decenas de miles de soldados se negaban a obedecer las órdenes y desertaban. Muchos crearon sóviets para ejercer su propia justicia y pasaron a sus oficiales por las armas. Batallones enteros se dispersaron hacia el este buscando llegar a sus aldeas mientras se difundía el rumor de que las tierras de la nobleza –que, durante la abolición de la servidumbre de 1861 no habían sido transmitidas a quienes las cultivaban– iban a ser distribuidas finalmente con el acuerdo del nuevo gobierno.

El gobierno provisional, vinculado por miles de lazos con el antiguo orden zarista, se mostró incapaz de resolver la candente cuestión de la propiedad de la tierra. La «repartición en negro» que se extendió durante todo el año 1917 y aún después, transfirió en muy corto tiempo más del 90% de las tierras a manos de las comunidades campesinas. Se trataba de una revolución espontánea que los liberales no comprendían y a la que los socialistas moderados no sabían cómo responder. Frente a la vieja nobleza, no tenían la audacia de los protestantes obstinados de Cromwell ni la de los insolentes jacobinos de Robespierre. Los socialistas moderados de entonces reflejaban plenamente el estado de espíritu de la pequeña burguesía rusa, atemorizada y de escasa iniciativa.

Los bolcheviques y los sóviets

Los bolcheviques, y muy particularmente su jefe Lenin, supieron descifrar el mapa político y social de su tiempo. Ciertamente, se consideraban ante todo un partido proletario y, durante las elecciones generales, nunca habían obtenido muchos votos entre los campesinos, pero su determinación, unida a un notable pragmatismo y una capacidad de organización fuera de lo común, les abrió las puertas del poder. Su principal eslogan, «El pan, la tierra, la paz», resultó ser extremadamente eficaz y, con el correr de los meses, su influencia en los sóviets fue incrementándose. En el terreno, los militantes del partido eran en su mayor parte jóvenes intelectuales y obreros de primera generación. Como se vio en casi todas las fases de modernización económica en todo el mundo, la primera generación del proletariado, surgida mayoritariamente del campesinado y del pequeño artesanado, siempre se mostró más rebelde que sus herederos ya más disciplinados. Eran esos orgullosos trabajadores manuales que habían observado tanto Robert Owen y los cabecillas *chartistas* como Proudhon y Louis Blanc, Marx y Engels, y hasta Georges Sorel a fines del siglo XIX.

En Rusia, ese proletariado era aún poco numeroso, pero cumplió una función importante en 1917 por su presencia en las grandes ciudades. Al principio, apoyaban por partes iguales al Partido Social Revolucionario y a los socialdemócratas: mencheviques y bolcheviques. No obstante, al aproximarse octubre de 1917, los obreros, organizados en parte en los sóviets y capaces de promover grandes huelgas, se inclinaban cada vez más hacia los bolcheviques, de quienes pronto constituirían la punta de lanza.

Hasta que Lenin regresó del exilio, en abril de 1917, la mayoría de los bolcheviques no tenían verdaderamente una visión clara de la situación social y política rusa. Su concepción de la historia era marxista y difería poco de la de Plejánov y los mencheviques: Rusia atravesaba desde el comienzo del siglo una fase de aceleración de la industrialización y se encontraba en el umbral de una revolución liberal burguesa semejante a las que se habían producido en Occidente y que la izquierda revolucionaria se veía obligada a apoyar. Sin embargo, durante la revolución de 1905, a medida que los sóviets populares se creaban espontáneamente, Lenin presintió que el determinismo marxista clásico no era suficientemente preciso y formuló entonces el extraño concepto de «dictadura revolucionaria democrática del proletariado y el campesinado».

En realidad, la «dictadura democrática del proletariado» presentada por Marx en sus momentos más jacobinos, era muy poco realista en un país que contaba con un 80% de campesinos y solo un 5% de obreros. Los obreros revolucionarios tenían la necesidad de hacer una alianza con los campesinos, no a la manera de los socialistas revolucionarios, que soñaban con un socialismo rural, sino como minoría activa y organizada llamada a paliar provisionalmente la debilidad de una burguesía inconsistente y carente de audacia. La intención, totalmente inconsciente, era en realidad que un partido político llegara a reemplazar temporalmente, como vanguardia revolucionaria, a una clase social debilitada. Esta «idea» le habría parecido incongruente a cualquier marxista, incluso al mismo Lenin si hubiera podido formularla claramente. Sea como fuere, la frase llegaría a ser, justamente por su ambigüedad, uno de los mitos más movilizadores del siglo XX.

Lenin había condenado sin ambages la Gran Guerra desde el momento mismo en que estalló. Si bien había comprendido la potencia de la idea nacional mejor que otros marxistas, como Rosa Luxemburg o León Trotski, Lenin odiaba el nacionalismo ruso y el imperialismo europeo. Por eso, convocó inmediatamente a transformar la guerra global en guerra civil en el mundo entero. El profundo rechazo que le producía el liberalismo ruso, que juzgaba deplorable, se acrecentó aún más cuando este brindó su apoyo al zar y a su alianza militar con los occidentales. En el Imperio zarista, no había una verdadera clase burguesa independiente: en vísperas de la revolución, el 90% de las minas, el 50% de las industrias químicas y el 42% de las acciones bancarias se encontraban en manos de elementos occidentales. Esta dependencia casi completa del capital extranjero condicionaba toda la política exterior del nuevo poder liberal.

Al llegar a Petrogrado, en abril de 1917, Lenin descubrió que sus camaradas bolcheviques tenían tendencia a respaldar al gobierno provisional, incluso en la prosecución de la guerra. Aquel fue el momento en que nació el «nuevo Cromwell» o el «nuevo Robespierre». Los eslóganes que se dedicó a difundir, como «Paz a cualquier precio» o «La tierra para quienes la trabajan», eran el lenguaje que había que emplear para continuar la revolución espontánea que había comenzado en las ciudades y en el campo. Ese lenguaje fue lo que elevó a Lenin al poder algunos meses más tarde y le hizo entrar en la historia.

Los bolcheviques nunca alcanzaron la mayoría en las elecciones pluralistas para la Asamblea constituyente, pero eran mayoría en los sóviets, sobre todo en las grandes ciudades; de ahí la sorprendente consigna de Lenin: «Todo el poder a los sóviets». En efecto, durante la fase inicial de la Revolución, Lenin no cuestionó el principio pluralista liberal y conviene recordar que en los sóviets estuvieron representados constantemente numerosos partidos. No

obstante, más tarde, llevado por las circunstancias, debió librarse de tal principio, persuadido de que en Europa occidental se produciría al mismo tiempo una revolución socialista y que la retrasada Rusia podría unir su destino a un mundo próspero, igualitario y libre, sin precedente en la historia.

Cuando en julio de 1917 Kerenski emitió una orden de arresto contra él, Lenin se refugió en Finlandia donde redactó en poco tiempo *Государство и революция (El Estado y la revolución),* texto en el que expresa su plena confianza en la decadencia del Estado. Como buen marxista, en él afirma que el aparato del Estado, aun de un Estado demócrata liberal, continúa siendo un instrumento represor, condenado a la supresión (junto con la desaparición de la sociedad de clases) y a ser expuesto en los museos como «la rueca y el hacha de bronce». Aquel fue el momento más anarquista de la vida intelectual de Lenin quien esperaba que la Revolución rusa diera la señal para que se desencadenara una revolución mundial.

De regreso en Petrogrado, a comienzos de octubre de 1917, Lenin logró convencer a su partido de que había llegado la hora de valerse de la mayoría que tenía en los sóviets y conquistar el poder. Con una aguda sensibilidad política y después del intento fallido de golpe de Estado militar del general zarista Kornilov, Lenin llegó a la conclusión de que Rusia se encontraba ante la siguiente alternativa: una dictadura militar o la dictadura provisional de los bolcheviques y sus aliados.

La toma del poder fue planificada y realizada bajo la brillante conducción militar de León Trotski, unido desde unos meses antes a los bolcheviques. La izquierda del Partido Socialista Revolucionario también se había sumado a la coalición radical y el nuevo gobierno instauró un Consejo de Comisarios del Pueblo. De inmediato se publicaron tres decretos: uno «sobre la paz» sin anexión ni indemnizaciones, inspirado en las promesas hechas al pueblo y de conformidad con las mociones aprobadas en la conferencia internacional de Zimmerwald; otro «sobre la tierra», que retomaba un párrafo del programa de los socialistas revolucionarios que jamás se ejecutó; y el tercero que ordenaba «¡Todo el poder a los sóviets!».

Rápidamente se firmó un tratado de paz en Brest-Litovsk que implicó la dimisión de los socialistas de izquierda demasiado patrióticos. En cuanto al decreto sobre la tierra, proclamaba formalmente que el derecho a utilizarla recaía exclusivamente en quienes la cultivaran. Así, en apariencia, se veían cumplidas las reivindicaciones revolucionarias iniciales del pueblo.

Los defensores del antiguo orden no tardaron en reaccionar. Desde 1918, se organizaron los llamados «ejércitos blancos» que, con ayuda de Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Japón, trataron de aplastar la revolución, cuyos dirigentes tuvieron la osadía de negarse a asumir la enorme deuda financiera que Rusia había contraído con el capitalismo anglofrancés. Los nobles y los burgueses rusos, que habían perdido tierras y capitales, se aliaron a los oficiales superiores humillados por el poder soviético, los cosacos y algunos sectores del campesinado horrorizados por los herejes ateos de Petrogrado. Contaban con eliminar rápidamente a los traidores a la patria, irrespetuosos de la propiedad pero, para su gran sorpresa, tuvieron que enfrentarse al Ejército rojo, aprontado por Trotski, cuyo ariete estaba formado por los obreros y los campesinos pobres que temían el retorno de los nobles y los antiguos propietarios de las tierras. Otros militantes, procedentes de partidos de izquierda –socialistas revolucionarios, mencheviques, miembros del Bund y hasta anarquistas–, que no apreciaban particularmente las formas autoritarias de Lenin pero temían el posible regreso del zar y la nobleza al poder, se unieron también a sus filas.

Es difícil evaluar la cantidad de víctimas de esta cruel guerra civil impuesta a los bolcheviques. Si incluimos la sequía, el hambre y las epidemias, las estimaciones oscilan entre diez y quince millones de muertos. Más de un millón de combatientes del ejército llamado «rojo» perecieron en los combates y se supone que la embrionaria clase obrera rusa quedó diezmada durante aquellos brutales enfrentamientos. Esta guerra interna tuvo consecuencias desastrosas en la evolución del nuevo régimen. Ciertamente, los revolucionarios triunfaron, pero Rusia quedó desangrada, con la industrialización en decadencia y la energía revolucionaria agotada. El nuevo régimen, nacido bajo el signo del centralismo y del autoritarismo, tuvo que abrirse camino a través de todas esas dificultades.

En la primavera de 1918, el partido bolchevique, antes llamado «socialdemócrata» tomó el nombre de Partido Comunista de Rusia. Impulsado por la decepción que le había provocado la socialdemocracia europea y sus humores belicosos en el momento en que había estallado la Guerra Mundial, Lenin decidió pues inscribir el partido en un retorno simbólico a la pureza de los orígenes revolucionarios, a la época de la Liga Comunista de Engels y de Marx. Y, en realidad, la política inflexible y vertical que se vieron forzados a aplicar Lenin y Trotski durante la guerra civil se llamó «comunismo de guerra»; por su parte, la nueva organización internacional fundada un año más tarde, tomó el nombre de Internacional Comunista (o Tercera Internacional)[1].

Así fue cómo en aquella Rusia rebautizada Unión Soviética se impuso un régimen democrático con un partido único cuya ideología y política oficial era el antiliberalismo. Durante toda su existencia, ese régimen puso especial cuidado en organizar elecciones periódicas para ocupar cargos en los sóviets, en las que todo ciudadano o ciudadana tenía derecho a votar y a ser elegido. En ningún momento se transgredió el principio de la soberanía formal del pueblo, pero nunca se incluyeron en el arsenal político ni en el patrimonio educativo del comunismo en ciernes el pluralismo de los partidos ni la libertad de organizarse ni la separación de poderes ni la independencia del sistema judicial ni la libertad de prensa ni los derechos de la persona y del ciudadano. Esas prácticas y esos valores liberales se juzgaron de una vez y para siempre, «de esencia burguesa» y todo intento de aplicarlos fue tildado de «antisocialista». En el imaginario revolucionario existía una identificación total entre el partido en el poder y el pueblo, y cualquier oposición a ese principio constituía una desviación en relación con la *doxa* marxista.

Con todo, en los años veinte todavía existía una forma limitada de pluralismo interno en el seno del Partido comunista. En él se expresaban ideas diferentes y hasta opuestas que daban lugar a enfrentamientos internos cuya legitimidad se reconocía. Pero, al término de la primera década de ejercicio de la «dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado», aquel último rastro de pluralismo se borró. Lo que provocó la instauración de un régimen que con toda justicia puede definirse como autoritario fue sobre todo la segunda revolución social sobrevenida en Rusia a finales de la década de 1920.

La segunda revolución

Desde comienzos de los años veinte, después de la sangrienta guerra civil y el periodo del

comunismo centralizador y autoritario que había inaugurado, Lenin aplicó una «nueva política económica» (NEP). Los campesinos pudieron cultivar su tierra y vender sus productos libremente en el mercado. El Estado conservó solamente bajo su control lo que quedaba de la industria y del comercio exterior.

La NEP permitió que se desarrollara una clase de campesinos ricos que acumularon capital y fuerza económica que no se tradujo en fuerza política. La clase gubernamental que ejercía el poder, encarnada por completo en el Partido Comunista, comenzó a inquietarse por esta situación que juzgaron –con razón o sin ella– como una amenaza a su poder absoluto. Se produjo entonces un acontecimiento como no había habido antes en la historia moderna, que no corresponde en nada a la ideología marxista tradicional: una clase política organizada decidió destruir enteramente a una clase socioeconómica, menos por obtener con ello una ganancia económica que para preservar, prolongar y aumentar su propio poder.

Este sorprendente proceso, que recibió el nombre de «colectivización» concluyó con la desaparición de los campesinos ricos (los *kulaks*). Una parte de ellos había sido deportada en el gran sistema de confinamiento llamado *«gulag»* y otra parte exterminada en el campo. En 1918, Lenin no había dejado constancia de la transformación jurídica del suelo en bien privado; desde entonces el suelo pasaba a ser propiedad colectiva sin violar los fundamentos de la legislación soviética. Se crearon así los *sovjoses* estatales y los *koljoses* comunitarios, que carecían de toda autonomía y que llevaron a la muerte a millones de campesinos refractarios en Ucrania, en Kazajistán y en Rusia.

Por su parte, los simpatizantes, expectantes y escépticos, fueron víctimas de un terror estatal sin precedente en la historia moderna. Pero, los «creyentes» comunistas del mundo entero suponían todavía que todos esos muertos eran las víctimas colaterales y necesarias del progreso en marcha. Progreso encarnado por un nuevo jefe, surgido de las filas del Partido y venerado como el «padrecito de los pueblos», a quien se le consagró desde entonces un verdadero culto a la personalidad: Iósif Stalin.

Bolchevique de personalidad paranoica que había conseguido muy hábilmente apartar a los otros herederos de Lenin, Stalin fue el principal conductor de la gran revolución rural que controló de manera implacablemente tiránica y centralizada. Al mismo tiempo, practicó una depuración cruel en el seno del Partido, del ejército y entre los últimos comunistas independientes y críticos, veteranos del tiempo de Lenin. Es probable que haya hecho matar más comunistas que Hitler. Así como en el siglo XVIII, el capitalismo angloamericano había reintroducido la esclavitud que le permitió realizar la acumulación primitiva del capital necesaria para el despegue industrial, el poder estalinista restableció los trabajos forzados en la totalidad del país lo que permitió una acumulación primitiva que, en el espíritu de Stalin, era indispensable a causa de la destrucción casi completa de la industria consecutiva de la Primera Guerra Mundial y de la guerra civil.

No es posible equiparar los campos del *gulag* con los campos de exterminio –como los campos de la muerte nazis–, pero es verdad que en un periodo de veinticinco años en aquellos murieron de hambre, de frío y de enfermedades, cerca de un millón de personas condenadas a trabajos forzados. Se las redujo a la esclavitud particularmente con el objetivo de producir una fuerza blindada soviética que se expresó plenamente durante los combates de Stalingrado. En el extremo opuesto de esos esclavos modernos, una vasta clase de burócratas, que gozaba de privilegios sociales (la *nomenklatura*), regía colectivamente el conjunto de los medios de

producción del Estado soviético.

Todos aquellos que en el resto del mundo sostenían ese régimen se esforzaban entonces por señalar que, más allá de la creación de aquella nueva sociedad de clases, las desigualdades socioeconómicas en la patria del socialismo eran muy inferiores al nivel de desigualdad que existía en los estados capitalistas. Esta afirmación tiene una parte de verdad, pero la reducción de las desigualdades se pagó con un pesado tributo en pérdidas de vidas humanas y estuvo acompañada de un terror inédito y de la supresión de libertades individuales fundamentales.

El régimen estalinista, por su centralismo y por la neutralización de toda oposición, representó una suerte de continuidad de la autocracia secular anterior a 1917. A diferencia de los regímenes de la Europa occidental, el zarismo, particularmente desde Iván Grozny (el Terrible) en el siglo XVI, había sometido por completo la Iglesia y la nobleza al poder imperial. Dicho sea de paso, Stalin estaba fascinado por aquel zar en quien veía una especie de pionero y el hecho de que Serge Eisenstein, el genial cineasta estalinista, haya realizado un filme a la gloria de ese déspota no se debe en absoluto al azar.

Por otra parte, la servidumbre, constituida bastante tardíamente en Rusia, se diferenciaba de la de los países europeos occidentales: un noble no podía vender ni matar a sus siervos, a semejanza de un propietario de esclavos de la Antigüedad mediterránea, pero podía arrancarlos de su tierra y deportarlos arbitrariamente de un lugar a otro. El dicho popular inglés, según el cual «quien pertenece a la tierra, termina por hacerla suya», que representaba en parte un proceso histórico occidental, no podía en ningún caso aplicarse a la Rusia zarista.

Estas antiguas relaciones de fuerzas sociales y políticas continuaban siendo al menos tan decisivas en la URSS de Stalin como las ideologías igualitarias importadas de Europa central y occidental a fines del siglo XIX.

La expansión del comunismo

La victoria de la URSS en la guerra contra el nazismo multiplicó la fuerza y el prestigio del movimiento comunista en el mundo. Ya en 1919, con la creación de la Tercera Internacional, había comenzado a tomar forma una izquierda específica, hasta entonces desconocida. El Estado socialista no solo no se había marchitado en Rusia –como anunciaba la profecía leninista de 1917–, sino que había construido un poderoso aparato gubernamental llamado a dirigir una «iglesia» mundial de militantes, portadores de un mensaje universalista revolucionario. Esos militantes se sometieron por entero a aquella potencia que les prometía la salvación y estructuraba su vida, su visión del mundo, su predisposición al sacrificio y todo su compromiso político.

La derrota de las potencias centrales durante la Primera Guerra Mundial había determinado la caída de las monarquías austrohúngara y alemana y la instauración de repúblicas en la casi totalidad de Europa. En Baviera (Múnich) y en Hungría (Budapest) hubo intentos de reproducir la Revolución rusa con la creación de regímenes de consejos que fueron derrocados rápidamente. Contrariamente a lo que habían esperado Lenin y Trotski, no se dio una expansión de revoluciones socialistas por todo el mundo, aunque tanto en el interior de Europa como fuera del continente se implantaron movimientos comunistas duraderos.

En el marco de la Internacional Comunista, se formaron partidos de masas, primero únicamente en Alemania y en Francia. Más tarde, también se fundaron partidos comunistas en Estados Unidos, en Inglaterra, en Italia, en Holanda y en varios países no occidentales pero ninguno de ellos dejó entonces huella en la cultura política local. Entre los fundadores de estos partidos figuraban socialistas radicales, sindicalistas revolucionarios y anarquistas que, decepcionados por el apoyo que los socialdemócratas habían ofrecido al militarismo y a los gobiernos burgueses, se volvieron entonces hacia el nuevo comunismo que rechazaba todo oportunismo y tenía por meta constituir una alternativa revolucionaria al servicio de los trabajadores.

La Internacional Comunista tenía pocas semejanzas con las dos internacionales autónomas que la precedieron. En aquellos años, parecía, en efecto, que más que un instrumento dedicado a las luchas revolucionarias se había vuelto sobre todo el segundo ministerio de las relaciones internacionales del joven Estado soviético. Al finalizar la década de 1920, una parte significativa de esos fundadores idealistas habían abandonado el movimiento comunista o habían sido expulsados de él. Otros, más pragmáticos y realistas o, a veces, más sinceramente creyentes, reemplazaron poco a poco a los pioneros desalojados. La URSS los sostenía logística y financieramente y hubo quienes los consideraron militantes profesionales remunerados que continuaban insuflando fuerza y certeza en la creencia del socialismo por venir.

Si bien el comunismo se afirmó de manera duradera en los países industrializados –a pesar de no hacer madurar de manera decisiva las fuerzas revolucionarias–, en los países agrarios, a menudo víctimas de la dominación colonial, el ideal comunista echó raíces sólidas y desembocó a veces en revoluciones victoriosas. Aunque en su origen el marxismo fue una ideología destinada a orientar al proletariado industrial para liberarlo de sus cadenas, en las manos expertas de Lenin y más allá de su discurso ortodoxo, devino una filosofía «dialéctica» flexible, capaz de adaptarse a las circunstancias y de servir de justificación a cuestiones revolucionarias originales. Ya de joven, Lenin, a diferencia de sus compañeros marxistas de la época, se sentía atraído por el potencial revolucionario nacional que tenían las sociedades dominadas por el imperialismo: en diciembre de 1917, había lanzado una convocatoria a los pueblos de Oriente instándolos a derrocar al conjunto de los «saqueadores y opresores» occidentales.

Al contrario de la Segunda Internacional, la Internacional Comunista se interesó, desde su nacimiento, en los procesos y contradicciones de las sociedades agrarias y trabajó de diversas maneras para estimular en ellas los movimientos revolucionarios. No sorprende pues que ya en 1919 se haya fundado un Partido Comunista en México (encabezado por un emigrado de la India), otro en Indonesia y otro en Irán en 1920, el de China en 1921, en Egipto en 1922, en la India en 1924, en Corea en 1925, en Indochina (Vietnam, Camboya, Laos) en 1930 y así continuadamente en todos los continentes.

A partir de los años veinte, esos partidos se definieron como «marxistas-leninistas» y, para ellos, el estatuto de Lenin llegó a ser igual al de Marx. Solo una minoría de ellos consiguió hacerse con el poder, pero en medio siglo, junto con el Partido Comunista soviético, ¡gobernaron sobre un tercio de la población mundial!

En Rusia, el régimen comunista duró setenta y cuatro años, no sin haber sufrido numerosas convulsiones. En los años cincuenta, el régimen de terror cedió su lugar a un régimen

autoritario más moderado y menos paranoico que, en vísperas de su derrumbe en 1991, hizo un esfuerzo por volverse más liberal. Esta tentativa naufragó –Estados Unidos hizo cuanto estaba a su alcance para que así fuera– y la *perestroïka,* es decir la reconstrucción de un socialismo diferente, nunca gozó de la confianza de las masas, ganadas por el escepticismo e instruidas por la experiencia, y todo terminó en fracaso.

Desde que la economía administrada había comenzado a desmoronarse, desapareció la necesidad de una clase burocrática, que cedió su lugar a una tecnocracia cínica, pronto transformada en oligarquía postrada ante el culto de una economía de mercado frenética que transfería al extranjero, de contrabando, gran parte del capital acumulado. La inflación galopante amplificó las desigualdades sociales que no cesaron de ahondarse bajo el control de los nuevos oligarcas sin que se desarrollara, paralelamente, una cultura política pluralista y liberal.

La ancestral tradición represora continuó formateando las relaciones de fuerzas en la nueva federación de Rusia, creada a fines del siglo XX, lo que pareció confirmar la hipótesis, evocada precedentemente, según la cual la «larga duración» social y mental pesó tanto como la ideología estaliniana en la aparición del totalitarismo surgido de la «primera revolución socialista». Pocos historiadores han integrado esta dimensión en la comprensión del fenómeno soviético y de las características del comunismo.

---

[1] La Segunda Internacional –o Internacional Socialista– subsistió después de la partida de los comunistas y existe aún hoy.

XI

Camisas negras y pardas
¿Derecha o izquierda?

> De la democracia el fascismo rechaza la absurda mentira convencional de la igualdad política. […] Pero si la democracia puede entenderse de otro modo, es decir, si democracia significa no desplazar al pueblo al margen del Estado, el fascismo ha podido ser definido por el autor de este libro como «una democracia organizada, centralizada, autoritaria».
>
> Benito Mussolini, *La Dottrina del Fascismo,* 1938.

> Para disimular sus intrigas y adormecer a sus víctimas, (el judío) no cesa de hablar de la igualdad de todos los hombres, sin consideración de raza o de color. Los imbéciles comienzan a dejarse persuadir por él.
>
> Adolf Hitler, *Mein Kampf,* 1925.

En los años cincuenta, durante la guerra fría, historiadores liberales estadounidenses comparaban las tendencias totalitarias de los regímenes comunistas con el autoritarismo centralizado del fascismo y del nazismo vencidos. «Es la misma cosa», decían los investigadores prominentes e insistían en señalar las bases ideológicas comunes a esos dos fenómenos políticos.

Durante la década de 1970, después de que el Estado soviético, marcado por una relativa moderación, degradara dentro de su aparato a los elementos más autoritarios del PCUS, surgió en Francia una nueva ola historiográfica cuyos protagonistas eran, en su mayor parte antiguos comunistas o antiguos maoístas arrepentidos que sostenían más o menos el mismo discurso: el mal totalitario ya estaba presente en Rousseau, en Fichte, Marx, Nietzsche o Sorel. Los revolucionarios de izquierda y de derecha bebieron de las mismas fuentes ideológicas y han engendrado una historia criminal; no es casual que Mussolini haya comenzado su carrera como hombre de izquierda ni que Hitler haya calificado su movimiento como «nacional-socialista».

Estas corrientes de investigación no se interesaron en absoluto en las luchas sociales, en el colonialismo, el imperialismo, la modernización de las relaciones internacionales ni en la función que cumplió y el lugar que ocupó la conciencia nacional en todas sus variantes en la formación del Estado moderno. Tampoco se inclinaron particularmente por indagar aquello que diferencia y a la vez vincula, en algunos aspectos, a Italia y Alemania. Aunque hay movimientos políticos que se jactan de ser el fruto de «corrientes ideológicas profundas», en

los hechos, las «fuentes teóricas» sirven sobre todo de legitimación mucho más que de motivación; pretensiones seudofilosóficas de algunos dirigentes políticos son, en realidad, fuentes de influencia. El fenómeno es particularmente evidente cuando se trata del fascismo y del nazismo.

Esto no significa de ninguna manera que el fascismo italiano no haya tenido un pasado ni que haya surgido *ex nihilo*. Asimismo, el hecho de que Hitler haya bautizado su movimiento «nacional-socialismo» y no «nacional-capitalismo» es muy significativo y constituye un indicador de los vientos de la época. Así, se vuelve pertinente, hasta cierto punto, la cuestión de saber si esos dos partidos –y algunos otros que trataron de imitarlos sin éxito– son movimientos de izquierda o, al menos, «no son de izquierda ni de derecha».

Aquí se impone una advertencia suplementaria. Numerosos ensayistas y hasta investigadores, pertenecientes a menudo a la izquierda, ponen el rótulo de «fascista» a toda dictadura militar o régimen conservador antidemocrático. Se le endilga al general Franco la etiqueta de fascista tanto como al dictador portugués Salazar; Pétain, jefe del gobierno de Vichy se pinta como la encarnación del fascismo francés; se califica de fascistas al chileno Pinochet, su gobierno y, de manera más general, las juntas militares de Sudamérica, etcétera. Todos esos regímenes son, evidentemente, de extrema derecha, represores y antiliberales, pero sin las dimensiones revolucionarias radicales que figuran en el centro de la propaganda, tanto del fascismo como del nazismo[1]. La panoplia de movilización de las masas propia de estos dos movimientos y regímenes vehiculizaba, más allá de la hipocresía exhibida, un auténtico mito nacionalista popular, menos visible en los regímenes autoritarios de derecha, conservadores o militares. Dicho de otro modo, estos últimos no buscaban verdaderamente ser amados por el pueblo, mientras que el fascismo y el nazismo se nutrían, entre otras cosas, del amor y de la admiración que les profesaba el pueblo.

La cuestión de establecer si debemos considerar el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán como dos fenómenos similares no es sencilla y merece un análisis renovado. Hay que destacar que no existió ninguna internacional fascista como existieron las internacionales socialistas y comunista. Además, el nazismo, jamás se definió como un fascismo alemán; fueron sus adversarios y críticos quienes lo presentaron así y continúan haciéndolo.

El fascismo y el antiguo orden

Mussolini, fundador y jefe del fascismo, fue efectivamente socialista durante toda su juventud y al comienzo de su carrera política, además la retórica y la estética del fascismo que conquistaron Italia después de la Primera Guerra Mundial retomaron varias nociones de la izquierda. El paquete «fascista» contiene una dualidad incómoda que no es casual: la denominación «fasci» fue sustraída a los movimientos sociales contestatarios sicilianos del siglo XIX, pero más tarde, el régimen autoritario hizo creer que su nombre estaba inspirado en los «fasces» de la Roma antigua: el haz de varas atadas a un hacha y que simbolizaba la autoridad del poder y la fuerza, un símbolo que no sería el único de autoglorificación del nuevo régimen.

Mussolini nació en la izquierda. Su padre era un obrero anarcosocialista y él mismo militó en el movimiento obrero desde muy temprana edad. Era profesor y, como tal, dominaba perfectamente la lengua italiana y pronto se convirtió en un periodista prometedor. Comenzó su carrera en publicaciones marginales del Partido Socialista italiano. Conocido por su radicalismo extremo, promovía la creación de un movimiento revolucionario inspirado por Auguste Blanqui y reclamaba, por esa razón, la exclusión del partido de todos los socialistas moderados. En 1911 hasta fue arrestado por haber participado en una manifestación contra la guerra colonial en Libia. Su proceso tuvo gran repercusión y lo dio a conocer como uno de los dirigentes con futuro del Partido Socialista Italiano, de cuyo órgano de prensa central –*Avanti!*– fue nombrado jefe de redacción. A fin de fortalecer la línea editorial, Mussolini le ofreció un puesto en el periódico a su amiga «izquierdista» Angelica Balabanoff. En un año, la difusión de la publicación se quintuplicó y las adhesiones al Partido experimentaron un fuerte crecimiento.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial e Italia adoptó una posición de neutralidad, Mussolini la definió como una «guerra burguesa» y llamó a repudiar las hostilidades. Pero al poco tiempo, en compañía de republicanos, de socialistas moderados y de sindicalistas revolucionarios, ordenó adherirse al bando de las democracias occidentales a fin de «derrocar los regímenes conservadores y corruptos de los estados centrales». Destituido de sus funciones de director de *Avanti!* y excluido del Partido Socialista, fundó un nuevo periódico que llevaba un título significativo: *Il Popolo d'Italia*. Esa publicación, que defendía una línea intervencionista y que continuó definiéndose como socialista hasta el final de la guerra, contaba con el sostén financiero del Partido Socialista Francés, que en aquel momento formaba parte del gobierno. El periódico tenía como subtitulo una cita explosiva de Blanqui: «Quien tiene hierro tiene pan».

Como muchos otros junto con él, Mussolini había llegado a la conclusión de que, para impulsar una revolución socialista en Italia, había que lograr al mismo tiempo la unidad nacional aún incompleta; la Gran Guerra ofrecía la ocasión de alcanzarla. Era fácil comprobarlo: los sentimientos nacionales eran más potentes que los intereses de clase estrechos de la izquierda tradicional; el destino de la nación importaba más que el socialismo internacional. A fines del año 1914, Mussolini participó de la creación del Fascio de Acción Revolucionaria intervencionista [Fascio d'azione rivoluzionaria], embrión del futuro Partido Nacional Fascista que nacerá inmediatamente después de finalizada la contienda en 1918.

La apuesta de Mussolini se impuso e Italia entró finalmente en la guerra a la que él mismo fue movilizado. Pero, terminados los combates, las condiciones de la paz le fueron aún más útiles. Italia no recibió su parte del botín que se disputaban Francia e Inglaterra, sus aliados victoriosos. Numerosos italianos, particularmente de las clases medias, pero también de los sectores de menores recursos, experimentaron frustración y cólera, combustible que alimentó el nuevo movimiento. De todas maneras, el éxito del fascismo continuaba siendo parcial y poco concluyente. Lo cual no le impidió al *Duce* (el «Guía») –había recibido ese calificativo desde antes de la fundación del fascismo– llegar al poder tres años más tarde. ¿Cómo se produjo el «milagro revolucionario»? Si queremos aclarar este interrogante es importante dar respuesta a otra pregunta: el fascismo ¿es de izquierda o de derecha? La revolución fascista, ¿se asemeja a la revolución bolchevique y a otras revoluciones de izquierda que estallaron en el mundo a lo largo del siglo XX?

Cuando, a fines de 1914, Mussolini lanzó su periódico nacionalista, muchos industriales italianos decidieron contribuir a su financiación, ya parcialmente asegurada, como dijimos, por la izquierda francesa. Los violentos ataques, acompañados de agresiones físicas, contras los socialistas que se oponían a la guerra, suscitaban la empatía de ciertos círculos financieros hacia aquel demagogo popular. En 1918, Mussolini modificó su subtítulo de la publicación y le puso «Diario de los combatientes y los emprendedores», invitación explícita a la colaboración entre clases bajo el sello de la unidad combatiente en el frente.

Soldados desmovilizados y carentes de empleo, revolucionarios frustrados, antiguos sindicalistas en particular, artistas futuristas de moda y un conglomerado de nacionalistas en busca de notoriedad se unieron alrededor del nuevo movimiento y de su jefe carismático y le confirieron una dimensión escandalosa alimentada por los violentos enfrentamientos callejeros contra los socialistas. Rápidamente, el movimiento se hizo menos marginal: élites tradicionales, notables de la política, demócratas, miembros del aparato del Estado, magistrados y generales respetados, se planteaban seriamente la posibilidad de integrar ese nuevo movimiento con el propósito de reafirmar el poder en funciones.

Intelectuales y artistas prestigiosos, tales como el pensador liberal Benedetto Croce, el filósofo Giovanni Gentile, el dramaturgo Luigi Pirandello, el director de orquesta Arturo Toscanini, el economista Vilfredo Pareto, y muchas otras personalidades de la *intelligentsia* italiana empezaron a ver en el ascenso del fascismo una oportunidad de proseguir el «Risorgimento», la unidad de Italia, que, en su opinión, no se había logrado plenamente en 1871, pues había sido dictada desde arriba, sin la participación amplia de la sociedad. Además, el fascismo parecía estar en posición de hacer retroceder el peligro rojo que acababa de destruir Rusia y amenazaba extenderse por Italia.

La crisis social y política de la posguerra y las dificultades vinculadas con el paso a una economía de paz se hacían eco de las protestas de la izquierda política y sindical. En 1920, las grandes huelgas obreras, a veces acompañadas de la ocupación de fábricas, fundamentalmente en el norte, paralizaron en parte el país. El Partido Socialista duplicó el número de sus miembros y, en 1921, se fundó el Partido Comunista, uno de cuyos creadores fue Antonio Gramsci. Los vientos radicales que soplaban desde Moscú suscitaban inquietud y concretaban la amenaza revolucionaria.

Algunos medios industriales y una porción importante del sector bancario se tomaban muy seriamente esta situación y cuanto más aumentaba la inquietud, más se afirmaba el apoyo al joven fascismo y a su dinamismo político. La hostilidad de los «*fasci*» contra los rojos, «traidores» a la patria, era mucho más profunda que su repudio populista de los grandes burgueses.

El 28 de octubre de 1922, impulsados por Mussolini, alrededor de 30.000 «camisas negras», una especie de milicia compuesta por rufianes al servicio del partido fascista, entraron solemnemente en la capital y recibieron las aclamaciones de la multitud agolpada en las calles. Aquella «marcha sobre Roma» consiguió que Mussolini fuera nombrado jefe del gobierno por el rey de Italia, a pesar de que en el Parlamento solo había 35 diputados fascistas de un total de 535. Hoy sabemos que el ejército habría podido dispersar a la muchedumbre en pocas horas pero que se negó a hacerlo. Los conservadores dentro del aparato del Estado, los liberales indecisos, los nacionalistas militaristas, los católicos fieles al Vaticano, así como una fracción bastante amplia de los estratos populares, coincidían en su aspiración de instaurar una

fuerza nueva que restableciera el orden y uniera nuevamente a la nación desgarrada y herida desde la guerra.

En la mayor parte de las veces, cuando la izquierda llegaba al poder, trataba de reemplazar al personal conservador del antiguo orden. El fascismo y más tarde el nazismo no pudieron acceder al poder sin el apoyo directo o indirecto del personal del régimen precedente; hasta fue el antiguo orden –político, económico y social– el que convocó, aunque no siempre de buena gana, a los *camisas negras* en Italia y a los *camisas pardas* en Alemania a tomar el poder o, más exactamente, a compartirlo con él. Lo cual no significa, sin embargo, que los medios empresariales o las instituciones conservadoras hayan inventado el movimiento fascista para cubrir sus necesidades. En sus comienzos, el fascismo era un movimiento popular auténtico, que tenía sus propias ambiciones y un imaginario político original pero indudablemente, el antiguo orden, en su mayoría, le suministró el oxígeno necesario para sobrevivir y para llegar a implantarse.

Quienes estaban en posiciones de poder político y económico probablemente hubieran preferido otros «salvadores» que les permitieran conservar su estatus pero, en el contexto de crisis y de inestabilidad de los años veinte y frente al peligro imaginario o real representado por los partidos obreros, el fascismo y el nazismo aparecieron, al menos, como el último recurso.

En ningún caso, esos movimientos y regímenes pueden calificarse como de izquierda pues no dieron lugar a ningún progreso de la igualdad política, jurídica o social; persiguieron y asesinaron a personas de todas las sensibilidades de la izquierda –socialistas, comunistas y hasta liberales moderados– y preservaron el poder económico de las burguesías italiana y alemana al suprimir el derecho de huelga y prohibir los sindicatos independientes; por último, reforzaron las industrias de armamento y se propusieron estimular la expansión colonial del país, como signo de la gloria nacional.

El fascismo no abolió la monarquía ni redujo el poder de la Iglesia en Italia, ni siquiera en la esfera de la educación que continuó siendo fundamentalmente clerical. El nazismo casi no atacó al conservadurismo alemán tradicional ni se opuso a la potencia reaccionaria del ejército; además, dejó intacto el aparato burocrático del Estado heredado del Segundo Reich.

El fascismo y el nazismo no pueden ser llamados de izquierda por otra razón: de entrada, ambos movimientos proclamaron abiertamente su antiuniversalismo. Ciertamente, la gran mayoría de las corrientes de izquierda –demócratas, socialdemócratas, comunistas y otros– muchas veces habían dado la espalda al universalismo como brújula ética de la acción política, pero siempre se esforzaron por declarar que el universalismo orientaba su conducta y a veces manifestaron una solidaridad internacionalista excepcional. El fascismo y el nazismo, por el contrario, siempre se jactaron de su egoísmo nacional, encarnado por el pueblo y, por eso mismo, erigido en valor supremo.

Evidentemente, encontramos aspectos que podrían calificarse de izquierda en el movimiento y el régimen fascista. Por ejemplo, la creación de corporaciones que en principio representaban a los empleadores, los trabajadores y el Estado acrecentó la intervención del aparato estatal en las relaciones entre clases para frenar así, a veces –en realidad, rara vez– la excesiva codicia de los capitalistas, sin dejar de mantener los salarios en un bajo nivel. La ligera regulación de la economía de mercado –comparable, hasta cierto punto con el New Deal estadounidense– no impidió que la mayor parte de la burguesía sacara provecho del nuevo

régimen, al que otorgó su apoyo fiel, al menos hasta el comienzo de sus reveses militares.

A lo largo de todo su reinado, el poder fascista continuó organizando referendos y «elecciones» de los miembros del Gran Consejo del Fascismo y de la Cámara de diputados (rebautizada en 1939 Camera dei fasci e delle corporazioni) y presumía de ser una democracia autoritaria, centralizada y original que encarnaba la voluntad del pueblo. Sin embargo, si bien se mantuvo el liberalismo económico y la propiedad privada continuó siendo la piedra angular del orden social, el liberalismo político, en cambio, fue eliminado progresivamente a partir de 1925. Se prohibieron los partidos, con excepción evidentemente del único partido fascista, la separación de los poderes quedó reducida al estado de caricatura, se recortaron las libertades de asociación y de publicación, y se anularon los derechos del ciudadano. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Mussolini estaba en condiciones de proclamar la victoria de su democracia «musculosa» y antiparlamentaria. Soñaba entonces con transformar su «nación proletaria» en un gigantesco imperio erigido sobre las ruinas de los imperios británico y francés.

El nazismo no es un fascismo alemán

En Alemania, como en Italia, la frustración de no haber podido llegar a fundar un vasto imperio que se extendiera por varios continentes había permanecido viva. El retraso de estos dos países en la carrera por las colonias contrariaba enormemente a los círculos nacionalistas y económicos. Por otra parte, y esta dimensión es igualmente importante, ni Italia ni Alemania había vivido una revolución social victoriosa que hubiera sacudido la estructura monarquista y aristocrática, como sucedió en Inglaterra y en Francia. Nunca habían tenido una burguesía liberal nacional, suficientemente segura de sí misma para instaurar un Parlamento plenamente soberano frente al rey. También es la razón por la cual en las democracias liberales como Inglaterra, Francia o Estados Unidos nunca logró hacerse del poder un fascismo o un nazismo de imitación, aunque de hecho existieron.

A pesar de su nombre, el nacional-socialismo alemán no tenía raíces en la izquierda, como sí las tuvo el fascismo italiano. Adolf Hitler no había tenido un padre socialista y el léxico propio de los partidos de izquierda le era ajeno. Las fuentes del nazismo eran mucho más conservadoras y reaccionarias que las del fascismo. Con todo, algunos miembros de las SA (*Sturmabteilung,* literalmente «destacamento de tormentas», también conocidos como «camisas pardas»), el ala «izquierda» del nacional-socialismo, acariciaban el sueño de una revolución anticapitalista, pero fueron masacrados por orden de Hitler en 1934, durante la famosa Noche de los cuchillos largos. En aquel momento, el *Führer* apostaba a seducir, costara lo que costara, al conservadurismo burgués dominante y al ejército reaccionario. Las opiniones antiburguesas de Ernst Röhm o de Gregor Strasser eran un impedimento para formar una alianza victoriosa: ambos fueron cruelmente suprimidos.

Sin embargo, así como la evolución histórica de Italia y de Alemania presentaban similitudes –ausencia de una revolución liberal victoriosa y profunda frustración imperialista–, los dos movimientos radicales tenían más de un punto en común. Ambos tenían una mentalidad popular y antiliberal consecuente y se consideraban partidos autoritarios y

revolucionarios. Ambos se abrieron camino hacia el poder recurriendo a la violencia en la calle y a las manifestaciones masivas y ambos apelaron a una estetización espectacular de la política, según la definición pertinente de Walter Benjamin. Esa estetización, parte de la cual fue plagiada de la izquierda, permite una ilimitada flexibilidad de las tomas de posición, de los principios políticos y de la estrategia. Mareas de banderas de fondo rojo, desfiles nocturnos al son de los tambores y cánticos, simbología gestual de los saludos fascistas y nazis, uniformes y camisas negras o pardas, discursos omnipotentes del líder, eran todos recursos que tenía el objetivo de fundir a la multitud en un cuerpo único y compacto como un batallón impaciente de lanzarse al combate.

Los dos movimientos, explícitamente antimarxistas y anticomunistas, utilizaron el temor al peligro rojo como medio de estrechar los lazos entre las clases medias y los obreros. Ambos fueron financiados, en un momento u otro, por grupos capitalistas industriales y, una vez en el poder, impidieron que los sindicatos alcanzaran algún tipo de autonomía. En resumen, tanto en el movimiento italiano como en el alemán, existía una indiscutible proximidad asociativa en el terreno de las relaciones capital-trabajo.

Por otra parte, tanto el fascismo como el nazismo eran movimientos populistas deseosos de realizar «desde abajo», apoyándose en las masas, la unidad nacional aún inacabada en Italia y en Alemania. En Francia se había dado un movimiento populista bastante parecido durante los años 1880 con la Liga de Patriotas que había apoyado al general Boulanger; pero ese movimiento contestatario no había tenido la oportunidad de desarrollarse en un país donde se había producido una gran revolución popular que había barrido los sistemas de poder tradicionales. Además, el «boulangerismo» había desaparecido tan pronto como surgió, casi sin dejar rastros.

En Italia y en Alemania, el nacionalpopulismo, actuando como la derecha mientras hablaba como la izquierda, tranquilizando a los conservadores y expresándose en un lenguaje radical, se impuso «naturalmente», alimentado por la decepción y la frustración causada por los acuerdos diplomáticos firmados después de la guerra. La humillación infligida a la nación alemana por el Tratado de Versalles constituyó el primer trampolín de Hitler y de su ascenso al poder.

Bajo el régimen fascista como bajo el nazismo, todo individuo, clase o partido que pusiera en tela de juicio la superioridad de la nación sabía que su opinión sería tenida como una expresión de traición sujeta a una pesada pena. El nacionalismo fue sin ninguna duda el resorte principal del advenimiento de estos dos movimientos y la savia de su existencia. Pero precisamente en ese punto es donde se registra una gran diferencia entre los dos que impide ver en el nazismo una versión modificada del fascismo.

En Italia, el fascismo predicaba una conciencia política nacional inclusiva, según la mejor tradición jacobina importada de Francia y tal vez como consecuencia de la larga herencia del papado y del Renacimiento. El que habla italiano, se identifica como italiano y se compromete con la nación italiana es italiano. Esta consigna hizo que muchos italianos de origen judío fueran auténticos fascistas. Tres judíos muertos durante los enfrentamientos con la izquierda a comienzos de los años 1920 fueron promovidos al rango de mártires y héroes de la causa fascista. Numerosos judíos participaron además de la marcha sobre Roma, entre ellos, el banquero Ettore Ovazza y el diputado fascista Aldo Finzi que seguidamente será el ministro del Interior. Guido Jung fue miembro del alto consejo fascista y luego ministro de Finanzas

desde 1931 a 1935. Margherita Sarfatti, amante y primera biógrafa del *Duce,* no ocultaba sus orígenes. En 1920, Mussolini escribía en *Il Popolo d'Italia:* «En Italia, no se hace absolutamente ninguna diferencia entre los judíos y los no judíos; y esto es así en todos los campos, de la religión a la política, a los ejércitos, a la economía […]» y, en 1934, declaraba además que el antisemitismo no meterá sus pies en Italia, lo cual no impidió que, cuatro años después, imitara a su «amigo» Hitler e hiciera adoptar leyes raciales repugnantes, aceptadas a disgusto por los mismos fascistas.

El enfoque nacionalista inclusivo del fascismo no concernía únicamente a los judíos. Por ejemplo, cuando la Italia fascista se apoderó de la costa de Dalmacia (la actual Croacia) quiso convertir a la población eslava en italianos, en el plano lingüístico y en el cultural. En otras palabras, era posible integrarse voluntariamente a la nación italiana por la lengua y la cultura. El fascismo no tenía una concepción determinista biológica del hombre y del pueblo, sino una visión «optimista» y maleable; sabiendo, sin embargo, que a semejanza de la de Inglaterra, de Francia y de Holanda, esta «apertura» nacional no incluía a los africanos.

En Alemania, el nazismo se inspiraba en una herencia ideológica totalmente diferente. La concepción de la nación se nutría de definiciones etnocéntricas forjadas a lo largo del siglo XIX, mucho antes de que se lograra la unidad del país. Quien no es alemán biológicamente de nacimiento no puede devenir un verdadero alemán. Quien no descienda de los teutones nunca podrá formar realmente parte de la «raza aria», es decir, de la nación germánica «nacida» en la Antigüedad de la lucha heroica contra la conquista romana. Hitler no cesaba de repetir: los judíos, contrariamente a lo que se obstinan en afirmar, no son alemanes de confesión mosaica sino extranjeros, de la odiosa y repulsiva raza semita que se infiltró en Europa desde Palestina. Lo mismo pensaba de los gitanos y los eslavos: grupos humanos considerados inferiores. En el caso de los eslavos, ciertamente hay entre ellos «rubios, de buena estatura y viriles» pero que nunca podrán llegar a ser auténticos alemanes pues son de «sangre» diferente (aún no se había descubierto el ADN).

Asimismo, cuando Hitler comprendió que no podría librarse de los judíos expulsándolos definitivamente de su Europa fantaseada, decidió aprovechar la guerra total para exterminarlos, como hizo un poco más tarde con los romaníes y sintis. Diferente fue el caso de los eslavos a quienes prefirió dejarlos vivir como pueblo esclavo, a semejanza de los pueblos colonizados, para que fueran los sirvientes de los alemanes. El proyecto de Hitler era pesimista, determinista y de esencia biológica; además, las consecuencias extremadamente graves y crueles del nazismo fueron muy diferentes de las del fascismo. Y, en realidad, el concepto de «fascismo alemán» fue inventado en aquella época por la izquierda alemana, persuadida de que el movimiento nacionalsocialista se comportaría como el fascista en relación con sus adversarios. Inicialmente no se inquietó demasiado por su ascenso, ocupada como estaba en sus divisiones y conflictos internos, lo cual le permitió a Hitler acceder al poder sin tener que combatir y sumergir a Europa y el mundo en uno de los periodos más sombríos de la historia.

---

[1] En el seno de algunos regímenes dictatoriales conservadores reaccionarios han existido grupos fascistas pero sin ejercer influencia en el nivel de las decisiones. Tal es el caso de la Falange Española que fue frenada por

Franco y el del Partido Popular Francés de Jacques Doriot mantenido a raya por el gobierno de Vichy.

XII

Mao y el comunismo chino

¿Las «Cien flores»?

> China sufre hoy de pobreza y no de una distribución desigual de las riquezas. En los sitios en que hay desigualdades de riqueza el método de Marx puede, por supuesto, aplicarse. Puede justificarse una lucha de clases para destruir las desigualdades. Pero en China, donde aún no se ha desarrollado la industria, son impracticables la lucha de clases de Marx y la dictadura del proletariado.
>
> Sun Yat-Sen *Los tres principios del pueblo* (El principio *Mínshēng*), 1924.

A diferencia de la India, Indonesia, el Oriente Medio y la casi totalidad del continente africano, China nunca se encontró directamente bajo el dominio del colonialismo occidental. Pero, desde la Primera Guerra del Opio, a finales de la década de 1830, cuando los ingleses quisieron continuar imponiéndoles por la fuerza la importación de su opiáceo (producido en la India), China pasó a ser un país semicolonizado. Después de que los ingleses conquistaron el puerto de Hong Kong y llegaron a Shanghái, los chinos tuvieron que someterse al invasor y aceptar, obligadamente, la importación de opio, lo que implicaba autorizar la penetración de los europeos en el seno del Imperio, entonces en decadencia. Después de la Segunda Guerra del Opio, en 1860, China, finalmente vencida y sometida por una coalición que reunía a Inglaterra, Francia, Rusia y Estados Unidos, quedó durante largo tiempo al arbitrio de Occidente, a su comercio agresivo y, más tarde, a las agresiones militares de Japón.

La conciencia nacional china emergió rápidamente, alimentada de tradiciones culturales que se remontaban a la antigua dinastía Xia. Aquel Imperio, instaurado más de dos mil años antes de Cristo, no lejos de las fuentes inferiores del río Amarillo, había sentado las bases de una civilización centralizadora específica. A pesar de haber sufrido numerosos reveses (entre ellos la invasión mongola), su marco estatal centralizado y relativamente estable había podido conservarse hasta el umbral de la modernidad.

A comienzos del siglo XX, bajo la dominación de potencias extranjeras, China permanecía en un estado de debilidad y deterioro económico y político. Sin embargo, aunque aún no se había desarrollado una verdadera industrialización, la penetración extranjera había contribuido al surgimiento de una economía de mercado y al ascenso de una clase urbana de comerciantes, profundamente dependientes de elementos exteriores, junto a la masa de campesinos pobres e insumisos.

A semejanza de todas las identidades colectivas modernas, la conciencia nacional china estaba compuesta de sentimientos de pertenencia nuevos presentados como eternos. Es difícil

calcular cuántos chinos tenían conciencia de ser chinos a comienzos del siglo XX, pero probablemente todos sabían que no eran «blancos» y que estos últimos los juzgaban seres inferiores. Para el orgullo chino ancestral –sentimiento compartido en los múltiples estratos de la sociedad– el desprecio y la pretendida superioridad de los occidentales imperialistas eran insoportables. Esta humillación llegada desde el extranjero sirvió de carburante a una *intelligentsia* joven y dinámica que supo canalizarla para provocar una vasta rebelión.

A San Yat Sen, uno de esos jóvenes intelectuales, se le reverencia aún hoy como el padre de la nación. Su voz llegó lejos a pesar de las divisiones, los conflictos de interés, la distancia entre las ciudades y las provincias y las múltiples sensibilidades políticas de esta inmensa sociedad.

De San Yat Sen a Mao Zedong

Sun Yat Sen era un dirigente original que quiso implementar concertadamente la reivindicación nacional, el liberalismo democrático y la reforma social. Puede considerárselo, con justa razón, el primer dirigente de izquierda chino. Más o menos en el momento en que Sun Yat Sen publicaba y difundía sus ideas, otra personalidad comenzaba a hacerse oír: Chen Duxiu, en quienes muchos ven un pionero del marxismo chino. Este último, al contrario que Sun Yat Sen, afirmaba que el principio de la lucha de clase debía aplicarse también a China aun cuando en el país no hubiera una clase obrera consistente. Antes de emerger políticamente en China, los dos dirigentes habían pasado varios años en Occidente donde habían recogido numerosas ideas que deseaban traducir a la realidad china, compleja y evolutiva, de comienzos del siglo XX.

Para poner en práctica su proyecto, Sun Yat Sen fundó en 1912 el Kuomitang, partido nacionalista chino que obtuvo la mayoría absoluta en la Asamblea Nacional de la República recién creada, y él mismo devino el primer presidente de China. Al poco tiempo, el militar Yuan Shikai, deseoso de instaurar una dictadura, prohibió el partido, que permaneció interdicto durante muchos años hasta que, en los años 1920, reapareció para transformarse en un elemento central de la renovación de la república china.

En el plano de la filosofía política, Sun Yat Sen enunció los «tres principios del pueblo»: nacionalismo *(Mínzú),* democracia *(Mínquán)* y prosperidad *(Mínshēng).* Había comprendido perfectamente que el antagonismo dominante en la sociedad china no se daba entre el capital y el trabajo, sino entre el capital y la dominación extranjera sobre la nación en formación. Alimentaba además la ambición de fundar una república liberal, democrática y socialista, basada en un Parlamento pluralista y una reforma radical de la propiedad de la tierra que apuntara a redistribuirla favoreciendo a los campesinos pobres. Sun Yat Sen murió en 1925 antes de haber podido concretar su proyecto.

Chen Duxiu, por su parte, partía del principio de que China debía pasar necesariamente por «una revolución democrática burguesa» y así tomó partido por Sun Yan Sen y el Kuomintang, aunque con cierta reserva. Al mismo tiempo, inspirado en la revolución soviética, fundó, en 1921, junto a otros marxistas, el Partido Comunista Chino, del que devino secretario general. Pero, como Moscú apoyaba a Sun Yat Sen y suministraba toda la ayuda logística y material

posible al Kuomintang, los comunistas se unieron, a título personal, al Partido Nacionalista y terminaron siendo militantes devotos.

Ese activismo, que consolidó todas las ramas del movimiento nacional, resultó ser fructuoso y selló una nueva alianza hasta 1927. Pero, a la muerte de Sun Yat Sen, su sucesor, un joven general llamado Chiang Kai Shek, adoptó una política totalmente diferente que daba prioridad a la colaboración con los medios conservadores, terratenientes y ricos comerciantes, que eran generosos mecenas de sus tropas. Esta ayuda financiera estaba subordinada a la represión de los miembros comunistas del Kuomintang que, si bien eran moderados, constituían una amenaza contra el orden burgués deseoso de ampliarse y estabilizarse. Desde 1927, Chiang Kai Shek decidió eliminar la presencia comunista en Shanghái con la ayuda del hampa local (la «banda verde»). En la ciudad y sus alrededores, el 80% de los miembros del Partido fueron asesinados durante una masacre cuyo objetivo era orientar de otro modo el joven comunismo de China. André Malreaux describió estos acontecimientos en su célebre novela, *La Condition Humaine (La condición humana).*

Los comunistas debieron huir de las grandes ciudades, lo que debilitó su vínculo con el proletariado urbano, aún de dimensiones limitadas, pero sindicalizado y muy activo. Esos militantes formaban parte de una primera generación dinámica de trabajadores urbanos o de la joven *intelligentsia,* hijos e hijas de campesinos pobres o de ingresos modestos.

Mao Zedong, hijo de campesinos ricos, como otros futuros dirigentes chinos, se contaba, a semejanza de Chen Duxiu, entre los partidarios de la Tercera Internacional y los fundadores de PCC. Inicialmente, él también estaba a favor del apoyo al Kuomintang; en su condición de marxista, juzgaba necesario ayudar a la «burguesía liberal» a lograr su revolución democrática, fiel en ese aspecto a la línea rectora dictada por Moscú. Ahora bien, las grandes fortunas del país, fragilizadas y reducidas, sostenían sin reservas la represión contra toda forma de protesta social que pudiera incriminarlas. El joven Partido Comunista, que había sumado militantes sólidos al Kuomintang de Sun Yat Sen, se movilizó contra el Kuomintang de Chiang Kai Shek que había revelado ya sus formas dictatoriales y criminales.

Después de la gran masacre de Shanghái, Mao decidió conducir a los comunistas sobrevivientes a la provincia de Jiangxi y luego al Hunan, su región de nacimiento, donde se dedicó a formar el Ejército de Liberación del Pueblo. Desde allí se lanzó en la Larga Marcha hacia el norte para escapar de la trampa que se cerraba sobre él. En 1949, después de años de duros combates contra el ala militar del Kuomintang y contra el invasor japonés, sus tropas tomaron posesión de todas las regiones en disputa, lo que permitió la fundación de la República Popular China. ¿Cómo fueron posibles estos acontecimientos revolucionarios, excepcionales en el ciclo de la izquierda en el siglo XX?

A partir de 1927, Mao había inaugurado una línea de pensamiento original. En primer lugar, había llegado a la conclusión de que esperar una revolución burguesa liberal en China sería en vano. Chiang Kai Shek solo era, en el mejor de los casos, un «general Kornilov chino» que jamás instauraría una democracia liberal. Esta conclusión podría parecer salida de una concepción clásicamente «leninista» –entonces canon ideológico oficial de todos los comunistas del mundo–, pero su consecuencia lógica escapaba a toda la tradición marxista conocida hasta aquel momento.

En algunos aspectos, el pensamiento de Mao se emparentaba con la ideología de los *narodnik* y de los socialistas revolucionarios rusos anteriores a 1917: el campesinado pobre,

privado de tierras, podía llegar a ser en China la principal clase revolucionaria. La primera condición para ello era que agudizara y alimentara aún más los gérmenes de su nacionalismo antiimperialista instintivo, y la segunda que tuviera una vanguardia política «marxista-leninista» que la guiara. Esta posición estaba lejos de la concepción histórica de Marx, según la cual los campesinos se parecían más a un saco de patatas que a una clase revolucionaria y sus revueltas no eran de una naturaleza que pudiera desembocar en un cambio de régimen ni *a fortiori* en el socialismo. Sin embargo, la altura de miras de Mao, «el campesino intelectual», como anteriormente la de Lenin, residía precisamente en su flexibilidad «dialéctica» y en su aptitud para descifrar correctamente la situación y la mentalidad específica del campesinado chino.

¿En qué diferían los campesinos chinos del campesinado mediterráneo o europeo del pasado? China nunca había conocido una esclavitud privada comparable a la que había podido existir en la cuenca mediterránea ni una servidumbre como la que impuso el feudalismo europeo, con excepción tal vez del Tíbet. La esclavitud colectiva de la Antigüedad imperial china había desaparecido mucho tiempo antes y la imponente burocracia mandarina estaba esencialmente desmoronada; con todo, esos dos fenómenos aparentemente habían dejado tras de sí huellas de tradiciones colectivistas.

Los nuevos propietarios de las tierras, la mayoría de los cuales habitaban ahora en las ciudades, explotaban a sus empleados de manera totalmente privada; pero, con la inserción de China en el sistema económico semicolonial, muchos de ellos exigían a los campesinos que produjeran con destino a mercados extranjeros: té, algodón y hasta opio, a expensas de los productos básicos para alimentación destinados a los mercados locales. Esta situación causaba un intenso descontento en el seno del campesinado pobre.

Los comunistas al poder

La calurosa acogida que recibieron los refugiados comunistas en el transcurso de la larga marcha a través de las aldeas chinas y la actitud respetuosa de los combatientes revolucionarios armados hacia la población del país, humillada y sin defensa, crearon el estado de espíritu que iba a impulsar la revolución. Como consecuencia, el campesinado, aunque profundamente decepcionado por la política de Mao, nunca le dio completamente la espalda. Él fue, en efecto, quien distribuyó las tierras y restituyó a China la libertad y el honor nacional que los últimos emperadores –ni Chiang Kai Shek, sometido a Occidente– no habían sabido instituir.

El comunismo chino continuará siendo largo tiempo nacionalista, agrario y fundamentalmente centralizador. Durante la primera década en que ejerció el poder, contó con un apoyo popular masivo pues había conseguir suministrar alimento a millones de bocas y dar una visión y esperanza a las nuevas generaciones. Persuadido de su posición todopoderosa, Mao se decidió demasiado pronto a promover cierta liberalización de la cultura y de la política, tanto en el interior del Partido como fuera de él. Su famoso discurso de 1956 sobre la «campaña de las Cien Flores» suscitó en muchos la esperanza de un retorno al proyecto de Sun Yat Sen, que apuntaba a impulsar una mayor igualdad en el seno de una sociedad abierta

y pluralista.

En efecto, una ola de polémicas públicas, de reflexiones sobre los caminos del poder y las maneras de refrenar la burocracia inundó la prensa, las reuniones de las células del Partido en las fábricas y los murales informativos expuestos en las universidades. La primera generación posrevolucionaria estaba convencida de que el socialismo chino, a diferencia del de la Unión Soviética, con la que las relaciones ya habían comenzado a enfriarse, sería ejemplar en cuanto a la armonía entre igualdad y libertad. Sin embargo, las flores de la libertad imaginaria no tardaron en marchitarse y convertirse en veneno para las autoridades. La primavera comunista fue breve. Mao y la dirección del Partido, inquietos por la potencia de la protesta dieron un giro de 180° y resolvieron poner fin a la fase de liberalización.

Como buen marxista, Mao sabía que un socialismo progresista solo podía edificarse sobre una base industrial y como chino, había comprendido que un país de campesinos pobres nunca sería suficientemente igualitario y respetado; así fue cómo, en 1958, decidió dar el «Gran Salto hacia delante», un intento reformador de gran amplitud de industrialización acelerada de China. A lo largo de la historia, la industrialización siempre se efectuó inicialmente a expensas del campesinado. En China, como antes en la URSS. El resultado de esta marcha forzada «hacia delante» fue particularmente trágico: millones de chinos murieron de inanición. Nikita Jrushchov, entonces jefe del gobierno soviético, había puesto en guardia a Mao y le había pedido que no se lanzara a semejante aventura económica. Pero, la amarga experiencia que había vivido la URSS de Stalin en los años treinta no disuadió al dirigente chino quien ya había empezado a tomar distancia de una Unión Soviética «revisionista» después de que esta se negara a suministrarle armamento atómico.

A diferencia de lo ocurrido en la URSS en los años treinta, en China, la gran hambruna no puede imputarse directamente a la creación forzada de comunas agrícolas. Espantosamente letal, la hambruna china tuvo como causa principal la confiscación y el saqueo de cereales en los campos que tenían el objetivo de alimentar al proletariado urbano y servir de moneda de intercambio para adquirir máquinas importadas del extranjero.

El descalabro del «Gran Salto» autoritario hizo que Mao rebajara sus pretensiones y cometiera un acto increíble: confesar su fracaso. Se tomó la decisión de hacer una pausa «liberal» en el programa económico a fin de devolver el aliento a la agricultura y detener la escasez de alimentos. Pero el hecho de que esa «corrección» del proceso radical haya sido aplicada por otros dirigentes –principalmente Liu Shaoqi y Deng Xiaoping– disgustó a Mao quien refrenó su venganza contra los «revisionistas derechistas» durante cuatro años, antes de decidirse a recuperar los plenos poderes.

Hay que reconocer que, al contrario que Stalin, Mao no eliminó directamente a sus principales adversarios ideológicos y políticos; por ejemplo, a finales de los años veinte, cuando el fundador del Partido Chen Duxiu había criticado su política y sostenido a Trotski, Mao lo mantuvo apartado de los puestos de influencia, pero lo dejó morir en su lecho. Lo mismo sucedió en 1966: Mao incitó a la juventud a hacer estallar una atronadora «Revolución Cultural», lo que le dio la ocasión de alejar del poder a los dirigentes que no estaban de acuerdo con él. Estos no fueron condenados a muerte pero se hicieron acreedores de innumerables humillaciones; quedaron totalmente marginados y tenidos por infames traidores a la revolución.

Esa «Revolución Cultural» contó con una generación entera de chinos que se rebelaron

contra la burocracia del Partido, demasiado timorata y moderada para el gusto del Gran Timonel. El desbordamiento de los «Guardias rojos», impregnados de un culto de la personalidad sin precedente al dirigente supremo, asestó un duro golpe a la enseñanza y al conocimiento en las universidades y hasta a la producción, pues los obreros debían regularmente dejar de trabajar para asistir a las lecturas colectivas del «Pequeño libro rojo» y a conciertos de alabanzas a Mao. Aquel no era un totalitarismo al estilo del de Stalin, tan bien descrito por George Orwell, sino más bien el totalitarismo de masas embriagadas de sus fuerzas que se ejercían contra personas que no tenían ninguna protección jurídica. Era una multitud aparentemente frenética, manipulada por un jefe omnisciente, que orientaba a voluntad a sus partidarios.

A fin de borrar todo individualismo disidente y de promover una unión sólida y sin matices se apeló a una estética insolente, con reminiscencia del fascismo y el nazismo: eslóganes movilizadores, desfiles al son de los tambores, discursos interminables, multitud de bandera y retratos gigantescos del jefe desplegados en alto por los manifestantes. Es probable que ningún emperador chino haya reinado jamás tan intensamente en el espíritu de sus súbditos o que ningún papa haya obtenido una adhesión tan absoluta de parte de los fieles.

La «Revolución Cultural» fue acogida con entusiasmo en ciertos medios intelectuales y entre los estudiantes de izquierda por todas partes; en mi opinión, este aspecto no ha sido suficientemente estudiado y merece nuestra atención. En efecto, si numerosos intelectuales admiraban abiertamente a Stalin al terminar la Segunda Guerra Mundial, tal deslumbramiento podía explicarse por el papel decisivo que tuvo la URSS en la derrota del peligro nazi; en cambio, es bastante menos comprensible el apoyo que muchos intelectuales brindaron al maoísmo. Es verdad que, en el momento de la Revolución Cultural, Vietnam era el teatro de una guerra espantosa, en la que Estados Unidos utilizaba todos los medios a su alcance para derrotar un movimiento de liberación nacional comunista. Pero lo esencial de la ayuda militar aportada a Vietnam del Norte y al Vietcong no procedía de China sino de la Unión Soviética que entonces no gozaba de la misma simpatía de parte de la *intelligentsia* occidental. Además, en 1971, se esbozó un acercamiento entre China y Estados Unidos, en ocasión del torneo de tenis de mesa entre los dos países y luego con la solemne visita de Richard Nixon a Pekín, en 1972, en plena guerra de Vietnam[1].

¿Un despotismo oriental capitalista?

La Revolución Cultural sufrió una lenta agonía a partir de comienzos de la década de 1970, antes de disolverse por entero en 1976 con la muerte de Mao, acontecimiento que determinó la expulsión de los «izquierdistas» que estaban en el poder y que terminaron sus días en prisión. El partido cambió de rumbo una vez más para inclinarse hacia un liberalismo económico asumido. El exdirigente Deng Xiaoping, desalojado por Mao en la década de los sesenta, recobró una posición clave al lograr que en un decenio China efectuara el «Gran Salto hacia delante» con el que habían soñado sus dirigentes desde los años cincuenta. Pero, contrariamente a lo que había imaginado Mao, el famoso «Salto» se dio gracias a medios mucho más «capitalistas» que «socialistas»: distribución de parcelas de tierra a las familias

campesinas, creación de una economía de mercado estrechamente controlada, apertura a las inversiones extranjeras a tasas preferenciales, incitación a la iniciativa privada en vastos sectores del artesanado y de la industria. Todo ello trajo consigo un fuerte crecimiento del PIB de la República Popular en la década de los ochenta. Pero este resultado solo se consiguió porque amplios sectores de la clase obrera fueron explotados de manera deshonesta, porque se prohibieron los sindicatos profesionales independientes y porque la prensa libre y los partidos políticos opositores no tenían derecho de ciudadanía.

Numerosos estudiantes y obreros continuaban pensando que el progreso económico, los cambios en los modos de producción y la elevación del nivel de vida de gran parte de la población debían ir necesariamente acompañados de la extensión de las libertades políticas, intelectuales y sociales. La *Glasnost* («transparencia») liberal, instaurada entonces por el dirigente soviético Mijail Gorbachov, incitó a los habitantes de las metrópolis chinas a reclamar la aplicación de reformas semejantes en su país. Los estudiantes y los obreros comenzaron a crear asociaciones independientes y, el 15 de abril de 1989, las rotondas de las grandes ciudades se llenaron de millares de manifestantes. En la capital, en la plaza central de Tiananmén y en sus calles adyacentes, una manifestación masiva reunió aproximadamente un millón de personas. Los manifestantes aprovecharon justamente el momento de una visita oficial de Gorbachov a China para aclamar la *Glasnost* soviética.

Después de un tiempo de vacilación, el «liberal» Deng Xiaoping decidió, en bambalinas, recurrir a la violencia contra los manifestantes rebeldes. Carros de combate y ametralladoras montadas rodearon la plaza antes de irrumpir entre el gentío y aplastar y matar a numerosos manifestantes, algunos de los cuales cantaban a coro *La Internacional.* La inmensa manifestación finalmente fue dispersada y el régimen logró restablecer su autoridad.

Se conoce la famosa frase invocada por Deng para justificar las ganancias, el carburante de la nueva economía china: «Poco importa que el gato sea blanco o negro ¡siempre que atrape los ratones!». Omitía simplemente precisar que el gato «capitalista/comunista» siempre había estado amarrado con la correa de la burocracia del Partido que detentaba el monopolio de la fuerza y que poco importaba si, durante cierto tiempo, su color era rojo oscuro, rosa claro o hasta negro.

Al día de hoy, el Partido Comunista está aún en el poder en China y ha logrado, hasta el presente, lo que nunca pudo conseguir el de la Unión Soviética: la burocracia, que controla la economía centralizada, ha permitido que la tecnocracia que gestiona las fábricas, se apropie de una parte de la producción a título privado creando así una economía de libre mercado. La gran transformación tuvo éxito y los tecnócratas jefes chinos, devenidos capitalistas sin dejar de ser miembros del Partido, supieron mantenerse firmes ante el salvajismo de los oligarcas corruptos de la era Yeltsin. Contrariamente a lo que pasó en la Federación Rusa en los años noventa, el régimen de hierro comunista chino no se hundió; impidió la huida de capitales al extranjero y, sobre todo, gracias a una fuerza de trabajo barata y eficiente, consiguió atraer capitales extranjeros que estimularon aún más la producción.

La articulación entre un poder político centralizador autoritario, dotado de un dispositivo bancario todavía un poco débil y de sectores sensibles, como las industrias militares o las centrales nucleares, etcétera, y empresarios industriales privados ha demostrado ser un éxito. Por otra parte, muchos gigantescos complejos industriales están administrados según un régimen de propiedad compartida entre el Estado y el capital privado.

El crecimiento rápido de la economía china resultante ha mejorado el nivel de vida de millones de habitantes de las ciudades y del campo, pero también ha acrecentado las desigualdades socioeconómicas y ha creado clases sociales distintas. La alianza entre un poder político centralizador y la economía de mercado, ya experimentada con éxito en la Alemania del Tercer Reich, en China adquirió una forma de simbiosis original y sorprendente, desconocida anteriormente.

Esto ha confirmado ante todo, una vez más, que el secreto del desarrollo capitalista en Occidente no estriba en una política liberal a la que supuestamente estuvo siempre ligado. Por el contrario, el capitalismo se instala con eficacia redoblada bajo un paraguas estatal opresivo y omnipotente que organiza la producción en una libre competencia limitada con el mercado.

Esta realidad probablemente sea el fruto de la larga historia del imperio chino. Montesquieu, Hegel y otros filósofos se han interrogado sobre los orígenes de la excepcional centralización que se dio en ese imperio ancestral. También Marx se interesó en esta cuestión y propuso una explicación, referente a la economía y la clase, de lo que llamó el «modo de producción asiático»: según él, China nunca había tenido una economía basada en la esclavitud en propiedad privada ni en la servidumbre feudal, sino que se había apoyado en un gigantesco dispositivo estatal que había tomado en sus manos la dirección de lo esencial de la producción agrícola. Al organizar el sistema hidráulico a partir de los grandes ríos, el régimen, apoyado en su burocracia mandarina, había adquirido, durante varias generaciones, absoluta omnipotencia frente a la estratificación de las clases sociales. En el siglo XX, el sociólogo Karl Wittfogel desarrolló esta intuición original de Marx en una obra brillante titulada *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power (Despotismo oriental: un estudio comparativo del poder total)*.

Así como la ética protestante del trabajo pudo contribuir al despegue industrial de Occidente, la ética del trabajo específica del comunismo chino y vietnamita pudo haber influido bastante en su rápido despegue industrial y tecnológico. Es difícil evaluar tales procesos mentales, pero una lectura renovada de la obra del sociólogo alemán Max Weber y la aplicación a nuevos campos de una parte de sus tesis sin duda contribuirían a hacer progresar el análisis.

También hay que tener presente que, hasta fines del siglo XVIII, la economía china era la más potente del mundo y que había comenzado a periclitar coincidiendo con el debilitamiento del poder centralizado del Imperio y el inicio de la intervención imperialista inglesa. Según las apariencias, la economía china recuperó su grandeza pasada durante el régimen comunista-capitalista y lo hizo en la más pura tradición opresora del antiguo despotismo oriental y del imperio centralizado.

China dispone hoy de la clase obrera más importante numéricamente del mundo. Esta clase aún no ha logrado crear nuevos marcos de autonomía frente al régimen despótico y al capital privado. Y hoy es difícil predecir si podrá darse en China una nueva conflictividad social cuando el frenesí de consumo de sus productos baratos parece disminuir en Occidente.

---

[1] Un año más tarde, el mismo Richard Nixon con su secretario de Estado, Henry Kissinger, apoyaban el sangriento golpe militar en Chile contra el presidente socialista elegido: Salvador Allende; aparentemente, esta

práctica política estadounidense habitual no molestó a la China socialista de Mao.

XIII

El imaginario social en los países postcoloniales

> El elefante necesita mil veces más alimento que la hormiga, pero esa no es una marca de desigualdad. La significación real de la igualdad económica es: «A cada uno según sus necesidades». Tal es la definición de Marx.
>
> Mahatma Gandhi, *Harijan,* 31, 1946

Los movimientos comunistas terminaron por acceder al poder en Corea, en Vietnam y, más tarde, en Laos y en Camboya. Esos cuatro países, como China, se apoyaron en una síntesis del mismo tipo, pero distinta cada vez, entre la formación de una nueva conciencia nacional y la celebración del campesinado pobre, que supuestamente recogería por vía natural las ideas del marxismo-leninismo. A diferencia de China, estas sociedades habían estado directamente sometidas al colonialismo extranjero: Corea por Japón; Vietnam, Laos y Camboya por Francia. Por ello, la ideología nacional de estos países se constituyó con sensibilidades diferentes de la de su gran vecino. No obstante, en el mundo poscolonial, todas las revoluciones compartieron una base común: estuvieron alentadas más por el enfrentamiento entre ocupante y ocupado, que por el antagonismo histórico entre capital y trabajo que ha estructurado la mayor parte de las izquierdas en los países occidentales.

El socialismo implantado en cada uno de esos países tiene rasgos específicos, fruto de herencias estatales ancestrales. Por ejemplo, el régimen dictatorial de Kim Il-sung, en la República Popular Democrática de Corea, difiere en cuanto a la actitud del de Ho Chi Minh, en la República Democrática de Vietnam. Asimismo, existe una diferencia importante entre la República Democrática Popular de Laos, dirigida por el príncipe rojo Sufanuvong y la Kampuchea democrática gobernada por el genocida Pol Pot. Con todo, si bien el grado de autoritarismo de esos regímenes no era idéntico y la ideología dominante se aplicaba en cada caso de manera particular, todos ellos nacionalizaron las industrias, redistribuyeron las tierras (una parte de las cuales fue adquirida previamente por el Estado) e ignoraron casi por completo la idea de los derechos del hombre y del ciudadano. De modo que sería justo tacharlos unánimemente de regímenes «democráticos totalitarios».

Es difícil determinar con precisión por qué se impuso un régimen comunista, aunque solo haya sido temporalmente, en estos países poscoloniales, mientras que otros países africanos o asiáticos, liberados de la dominación extranjera, optaron por otras vías de organización de la economía y de la cultura política. Estos últimos, sin dejar de definirse, casi todos ellos como socialistas, no se identificaban en todos los casos con el marxismo-leninismo y no siempre nacionalizaron su economía. Además, las relaciones sociales y con el Estado tuvieron en cada caso un aspecto diferente y original.

La India y Pakistán

El Congreso nacional indio fue uno de los primeros partidos creados en el mundo no occidental. Fue fundado en 1885, antes del Kuomintang de Sun Yat Sen e incluso antes que el Partido Laborista británico. Al principio no era un partido anticolonialista ni un partido de izquierda propiamente dicho. Solo después de la Primera Guerra Mundial, cuando Mahatma Gandhi tomó su dirección y después de la masacre perpetrada por los ingleses en la ciudad de Amritsar, se formularon explícitamente las reivindicaciones por el fin de la dominación británica y la independencia política. En un primer tiempo, el partido elaboró una plataforma que recordaba bastante el programa de Sun Yat Sen: un socialismo democrático teñido de liberalismo político.

¿Por qué se impuso en la India una versión nacionalista específica, con una tonalidad «anarco-reformista» y no «marxista-leninista»? Pueden proponerse varias respuestas a esta pregunta, aunque algunas no sean del todo satisfactorias. En vísperas de la victoria sobre Inglaterra, en la India no existía una amplia clase burguesa de tipo occidental de la que el partido del Congreso hubiera podido extraer nociones de liberalismo. Sin embargo, es posible que el colonialismo británico haya dejado tras de sí, al contrario del colonialismo francés, un legado de pluralismo parlamentario que se habría filtrado en el movimiento de liberación nacional. En el pensamiento de Gandhi se puede vislumbrar una influencia anarquista tolstoiana, además, su compañero Jawaharlal Nehru, primer dirigente de la India independiente, se mostró receptivo al socialismo fabiano.

También es posible que los sedimentos de la tolerancia y de un relativo pluralismo, perceptibles entonces en la izquierda nacionalista india se hayan afirmado en el país gracias a las tomas de posición de M. N. Roy, uno de los fundadores del Partido Comunista indio. Roy, que había participado de la creación del Partido Comunista mexicano, era un humanista y filósofo marxista que, mientras cumplía funciones de alto nivel en Moscú, en el seno de la Tercera Internacional, llegó a convertirse en un opositor consecuente de la línea del PCUS cuando esta comenzó a «estalinizarse». Dejado de lado por la Internacional, a pesar de su nada desdeñable peso político, Roy decidió fundar en la India un movimiento radical y nuevos sindicatos. Luego se aproximó al partido de Gandhi y Nehru, al cual terminó por adherirse junto con muchos de sus partidarios.

La cosmovisión de Gandhi, fundamentalmente diferente de la de Sun Yat Sen y más aún de la de Mao y otros leninistas, influyó notablemente en la política del partido del Congreso. Gandhi y el nacionalismo indio no «envidiaban» a Occidente ni pretendían imitarlo ni igualarlo en el plano material: el modernismo económico industrial no atraía al dirigente filósofo. Repudiaba el «productivismo» característico del capitalismo y del marxismo, y no cesaba de afirmar que el maquinismo había arruinado a la India, tomando como ejemplo los perjuicios causados por el sistema de Manchester.

Según Gandhi, que la pequeña Inglaterra haya dominado a la gran India no se explica atendiendo a la relación que mantenían los oprimidos con el poder colonial, sino por la actitud obsecuente de los indios respecto de toda la civilización occidental. La dinámica material de la competencia burguesa engendra una sed persistente no solo de ascenso del nivel de vida, sino también de competición permanente y de consumo inmoderado. Esta rivalidad implacable, nos dice Gandhi, está en el origen del acrecentamiento de las desigualdades en el mundo, de la

expansión colonial, de la opresión nacional y de la violencia de los opresores, pero también de los oprimidos. En *Hind Swaraj,* escrito en 1909, Gandhi ya se mostraba determinado: «Se dice de Napoleón que trató a los ingleses de nación de tenderos. Y es el calificativo que les conviene; detentan colonias que conquistaron para desarrollar su comercio. Su ejército y su flota sirven para proteger su comercio. […] Quieren transformar el mundo entero en un gigantesco mercado para sus productos».

La solución no es únicamente política: por supuesto, hay que quitarse de encima a los ingleses, pero es igualmente importante liberarse además de la dependencia material y mental en relación con ellos. Para lograrlo, hay que poner en marcha una política económica de un género nuevo: nada de industrialización desenfrenada, nada de producción ilimitada de mercancías, sino el retorno a un desarrollo orgánico y progresivo de la aldea india. Hace falta promover una producción orientada a las necesidades fundamentales ampliadas y a una mecanización gradual que no cree un antagonismo demasiado rudo en la división del trabajo entre la agricultura y la industria.

Estas concepciones se infiltraron en el partido del Congreso y llevaron a Nehru, después de la independencia, a aplicar una política económica prudente y relativamente moderada. El sucesor de Gandhi, si bien era más socialista y mucho más pragmático que él, decidió poner en práctica junto con su partido una política intermedia, según la cual el Estado no extiende su poder más que a ciertos sectores de la industria pesada, las infraestructuras de transporte (ferrocarriles), el sistema de salud, la industria de los medicamentos, etcétera. Esta política relativamente no intervencionista tuvo el efecto de hacer prosperar el sector privado a expensas del sector público; la agricultura, muy atrasada, fue actualizándose demasiado lentamente y el hambre no pudo erradicarse ni tan completa ni tan rápidamente como se esperaba. El sistema de las castas se mantuvo parcialmente y constituyó un freno notable a la movilidad social y la iniciativa económica.

Sin embargo, la India conservó una base liberal, cosa más bien rara en lo que se ha dado en llamar «el espacio poscolonial». El gobierno preservó la prensa libre, inscribió el pluralismo político y el parlamentarismo en la constitución y consagró la división de los poderes y la separación del Estado y la religión, de manera tal que la sensibilidad ante los derechos del hombre y del ciudadano terminó por imprimirse en la cultura política.

Pakistán, el Estado nacido de la escisión con la India en el momento de la independencia, tomó una dirección menos liberal. Se definió como Estado musulmán aun cuando su dirigente Muhammad Ali Jinnah era laico y quedó marcado de entrada por la presencia masiva de la institución militar en la vida pública y política. Contrariamente a la India, donde el ejército permanecía acantonado en sus cuarteles, Pakistán ha visto con frecuencia a los militares haciéndose del poder para dirigir el país en tiempos de crisis. Los conflictos territoriales con la India acrecentaron el peso del ejército hasta hacer de él un «partido» central en el seno del Estado. Y, mientras el liberalismo democrático se aseguraba una presencia en la arena política, el ejército se mantenía sometido a los caprichos de los generales. Se creo un partido nacionalista socialista (Partido del Pueblo paquistaní) que gozó de un amplio apoyo pero que nunca adquirió una jerarquía comparable al del Congreso de la India.

Significativamente, ese partido tomó como eslogan «El islam es nuestra religión, el poder reposa en el pueblo». La lección procedía del fracaso del «ateo» Partido Comunista: era imposible acceder al poder en un país musulmán oponiéndose de manera frontal a la religión

hegemónica; conciencia nacional e islam podían llegar a avanzar concertadamente; en cambio, quedaba descartada la posibilidad de que la herejía marxista gobernara un país mayoritariamente constituido por adeptos de Mahoma.

Aparentemente, el hecho de que esas dos creencias monistas –el islam y el marxismo– pretendan englobar prácticamente todos los aspectos de la vida social impidió cualquier tipo de avenencia mental entre ellas; cuanto más que el materialismo filosófico de Marx y de sus herederos choca frontalmente con el dogma musulmán. También se opone al cristianismo, pero este último, a diferencia del islam, ya había soportado durante un siglo y medio objeciones, dudas y disidencias (particularmente de Giordano Bruno, de Holbach y de Darwin) antes del nacimiento del marxismo. Además, si bien el cristianismo había asegurado un sostén ideológico a todos los regímenes monárquicos de Europa, siempre había habido tensiones y hasta conflictos entre los dos poderes; nada de eso se manifestó nunca en la historia de las relaciones entre los ulemas (autoridades religiosas a cargo de la transmisión del legado musulmán) y el califato (poder ejecutivo político y religioso), situación que se prolongó hasta el comienzo de la era moderna.

Dejando de lado el caso de Albania, donde los musulmanes constituyen una parte importante de la población, y el de Yemen del Sur, donde un régimen marxista ocupó brevemente el gobierno, el comunismo nunca consiguió alcanzar el poder en el inmenso espacio musulmán que se liberó del colonialismo (desde Indonesia a Argelia). En Indonesia se había creado un partido comunista que llegó a ser el tercero más importante del mundo (después del de China y el de la URSS) con 3,5 millones de afiliados, pero fue aplastado por el ejército en 1965, al término de una represión y una masacre que costaron la vida a más de un millón de sus miembros.

También en Persia –el actual Irán–, en 1920, se creó un Partido Comunista. Devenido un importante partido de masas, en 1951 fue uno de los pilares del gobierno de Mossadegh, derrocado dos años más tarde por los ingleses y los estadounidenses por haber intentado nacionalizar el petróleo.

Bajo la dictadura del *sha* Mohammad Reza Pahleví, el Partido Comunista, duramente reprimido, debió actuar en la clandestinidad. Después de la Revolución islámica de 1979, fue prohibido y la mayor parte de sus dirigentes encarcelados y ejecutados.

En Turquía, igualmente, se fundó un Partido Comunista en 1920, el año mismo en que Mustafá Kemal, pronto llamado Atatürk, daba un golpe de Estado militar e instituía la Gran Asamblea nacional de Turquía, de la que se designó presidente omnipotente. Tres años más tarde, Turquía proclamaba la república. La represión del comunismo turco, cuyo fundador fue asesinado, y el freno a su expansión, se cuentan entre los primeros hechos de armas del joven régimen nacionalista. Hasta 1945, el comunismo impío se consideraba una infracción a la ley turca.

En apariencia, Atatürk instauró la separación de la religión y el Estado según el modelo de la república francesa, pero, en los hechos, se trataba más de una nacionalización elitista de la religión musulmana que de un verdadero intento de poner distancia. Por ejemplo, todos los imanes fueron nombrados funcionarios del Estado y quedaron sometidos a un control riguroso. La fisonomía de la cultura otomana tradicional evolucionó pero el ateísmo no llegó a prosperar, sobre todo en el campo, allí no hubo una transformación ideológica popular. La laicidad se había decretado desde arriba y, con el tiempo, quedó claro que no había afectado

verdaderamente el fervor de la fe musulmana de las masas, que ciertamente se habían hecho turcas pero no «sin Dios».

El mundo árabe

En el mundo árabe se fundaron partidos comunistas a partir de la década de 1930. En Siria y Líbano y en Iraq fueron partidos populares que crearon asociaciones y toda una red de instituciones culturales. En Egipto, Argelia y Marruecos, esos partidos atrajeron a una joven *intelligentsia* y echaron raíces en la clase obrera recientemente constituida. No obstante, como en Pakistán, Indonesia y Turquía, el comunismo no consiguió hacerse hegemónico; ese lugar fue ocupado por corrientes nacionalistas de izquierda que, aunque se declaraban socialistas y a veces laicas, no procuraron disociarse de la hegemonía ideológica del islam, ni enfrentarse a ella.

Podría formularse la hipótesis de que la idea nacional llegó demasiado temprano en el mundo árabe en comparación con Occidente y que por ello el islam continuó siendo ampliamente dominante. Esto podría explicar por qué la construcción de las identidades nacionales en el espacio de la civilización musulmana obligó a los ideólogos fundadores a tomar componentes culturales de la tradición religiosa; no disponían, en efecto, de otros materiales del pasado imaginario aptos para alimentar la modernidad nacional en vía de formación. De ahí que la identidad nacional árabe haya sido esencialmente exclusiva y musulmana y no inclusiva y universal. Es por ello que, por ejemplo, los árabes judíos no se unieron a ella (aun cuando lo intentaron vanamente en Iraq), mientras que se adhirieron masivamente al comunismo; o por qué ninguna o casi ninguna mujer ha participado en los rangos dirigentes de los partidos nacionalistas[1].

Además del peso de las tradiciones religiosas, el hecho de que no se integrara a las mujeres en el proceso del despertar nacional árabe musulmán se explica por otra razón: la izquierda nacional no llegó al poder como resultado de movimientos sociales de masas con capacidad para asociar mujeres, sino únicamente como consecuencia de muy viriles golpes de Estado militares. Mientras que en la misma época, los estados de América Latina, con excepción de Chile y de México, estaban gobernados por juntas militares de derecha, respaldadas por Estados Unidos, que reprimían todas las oposiciones de izquierda, en el mundo musulmán, accedieron al poder grupos de militares que se declaraban socialistas y, puesto que habían adoptado una línea política de neutralidad entre los dos bloques, recibieron, en uno u otro momento una ayuda de la URSS. En ambos casos, la ausencia de una sociedad civil desarrollada que pudiera apoyarse en una clase media portadora de una tradición liberal o bien de una clase obrera organizada o hasta de una clase de campesinos de espíritu rebelde impidió la aparición de partidos de masas suficientemente seguros de sí para contener al ejército dentro de sus cuarteles.

En el mundo musulmán, todos los cambios que desembocaron en una modernización política fueron conducidos, no por pequeños Robespierre, sino por pequeños Napoleón que se veían a sí mismos como socialistas. ¿Habría que hacer remontar esta herencia militarista a la época de los mamelucos, aquella administración formada por esclavos soldados devenidos

clase reinante autónoma que extendió su poder por vastas regiones del mundo musulmán antes de caer derrotada por los otomanos? Explicar así las características específicas de la modernidad político-militar en Oriente Medio y en el Norte de África sería ciertamente una hipótesis demasiado osada y muy generalizadora. De modo que el misterio persiste: ¿por qué, en virtualmente la totalidad del mundo árabe y musulmán casi siempre han sido jefes militares quienes tomaron el lugar de los reyes y de los príncipes destituidos ligados al colonialismo?

En Egipto, un partido civil activo de tendencia liberal (el Wafd) estuvo muy presente a partir de 1918 pero, a diferencia del partido del Congreso indio, no consiguió imponerse como un partido de masas que estuviera en condiciones de tomar el poder y liberar el país de la dominación extranjera. Hubo que esperar a la década de los cincuenta para que oficiales subalternos, conducidos por Gamal Abdel Nasser, crearan el Movimiento de los Oficiales Libres, núcleo dinámico que logrará derrocar la monarquía y hacerse del poder. Todos sus dirigentes eran oficiales pertenecientes a la clase media, defensores de ideologías diversas, que estaban divididos en cuanto a las maneras de organizar la sociedad, pero unidos por la voluntad de poner fin a la presencia militar extranjera y a la propiedad de inversores franceses e ingleses en el canal de Suez. La nacionalización del canal, sin que Egipto indemnizara a sus propietarios, provocó el ataque de Inglaterra, Francia e Israel. La expedición, si bien fue un éxito militar resultó una derrota política: para el joven régimen anticolonialista resultó una victoria y su prestigio se extendió por todo el mundo árabe.

Algunas reformas sociales, una relativa modificación de la situación de los ricos propietarios de tierras, la instauración, en el nivel del Estado, de una política centralizada de desarrollo industrial con una serie de nacionalizaciones y la exaltación del orgullo nacional despertaron en la población una amplia simpatía por el régimen militar y su jefe carismático. El régimen se proclamaba evidentemente democrático y organizaba elecciones generales en las que, como en otros países que se decían «democracias populares», solo eran elegibles los representantes del partido único. El régimen hizo disolver el Partido Comunista así como el de los Hermanos Musulmanes y muchos militantes de izquierda decidieron, como último recurso, unirse al partido nacional-populista de Nasser.

La construcción ideológica nacionalista del *nasserismo* no se contentó con un marco exclusivamente local *(Wataniyya)* y se extendió rápidamente para adquirir una identidad panárabe *(Qawmiyya).* Egipto parecía demasiado débil frente a la potencia del colonialismo occidental, cuanto más que, después de la Primera Guerra Mundial, los franceses y los ingleses habían contribuido a parcelar arbitrariamente (llegando hasta a utilizar una regla de cálculo) el mundo árabe. La idea de la unidad del mundo árabe no era totalmente nueva y se había diseminado en los círculos anticolonialistas desde los años veinte; finalmente, en 1958, dio lugar a una alianza con Siria para fundar la República Árabe Unida.

En realidad, en Siria, ya había nacido otro movimiento panárabe en los años cuarenta: el partido socialista Baaz, fundado por Michel Aflak y Salah ad-Din al-Bitar, un cristiano ortodoxo y un musulmán sunita. A finales de los años veinte ambos estudiaban en París donde, imbuidos de las ideas marxistas, se acercaron al comunismo. Consideraban, sin embargo, que el ateísmo no convenía a la cultura árabe y que, en consecuencia, hacía falta desarrollar un socialismo nacional panárabe. En el plano filosófico, ese socialismo debería ser idealista y no materialista y, dado que el islam formaba parte integrante de la identidad árabe, era importante incluirlo destacando el carácter eterno de la comunidad nacional. Así, en 1940, apenas

comenzado su itinerario, el cristiano Michel Aflak declaraba: «El arabismo y el islam no son antagónicos, no pueden serlo porque son de la misma naturaleza». Esta filosofía nacional fue ganando adeptos, el joven partido se fortaleció y atrajo a numerosos defensores en los países vecinos (Iraq y Jordania).

El Baaz apoyó el proceso de unión con Egipto y al-Bitar entró en el gobierno de la República Árabe Unida. Pero el *nasserismo* panárabe reveló rápidamente su fragilidad y su excesivo oportunismo, de modo que la «República árabe» se disgregó al cabo de tres años. Lo cierto es que, en el Oriente Medio, la nacionalidad no conseguirá unir el mundo arabófono; las fronteras arbitrarias trazadas por el colonialismo occidental terminarán por imponerse.

En 1963, oficiales superiores miembros del Baaz dieron un golpe de Estado. Se le ofreció a al-Bitar el cargo de jefe de gobierno, pero, en bambalinas, el ejército baazista se otorgó la totalidad del poder después de haber expulsado por completo del escenario político a los anteriores dirigentes civiles (Aflak partió al exilio y se convirtió al islam en vísperas de su muerte). Al término de un proceso lleno de vuelcos imprevistos, Hafez el-Assad, excomandante del ejército del aire se convirtió en el dirigente autócrata del país.

Entre los miembros militares del Baaz circulaban ideas socialistas variadas lo que llevó a implementar numerosos programas de reformas sociales y económicas, luego anulados. El Baaz transitó también una vía seudolaica y, como había ocurrido en Egipto, reprimió a los Hermanos Musulmanes así como a todo partido opositor, entre ellos el Partido Comunista. Con todo, al igual que el *nasserismo,* se preocupó por no parecer demasiado contrario a la religión y se esforzó por mantener las divisiones comunitarias más allá de una retórica de unidad nacional.

Cuando, en 1958, fue proclamada la unión entre Egipto y Siria, en Iraq se había declarado otra revolución nacionalista, liderada por el general Abdel Karim Kassem quien formó una coalición gubernamental que incluía al gran Partido Comunista y al partido Baaz local. Defensor de un Iraq fuerte y no de una gran nación árabe, Kassem se concentró en realizar importantes reformas agrarias y en mejorar la condición de las mujeres. Fue derrocado por un golpe de Estado militar –incitado sobre todo por partidarios del Baaz iraquí– y luego ejecutado en 1963.

Las luchas de poder entre oficiales conservadores y oficiales más progresistas dieron lugar a crueles ajustes de cuentas y los intereses personales inmediatos adquirieron protagonismo en detrimento de las proposiciones de unirse a Egipto. En 1968, al término de una serie de depuraciones y de revoluciones palaciegas, el Baaz terminó por instalarse plenamente en el poder. Si bien intentó nacionalizar el petróleo, hizo masacrar –vía Saddam Hussein, uno de los mascarones de proa del nuevo régimen– a sus oponentes y eliminar a miles de comunistas «herejes», sin dejar de alabar, por oportunismo, la religión islámica. Nombrado jefe de las fuerzas armadas de Iraq en 1976, Saddam Hussein se autoproclamó presidente en 1979 y reinó sobre el país hasta la invasión estadounidense de 2003. Hacia el fin de su reinado, Hussein definía la ideología socialista del Baaz como un «nacionalismo animado por la fe».

En la Argelia francesa, se fundó en 1954, sobre una base «nacionalista socialista e islámica», el Frente de Liberación Nacional (FLN). La construcción de la conciencia nacional argelina se entremezclaba con una identidad panárabe, lo cual en ocasiones suscitó fricciones con los kabiles (bereberófonos), que desempeñaron un papel protagónico en la insurrección. El FLN fue creado por militantes civiles que no vacilaron en usar medios terroristas contra el

ocupante francés y los colonos, los cuales, por su parte, recurrían a una represión particularmente violenta: alrededor de medio millón de musulmanes argelinos, combatientes y civiles fueron aniquilados por el ejército francés en el transcurso de los ocho años de guerra. Un año después de que Argelia lograra su independencia, el nuevo poder socialista, dirigido por Ahmed Ben Bella, ilegalizó a comunistas, socialistas y otros partidarios del FLN.

Un año más tarde, el ejército, al mando del Hourari Boumediene, destituyó a Ben Bella y ligó aún más el régimen al cuerpo de oficiales. Argelia se situó así en el surco de muchos otros regímenes autoritarios reduciendo drásticamente los espacios de libertad, con la excepción de una tolerancia esperada al islam y ejerciendo, paralelamente, una política de nacionalización y de reforma agraria moderada bajo la denominación de «socialismo árabe».

La trayectoria política de Libia y de Sudán no difieren fundamentalmente de las que acabamos de evocar. En Libia, el coronel Muamar el Gadafi, adepto de Nasser, se hizo del poder en 1969, abolió la monarquía y fundó una república «socialista musulmana». Ese mismo año, en Sudán, de resultas de un golpe de Estado militar, el coronel Yaafar al Numeiry, quien también se reivindicaba como socialista, tomó el poder. Nacionalizó los bancos y repartió entre los campesinos los grandes latifundios privados. En la década de los ochenta, después de quitarse en encima a los comunistas reprimiéndolos en una terrible masacre, edulcoró su política social e hizo un pacto con los Hermanos musulmanes llegando al punto de imponer la *sharia* a la sociedad sudanesa.

En cierta medida, Túnez fue la excepción del socialismo árabe. Habib Burguiba, llegado al poder en 1957 después de la abolición de la monarquía y que dirigió el país durante treinta años, no había surgido de las filas del ejército e impidió que los oficiales accedieran al poder. Su partido, el Neo-Destur, fundado en 1934, cambió de nombre en 1964 para llamarse el Partido Socialista Desturiano. Burguiba intentó luego aplicar una política social moderada y de laicización progresiva. Aunque Túnez continuó siendo un régimen de partido único, la represión contra los oponentes fue menos severa que en los demás países donde se instauró el socialismo árabe, al menos hasta 1987 y la llegada al poder de Zine El Abidine Ben Alí, con un pasado militar.

Túnez es el único país del mundo árabe donde, después de los levantamientos espontáneos de 2011, se realizaron elecciones libres y pluripartidarias, elecciones que ganó el Ennahda, movimiento islamista moderado que, contrariamente a las predicciones de los «especialistas», no trató de imponer la *sharia* ni de suprimir el pluralismo político y que… terminó por perder la mayoría en las siguientes elecciones.

A la vista del fracaso histórico del socialismo militar árabe, no sorprende que, durante los últimos años del siglo XX y las primeras décadas del XXI, una gran parte de la población pobre se le haya opuesto, no bajo la bandera de la izquierda laica, sino impulsada por lo que podría llamarse el islamopopulismo.

Este islam seudomodernista evidentemente no ha aportado soluciones serias al atraso económico ni a las contradicciones de clase que han permanecido intactas. El abismo que lo separa del pueblo no tardará en manifestarse.

---

[1] Hay algunas excepciones: militantes del comienzo de la lucha argelina, separadas de la arena política

durante la independencia; Naziha al-Dulaimi, antigua comunista iraquí, primera mujer del mundo árabe que fue nombrada ministra en 1958; Banzir Bhutto, hija del presidente pakistaní y Tansu Çiller, jefa del gobierno turco durante un breve periodo.

XIV

El Estado de bienestar, ¿conquista del mundo obrero?

> La igualdad es una utopía […] que debe ser redefinida constantemente y reconquistada constantemente.
>
> Olof Palme, 30 de julio de 1965.

Sería exagerado decir que Otto von Bismarck sentó las bases de la creación del Estado de bienestar pero hay que reconocer que en el Estado conservador del que él era canciller se votaron y aplicaron por primera vez y de forma duradera varias leyes sociales.

Esta legislación pionera no respondía a motivaciones ideológicas. Bismarck no creía que hiciera falta extender los derechos políticos a los derechos sociales y económicos con el propósito de reducir las desigualdades de clase. Tenía horror a las ideas democráticas y, *a fortiori,* a las ideas socialistas, y se esforzó, en vano, por reprimirlas de diversas maneras. Pero, a comienzos de los años 1880, la socialdemocracia alemana había obtenido resultados elevados en las elecciones legislativas y los círculos dirigentes se inquietaban ante el ascenso de las «clases peligrosas». En un célebre y sorprendente discurso de 1881, el emperador de Alemania había evocado el papel del Estado, que debía preocuparse por los trabajadores privados de recursos como consecuencia de un accidente de trabajo, de una enfermedad o de la vejez. En suma, un discurso que parecía anunciar, muy extrañamente, el Estado de bienestar.

Tres años más tarde, Adolf Hedin, diputado del Partido Liberal de coalición en el Parlamento sueco, sometió una proposición de seguro en caso de accidente de trabajo y de pensión para las personas mayores: dos proyectos destinados a prevenir la agitación social y que servirán de base a la futura legislación del reino nórdico.

En Inglaterra, se habían adoptado a lo largo del siglo XIX muchas leyes referentes a la situación de los pobres y de los enfermos. Sin embargo, hubo que esperar al nacimiento del Partido Laborista, en 1900, y su progresión electoral, para que el poder dirigente comenzara a ser interpelado sobre la cuestión de una legislación social progresista, algo que se oponía al principio hegemónico de no intervención del Estado en una economía libre. Tres años más tarde, Lloyd George, miembro del Partido Liberal nombrado ministro de Finanzas en 1905, presentó en el Parlamento varios proyectos de ley que preveían pensiones de retiro para los asalariados y un principio de seguro por enfermedad para los obreros de la industria.

Se trataba de un avance modesto en la vía de una intervención más significativa del Estado liberal en sus relaciones sociales con el mundo del trabajo, entonces en pleno crecimiento y al que la consolidación de la democracia representativa en Europa occidental procuraba una

existencia política. Observamos que en ese estadio, Francia, a pesar de contar con un partido socialista importante, acusaba un retraso en comparación con Inglaterra y Alemania en la propensión de su clase dominante a compartir, aunque solo fuera muy parcialmente, los beneficios del capital acumulado.

La Primera Guerra Mundial amplificó la intervención del Estado en el proceso de producción: este pasó a ser entonces un gran consumidor de acero, de productos químicos, explosivos, etcétera; lo cual era perfectamente compatible con el modo de producción capitalista, con la condición de que este extendiera su esfera de dominación a una cierta cantidad de sectores. Aun así y a pesar del sacrificio de millones de obreros movilizados, los ingresos y la protección social no aumentaron de manera significativa. Los dos factores que indujeron los cambios ideológicos y políticos frente a la economía de mercado fueron el crack de fines de los años veinte y la crisis económica que sobrevino tras él. Hasta entonces nada había amenazado seriamente el libre mercado. Los millones de parados deambulando por las calles de Nueva York, de Berlín, de Londres y de París suscitaron la cólera de las clases trabajadoras; las tensiones sociales se exacerbaron hasta el punto de terminar por influir en las altas esferas políticas.

El New Deal y los comienzos del Estado de bienestar

Durante la campaña de las elecciones presidenciales estadounidenses de 1932, Franklin D. Roosevelt, candidato del Partido Demócrata, hizo diversas promesas contradictorias, pero el deterioro de la situación económica y la presión de los grandes sindicatos lo obligaron a dar un giro hacia una política de reformas. En realidad, como en Estados Unidos no se había desarrollado verdaderamente ningún partido de izquierda, los demócratas eran quienes defendían una parte de las reivindicaciones obreras. Cuando Roosevelt llegó al poder, el 25% de los trabajadores estadounidenses estaban en el paro sin ninguna indemnización ni subsidio. Numerosas familias fueron expulsadas de sus hogares, sobre todo en los campos y muchos pasaban hambre. La producción había descendido a la mitad y los bancos estaban al borde de la quiebra.

Por primera vez en la historia de Estados Unidos, un presidente liberal se lanzaba en una gran ofensiva contra el sistema financiero tratando, al mismo tiempo, de salvarlo. En 1936, disponiendo de la mayoría en el Congreso, Roosevelt inició una travesía legislativa que iba a modificar la morfología de la economía de mercado. Este proyecto bautizado «New Deal» («Nuevo trato») se puso en marcha en dos fases: primero con la creación de una administración de recuperación nacional, encargada de organizar grandes trabajos públicos (represas, puentes, líneas de ferrocarriles, etcétera), luego con el traslado de muchos jóvenes a los campos a cumplir tareas agrícolas, además se otorgaron subsidios a los parados e hipotecas a quienes habían perdido sus casas y se instauró un salario mínimo. El New Deal pesaba enormemente en el déficit presupuestario, hasta tal punto de se tomó la decisión de abolir las leyes sobre la prohibición de beber alcohol (la «ley seca») a fin de ampliar la base impositiva. Pero Roosevelt y sus asesores progresistas se mantuvieron firmes, de modo que la economía salió poco a poco del marasmo. Durante todo ese periodo, los sindicatos dieron su apoyo al

presidente, lo cual facilitó el primer acuerdo interclases de la historia estadounidense.

La regulación de la economía por parte del Estado nunca fue una opción específicamente «de izquierdas». Por ejemplo, en Alemania, Hitler llegó al poder, entre otras razones, porque los millones de parados (algunos de los cuales se habían vuelto militantes remunerados de las SA) ya no creían en el liberalismo económico ni en los partidos que lo defendían. Sabiendo que los desempleados votaban masivamente por el Partido Comunista, numerosos capitalistas preferían, de mala o buena gana, comprometerse con los «camisas pardas» a fin de alejar la amenaza roja. Desde su ascenso al poder, Hitler decretó la interdicción de los partidos de izquierda, de los sindicatos obreros independientes y del derecho de huelga, pero, como había hecho antes Mussolini, impulsó la creación de sindicatos cobijados bajo la tutela del nuevo régimen. Así se creó el Frente Alemán del Trabajo para defender los intereses de los trabajadores frente al capital.

En el periodo de un año, el Frente del Trabajo, demasiado inquieto para el gusto de los empleadores, fue purgado de sus elementos indóciles e «irresponsables» y, a semejanza de las corporaciones del fascismo italiano, integró en su seno a representantes de la patronal. El Estado quedó entonces en posición de árbitro, intermediario omnipotente, en las relaciones capital-trabajo. Aquel fue una especie de New Deal autoritario y centralizado que consiguió hacer descender el número de parados, aumentar la producción y otorgar un ingreso mínimo a los trabajadores. La promesa de Hitler de suministrar un «automóvil del pueblo» (la Volkswagen) a cada obrero no se cumplió y la armonía entre las clases, por supuesto, nunca se alcanzó, pero la construcción de autopistas y la producción acelerada de armamentos permitieron que Alemania saliera parcialmente de la profunda crisis económica que la había golpeado.

Francia, donde la legislación social acusaba un retraso tangible, registró una primera evolución significativa en 1936. La victoria electoral del Frente Popular (que agrupaba los partidos de izquierda) y la nominación del socialista Léon Blum al frente del consejo de ministros estuvieron acompañadas de una gran ola de huelgas. El nuevo gobierno respondió rápidamente a las reivindicaciones del mundo del trabajo y presionó a las organizaciones patronales a fin de lograr varias concesiones: la semana laboral se redujo a cuarenta horas, los empleadores se comprometieron a firmar convenios colectivos y todos los asalariados tuvieron derecho a vacaciones remuneradas, lo que permitió a muchos ver el mar por primera vez.

Durante este periodo de entreguerras, Inglaterra no produjo reformas sociales importantes. Sin embargo, fue en su suelo donde nació la teoría económica que consolidará la intervención del Estado en la economía de mercado: John Maynard Keynes publicó en 1936 su obra *The General Theory of Employment, Interest, and Money (Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero)* en reacción directa a la gran crisis. Este ensayo desarmó las premisas de la ideología liberal: no es verdad que la oferta y la demanda se equilibren espontáneamente o gracias a la «mano invisible» del mercado, contribuyendo así a un crecimiento automático y permanente. Por ejemplo, un alza del ingreso puede permitir economizar pero no aumenta necesariamente el poder de compra ni la inversión. La oferta que no responde a la demanda crea un excedente de mercancías que abre el camino al aumento del paro y al advenimiento de una crisis general. Esta es la razón que hace necesaria la intervención del Estado a fin de que se cree una demanda pública y no solamente privada que preserve el pleno empleo, aunque ello implique pagar el precio de un déficit público duradero. Esta tesis keynesiana sirvió de

justificación al New Deal y de guía programática al Partido Laborista británico.

La tesis según la cual la libre acumulación del capital lleva en sí misma su propia contradicción ya había sido pronunciada mucho antes de Keynes por Marx y muchos de sus seguidores. Ya en el siglo XIX, Marx había afirmado que el excedente de capital surgía de la explotación del trabajo (es decir, que la remuneración de los trabajadores solo correspondía a la parte de su trabajo que les permitía «reproducirse socialmente»). Ahora bien, esa plusvalía generalmente se reinvertía en la producción (si bien una parte de dedicaba a los «pequeños placeres» de la clase superior) a fin de acrecentarla permanentemente. El salario del trabajador no puede rivalizar con el ritmo de la producción y consumir totalmente su excedente: de ahí las crisis cíclicas intrínsecamente ligadas a la economía de mercado.

A diferencia de Keynes, quien durante toda su vida continuó siendo un defensor del mercado libre, los marxistas no pensaban que la intervención del Estado a través del gasto público fuera a resolver el problema en su totalidad; solo podía retardar y aminorar las crisis. Únicamente una revolución socialista lograría superar la contradicción inherente a la acumulación del capital. La mayor parte de los pensadores marxistas no llegaron a prever que las políticas de armamento masivo y la guerra total salvarían el capitalismo de las crisis características de la primera mitad del siglo XX. Ciertamente, es peligroso afirmar con certeza que la Segunda Guerra Mundial libró al capitalismo occidental de la gran crisis de los años veinte y treinta; sin embargo, hasta en los círculos liberales quedó clara la lección según la cual el libre mercado necesita una intervención masiva del Estado.

Ernest Bevin, miembro del Partido laborista nombrado ministro de Trabajo del gobierno de Salvación nacional dirigido por Winston Churchill durante la guerra, utilizó esta oportunidad para encargar al economista William Beveridge –cercano a los socialistas fabianos Beatrice y Sidney Webb– un informe sobre *Social insurance and allied services (La seguridad social y los servicios conexos)*. El informe, entregado en noviembre de 1942, en el momento de la victoria soviética en Stalingrado y de la derrota alemana en El Alamein, cuando las potencias aliadas comenzaban a imponerse netamente contra el enemigo nazi, contenía proposiciones y conclusiones relativas al desempleo, a la enfermedad, a la escasez, al analfabetismo, etcétera. Detallaba además vastos programas de seguros, de ayudas para la vivienda y de instrucción gratuita; estas propuestas suscitaron hasta tal punto el entusiasmo popular que los conservadores se vieron obligados a adoptarlos, sin dejar de demorar todo lo posible su aplicación efectiva.

Al finalizar la guerra, a pesar de la aureola de gloria de que gozaba, Churchill tuvo que abandonar el poder después del inmenso éxito electoral del Partido Laborista que apenas asumió puso en práctica, sin tardanza, el *Beveridge Report*. El Estado de bienestar inglés, que servirá de modelo a toda la izquierda en el mundo occidental, cobraba forma. Después de un siglo y medio de industrialización y de enriquecimiento sin precedente en la historia de la humanidad, la burguesía inglesa había aceptado «compartir» una parte de sus ganancias; un triunfo obtenido, esencialmente y sin revolución violenta, por una clase trabajadora fuerte y organizada. También hay que destacar que el nuevo Estado de bienestar fue instaurado correlativamente con el abandono por parte de Inglaterra de muchas de sus posesiones coloniales, lo cual permitió una disminución de los gastos del Estado asociados al mantenimiento de un aparato administrativo y militar pletórico extendido por el mundo. Uno de los imperios «donde nunca se ponía el sol» se había convertido en un país pequeño, pero un

país que, a la caída del sol, contaba con muchas menos personas pasando hambre y muchos menos enfermos que morían por falta de atención médica.

El gobierno laborista, dirigido por Clement Attlee y apoyado por los sindicatos, había decidido que debía responder a las necesidades de todos los ciudadanos británicos «desde la cuna a la tumba» y durante una treintena de años cumplió más o menos su promesa. Durante ese periodo, el Estado proporcionó servicios en diferentes áreas: vivienda, igualdad de acceso a la enseñanza, seguro por enfermedad, subsidios a los parados y pensiones de retiro. A fin de poder administrar, regular y financiar todos esos servicios, el gobierno procedió a nacionalizar el banco de Inglaterra, la aviación civil, la red de ferrocarriles, el teléfono y la radio, las compañías de electricidad y de gas y las industrias del carbón y del acero. Al término de este proceso, alrededor del 20% de la economía se encontraba en manos del Estado y de sociedades públicas. Evidentemente, esta empresa gigantesca engendró un déficit permanente e importante de las finanzas públicas, pero reduciendo el consumo y las importaciones, el gobierno finalmente logró disparar una nueva fase de crecimiento.

Un mundo de transigencia entre las clases

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, otros países de Europa experimentaron cierta abundancia material, pero la alcanzaron de una forma muy diferente de la británica. En Francia y en Italia, los partidos comunistas influyeron en las relaciones de fuerzas entre clases. Sumado al descrédito sufrido por las clases burguesas, una parte de las cuales había colaborado con el ocupante alemán o con el régimen fascista, el importante papel desempeñado por los comunistas en la derrota del fascismo les había conferido prestigio, aun cuando siguieran suscitando temor. Todo este panorama creaba un contexto favorable para la aplicación de reformas sociales. En 1946, el Partido Comunista Francés, que ya formaba parte del gobierno, obtuvo el 28% de los votos en las elecciones legislativas, pero ya desde el año anterior obró directamente en favor de la nacionalización de los grandes bancos, de las compañías de seguros, del gas y de la electricidad, así como de ciertas empresas industriales como Renault. Seguidamente, el gobierno aumentó los impuestos al capital, a las tierras y a las sucesiones, instituyó el salario mínimo y otorgó una función central a los sindicatos en las relaciones profesionales.

En Italia, donde representaban a más de un tercio del electorado, comunistas y socialistas tomaron una parte semejante en la elaboración de la legislación social. El plan estadounidense de asistencia a la economía europea, dirigido por el secretario de Estado George Marshall, motivado por el temor a la expansión de la URSS y del comunismo en toda Europa, también refrenó indirectamente el impacto de las fuerzas del mercado y estabilizó las políticas de ayudas públicas gubernamentales. No obstante, fueron los partidos de izquierda de los países escandinavos (Noruega, Suecia, Dinamarca, Finlandia) los que asentaron con mayor éxito, en el largo plazo, las políticas públicas más avanzadas.

En estos países, a pesar del atraso relativo de la industrialización en relación con Inglaterra, Alemania y Francia, los sindicatos comenzaron a formarse junto con los partidos de izquierda, generalmente creados a fines del siglo XIX, seguidos muy pronto por cooperativas de

productores y de consumidores que auspiciaban escuelas de formación para adultos. Como en otros países del mundo, el ascenso de la izquierda socialista había precedido el advenimiento de la democracia, por lo tanto, una parte del combate político había girado alrededor de la obtención del sufragio universal. El objetivo se logró rápidamente, lo que conllevó la creación de grupos socialistas parlamentarios importantes en todos los países escandinavos, cada uno con su propio temperamento pero con una característica común: un pluralismo y un pragmatismo excepcionales, unidos a un alto nivel de activismo por parte de sus afiliados, siempre en muy estrecha relación con los sindicatos.

Es difícil evaluar los factores de desarrollo específicos de la izquierda nórdica. Suecia, Noruega y Finlandia en menor medida (al menos hasta 1809) no conocieron el feudalismo de tipo europeo occidental y el campesinado casi no estuvo sometida a servidumbre, con excepción, probablemente de Dinamarca. El vínculo entre igualdad política e igualdad socioeconómica que se dio ulteriormente en esos países podría explicarse atendiendo a esa herencia de un pequeño campesinado libre, fenómeno raro en Europa. Asimismo, es posible que la firme ética del trabajo –condición del desarrollo de la abundancia– proceda de esos pequeños campesinos autónomos. Otras dos particularidades son que la nobleza de estos países no dependía estrechamente de la monarquía y, tal vez, el hecho de que existiera una suerte de liberalismo primitivo, pre burgués, que perduró a lo largo de todo el proceso de modernización económica y que impregnó las relaciones de fuerzas sociales en el siglo XX.

El peso de la «larga duración» ha condicionado en alto grado la dinámica del vínculo político entre clase obrera y campesinado. A esto se agrega el hecho de que esas mutaciones políticas y sociales se produjeran (salvo en Finlandia) bajo regímenes monárquicos liberales que, poco a poco y sin sobresalto revolucionario, fueron vaciándose de todo elemento de soberanía monarquista y de ese modo no constituyeron un obstáculo para la «izquierdización» del escenario político. Los países escandinavos tampoco se precipitaron a separar la religión del Estado y por lo tanto no reemplazaron el culto luterano tradicional por el del Estado nación. Esta laicización a pasos pequeños no impidió en absoluto que sus poblaciones lleguen a ser las más ateas del mundo y, aparentemente, también las menos *judeófobas* del mundo cristiano.

El hecho de que, en el siglo XIX, después de las guerras napoleónicas, los estados nórdicos (excepto Finlandia) no hayan estado nunca más implicados en conflictos bélicos permitió reducir sus fuerzas armadas y mantener a los militares a cierta distancia de la vida política. Los estados del norte tampoco participaron de la carrera colonialista, contrariamente, por ejemplo, a Bélgica y a Holanda y no alimentaron en su población un sentimiento de superioridad «blanca» en relación con los indígenas «inferiores» de los países conquistados, con excepción de los sami, los habitantes autóctonos del norte de Escandinavia[1].

Otros criterios confirman la especificidad de la cultura política nórdica: la precocidad de la instrucción pública obligatoria y gratuita (1844 en Noruega), la abolición de la censura en el siglo XIX y la presencia de mujeres en el espacio político. Finlandia y Noruega son, después de Nueva Zelanda, los dos primeros países donde se obtuvo el voto femenino; en 1924, en Dinamarca, gracias a un gobierno socialdemócrata, una mujer fue nombrada ministro por primera vez en la historia.

La izquierda comenzó por conquistar los consejos municipales de las grandes ciudades desde los primeros años del siglo XX. Copenhague eligió un alcalde socialista en 1903 y en

1917. En Oslo, el alcalde elegido era un miembro del Partido Obrero noruego. Rápidamente, los socialistas empezaron a formar parte de coaliciones gubernamentales y desde 1920, en Suecia, el gobierno estuvo dirigido durante algunos meses por socialdemócratas. A lo largo de toda la década de 1920, los socialistas, primer partido representado en el Parlamento, dirigieron el gobierno en varias ocasiones. En Dinamarca, el líder del partido socialista entró en el gobierno en 1916 antes de ser nombrado primer ministro, cargo que ocupó entre 1924 y 1926.

La presencia del socialismo nórdico al mando del gobierno se hizo más significativa durante la crisis económica de fines de los años veinte. El desempleo creció brutalmente en todos los países escandinavos, mientras que el número de votantes de izquierdas se acrecentaba correlativamente. Una joven *intelligentsia* radical e inquieta se sumó a las filas de esos diversos partidos y fortaleció su identidad política de clase. A partir de 1929, la socialdemocracia danesa ganó las elecciones y se aseguró la dirección del gobierno; lo mismo sucedió con la socialdemocracia sueca en 1932; tres años más tarde, el Partido Noruego de los Trabajadores accedió al poder. En Finlandia, en 1937, los socialistas integraron un gobierno de coalición.

Este fue el periodo en que se echaron los cimientos del Estado de bienestar nórdico. Las reformas sociales puestas en práctica por los gobiernos de izquierda se asemejaban en sus grandes líneas al New Deal estadounidense, aunque resultaron ser más radicales y marcaron con su sello todas las relaciones de clases futuras en esos países. Trabajos públicos de gran amplitud, un fondo específico dedicado a la industria, construcción de viviendas sociales confiada a los municipios, creación de cooperativas, reducción de la jornada laboral, asignación de una pensión a todos los ciudadanos de más de setenta años, seguro de salud y de accidentes de trabajo, educación primaria y secundaria gratuitas, convenciones colectivas entre sindicatos y empleadores fueron todos elementos que constituyeron la infraestructura de las sociedades más igualitarias del mundo. El capitalismo y los conservadores, evidentemente, no vieron con buenos ojos esas reformas e intentaron sabotearlas recurriendo al *lock out* y a los despidos masivos, pero la popularidad de los socialistas y sus éxitos electorales hicieron fracasar esta contraofensiva.

El proceso se completó al finalizar la Segunda Guerra Mundial. El socialismo nórdico continuó dirigiendo, con pragmatismo, las economías capitalistas; con ayuda de impuestos progresivos, logró restablecer el nivel de vida anterior a la guerra y, al cabo de unos años, estos países lo habían superado ampliamente. Durante las tres décadas siguientes, las remuneraciones de los asalariados escandinavos serán objeto de envidia de todos los socialistas del mundo y el nivel de los servicios públicos, las condiciones de las viviendas, el seguro de salud y la instrucción gratuita otorgarán a esas sociedades una particular armonía. Se mantendrá la economía de mercado pero controlada de cerca por una clase de asalariados organizada y hegemónica.

La certeza de que el modelo nórdico presagiaba el futuro de las clases trabajadoras en los países desarrollados comenzó a tambalearse a fines de los años setenta. Las interrogaciones sobre el porvenir del Estado de bienestar se multiplicaron mientras que la ofensiva de los adeptos del libre mercado se volvía hegemónica, tanto entre los asesores de los diversos gobiernos como entre los expertos universitarios de las «ciencias económicas».

No obstante, hasta el día de hoy, la remuneración de un empleado de McDonald's en los

países escandinavos es el doble de la de su colega estadounidense, aun cuando las clases superiores de Estados Unidos obtengan ingresos mucho más elevados que sus homólogos nórdicos.

---

[1] Dinamarca tuvo colonias muy antiguas: las islas Feroe, Islandia y Groenlandia. Por otra parte, los estados nórdicos también están implicados en la producción de armamentos: en proporción a la cantidad de habitantes, Suecia es el tercer país exportador de armas del mundo, detrás de Israel y de Rusia.

XV

América Latina y la oposición al «palo grande»

El 4 ¿es 4 para todos?
¿son todos los sietes iguales?
Cuando el preso piensa en la luz,
¿es la misma que te ilumina?

Pablo Neruda, *El libro de las preguntas,* 1973.

Dos revolucionarios de excepción encontraron la muerte en suelo latinoamericano: León (Lev) Trotski, asesinado en 1940 en México por Ramón Mercader, un agente del NKVD soviético, y Ernesto (Che) Guevara, ejecutado en 1967 en Bolivia por Félix Rodríguez, agente de la CIA. El hecho de que las dos grandes potencias hayan estado implicadas en estos asesinatos no es sorprendente: a los ojos de muchos admiradores, esos dos marxistas simbolizaban la pureza de la revolución socialista jamás realizada; encarnaban el romanticismo revolucionario que concordaba con el estado de ánimo de numerosos jóvenes de todo el mundo.

En América Latina, la izquierda fue siempre muy diversa, pero se mostró unida en un punto: su profunda antipatía por su gran vecino del norte, antipatía que responde a una razón muy sencilla: Estados Unidos nunca ha dejado de intervenir en la vida de los estados del sur y particularmente en los países vecinos más próximos a los que han considerado como su patio trasero. En el siglo XIX, la «doctrina Monroe» ya lo había proclamado: Estados Unidos jamás autorizaría a los europeos a intervenir en «su» continente. De acuerdo con esta doctrina, a comienzos del siglo XX, el presidente Theodore Roosevelt había formulado el principio de «la política del palo grande», fundada en la idea de que conviene «hablar suavemente y llevar un palo grande». Dicho de otro modo, preservar los intereses de Estados Unidos por la vía diplomática, pero actuar militarmente si aquella vía resultara ineficaz.

Durante largo tiempo, la política británica y luego la de Norteamérica pudo pesar fácilmente en el destino del Sur, económicamente débil. Las oligarquías poscoloniales del continente latinoamericano, apartadas de las masas indígenas o criollas y llenas de desprecio por ellas, se mudaron pronto en dictaduras militares ocupadas en hacer negocios con el capitalismo del norte. El desarrollo insuficiente de una sociedad civil liberal no permitió que surgiera un contrapoder capaz de frenar la corrupción y la violencia de las élites que iban a marcar todo el siglo XX.

Ya en 1898, durante la guerra hispano-estadounidense, Estados Unidos invadió Puerto Rico y Cuba. Más tarde, en 1910, la compañía norteamericana United Fruit financió un golpe de Estado militar en Honduras y, desde entonces, administró ese país en colaboración con el

ejército, como si se tratase de una de sus colonias. En 1929, el sindicato de los obreros bananeros, organizado por los comunistas, fue víctima de una cruel represión en la que fue asesinado su dirigente. Desde 1915 a 1934, las tropas estadounidenses ocuparon Haití, segundo estado del continente –después de Estados Unidos– en haber logrado la independencia. En El Salvador, Estados Unidos sostenía y financiaba una junta militar local al servicio de la oligarquía de las plantaciones de café, cuyos trabajadores fueron masacrados en 1932 en represalia por un levantamiento. En aquella represión fueron asesinadas alrededor de 30.000 personas, entre ellas el dirigente comunista Agustín Farabundo Martí.

Cuando en 1909, Nicaragua proyectó excavar un canal que uniera los dos océanos, Estados Unidos envió un contingente militar que se apostó en el lugar ¡hasta 1933! Durante la retirada de las tropas, Augusto C. Sandino, que había liderado el levantamiento contra la presencia estadounidense, fue asesinado por generales abiertamente designados por Estados Unidos para dirigir el país. Los estadounidenses también intervinieron continuamente en Panamá para impedir su independencia de Colombia, hasta que cambiaron de opinión frente a la negativa de este último país a abrir el canal entre los dos océanos.

Entre 1916 y 1924, Estados Unidos ocupó la República Dominicana, donde sus tropas sostendrán más tarde el régimen criminal del dictador Rafael Trujillo. En cuanto a Colombia, si bien no padeció la invasión estadounidense, su gobierno recibió la amenaza explicita de sufrirla si no ponía el suficiente empeño en reprimir a los huelguistas que se oponían a la United Fruit. En 1928, con la ayuda de los batallones militares locales, United Fruit emprendió otra masacre espantosa de obreros en huelga. Pero esta vez Gabriel García Márquez la grabó en la memoria latinoamericana, y mundial, gracias al éxito internacional de su libro *Cien años de soledad*.

La política internacional es siempre una cuestión de circunstancias; por ejemplo, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la URSS ocupó la Europa del Este e instauró allí regímenes estalinistas opresores, fue blanco, con justa razón, de la condena moral de numerosos intelectuales occidentales. En la misma época, la mayor democracia liberal del mundo, que sostenía todos los regímenes militares de América del Sur nunca fue objeto de críticas parecidas. Como vemos, la lucha contra el «totalitarismo» se mostró muy selectiva, no solo entre los macartistas autoproclamados, sino también entre numerosos liberales moderados que hacían la vista gorda al uso del «palo grande» estadounidense, que golpeaba sin contemplaciones a sus enemigos negando pura y sencillamente los derechos del hombre y del ciudadano.

En 1954, es decir, dos años antes de que la URSS aplastara la insurrección húngara, el gobierno guatemalteco, de izquierda moderada, fue víctima de un golpe de Estado planificado y supervisado por la CIA. Para el gobierno estadounidense los dirigentes de Guatemala eran doblemente culpables: por querer emprender una reforma agraria nacionalizando una parte de las tierras que eran propiedad de la United Fruit y por haber buscado el apoyo del Partido Guatemalteco del Trabajo, de tendencia comunista.

Cuba y la guerrilla

A lo largo de los años cincuenta y sesenta, Estados Unidos no cesó de apoyar a las juntas militares de América Latina y, utilizando los medios logísticos de la CIA, les permitió derrocar a los gobiernos de izquierda y hasta semiliberales. Además, les suministraba generosamente las armas necesarias para reprimir a los sindicatos recalcitrantes y para perseguir a los movimientos de izquierda desesperadamente implicados en las guerrillas.

Pero, en esa oleada de cuartelazos y golpes de Estado, los estadounidenses sufrieron un fracaso inesperado. Situada no lejos de las costas de Florida, Cuba vivía desde 1952 bajo el régimen del dictador Fulgencio Batista, sostenido abiertamente por Washington y secretamente por la mafia norteamericana que había instalado en la isla una próspera red de prostíbulos y de casinos. Cerca del 70% de los campos de caña de azúcar pertenecían a extranjeros, principalmente estadounidenses; allí, los derechos del hombre se consideraban superfluos y los derechos de huelga y de sindicalización estaban prohibidos con la excusa de proteger la productividad del trabajo. En 1956, Fidel Castro, el Che Guevara y ochenta de sus jóvenes camaradas desembarcaron en la isla y tomaron posición en la Sierra Maestra, una zona montañosa alejada de la capital, desde donde se lanzaron en una eficaz lucha de guerrilla. En enero de 1959, entraron «milagrosamente» vencedores en la capital, La Habana.

Al comienzo, esta revolución no tenía una brújula ideológica. Fidel Castro era un adepto de Jefferson y Lincoln, y no de Marx y Lenin, pero aplicó un plan de nacionalizaciones expropiando diversas sociedades y acordó con la URSS la importación de petróleo, lo que produjo un brutal deterioro de sus relaciones con su gran vecino. En 1961, Estados Unidos decidió invadir la isla, siguiendo la costumbre de lo que había hecho con sus «amigos» latinos durante la primera mitad del siglo XX. Para sorpresa del mundo entero, la intervención –bautizada «operación de Bahía de los Cochinos»– fue un fiasco. Lo que siguió fue el embargo total impuesto a la isla, lo que implicó lanzar en los brazos de la izquierda a Fidel Castro, quien se proclamó socialista y estrechó aún más sus relaciones con el bloque comunista.

La economía de Cuba se halló así, a su pesar, totalmente dependiente de la buena voluntad de la URSS y el régimen castrista rápidamente calcó el modelo político y social soviético. Se organizó una importante reforma agraria: los grandes latifundios privados fueron transformados en cooperativas, las empresas extranjeras se nacionalizaron y sus ganancias pasaron a manos del aparato estatal, netamente menos corrupto que el anterior pero cada vez más centralizado e intolerante. La industrialización a marcha forzada, promovida y dirigida por Guevara, entonces ministro de Industria, acentuó la tendencia autoritaria del régimen. Junto a éxitos notables en el ámbito de la salud y la educación, el gobierno de Castro experimentó también fracasos repetidos de sus programas económicos acelerados y se lanzó a reprimir toda oposición. La ausencia de tradiciones liberales –es decir, de una conciencia popular que considera la conflictividad como una condición necesaria de la libertad política– desembocó finalmente en un régimen de partido único que desechó el pluralismo.

El Partido Comunista cubano que, al comienzo del gobierno de Fidel Castro, había expresado sus reservas por el modo en que se había hecho del poder, se unió luego al nuevo régimen, sin cuestionar el culto de la personalidad que rodeaba cada vez más al jefe de la revolución. Disponiendo de cuadros eficaces, el Partido Comunista ayudó a Castro a hacer de Cuba una democracia totalitaria «tradicional». Esta se declaró desde entonces sistemáticamente identificada con el pueblo, esmerándose al mismo tiempo por no dejarle expresar su voluntad ni influir en su destino. Los discursos interminables del líder máximo,

vestido con su uniforme de guerrillero durante cada una de sus apariciones públicas, sirvieron desde entonces para concitar el consenso popular, supuestamente manifestado en la forma de salvas de aplausos igualmente inacabables.

Todo esto no impidió que Cuba llegara a ser un modelo revolucionario atractivo que reavivaba el mito de David y Goliat en la segunda mitad del siglo XX. A fines de los años sesenta, aparecieron en todo el continente movimientos radicales que procuraban imitar la audacia política y militar de Castro y Guevara, sin alcanzar su éxito. Como los soviéticos revolucionarios de 1919 en Budapest y en Múnich habían desaparecido sin dejar rastros, los movimientos de guerrilla –como el ELN en Bolivia, que Guevara había ayudado a fundar, las FARC en Colombia, los Tupamaros en Uruguay, Sendero Luminoso en Perú, el MR8 en Brasil y el ERP en la Argentina– sufrieron casi todos dolorosas y sangrientas derrotas[1].

Su populismo vibrante no era suficiente para hacerse eco de las expectativas de los obreros ni incitaba verdaderamente a la rebelión a los campesinos hambrientos. Los estudiantes radicales, en cambio, salieron de las universidades para unirse masivamente a los movimientos y muchos de ellos fueron asesinados durante la militarización de los regímenes contra los que protestaban. Solo el Frente Sandinista, en Nicaragua, después de un largo combate que se extendió desde 1961 hasta 1979, logró, mediante la huelga general y el levantamiento popular, derribar la dictadura corrupta. A diferencia de los cubanos, los sandinistas adoptaron los principios del liberalismo democrático y del pluripartidismo y, después de la revolución, organizaron elecciones libres.

Chile y el resto

En un solo país latinoamericano, Chile, se estableció una sólida tradición liberal. Ese país, largo y estrecho, lejos de las fronteras de Estados Unidos, tuvo una urbanización y una industrialización rápidas; también los sindicatos y los partidos políticos de masas surgieron tempranamente. Por cierto, esto ocurrió, hasta 1925, bajo el yugo de una dictadura militar pero, a diferencia de la mayor parte de lo que se vivía en los estados vecinos, en Chile la aristocracia terrateniente no tenía la costumbre de delegar a uno de los suyos al ejército para garantizar su monopolio de poder; y, en realidad, el ejército chileno se mantuvo durante mucho tiempo «indiferente» a la política.

Desde 1933, se formó un poderoso Partido Socialista que participó en un gobierno de frente popular con los radicales y los comunistas desde 1938 a 1941. A partir de 1958, el jefe de ese partido fue Salvador Allende, marxista declarado que en 1970 fue elegido presidente de la República con el apoyo de los partidos de izquierda. Muchos creyeron entonces que se abría así en América Latina una era de liberalismo socialista semejante al de los países escandinavos y que esa ola se extendería rápidamente al conjunto del continente.

La primera medida que tomó el gobierno de Allende fue nacionalizar las minas de cobre, la riqueza natural más importante de Chile, hasta ese momento propiedad de empresas estadounidenses. Luego nacionalizó los bancos y una gran parte del comercio exterior. Numerosos latifundios pasaron a dominio público y fueron distribuidos entre campesinos pobres. Se aumentaron los bajos salarios de los obreros y se suministró leche gratuita a todos

los niños del país. El gobierno asignó además considerables presupuestos a la salud y la vivienda.

El primer año del nuevo gobierno fue coronado por el éxito: producto nacional bruto en alza, retroceso del desempleo y reducción de la inflación. Sin embargo, la baja drástica del precio del cobre en el mercado mundial se tradujo en un enorme déficit y en el retorno de la inflación lo que suscitó un profundo descontento de la clase media, ya exasperada por las reformas sociales, mientras que del lado izquierdo los obreros sindicalizados convocaban a tomar posesión de las fábricas a fin de asegurarles una gestión autónoma. Los intentos de Allende de tranquilizar a sus adversarios nombrando a tres generales en el gobierno no surtieron efecto. Impulsada por veinte familias de la alta oligarquía, la derecha continuaba organizando *lock outs* de empresas y manifestaciones. Por su lado, Estados Unidos intensificó sus maniobras financieras y su propaganda para desestabilizar cuanto le fuera posible el insolente poder socialista que le había manifestado abiertamente su hostilidad y había recibido a Fidel Castro en visita oficial.

Como la oposición legal no consiguió derrocar el gobierno de izquierda, que aún gozaba de un amplio apoyo popular, en 1973, la CIA organizó un golpe de Estado militar liderado por el general Pinochet. El presidente Allende se suicidó durante el ataque al palacio presidencial, mientras que los militares arrestaban, torturaban y ejecutaban a millares de militantes de izquierda. El nuevo gobierno suspendió la constitución, disolvió el Parlamento y abolió las libertades políticas y los derechos del ciudadano. Estados Unidos suministró inmediatamente una profusión de armas y financiamiento a la junta militar victoriosa y, en unos pocos años, la orientación económica de Chile se modificó por completo.

La junta gobernante suprimió el salario mínimo y quitó a los sindicatos el derecho de ciudadanía, además, redujo considerablemente los impuestos al capital y las ganancias y reprivatizó empresas industriales y bancos, mientras llovían las inversiones estadounidenses. El producto nacional por habitante recuperó su tasa de crecimiento anterior y luego la superó, pero, al mismo tiempo, la pobreza alcanzaba cimas que Chile no había conocido durante mucho tiempo. Un equipo de economistas, informalmente llamados los *Chicago boys,* fieles discípulos del Nobel de economía Milton Friedman, tomaron el timón de la economía del país y lo transformaron en el primer laboratorio del neoliberalismo. Estos economistas ocuparon puestos claves en el seno del gobierno de Pinochet e hicieron la demostración de la perfecta adecuación entre economía liberal y política autoritaria.

Con el nuevo gobierno, la iniciativa económica estaba totalmente exenta de presiones fiscales y jurídicas. La conducción económica restituyó los bienes nacionalizados por Allende a sus antiguos propietarios y redujo de manera drástica los presupuestos sociales; los bancos norteamericanos, por su parte, anegaron de generosos préstamos las arcas del régimen militar. La dictadura se afirmó, continuó persiguiendo implacablemente a los opositores y subsistió hasta 1990, fecha en la que los chilenos eligieron como jefe del gobierno al demócrata cristiano Patricio Aylwin. Después de ese retorno al orden civil, Pinochet pudo de todas maneras conservar su función de comandante supremo de las fuerzas armadas hasta su arresto producido en 1998 en Londres, donde se hallaba recibiendo tratamiento médico. Pendía sobre él un pedido de captura internacional por los crímenes cometidos durante su reinado.

En el momento en que se producía el golpe de Estado en Chile, el inmenso Brasil estaba ya sometido desde nueve años antes al poder de una junta militar. En 1961, el representante de

una izquierda muy moderada, João Goulard, había sido elegido presidente de la República Federativa. Inmediatamente, empezó a sufrir presiones ejercidas con el propósito de limitar sus poderes, pero un referéndum permitió, a último momento, bloquear el intento. De inmediato, Goulard presentó un proyecto de ley para limitar los beneficios de los inversores extranjeros que fue aprobado y luego publicó tres decretos por los que: duplicaba el salario mínimo de los obreros, nacionalizaba las destilerías y confiscaba las tierras no cultivadas para transferírselas a los campesinos sin tierra.

La reacción no se hizo esperar. En marzo de 1964, se organizó un golpe de Estado que obligó a Goulard a refugiarse en Uruguay. El presidente demócrata estadounidense Lyndon Johnson expresó públicamente su satisfacción y aseguró su cálido apoyo a los nuevos dirigentes. El poder militar brasileño endureció rápidamente su política: abolió sin dilación las leyes reformistas de Goulard y decretó el estado de emergencia; además, prohibió los partidos políticos –salvo dos– y redujo las atribuciones del Congreso a una parodia de democracia parlamentaria.

El golpe de Estado militar evidentemente se benefició del apoyo logístico de la CIA y la marina estadounidense envió navíos de guerra que tomaron posición frente a las costas brasileñas a fin de garantizar la seguridad, un esfuerzo vano en vista de la ausencia de oposición efectiva al golpe de Estado. El régimen de los oficiales se estabilizó y perduró hasta 1985, después de haber asegurado la promoción de algunos sectores de la producción y haber engendrado una relativa prosperidad a comienzos de la década de los setenta, pero dejando tras de sí una sociedad extremadamente desigualitaria, con un alto nivel de pobreza y de analfabetismo e instituciones estatales gangrenadas por una corrupción endémica.

Brasil empezó a salir a flote y a liberalizar su política lentamente. El rápido crecimiento de la clase obrera, a partir de los años setenta facilitó el surgimiento de un nuevo movimiento de izquierda que pronto llegaría a ser una fuerza central del Estado. El Partido de los Trabajadores se fundó 1980, bajo el régimen militar, gracias a la fusión de diversas corrientes radicales, pero también moderadas. Entre sus fundadores, Luiz Inácio Lula da Silva, antiguo trabajador manual devenido presidente del sindicato de los metalúrgicos, pasó a la posteridad con el nombre de «Lula». Poco a poco, el Partido de los Trabajadores fue imponiéndose en ciudades y estados y en 2002, Lula ganó la elección presidencial con más del 60% de los votos. Habiendo moderado sus posiciones y constituyendo una coalición con los partidos centristas, Lula emprendió una serie de reformas prudentes en el ámbito de la enseñanza superior, de la justicia, de la reducción de la venta de armas a particulares e intentó afrontar el problema de la subalimentación en las favelas y en los estados de la periferia estableciendo ayudas financieras. Tuvo especial cuidado en no enemistarse frontalmente con las instituciones económicas y en no tocar los bancos. Brasil, por lo tanto, nunca se transformó en un Estado de bienestar, ni siquiera modesto, a pesar de su innegable potencia económica.

El caso es que la personalidad carismática de Lula continuó seduciendo a la parte más pobre de la población, lo cual lo llevó a ganar nuevamente las elecciones de 2006. Volvió a conseguir el apoyo de los sindicatos que durante su mandato se habían fortalecido y de la mayoría de los ciudadanos «no blancos» de las zonas periféricas. En 2011, Lula cedió la candidatura a presidente a Dilma Rousseff, también surgida de la dirección del Partido de los Trabajadores y que prometió continuar con las reformas; pero pronto la revelación de negocios corruptos le valió una gran desconfianza. Los gastos faraónicos destinados a la

organización del campeonato mundial de fútbol de 2014, mientras centenares de miles de brasileños no tenían con qué alimentarse correctamente, debilitaron la economía del país y resquebrajaron la popularidad de la presidente y de su partido. En 2016, Rousseff fue destituida después de un juicio político desarrollado en el límite de la legalidad y el vicepresidente, miembro de un partido de derecha, asumió su puesto. Lula, por su parte, fue acusado y encarcelado por cargos de corrupción como consecuencia de un proceso amañado.

El desalojo del Partido de los Trabajadores del poder se dio paralelamente a una serie de fracasos de la izquierda en América Latina. En Uruguay, en El Salvador y hasta (temporalmente) en Bolivia, los gobiernos de izquierda fueron expulsados del poder y perdieron gran parte del apoyo de las clases medias. Con excepción de Venezuela, donde una fracción del ejército se adhirió a las posiciones de la izquierda populista antinorteamericana, los aparatos del Estado, en el conjunto del continente, mantuvieron la herencia conservadora, desigualitaria y elitista que había contaminado los procesos de modernización, incluidos aquellos conducidos por la izquierda e impidió todo cambio real de las relaciones entre dominantes y dominados.

La ética de la igualdad, que puso en movimiento a las masas pobres de América Latina, no penetró en absoluto en la cosmovisión de los estratos hegemónicos, herederos de las oligarquías que habían considerado que la antigua dominación de las poblaciones indígenas o los esclavos importados de África eran un hecho natural, cósmico y eterno. Numerosos descendientes de aquellos oligarcas que en sus tiempos de estudiantes se habían inclinado hacia la izquierda y habían rechazado a sus padres para hacerse demócratas, conservaban de todos modos parte de ese paternalismo hereditarios en su relación con las clases «inferiores». Decepcionados por los fracasos de la gestión liberal socialista de la economía, fueron apartándose del campo «progresista».

Las mutaciones del mundo del trabajo, como el inicio de la decadencia del proletariado industrial, contribuyeron también a debilitar la confianza en sí misma de la izquierda latinoamericana. A comienzos del siglo XXI, la agitación interna la hizo retroceder hacia el antiguo nacional-populismo que muchos consideraban ya totalmente desaparecido.

---

[1] Durante la refundación de la democracia constitucional en Uruguay en 1985, antiguos tupamaros se unieron al proceso de liberalización; en 2008, uno de sus dirigentes, anteriormente clandestino, José Mujica, asumió el cargo de presidente de la República.

XVI

De la rebelión negra al levantamiento de Mayo del 68

> No estoy ni nunca estuve a favor de la igualdad política y social de los negros y los blancos. […] Y diría, además, que hay una diferencia entre la raza blanca y la raza negra que impedirá para siempre a estas dos razas vivir juntas en condiciones de igualdad social y política.
>
> Abraham Lincoln, Charleston, Illinois, 18 de septiembre de 1858.

> No he sido el mentor de las acciones de los estudiantes de los años sesenta y de comienzos de los setenta. […] La generación de estudiantes que estuvo activa esos años no tenía necesidad de la imagen de un padre ni de un abuelo que los llevara a protestar contra una sociedad que revelaba cada día sus desigualdades, su injusticia, su crueldad y su lado totalmente destructor.
>
> Herbert Marcuse, entrevista en la BBC, 1978.

En los Estados Unidos del siglo XIX, la oposición a la esclavitud contribuyó al advenimiento de una ética de la igualdad civil sin que ello implicara que se la abrazase plenamente. Por ejemplo, Abraham Lincoln, el famoso presidente liberal que puso toda su fuerza moral en su lucha por abolir la esclavitud, no creía en la igualdad entre blancos y negros. En su célebre discurso de Gettysburg de 1863, no olvidó referirse a los principios de la Ilustración, asentados en la Declaración de la Independencia –«Todos los hombres son creados iguales»– sin embargo, no parecía dar por descontado, como tampoco Thomas Jefferson y muchos otros anteriores a él, que todos los hombres estén destinados a vivir juntos en cuanto ciudadanos iguales.

Por ejemplo, Lincoln se opuso a que los libertos participaran en las elecciones y a que fueran designados como jurados y rechazó categóricamente el matrimonio entre personas de dos «razas» diferentes. Estaba convencido de que era preferible para todos que los antiguos esclavos retornaran masivamente a África o se instalaran en América Central. A pesar de estas posiciones racistas, poco tiempo antes de ser asesinado, terminó por pronunciarse a favor del derecho de voto de los soldados negros que había servido en el ejército de la «Unión» (un total de aproximadamente 200.000 personas) durante la Guerra de Secesión.

Al término de esta feroz guerra civil, la adopción de las leyes Jim Crow (apelación peyorativa del hombre negro), permitió ordenar y conciliar los dos campos durante un largo periodo. Esas leyes garantizaban una separación estricta entre «blancos» y «gente de color» en el espacio público y, al mismo tiempo, mantenían, en apariencia, el principio según el cual

«todos los hombres son creados iguales». Este dispositivo jurídico, ratificado por la Corte Suprema en 1896, prolongó una situación de separación y de discriminación, particularmente en los ámbitos de la educación, el transporte, la vivienda y más generalmente en la vía pública (restaurantes, hospitales, parques de juegos y hasta instalaciones sanitarias públicas). Los estados del sur adoptaron medidas todavía más discriminatorias y excluyeron a los «no blancos» del derecho de voto.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los soldados afroamericanos que fueron enviados a luchar contra la Alemania nazi pertenecían a regimientos aparte. Tenían prohibido comer en las mismas cantinas que los soldados blancos y las enfermeras blancas no estaban autorizadas a ocuparse de los heridos negros (a manera de reciprocidad, las enfermeras negras no curaban a los heridos blancos). Un siglo después de la abolición de la esclavitud, en Estados Unidos se trataba a la mayor parte de los afroamericanos como a ciudadanos de segunda zona, indignos de frecuentar los mismos espacios o de gozar de los mismos derechos que los blancos. Pero, una mayoría de estadounidenses no juzgaban que esta situación fuera contraria a la democracia; un poco como Aristóteles, estaban persuadidos de que la verdadera igualdad solo puede instituirse entre iguales.

Hubo que esperar a 1954 y tuvieron que presentarse muchas demandas para que la Corte Suprema dictara una sentencia que establecía que el principio «Separados pero iguales» era contrario a la enmienda 14 de la constitución relativa a la igualdad de los negros. Muchos estados se negaron a acatar ese dictamen y se opusieron a él enérgicamente. En 1957, el gobernador de Arkansas impidió que se admitieran niños negros en un colegio de Little Rock y solo la intervención del ejército, decidida por el presidente Dwight Eisenhower, permitió que se levantara tal prohibición.

La lucha por la igualdad

Esta fue una bisagra decisiva en el desarrollo del movimiento por los derechos civiles: el pastor Martin Luther King Jr. hizo de la sentencia de la Corte de 1954 el punto de partida de su larga y recia campaña política, fundada sobre el principio siguiente: «Separados pero iguales no quiere decir nada. La segregación crea inevitablemente la desigualdad». Este enunciado fundamental fue la señal que puso en marcha el movimiento por los derechos civiles a mediados de los años cincuenta y suscitó además una sensibilidad nueva entre estadounidenses blancos de la generación joven.

El combate había comenzado por iniciativa de los mismos afronorteamericanos. Militantes negros lo han subrayado: si bien es verdad que Estados Unidos fue fundado por blancos, el país no podría hacer alarde de defender la igualdad política mientras se viera como una «democracia blanca». Ser una democracia es ser el Estado de todos los ciudadanos sin excepción.

En 1955, el secuestro y linchamiento de Emmett Till, un adolescente negro de Chicago, cuyos asesinos fueron absueltos por un tribunal de Mississippi suscitaron una ola de cólera en todas las comunidades negras de los Estados Unidos. Era un linchamiento demasiado indignante después de otros cientos producidos en los estados del sur. Algunos meses más

tarde, en diciembre de 1955, Rosa Parks se negó a ceder su asiendo de la parte trasera de un autobús en Montgomery, Alabama, donde como en todas partes en el sur de Estados Unidos, los blancos ocupaban los asientos de la parte delantera y los negros los de atrás; si no había suficientes lugares en el sector de los blancos, los negros debían ceder su lugar en la parte trasera. Por aquella actitud, que no era un gesto aislado, Rosa Parks fue arrestada, juzgada y condenada. Inmediatamente se organizó un movimiento de protesta que llamaba al boicot contra todas las líneas de la compañía de autobuses de la región. Los negros, que constituían la mayoría de los pasajeros, se desplazaron a pie o compartiendo automóvil, lo que hizo hundir los ingresos de la empresa. Los organizadores del boicot, alrededor de un centenar, fueron procesados y muchos de ellos condenados a cumplir pena de prisión.

Martin Luther King tomó parte en esa lucha y le dio una potente repercusión en todo el país. También trabajó intensamente para orientar este nuevo movimiento hacia la acción no violenta. Confesaba de buena gana en qué medida su estrategia, como la de sus socios cercanos, estaba inspirada en la filosofía de Mahatma Gandhi. Huelgas, manifestaciones con ocupación de la vía pública durante largas sentadas *(sit ins),* oleadas de cartas enviadas a los candidatos en el Congreso, desfiles con cantos y bailes, etcétera, fueron algunas de las tácticas que atrajeron progresivamente más participantes a la protesta hasta transformarla en un movimiento de masas. El retroceso del macartismo y el fortalecimiento del ala izquierda en el seno del Partido Demócrata, con la elección de John Fitzgerald Kennedy a la presidencia, facilitaron la movilización que alcanzó su apogeo en 1963 durante una manifestación realizada en Washington en la que Martin Luther King pronunció su famoso: «Tengo un sueño» que llegó al corazón de muchos estadounidenses. El año siguiente le fue otorgado el premio Nobel de la Paz.

En la misma época, la guerra de Vietnam entraba en una fase de intensificación, lo que llevó a Martin Luther King a unirse valientemente a quienes se oponían a ella y situarse así en la extrema izquierda del arco político. En sus discursos se lanzó a criticar de manera cada vez más explícita la relación entre segregación racial y desigualdades socioeconómicas, responsables de la pobreza y la precariedad de la vivienda de que eran (y siguen siendo) víctimas los negros. Esta crítica tajante del capitalismo, sumada a la condena del imperialismo estadounidense, hizo que muchos liberales blancos moderados se apartaran de él.

Hostigado cada vez más por el FBI, King fue arrestado en varias oportunidades y, si bien se salvó de la bomba que estalló en el hotel en que se alojaba en Birmingham, Alabama, cuando participaba de una manifestación contra la segregación (convocada en protesta por la muerte de cuatro jóvenes afronorteamericanos y violentamente reprimida), Martin Luther King fue finalmente abatido a balazos en Memphis en abril de 1968. Su asesinato provocó manifestaciones y motines en ciento diez ciudades norteamericanas que dejaron el saldo de veintiocho muertos y miles de heridos. Este crimen, cuyos instigadores nunca fueron claramente identificados, fortaleció la rama radical del movimiento de los derechos civiles que, antes de su muerte, no habían cesado de criticar la estrategia no violenta defendida por el pastor.

Entre sus críticos, Malcolm X, que llegaría a ser un dirigente esencial del movimiento negro, fue uno de los primeros en manifestarse. Expresidiario convertido al islam, llegó para predicar la separación completa de negros y blancos y pronto se convirtió en uno de los portavoces más carismáticos de la Nation of Islam (Nación del islam), que se pronunciaba a

favor de una acción autónoma, no pacifista y que excluía a los blancos. Según Malcolm X, los negros no debían esperar el apoyo de los progresistas blancos que nunca estaría asegurado ni sería consecuente. La libertad, la igualdad y la justicia eran, según él, valores burgueses que nunca harían progresar verdaderamente a los oprimidos «de color» si su lucha no se orientaba hacia la formación de una conciencia afronorteamericana autónoma.

El carisma de Malcolm X le hizo ganar un número creciente de partidarios y de admiradores. Finalmente, se apartó de Nation of Islam para fundar otro movimiento negro musulmán (los Black Muslims [Musulmanes Negros]) y expresó el deseo de integrarse en el combate cívico por la igualdad de los derechos pero, antes de poder llevar a cabo su nueva estrategia, en 1965, fue asesinado por activistas musulmanes, posiblemente con el acuerdo tácito del FBI. Su autobiografía, redactada con ayuda de un periodista, es una de las críticas más profundas a los mecanismos de discriminación de los negros en la cultura estadounidense.

En 1966, algunos meses después de su muerte, dos de sus admiradores (no religiosos) –Huey Newton y Bobby Seale– decidieron fundar un movimiento militante que reivindicaba su pensamiento, el Black Panther Party (Partido de los Panteras Negras). La potencia de este movimiento creció exponencialmente después del asesinato de Martin Luther King. Desde Oakland, en California, se expandió por todo el territorio de Estados Unidos un movimiento de jóvenes activistas que exaltaban la resistencia autónoma (incluyendo el uso de armas) de los negros frente a la opresión cotidiana que sufrían sus comunidades. Según ellos, el asesinato de Martin Luther King confirmaba que la oposición no violenta era un callejón sin salida y que necesitaban portar armas para poder responder a las constantes persecuciones policiales.

Desde el punto de vista ideológico y político, los Panteras Negras (BPP) se situaban a la izquierda del movimiento por los derechos civiles y, desde que salieron a la palestra, denunciaron no solo el racismo sino también la explotación económica de las masas negras. Desde el comienzo reivindicaron la igualdad salarial y la reducción del desempleo e instauraron una suerte de «propaganda por el hecho» creando servicios específicos destinados a los negros: asistencia jurídica gratuita, fabricación y distribución de ropa y calzado para las personas necesitadas, etcétera. Asimismo, lanzaron una campaña para dar «un desayuno a cada niño» que alcanzó gran popularidad en todo Estados Unidos. El BPP se mantuvo muy activo hasta 1977 pero terminó dislocándose, no sin haber transmitido un legado a las generaciones siguientes y dejando una impronta muy fuerte que modeló la identidad de numerosos afronorteamericanos hasta comienzos del siglo XXI.

El movimiento por la igualdad civil generó una sensibilidad política nueva, no directamente surgida de la antigua izquierda. Jóvenes blancos idealistas se trasladaron a los estados del sur para militar contra la segregación racial y pudieron constatar, en carne propia, la violencia de la represión policial. La escalada de la guerra de Vietnam y la institución del servicio militar obligatorio suscitaron a su vez una oposición creciente y presidieron –junto a otros factores subterráneos de naturaleza cultural– el nacimiento de una nueva izquierda.

La protesta estudiantil

Durante esos mismos años, la generación de *baby-boomers,* de los nacidos después de la Segunda Guerra Mundial, había comenzado a aglutinarse en los anfiteatros universitarios y a expresar abiertamente su malestar. La juventud estudiantil, consciente de su fuerza numérica y aunque gozaba de condiciones materiales relativamente favorables –los años sesenta fueron un periodo de prosperidad económica y de paro residual–, se preocupaba por su futuro profesional, menos seguro que antes. Era la primera generación de estudiantes para la que obtener un diploma universitario no constituía necesariamente una garantía de progreso en la jerarquía social. El sentimiento de frustración de los estudiantes de todo el mundo engendró en ellos una cólera inédita contra las instituciones.

Los jóvenes que protestaban no estaban animados únicamente por un interés de clase estrecho; exhibían además un espíritu altruista y generoso en relación con los oprimidos y los explotados. Esta conciencia política y moral alimentó una intensa hostilidad hacia los poderes, el racismo, la opresión y la hipocresía política. Entre los jóvenes se expandió el desprecio por la corrupción y la codicia de las clases burguesas y se puso de moda la búsqueda de un estilo de vida nuevo, más audaz y vibrante. Los reportajes televisados siguieron de cerca estas nuevas expresiones culturales y sobre todo las marchas de protesta espectaculares que difundían por la pantalla pequeña a través de Estados Unidos y el mundo entero, lo cual creaba asombrosas olas de identificación e imitación.

En Estados Unidos, el movimiento Students for a Democratic Society (SDS), había sido creado en 1960 por un puñado de jóvenes socialistas, uno de cuyos portavoces era Tom Hayden. En una década, el movimiento ganó varias decenas de miles de miembros en más de un centenar de universidades estadounidenses. La ideología radical de ese movimiento fue formulada en 1962 en la declaración de Port Huron: además de ser un acto de acusación contra el imperialismo norteamericano y una llamada a poner freno al racismo blanco, la declaración enunciaba por primera vez las ideas de la participación de los trabajadores en la gestión de su lugar de trabajo y de la extensión del Estado de bienestar. Al mismo tiempo, la efervescencia que se respiraba en el ambiente dio nacimiento al Free Speech Movement (Movimiento por la Libertad de Expresión) en la universidad de Berkeley que se extendió pronto a otras universidades. Hacia fines de 1967, veía la luz un nuevo movimiento: el Youth International Party (Partido Internacional de la Juventud), a cuyos miembros se les llamaba «Yippies». Jerry Rubin y Abbie Hoffman, militantes anarquistas que llegarían a ser célebres, figuraban entre los fundadores de ese movimiento que se hizo conocer rápidamente por su eslogan provocador: «¡No confíes en nadie de más de treinta años!».

Más allá de ese radicalismo estructurado, a mediados de los años sesenta se extendió una contracultura sin un marco preciso ni programa político definido. El repudio del frenesí propietario, característico de la clase media, daba lugar a una viva crítica de la sociedad de consumo en la que la producción aparecía como un fin en sí misma mientras no se satisfacían las necesidades fundamentales ni los placeres simples de la vida. Muchos creyeron que la alienación del hombre moderno frente a esta nueva cultura de la abundancia y del despilfarro suscitaría otras necesidades no obligatoriamente materiales. Los festivales de jóvenes «en flor» en San Francisco o el entusiasmo por los escritos de Herbert Marcuse –crítico incisivo de la alienación del «hombre unidimensional»– jalonaron la contracultura de toda una generación y cambiaron su relación con la sexualidad, con la manera de vestirse, con la música o con las drogas.

«Hagamos el amor y no la guerra», clamaban o susurraban muchos de aquellos y aquellas que se dejaban llevar por la quietud dispensada por la marihuana, las drogas psicodélicas o las bonitas canciones de The Beatles, en el momento mismo en que Estados Unidos continuaba matando masivamente campesinos vietnamitas. Otros pensaban, por el contrario, que había que importar la guerra a las capitales occidentales, como la organización armada Weatherman, que cometió numerosos atentados sin grandes efectos y, sobre todo, proporcionó un buen pretexto al poder conservador estadounidense para deslegitimar toda la cultura de izquierda.

En resumidas cuentas, se puede afirmar que la protesta de la juventud contra la guerra en Vietnam modificó notablemente la percepción de la intervención militar norteamericana: las filas de los manifestantes no dejaban de crecer y el ambiente pacifista terminó por imponerse en buena parte de la población de las grandes ciudades. El mundo occidental no había conocido hasta entonces un movimiento de opinión que expresara semejante oposición a la violencia colonialista; por más que Francia había sido unos años antes el teatro de una oposición resuelta y organizada contra la guerra de Argelia, la repercusión nunca había alcanzado tal nivel.

Con todo, en ningún momento se produjo un acercamiento ideológico ni político entre la protesta estudiantil y las luchas sindicales. Los grandes sindicatos no solamente tenían tendencia a aprobar la guerra de Vietnam sino que además apoyaban al presidente Lyndon Johnson quien, con ayuda de una legislación favorable, había promovido sus intereses. Además, las aspiraciones ideales y materiales de los sindicatos estaban en contradicción total con las reivindicaciones de los estudiantes contestatarios y, *a fortiori,* con la cultura alternativa «hippie». Una fracción significativa de esos jóvenes rechazaba, aunque solo fuera de palabra, el modo de vida pequeñoburgués de sus padres, al cual aspiraban mayoritariamente los trabajadores manuales.

Jóvenes y estudiantes en Europa

En Europa occidental, las circunstancias en que se desencadenó la revuelta estudiantil y surgió la nueva izquierda fueron en parte semejantes pero, en ciertos aspectos, diferentes. La SDS (Unión de Estudiantes Socialistas Alemanes), originalmente la rama estudiantil del Partido Socialdemócrata, abandonó el partido en 1961 alegando que este se pronunciaba a favor del rearmamento de Alemania Occidental, aprobaba la guerra de Vietnam y ya no se parecía en nada a un movimiento de izquierda, al menos hasta que Willy Brandt se hizo cargo de su dirección. La organización estudiantil se radicalizó y se extendió por casi todas las universidades; su influencia había alcanzado el apogeo en 1967, cuando un estudiante murió víctima de la represión policial en Berlín durante una gran manifestación de protesta contra la visita del sha de Irán.

La ocultación del nazismo en las instituciones de la memoria estatales y el hecho de que, durante las décadas de 1950 y 1960, numerosos exnazis ocuparan altas funciones en el aparato del Estado de Alemania occidental atizaron el espíritu contestatario de los jóvenes alemanes. Apoyándose, como sus homólogos estadounidenses, en las teorías críticas de la Escuela de Fráncfort y de Herbert Marcuse, los miembros de la SDS desarrollaron una filosofía

antiautoritaria y anticapitalista original. Rudi Dutschke, estudiante que había huido de Alemania Oriental y uno de los líderes eminentes del movimiento, se declaraba antiestaliniano sin dejar de reconocerse marxista.

Esta es precisamente una de las características de casi todos los grupos de la nueva izquierda de Europa: el repudio del comunismo soviético y de las «democracias populares» de la Europa del Este y la intención de instituir prácticas, objetivos y modelos nuevos de sociedad igualitaria, con cuerpos autónomos, frente a los viejos poderes establecidos. Las nuevas teorías marxistas, centradas principalmente en la alienación de los individuos en el capitalismo tardío y en la explotación de los pueblos colonizados por el imperialismo occidental incluían análisis sobre la estructura de clases de la burocracia en los regímenes socialistas.

Poco a poco fueron las nuevas problemáticas sociales y políticas fueron filtrándose en las facultades de ciencias sociales de las universidades alemanas, italianas, inglesas, holandesas y francesas. Revistas universitarias y estudiantiles osaron publicar materiales hasta entonces juzgados inaceptables. Muchos docentes jóvenes se unieron a los movimientos de protesta e incorporaron en ellos un carburante ideológico estimulante. En Italia y en Francia, una parte notable de los militantes eran disidentes de los movimientos de la juventud de los dos grandes partidos comunistas. Los escritos de intelectuales marxistas originales que, durante los años cincuenta, se habían apartado de esos partidos hastiados del pensamiento dogmático, gozaban de una indiscutible popularidad.

En Francia, la chispa se encendió en grupos anarquistas y de ultraizquierda heterogéneos. La revuelta estudiantil se desencadenó en este país más tardíamente pero adquirió proporciones que la convirtieron en uno de los acontecimientos más sobresalientes de la historia de los levantamientos sociales de la segunda mitad del siglo XX. En febrero de 1968, en Nantes, Montpellier, Toulouse y Marsella ya podía palparse una ebullición inhabitual. El 22 de marzo, la protesta estallaba en la Universidad de Nanterre: los estudiantes ocuparon las oficinas de la dirección y los subsiguientes arrestos sirvieron de detonador. El acto de desafío de los estudiantes, entre quienes figuraba el joven anarquista Daniel Cohn-Bendit, marcó inmediatamente los espíritus e impulsó la toma de la Sorbona que se produjo una semana más tarde.

El incendio se propagó rápidamente por el Barrio Latino y luego, con igual rapidez, en muchas universidades del país. Nadie había anticipado este fenómeno y aún hoy, carecemos de elementos convincentes para explicar la combustión. Evidentemente, hubo teóricos radicales que pronosticaron una revolución total y numerosos militantes jóvenes estaban persuadidos de que la revuelta desembocaría en un nuevo 1789 cuya radicalización aún se desconocía. Frente a la ocupación de las universidades, a los motines callejeros y a una juventud muy determinada, la respuesta del gobierno parecía confusa e incoherente. Su vacilación y la brutalidad de las intervenciones policiales incitaron a una parte importante de la clase obrera a unirse al movimiento organizando huelgas y ocupando las fábricas.

Las huelgas surgieron a menudo de manera espontánea antes de que las organizaciones sindicales decidieran promoverlas y enmarcarlas. El número de huelguistas alcanzó los diez millones sin que se estableciera claramente qué estaba en juego. Sus reivindicaciones no correspondían a los sueños radicales de los estudiantes, pero desde 1936, Francia no había conocido un movimiento social tan potente y generalizado. El hecho es que los sindicatos lograron, mediante los acuerdos firmados en Grenelle a fin de mayo de 1968, importantes

conquistas sociales: aumento sustancial de los salarios, mejora de las condiciones de retiro, extensión de las vacaciones anuales, reducción de la jornada laboral y mejor representación de los asalariados en las instancias de las empresas.

Contrariamente a lo que habían esperado trotskistas, maoístas o guevaristas, no se tendió ningún vínculo orgánico entre estudiantes y obreros, sobre todo por la brecha mental y cultural que los separaba. Sin embargo, a diferencia de lo registrado en Estados Unidos y en Alemania Occidental, los obreros jóvenes y los estudiantes pudieron encontrarse puntualmente en ciertas acciones comunes: compartieron eslóganes y algunos militantes maoístas fueran a «instalarse» en las fábricas a fin de «estimular al proletariado» *(sic)*… Por entonces, la CGT recibía una fuerte influencia del Partido Comunista, cuyas posiciones referentes a la guerra de Vietnam, el imperialismo y el racismo eran muy diferentes de las de los sindicatos estadounidenses y alemanes; pero la clase obrera francesa no aspiraba a una revolución y no exigía verdaderamente un cambio significativo de su modo de vida. Mientras miraba con cierta curiosidad el imaginario rebelde de la juventud estudiantil, el obrero francés no tenía ninguna intención de hacerlo suyo.

Por consiguiente, las huelgas terminaron mediante negociaciones. El poder cambió de opinión y convocó a elecciones legislativas en las que quedó como gran ganador. La democracia electoral se impuso netamente sobre la sed de nuevas libertades individuales y la reivindicación de una igualdad social real. Se restablecieron, al menos en apariencia, el antiguo orden, sus valores y sus instituciones y la protesta social poco a poco fue disipándose.

No obstante, algo se había fisurado en la tradición autoritaria y conservadora de la vida cultural francesa y hasta occidental. Las universidades se hicieron más flexibles y más abiertas, mientras que se extendía una atmósfera crítica en los lugares del poder cultural. El cine, el teatro y la literatura adquirieron formas originales y una vanguardia artística celebró una serie de pequeñas pero importantes victorias.

Desde comienzos de los años sesenta, se produjo también un vuelco significativo en el terreno de las costumbres y de la sexualidad. Por ejemplo, anteriormente, se juzgaba inconveniente que una mujer vistiera pantalones en su lugar de trabajo; para abrir una cuenta en un banco, la mujer casada debía tener el acuerdo de su cónyuge, la píldora anticonceptiva y la interrupción voluntaria del embarazo eran ilegales. Los sesenta trajeron una mirada nueva sobre el matrimonio, el divorcio, las madres solteras, las relaciones sexuales. Además, la censura tradicional fue percibida como una práctica de otros tiempos y sufrió un claro retroceso. En cuanto a los jefes de los partidos y otras personalidades políticas, perdieron su aura de personajes extraordinarios y recobraron su dimensión real. La crítica radical no desembocó, por cierto, en una revolución, pero es indiscutible que favoreció la realización de numerosas reformas.

El «rejuvenecimiento» radical de los años sesenta comenzó a retroceder lentamente al comenzar la década siguiente. Las grandes esperanzas fueron marchitándose paulatinamente y las energías declinaron. En consonancia con el descenso de las movilizaciones masivas, se produjo un fenómeno nuevo en las márgenes de la nueva izquierda que probablemente haya acelerado su desmenuzamiento. A partir de 1970, en efecto, emergieron pequeños grupos de ultraizquierda que optaron por la vía de la violencia armada a fin de adelantar, pensaban ellos, el fin del viejo mundo.

Muchos grupos, afines a la ideología y las opciones estratégicas de los Weathermen

estadounidenses, hicieron entonces su aparición: la Fracción Armada Roja, en Alemania Occidental, las Brigadas Rojas en Italia, el Ejército Rojo en Japón y, más tarde Acción Directa en Francia. Se trataba de grupúsculos, surgidos de las márgenes maoístas, del anarquismo o de otras tendencias de ultraizquierda, pero cuyo impacto fue rotundo. Los secuestros y asesinatos de personalidades políticas y del mundo de las finanzas y de la economía captaron de inmediato la atención de los medios, una parte de los cuales, nada inocentemente, comenzó a asimilar el terrorismo con la revuelta estudiantil en su conjunto. El hecho de que la enorme mayoría de la izquierda estudiantil haya condenado la acción armada y haya tomado distancia de estos movimientos no modificó en nada la representación que se creó en la imaginación de las clases medias horrorizadas. Como siempre o casi en la época moderna, el terrorismo permitió que se fortaleciera el conservadurismo.

Si la acción terrorista que se identificaba con la izquierda radical se desarrolló menos en Francia probablemente se deba al recuerdo aún vívido de los actos terroristas de la OAS (Organización Armada Secreta) al final de la guerra de Argelia y al hecho de que la extrema izquierda francesa estaba sin duda menos aislada de la población que en otros países.

Otro acontecimiento importante que pudo contrariar indirectamente la expansión de la nueva izquierda fue que en Checoslovaquia la fuerte movilización estudiantil se había transformado en un movimiento de masas que había logrado apartar del poder la burocracia comunista y sustituirla por un gobierno socialista liberal de un género nuevo. Pero, los tanques de los ejércitos del pacto de Varsovia aplastaron rápidamente ese nuevo régimen en agosto de 1968.

XVII

La lucha por la igualdad de género

La mística de la feminidad

> Es pues a vosotros, los obreros, que sois las víctimas de la desigualdad de hecho y de la injusticia, a quienes corresponde establecer por fin en este mundo el régimen de la justicia y la igualdad absoluta entre la mujer y el hombre.
>
> Flora Tristán, *L'Union ouvrière,* 1843.

Aunque raras y hasta excepcionales, las voces críticas contra la misoginia se hicieron oír mucho antes de la era moderna. Por ejemplo, el filósofo musulmán Averroes afirmaba ya en el siglo XII que las mujeres son, en todos los dominios, las iguales de los hombres; sin embargo, este punto de vista no fue aceptado por sus numerosos adeptos ni retomado por sus sucesores. Más tarde, a comienzos del siglo XV, la poeta Christine de Pizan redactó *Le Livre de la cité des dames (El libro de la ciudad de las damas)* que fue una de las primeras expresiones de defensa de los derechos de las mujeres. Pero la conciencia de la igualdad de las mujeres y el llamamiento a reconocerla solo aparecieron con la reivindicación de la igualdad jurídica y política universal a fines del siglo XVIII.

Durante la gran revuelta parlamentaria inglesa, a mediados del siglo XVII, la «izquierda» democrática solo exigía el derecho de voto para los hombres, aun cuando los Levellers contaran con varias mujeres en sus filas y que en 1642 se haya redactado y presentado ante el Parlamento una petición feminista. Jean-Jacques Rousseau, precursor de la filosofía democrática y uno de los padres espirituales de la idea de igualdad política, pensaba que las niñas no tenían necesidad de recibir una educación igual a la de los varones. Los pensadores de la Ilustración permanecieron mayoritariamente insensibles a la cuestión del lugar que deseaban que ocupara la mujer en el mundo.

Con la Revolución francesa sobrevino el momento de la verdad: numerosas mujeres militaban en las filas revolucionarias, girondinas y jacobinas, y solo las guerras extranjeras prolongadas han borrado el recuerdo de su aporte en los comienzos de la tormenta. Muchos manuales de historia omiten, por ejemplo, mencionar que no menos de 370 mujeres fueron condenadas a muerte por su actividad política. Pero, no debería sorprendernos pues bien sabemos que los libros de historia fueron escritos casi siempre por hombres.

En 1791, esto es, unos meses después de la proclamación de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, Olympe de Gouges publicó la Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana que desafiaba a los revolucionarios masculinos con ironía. Reemplazando las palabras «hombre y ciudadano» por «mujer y ciudadana» insistía en que se

otorgara a las mujeres el derecho de propiedad, el derecho de compartir los bienes y el divorcio civil en igualdad de condiciones que los hombres.

En el plano político, Olympe de Gouges era más liberal que demócrata, pero predicaba el principio de igualdad entre mujeres y hombre por el derecho de voto que reclamaba también para los negros. Como se había pronunciado en contra de la condena a muerte del rey, fue calificada de girondina y hasta de monarquista, lo que costó a la primera feminista francesa –que había declarado ante el mundo: «La mujer tiene derecho a subir al cadalso; debe tener igualmente el derecho de subir a la tribuna»– ser decapitada en el invierno de 1793. Su memoria quedó así borrada de la historia de la República masculina durante cerca de doscientos años.

Ese mismo año, la escritora inglesa Mary Wollstonecraft, también defensora acérrima de la Revolución, decidió reaccionar a la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano oponiéndole un escrito radical, *A Vindication of the Rights of Woman (Vindicación de los derechos de la mujer)* que, junto al de Olympe de Gouges puede considerarse el fundamento ideológico precursor de la crítica del sexismo. Mary Wollstonecraft no se atrevió a reivindicar la igualdad absoluta entre los sexos pero analizó la génesis de la inferioridad femenina y señaló la educación o la insuficiencia de educación de las jóvenes como la principal fuente de desigualdad de género. Al comienzo de su trayectoria política ella también era más liberal que demócrata pero, con su último esposo, el pensador anarquista William Godwin –que era además el padre de la escritora Mary Shelley–, formuló ideas más radicales en novelas cautivantes.

Estas dos mujeres precursoras no dejaron marcas inmediatas en la marcha hacia la igualdad de los sexos. La izquierda intelectual, política o sindical, revolucionaria o reformista, se interesó muy poco por la situación de la mujer en la sociedad y la esfera política. Charles Fourier, el padre de las cooperativas, propuso bastante precozmente establecer nuevas relaciones con las mujeres y hasta llegó a afirmar que el principio de emancipación de las mujeres constituía un indicador de progreso social. De todas maneras, Fourier continuó siendo, en ese plano, una voz masculina singular y marginal; únicamente fueron comparables William Thompson, ideólogo «cooperativista» irlandés y John Stuart Mill, filósofo demócrata.

Por lo tanto, aunque las primeras voces contestatarias fueron principalmente femeninas, en el seno de las corrientes socialista y anarquista, el ámbito donde se hicieron oír fue siempre la izquierda. En efecto, nada equivalente sucedió a la derecha del tablero político.

Feministas de izquierda

Conviene citar ante todo a dos mujeres de ideas ardientes que marcaron particularmente su tiempo y permanecieron en la memoria de muchos: Flora Tristan y Ernestine Rose. La primera, nacida de madre francesa y padre peruano, pasó la mayor parte de su vida en Francia. Fue además la abuela del pintor Paul Gauguin. Ernestine Rose, hija de una familia polaca judía, vivió en Estados Unidos donde se desarrolló el periodo más notable de su activismo político.

Flora Tristan, quien había conocido personalmente a Charles Fourier, probablemente haya

sido la primera mujer en asociar indefectiblemente la lucha por la igualdad social a la lucha por la igualdad de los sexos. En 1843, es decir, cinco años antes del *Manifiesto comunista,* publicó su escrito precursor *L'Union ouvrière (La unión obrera)* donde estipulaba que la victoria de los trabajadores oprimidos dependería principalmente de su autonomía de organización. En el libro presentaba además la idea de que la liberación del proletariado solo podría realizarse verdaderamente en una escala internacional; además convocaba a construir una vasta organización de trabajadores que se emancipara del marco nacional. En realidad, se trataba del primer llamamiento a crear una internacional socialista. De todos modos, Flora Tristan insistía sobre todo en la idea de que el progreso de la condición de los obreros dependería no solo de su nivel de universalidad, sino también de su relación con las mujeres. Una tesis se trasluce constantemente a lo largo de su libro: mientras el obrero siga oprimiendo a su esposa obrera, no podrá ser libre. La desigualdad entre mujeres y hombres es insoportable y, mientras dure, impedirá el advenimiento de una nueva sociedad igualitaria.

Por su parte, Ernestine (Polowski) Rose abandonó Polonia en plena juventud. Después de haber errado por Europa, llegó a Londres donde se unió al grupo de Robert Owen, de quien se hizo amiga. Más tarde, en 1836 emigró con su marido a Estados Unidos donde vivió durante un tiempo en una comunidad «owenista». Instalada luego en Nueva York, se implicó radicalmente en la lucha por los derechos de las mujeres pero también por la mejora de la condición de los obreros y contra la esclavitud. Sus escritos y discursos a favor del derecho de voto de las mujeres, del derecho al divorcio y del reparto de bienes en caso de separación, pronunciados en varias ciudades de Estados Unidos, se multiplicaron. Rose creó una red internacional de mujeres militantes antes de presidir, en 1854, una asamblea que reunió a las primeras asociaciones feministas en el nivel nacional.

Otras dos figuras anarquistas marcaron la historia del feminismo en Estados Unidos: Voltairine de Cleyre y Emma Goldman, quienes dedicaron sus mejores energías a la lucha por la igualdad social y contra toda forma de opresión política y policial. Ambas se rebelaron además en varias ocasiones contra las discriminaciones de género en las filas de la izquierda. En un famoso artículo –«La esclavitud sexual», publicado en 1895–, Voltairine de Cleyre estigmatizó el matrimonio al que calificó de institución opresiva que hacía de la mujer una sirvienta sometida a los deseos y los caprichos de su amo. Además, el hecho de que la mujer tuviera que llevar el nombre de su marido suscitaba su cólera.

En cuanto a Emma Goldman, emigrada del Imperio ruso en 1885 y convertida en una de las figuras descollantes del anarquismo estadounidense, fue una escritora que completó y agudizó los puntos de vista de Voltairine de Cleyre sobre la estrecha relación entre Estado, capitalismo y opresión de las mujeres. En un texto publicado en 1897, precisó lo que entrañaba la libertad para las mujeres: «La libertad implica que puedan elegir estar o no en pareja, tener o no hijos, amar a quien quieran y puedan decidir qué hacer con su vida, liberadas al fin de todas las formas de presión social o interiorizada». Muchas de sus compañeras anarquistas veían con malos ojos este tipo de declaración, así como sus posturas favorables a la homosexualidad, lo que le valió estar en conflicto con ellas a lo largo de toda su vida.

En Francia, Estados Unidos e Inglaterra, países definidos hoy como «democracias liberales» la desigualdad de género perduró largamente. En Francia, donde el sufragio «universal se obtuvo después de la insurrección y la represión de la Comuna de París, en 1871,

no se consideró siquiera incluir a las mujeres a pesar de la parte activa que habían desempeñado en el movimiento feminista por impulso de Hubertine Auclert. El país que ofreció al mundo la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano no permitió participar en las elecciones a las mujeres hasta 1945.

En Estados Unidos, la 15.ª enmienda, que prohibía la segregación racial en el ejercicio del derecho de voto solo se incorporó en 1870 al término de una violenta guerra civil. Y las mujeres tuvieron que esperar a que se sancionara la 19.ª enmienda, en 1920, para obtener el derecho a votar. En Inglaterra, ese derecho les fue acordado en 1918, pero únicamente a las mujeres propietarias de bienes y mayores de treinta años; el sufragio verdaderamente universal solo fue reconocido en 1928[1].

De esta situación histórica nació el movimiento de las *suffragettes* (sufragistas, apelación acuñada en Inglaterra en 1906). En Estados Unidos ya desde la década de 1860 aparecieron asociaciones de mujeres que reivindicaban el sufragio universal, mientras que en Inglaterra adquirieron más tardíamente la forma de organizaciones masivas, sobre todo gracias al apoyo de los sindicatos. Entre las militantes más descollantes figuraba Emeline Pankhurst, quien, en 1903, fundó la Unión Social y Política de Mujeres (WSPU), una organización radical que se opuso a las autoridades en varias ocasiones, convocando agitadas manifestaciones o huelgas en los lugares de trabajo, durante las cuales las militantes fueron frecuentemente arrestadas; muchas de ellas recurrieron entonces a las huelgas de hambre. Otros grupos de *suffragettes* se mantenían apartadas de los enfrentamientos violentos y daban prioridad a acciones de propaganda más prudentes.

Desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial, a semejanza del Partido Laborista, la Unión Social y Política de Mujeres puso fin a toda acción de protesta y aportó su pleno apoyo a la política de guerra. Pero Sylvia Pankhurst, pintora e hija de la dirigente de la WSPU, fundó una organización rival para exigir el cese inmediato de los combates y para luchar por una nueva sociedad en la que reinaran la paz y la igualdad para las mujeres. Sylvia Pankhurst puede considerarse como una Rosa Luxemburg inglesa, si bien, a diferencia de la revolucionaria alemana, continuó desplegando su actividad feminista al mismo tiempo que luchaba contra el militarismo que había obtenido el beneplácito del conjunto de la izquierda. Así es cómo participó en la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, reunida en La Haya en 1915. Jane Addams, primera estadounidense laureada con el premio Nobel de la Paz en 1931, participó igualmente de esa asamblea. En ese contexto, no podemos dejar de evocar también a Jeannette Rankin, primera mujer elegida representante en el Congreso y que en 1917 votó en contra de la entrada de Estados Unidos en la guerra.

La movilización de millones de soldados durante la Gran Guerra implicó la contratación de gran número de mujeres en la industria y el comercio, lo que, una vez terminada la guerra, tuvo el efecto de fortalecer su imagen y su estatus públicos. El reconocimiento del derecho de voto de las mujeres en Inglaterra y en Estados Unidos fue en parte consecuencia de ese giro en el mundo laboral. Sin embargo, la desmovilización de los hombres estuvo acompañada del retorno de las mujeres a su lugar «natural» –junto a los niños, en la cocina y en la iglesia (*Kinder, Küche, Kirche,* según una fórmula alemana de la época)–, aun cuando ya se había hecho imposible retroceder en muchos aspectos. La crisis económica que sobrevino diez años después de la guerra, el ascenso del fascismo y del nazismo, ideologías impregnadas de «virilidad» y de militarismo que prepararon el estallido de la Segunda Guerra Mundial, fueron

todos elementos que frenaron notablemente el desarrollo de la conciencia feminista y atenuaron el impacto de los primeros movimientos por la igualdad de los sexos.

Las primeras teorías feministas

El periodo abarcado entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de los años sesenta no registró hitos de ningún movimiento potente a favor de la igualdad de las mujeres, pero la publicación de dos obras suministró un arsenal teórico de peso para retomar el combate. En 1949, Simone de Beauvoir publicó *Le deuxième sexe (El segundo sexo)* que sentó las bases de la diferenciación conceptual entre el sexo y el género: el género es una construcción social fundada en la diferencia de sexo. En 1963, *La femme mystifiée (La mística de la feminidad)* de Betty Friedan, se convirtió rápidamente en un *best-seller* que estimuló la conciencia y la fuerza de la identidad de las mujeres en Estados Unidos. Ambas autoras estaban insatisfechas con la falta de vigor de la izquierda –sector al que las dos pertenecían– con respecto a la crítica de las relaciones de fuerzas desiguales entre hombres y mujeres.

El libro de Simone de Beauvoir toma como punto de partida la idea de que la feminidad no es algo dado por el nacimiento. La mujer no ha sido creada por la biología sino por una serie de factores históricos, sociales y culturales. Si bien la maternidad hace que durante un tiempo la mujer quede confinada a su cuerpo de una manera particular, ello no responde a una «inferioridad» biológica que crea una desigualdad fundamental, sino que resulta principalmente de las relaciones discriminatorias hacia ese «otro» ser que no es masculino y esto ha sido así en todas las sociedades históricas. Hasta aportes teóricos importantes como el materialismo histórico (Marx y Engels) o el psicoanálisis (Freud y Alfred Adler) integraron sus supuestos sexistas como punto de partida de sus análisis lo que no les permitió contribuir a hacer progresar significativamente la igualdad entre los sexos. Asimismo, las obras de grandes creadores modernos –escritores, poetas y filósofos– expresan prejuicios, un desprecio y una incultura chocantes respecto de las mujeres y constituyen otros tantos mitos falsificadores que continuaron nutriendo la discriminación y la opresión.

Es difícil evaluar el impacto que tuvo el texto de Simone de Beauvoir en su época. No obtuvo un éxito notable de entrada pues no es un libro de fácil lectura y el periodo de su recepción –los años cincuenta, en plena Guerra Fría– era demasiado conservador para absorber una obra tan radical. Sin embargo, en el largo plazo, *El segundo sexo* servirá a muchas feministas para entrar en materia teórica, como lo han reconocido muchas, entre ellas Betty Friedan. Su libro *La mística de la feminidad* obtuvo un éxito enorme en la década de los sesenta, sin duda porque la sensibilidad política de sus lectoras era diferente de la de las lectoras de Simone de Beauvoir.

El libro se basa en un trabajo de investigación referente a toda una generación de mujeres de clase media que residían principalmente en los suburbios estadounidenses y muestra que la mayor parte de esas mujeres son víctimas de estereotipos heredados de una larga tradición. La cultura burguesa no ha cesado de transmitir una imagen trunca de la mujer –ama de casa, sumisa y madre de familia– que se ha impuesto como una representación del conjunto de las mujeres justificando la superioridad masculina y su pretensión a la propiedad. Lo más triste es

que esta imagen y sus normas, interiorizadas por generaciones de mujeres, han contribuido a hacerlas efectivamente sumisas y débiles.

A pesar de su enfoque «izquierdista», Betty Friedan tuvo que soportar vivas críticas por haber limitado su investigación a las clases medias y no haber incluido a la clase obrera o a la comunidad afronorteamericana. Con todo, estas críticas no impidieron que *La mística de la feminidad* alcanzara una repercusión creciente, acentuada por la excitación que agitaba entonces a las jóvenes generaciones y constituía terreno fértil para el desarrollo de nuevas maneras de ver feministas; además, a diferencia de Simone de Beauvoir, Betty Friedan no permaneció aislada en su combate.

Aquí hay que destacar que la mirada crítica sobre las relaciones de género no se originó en los movimientos por los derechos de los negros ni en los de la izquierda estudiantil; las luchas de estos últimos solo sirvieron de telón de fondo a la aparición de la crítica feminista. En el primer caso, si bien las mujeres negras efectivamente participaron en numerosas reuniones masivas, los oradores y los dirigentes eran casi siempre hombres. Y, aunque hubo mujeres como Rosa Parks, por ejemplo, que contribuyeron directamente al levantamiento, quienes decidieron, casi exclusivamente, la retórica y la estrategia de la lucha fueron hombres. En este sentido, Angela Davis fue un caso excepcional.

Lo mismo puede decirse en el caso de las revueltas estudiantiles, donde se elaboraron las ideas de la nueva izquierda y la cultura hippie. La exigencia de libertades y, fundamentalmente, la libertad sexual, estuvieron casi siempre asociadas a las reivindicaciones de igualdad. La píldora anticonceptiva y el retroceso de la religión, que subordinaba el acto carnal a la procreación, abrieron la vía a una cultura permisiva que modificó profundamente la relación con la sexualidad en la cultura occidental.

Fueron sobre todo los hombres quienes, en un primer momento, sacaron provecho de esas mutaciones mentales. Con el llamamiento al amor libre, las jóvenes abandonaron la visión tradicionalista de sus madres. Por su parte, los jóvenes, aún entre los miembros de los movimientos contestatarios radicales, no siempre renunciaron a las relaciones de dominación masculinas heredadas de sus padres y abuelos y muchos de ellos confundieron libertad sexual con acoso sexual.

Las jóvenes radicales que participaban en las nuevas luchas pronto aprendieron que ninguna clase dominante renuncia de buena gana a su posición de superioridad. Por consiguiente, en las organizaciones de la nueva izquierda comenzaron a formarse grupos específicos de militantes que buscaban reivindicar la igualdad, no solo para los negros oprimidos y los vietnamitas bombardeados, sino también para los millares de militantes mujeres que, hasta entonces, con la mayor frecuencia, habían sido oyentes pasivas en las reuniones, que preparaban el café en la pausa o antes de la manifestación y ofrecían la libertad sexual después.

Así como la resistencia de los negros y de los vietnamitas había cumplido una función importante en la creación de una contracultura en Occidente, las luchas de las mujeres engendraron una contracultura feminista que, hacia fines de los años sesenta, dio nacimiento a numerosas organizaciones autónomas y a una producción literaria intensa e imaginativa. La gigantesca manifestación de mujeres organizada en Londres en 1969 constituyó el clímax de este fenómeno. Cada vez más a menudo había obreras que hacían huelga reivindicando la igualdad salarial y, en 1975, en Islandia se registró una huelga durante la cual el 90% de las

mujeres se negaron a trabajar.

El feminismo tardío

En 1970, la estadounidense-canadiense Shulamith Firestone publicó una obra titulada *The Dialectic of Sex (La dialéctica del sexo)*. Militante de izquierda, Firestone deploraba que en numerosas asambleas se rechazara la idea de que las reivindicaciones feministas eran parte interesada del conjunto de las exigencias políticas y sociales. Como Simone de Beauvoir, cuyas premisas eran marxistas, Firestone había terminado por someter los preceptos del materialismo histórico a una viva crítica: señalaba la maternidad como uno de los principales factores generadores de una desigualdad fundamental presente en todas las sociedades históricas y, según ella, era preferible una asociación comunitaria que permitiera en un futuro compartir más igualitariamente el trabajo entre los sexos que el núcleo familiar tradicional.

En respuesta a esta opción radical, se publicaron varias obras más moderadas y conciliadoras. La misma Betty Friedan tomó distancia del ardor revolucionario que amenazaba con dañar la ampliación del movimiento. El retorno del conservadurismo, a fines de la década de los ochenta, aisló y marginó el nuevo feminismo, aun cuando ya se había vuelto imposible borrar pura y simplemente los logros de la lucha por la igualdad de las mujeres. Las que se habían formado políticamente en las luchas de las décadas de los sesenta y los setenta, principalmente pertenecientes a las clases medias urbanas, habían adoptado nuevas normas a las que desde entonces el género masculino tuvo que adaptarse. La igualdad salarial aún no se había alcanzado, pero la curva de las diferencias tendía a aplanarse positivamente en diversos campos de la producción, sobre todo en los sectores de la alta tecnología. Una parte de las mujeres de clase media que integraban el mundo del trabajo tuvieron que recurrir a los servicios de una empleada doméstica para poder dedicarse plenamente a las tareas o misiones hasta entonces concebidas como «masculinas», pero esto no se consideró un verdadero problema en el seno del feminismo liberal moderado.

En la misma época, emergió una nueva serie de críticas feministas que incorporaron las cuestiones de raza, de clase, de género y hasta la cuestión ecológica en sus reivindicaciones. Con las latinoamericanas Gloria Alzaldúa y Cherríe Moraga, las afronorteamericanas Audre Lorde y bell hooks (que eligió escribir su seudónimo en minúsculas) o hasta la ecologista Susan Griffin, el feminismo comenzó a teñirse de un matiz cultural y una visión social y política que escapaba a las representaciones de las mujeres burguesas blancas.

A comienzos de los años noventa, el pensamiento *queer* situó en el centro de los debates la cuestión de la labilidad del género y de sus implicaciones sociales y políticas. Su enfoque crítico se concentró en la naturalización de la división de los sexos y de los géneros. Según el pensamiento *queer,* la identidad de género no está determinada por la naturaleza sino que resulta de una construcción social, siempre portadora de opresión y prohibición. Por ello, la homosexualidad y el lesbianismo siempre se presentaron en las sociedades modernas como «desviaciones» y prácticas sexuales no naturales, sospechosas e ilegítimas.

Judith Butler, una de las principales teóricas del movimiento *queer* ha expuesto en sus obras *Gender Trouble (El género en disputa)* y *Bodies that Matter (Cuerpos que importan)*

puntos de vista revolucionarios concernientes al género. Sus análisis del rol del lenguaje en la construcción de la «esencia natural» del género recibieron una acogida favorable. El suyo ha sido el hito más significativo desde los escritos de Simone de Beauvoir. Al someter a crítica la separación binaria de los sexos, Butler muestra que la división tradicional planteada por el feminismo liberal participa de esa naturalización y que, al hacerlo, aporta un respaldo indirecto a la desigualdad ya inmanente en el lenguaje y en todo discurso relativo a lo masculino y lo femenino. En cambio, disputar la dicotomía entre hombres y mujeres promueve la «*performance*» individual de género y trastoca las categorías dominantes y opresivas. La conciencia de una flexibilidad en esa «performance» puede ser un acto de liberación que consolidará el conjunto de las prácticas sexuales consideradas hasta el presente como «marginales».

Las concepciones de Judith Butler se extendieron por varias disciplinas universitarias y se hicieron populares entre numerosas feministas, lesbianas, trans y homosexuales. No puede decirse que ella sola haya modificado la relación social con el colectivo LGBTQ, pero evidentemente su aporte teórico (junto con los de Kate Millet, Hélène Cixous y Andrea Rita Dworkin) ha consolidado nuevas tendencias críticas, particularmente en el mundo universitario e intelectual, en relación con lo que se juzgaba «fuera de la norma».

En el comienzo del siglo XXI, un uso estratégico y eficaz de las redes sociales agregó una nueva dimensión contestataria a las luchas del sexo, como fue el caso del movimiento *MeToo,* creado en 2006 por Tarana Burke, una afronorteamericana militante por los derechos sociales y civiles. Su objetivo era la solidaridad con las mujeres pobres y excluidas, pertenecientes a las minorías y frecuentemente expuestas a violencias sexuales. El movimiento no había saltado a la crónica social hasta que, en 2017, la actriz Alyssa Milano le impuso esa apelación y el hashtag #MeToo en su cuenta de Twitter. Lo que se buscaba era alentar a las mujeres a revelar las violaciones y el acoso sexual, pues con excesiva frecuencia el temor y la vergüenza las disuaden de hacer pública su experiencia. Muchas actrices de cine pronto dieron a conocer las agresiones que habían sufrido por parte de productores o realizadores de Hollywood, hasta ese momento intocables.

Internet hizo que la protesta se expandiera por el conjunto de los Estados Unidos. Miles de mujeres publicaron su #MeToo, denunciando haber sufrido acoso de directores, actores, políticos, jueces, jefes de empresa, etcétera. Los oligarcas de la clase masculina sintieron que el viento había cambiado. El fenómeno se extendió por Europa occidental donde también tuvo un éxito innegable pero también suscitó ciertas reservas ante la sospecha de que, en algunos casos, se estaba haciendo un uso demagógico de los medios. Aún es difícil evaluar, cuál ha sido la contribución de #MeToo a la lucha feminista en el largo plazo, pero indiscutiblemente, el movimiento sensibilizó a un amplio sector de la población sobre las relaciones de dominación existentes en todos los peldaños de la sociedad.

Aunque, a finales del siglo XX, las luchas feministas y homosexuales experimentaron notables adelantos, las desigualdades entre los sexos no han desaparecido. De todos modos, en comparación con la desigualdad socioeconómica, hay que admitir que se han producido una cantidad de mutaciones nada desdeñables. Por el momento, esto concierne principalmente a los países occidentales pues, en la mayor parte del mundo no occidental, las mujeres, sobre todo en las regiones bajo influencia islámica, viven aún situaciones de desigualdad. En la mayoría de los países poscoloniales, la izquierda laica ha reivindicado más la igualdad de

género, pero sin comprometerse realmente en el asunto.

También hay que subrayar que los países situados bajo la protección militar y política del Occidente «civilizado» y donde la izquierda es inexistente, han sido los últimos en otorgar el derecho de voto a las mujeres: Bahréin en 2002, Omán en 2003, Kuwait en 2005, los Emiratos Árabes Unidos en 2006 y Arabia Saudita en 2011. En estos países todavía están en vigor la mayor parte de las leyes discriminatorias.

Las mujeres están aún lejos de ser «el futuro del hombre», según la famosa expresión del poeta Louis Aragon. Ni siquiera han ocupado aún el lugar que les corresponde en la reconstitución de nuestro pasado común.

---

[1] Los primeros estados que instituyeron el sufragio universal fueron: Nueva Zelanda (1893), Australia (1902), Finlandia (1906), Noruega (1907), Dinamarca e Islandia (1915). En el momento en que escribo estas líneas, en cuatro de esos países precursores, una mujer ocupa el cargo de jefe de gobierno.

XVIII

El proletariado oxidado y el retorno del populismo

> Otra manera de hacer que la igualdad sea compatible con la diferencia es, en la medida de lo posible, quitar a las diferencias todo carácter cuantitativo. Cuando solo hay diferencia de naturaleza y no de grado no existe ninguna desigualdad.
>
> Simone Weil, *L'Enracinement,* 1943.

El siglo XX, fue el siglo del florecimiento de la democracia representativa, alabada tanto por la gran mayoría de la derecha como por todas las tendencias de la izquierda. Los gobiernos del mundo entero se autoproclamaron «demócratas», dando así testimonio de su necesidad de contar con la aprobación del «pueblo», de hacerle sentir que actuaban siguiendo su propia voluntad. La igualdad política y la soberanía del pueblo, reivindicadas por primera vez durante el levantamiento del Parlamento inglés en el siglo XVII, triunfan al iniciarse el siglo XXI. Las dictaduras militares han caído una tras otra y las monarquías más conservadoras han admitido, como una broma triste, el sufragio universal y el principio del gobierno regido por el pueblo.

Sin embargo, desde cierto punto de vista, esta realidad puede entenderse, hoy más que nunca, como una victoria pírrica. Si bien, durante la primera globalización capitalista de fines del siglo XIX, el Estado nación –sus instituciones, sus leyes garantes de la propiedad y sus emisarios militares protectores de las colonias– pareció un «instrumento» indispensable, la globalización acelerada del siglo XX –cuyo ritmo de progresión y cuyas relaciones de fuerzas internas fueron fijados por organismos internacionales– ha ido vaciando poco a poco el Estado nación democrático de su poder soberano, ciertamente parcial, de que disponía anteriormente. Desde hace ya mucho tiempo, el capital no tiene domicilio fijo –¿lo tuvo alguna vez?– y los flujos financieros están enteramente desregulados, fuera del control de los Estados. La globalización de la economía y de las tecnologías ha transformado la democracia parlamentaria en un campo de juego electoral vaciado de las cuestiones políticas verdaderamente importantes. El poder de las instituciones elegidas se ha reducido, al igual que la soberanía nacional se ha debilitado en todos los Estados que no son grandes potencias.

Frente a las multinacionales que aceleran la marcha del mundo, lo vuelven más móvil y más dinámico, no se ha creado ninguna asociación internacional de trabajadores que esté en posición de frenar la dominación del capital, su arbitrariedad, su violencia real o simbólica y su fuerza de seducción adictiva. El capital, después de haber contribuido en gran medida a la construcción del Estado nación y de haberse beneficiado plenamente con él, ha prescindido cada vez más de las fronteras hasta llegar a hacerse cosmopolita a finales del siglo XX. El mundo del trabajo, en cambio, ha permanecido mayoritariamente confinado en el marco

nacional, incapaz de desplegar una política de protesta internacional adaptada a las nuevas circunstancias. Los sueños de Flora Tristan, Karl Marx y Rosa Luxemburg se trastocaron en un doloroso letargo, en un mundo lleno de confusión mental y emocional. Las solidaridades de clase e internacionales entre las víctimas de la explotación, lejos de fortalecerse, no han cesado de retroceder.

Las clases obreras nacionales que, en el último cuarto del siglo XIX, habían conseguido imponer la democracia al liberalismo y luego, el Estado de bienestar a la democracia liberal, a fines del siglo XX, comenzaron a replegarse en el plano numérico. La globalización ha traído consigo la deslocalización de sectores enteros de la industria trasladados a zonas muy alejadas de sus lugares originales de implantación. El proletariado industrial no ha desparecido, ha cambiado de ubicación. «Migró» en un primer tiempo a Brasil y a otros países de América Latina, luego, en una segunda etapa, hacia los antiguos países socialistas de la Europa del Este, China, India y otros países de Asia.

A este fenómeno se agrega el hecho de que la robotización de la producción en ciertos sectores conlleva una menor necesidad de mano de obra. Donde antes hacían falta diez trabajadores para producir un automóvil, hoy bastan dos y medio. El perfeccionamiento de la mecánica implicó una caída del número de mecánicos. El hijo del minero de Sheffield es ahora encargado de mudanzas. El hijo del obrero metalúrgico sindicalizado de una fábrica de producción de automóviles de Detroit trabaja en una gasolinera situada a la salida de la ciudad. El *lumpenproletariado* («un proletariado en andrajos») descrito con desprecio por Karl Marx –es decir, la masa de los simples trabajadores sin conciencia de clase e incapaces de autoorganizarse– está en constante aumento. A veces se los designa con el término «precariado». En el «Rust belt» que rodea las grandes ciudades en vía de desindustrialización, las familias de los antiguos obreros sobreviven con ingresos irrisorios o con magros subsidios por desempleo.

Esta situación se traduce además en el encogimiento de los grandes sindicatos y la disminución de la eficacia, en otros tiempos disuasiva, de las huelgas. El capital ha podido acrecentar sus ganancias, por un lado, en virtud del debilitamiento de los trabajadores y, por el otro, gracias a la sobreexplotación de los trabajadores y trabajadoras asiáticas. Producir ropa deportiva a bajo costo en Bangladesh y ensamblar automóviles en China, bajo la estricta vigilancia de un régimen autoritario, ¡he aquí una situación netamente preferible desde el punto de vista del capital! La desigualdad de la distribución de las riquezas en las sociedades occidentales postindustriales no ha dejado de crecer desde el comienzo del siglo XXI y ha alcanzado cimas casi desconocidas hasta el momento.

¿Fin del recorrido para la izquierda tradicional?

Hemos visto que la izquierda no nació con el proletariado industrial cuya base histórica fue en sí misma posterior al pensamiento socialista primitivo; pero el fortalecimiento de la nueva clase de productores modificó los modos de pensamiento crítico del capitalismo como de todo lo que tiene que ver con las desigualdades socioeconómicas.

Según Marx y otros socialistas, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la clase obrera

pasó a ser el único sujeto revolucionario, el verdadero agente de la transformación social. Los procesos de producción industriales, a diferencia de la organización del trabajo agrícola o del artesanado preindustrial, imponían una reagrupación de los trabajadores sin precedente. Y esa reagrupación engendró modos de acción colectivos en todas las luchas sociales. La fórmula era simple: el obrero no puede mejorar su situación laboral sin que la de sus colegas también mejore. Además, cuando esta clase se subleve y haya tomado el poder, ya no será posible un nuevo reparto individual de los bienes. Esta es la razón por la que los medios de producción debían, por necesidad histórica, llegar a ser propiedad colectiva de toda la sociedad.

Al finalizar el siglo XIX, la unidad de la clase obrera efectivamente se fortaleció e inscribió el principio de unidad en el espacio público, junto al de igualdad. Este principio ha penetrado masivamente en los partidos de izquierda y ha impuesto el principio democrático «una persona, un voto» a todas las sociedades liberales. Desde el último cuarto del siglo XIX al último cuarto del siglo XX, el bloque proletario ha constituido el eje central alrededor del cual se han organizado todas las luchas sociales en el mundo industrial y más allá. En verdad, dejando de lado las fases preliminares de su constitución, las ideas revolucionarias no eran realmente mayoritarias. Con Eduard Bernstein y Sidney y Beatrice Web, los reformistas tenían razón al afirmar que la gran mayoría de la clase obrera aspiraba más a un mejoramiento de su nivel de vida que a una revolución socialista y a la gestión de los medios de producción. Sea como fuere, el conflicto principal con el capital –sobre la cuestión de la plusvalía, en otras palabras, sobre el grado de explotación de los trabajadores y el nivel de los salarios– ha hecho de la clase obrera un actor central de la política moderna.

No obstante, la clase trabajadora nunca intervino sola en las luchas políticas; los estratos medios sociales e intelectuales la acompañaron en casi todas las etapas de su desarrollo y de su organización. Antonio Gramsci afirmaba que todo paso hacia delante en las conquistas sociales implicaba que la clase obrera saliera de su aislamiento y creara a su alrededor un bloque histórico. Aún haría falta, agregaba, que las ideas de la alianza y de la perspectiva anticapitalista fueran hegemónicas en esta coalición. Cuando en 1957, Jean-Paul Sartre expresaba la idea de que «el marxismo es el horizonte insuperable de nuestro tiempo» pensaba en la traducción de esa hegemonía en el nivel de la conciencia.

En realidad, esta hegemonía ha existido y perdurado, aun cuando numerosos trabajadores no se adhieran a los valores de igualdad universal que supuestamente aportaba tal hegemonía. Como vimos, durante la era colonial, una parte de la clase obrera de occidente se regocijaba con los logros de «su imperio». Durante la Gran Guerra, muchos obreros se lanzaron a la lucha, «con la flor en el fusil» contra «sus hermanos» que hablaban otra lengua y llevan un uniforme distinto del suyo. En la década de los sesenta, en el momento de la lucha por los derechos civiles de los afronorteamericanos, gran parte de los sindicatos se negaron a intervenir. Peor aún: mientras un buen número de estudiantes estadounidenses expresaba su solidaridad con los vietnamitas que luchaban por su independencia, esos mismos sindicatos apoyaban la intervención norteamericana. En Europa occidental, el proletariado «heroico» en general solo manifestó una simpatía muy relativa por los estudiantes.

De todos modos, conviene recordar que si el Estado de bienestar con sus «Gloriosos Treinta» (1945-1975) pudo ver la luz, fue principalmente gracias a las luchas de la clase obrera (que nunca constituyó un bloque homogéneo), a sus partidos políticos y a sus alianzas pasadas con la clase media inferior. Después de la Segunda Guerra Mundial, las clases

pudientes se afligieron por haber tenido que aceptar un aumento de los impuestos y haber tenido que compartir temporalmente una parte de sus ganancias.

A mediados de los setenta, las sacudidas del mercado consecutivas de la crisis del petróleo, la inflación galopante, pero también el comienzo de la declinación demográfica de la clase obrera, desembocaron en una política más agresiva de la clase capitalista que aspiraba a deshacerse de la política social que le había sido impuesta. El cierre de las minas en Inglaterra y en Francia y la deslocalización del capital productivo de la industria fuera de Europa occidental desestructuraron la clase obrera. Ese periodo, desde fines de los setenta a comienzos de los ochenta, fue el del advenimiento mundial del neoliberalismo cuyos heraldos fueron Thatcher y Reagan y que sirvió desde entonces de modelo a la mayor parte de las economías nacionales.

Como consecuencia, los partidos de izquierda también declinaron. El Partido Laborista inglés, el Partido Socialdemócrata alemán, así como los socialistas y los comunistas franceses e italianos registraron derrotas electorales y, sobre todo, sus certezas ideológicas se hundieron. Una parte de la pequeña clase media, que se había visto favorecida con el Estado de bienestar y había obtenido beneficios inéditos –vivienda, gratuidad de la enseñanza superior, cobertura de salud, etcétera– se sintió menos en deuda con la clase obrera debilitada y terminó por dejarla de lado. En tiempos de crisis, el instinto de conservación de la propiedad la impulsó a aliarse con la gran burguesía. Algunos partidos de izquierda silenciaron el discurso anticapitalista. Las odas a la economía de mercado y al capitalismo razonable, las promesas de moderación de los presupuestos para ayuda social, el apoyo a las políticas antiinflacionistas confirieron una imagen de respetabilidad a la izquierda parlamentaria, que pudo continuar así participando de diversas coaliciones y beneficiarse abiertamente del respaldo del mundo de las finanzas.

Esta política acomodaticia permitió a los partidos de izquierda volver temporalmente al poder y Europa tuvo una apariencia un poco más «rosa» con Gerhard Schröeder, Tony Blair o François Mitterrand. En Estados Unidos, el Partido Demócrata, constantemente apoyado por los sindicatos estaba persuadido de que conservaría eternamente la presidencia gracias al liberal Clinton y luego al «progresista» Obama. Sin embargo, el apoyo otorgado por la izquierda demócrata y socialdemócrata a las medidas de economía liberal que bajaban el impuesto al capital y su incapacidad o desinterés por continuar defendiendo vigorosamente a las clases trabajadoras le quitaron progresivamente el voto de los antiguos cuellos azules.

El mismo tiempo, las corrientes comunistas retrocedieron en todo el mundo. A partir de los primeros años de los ochenta, en Europa occidental, los grandes partidos comunistas francés e italiano perdieron paulatinamente afiliados en correlación con el descenso demográfico de la clase obrera. La desintegración de los regímenes burocráticos de la Europa del Este en 1989 y el hundimiento del poder soviético en 1991 terminó por deshacer el mito comunista, ya vacilante. En Italia, el Partido Comunista, después de haber cambiado de nombre, se transformó en un partido de centro izquierda, mientras que en Francia, el PCF perdía gran cantidad de afiliados y electores, lo que implicó una notable caída de su representatividad en las instancias políticas elegidas.

Populismo de derecha y de izquierda

Este es el contexto general en que el discurso populista pudo reflotar y transformarse en política electoral ganadora. La palabra democracia viene del vocablo griego *demos* («el pueblo») y «populismo» del latino *populus* que significa «la gente» pero también «el pueblo». En consecuencia, todos los populistas se dicen «demócratas», pero son demócratas cuya radicalidad aparente es muy poco liberal.

Pese a que Estados Unidos, Rusia y algunos países de América Latina ya habían tenido en el pasado partidos que se proclamaban explícitamente como «populistas», el término «populismo» suscita aún hoy significativas reservas: en estos últimos años, la izquierda, tanto la reformista como la revolucionaria, y la derecha moderada han tomado distancia de tal denominación que, en el curso del siglo XX, pasó a ser sinónimo de política demagógica dirigida a seducir a las masas. Otros ven en el término una expresión patológica de la democracia liberal, mediante la cual dirigentes carismáticos llenos de desprecio por la diversidad y el pluralismo en la sociedad civil pueden pretender conducir a una masa de electores hacia éxitos electorales substanciales.

El populismo habla siempre en nombre del pueblo y no de una clase en particular y puede decirse que, en cierto modo, ha acompañado las protestas sociales desde las insurrecciones del siglo XVII, la Revolución francesa y casi todas las revueltas sociales del siglo XIX, entre ellas la Comuna de París. Desde los *sans-culottes* hasta los «miserables» de Victor Hugo, la multitud de los humildes, sin distinción de clases y no afiliada a una organización obrera, a menudo ha combatido la rapacidad de la élite dominante. Desde entonces ha corrido mucha agua bajo el puente y hoy los nuevos pobres y los excluidos ya no trepan a las barricadas sino que vuelven a entregarse a un mesías electoral que pretenderá representar su nueva «voluntad general» más allá de la vieja división derecha/izquierda.

Los primeros partidos populistas aparecidos recientemente en Europa han exaltado el culto de la nación, que aparentemente estaba extinguiéndose. En su perspectiva, la Unión Europea, al alejar la representación política de los ciudadanos y presentarse como un agente de la globalización económica, se percibe como una doble amenaza: para la identidad colectiva «auténtica» y para el nivel de vida. La xenofobia, que generalmente apunta contra los trabajadores extranjeros, es también uno de los temas predilectos del nuevo populismo. A los ojos de las poblaciones pauperizadas, la inmigración representa una amenaza directa a sus empleos y a su nivel de vida.

Si tuviéramos que señalar al pionero del populismo europeo, habría que buscar sin duda por el lado de Silvio Berlusconi. Propietario de una empresa de comunicaciones y del equipo de fútbol del AC Milan, Berlusconi fundó en 1994 el movimiento Forza Italia y ese mismo año fue elegido jefe de gobierno. Luego salió a competir con él la Lega Nord, un partido de derecha que adquirió la forma de un movimiento puramente populista y fuertemente nacionalista; más tarde se sumó el cómico Beppe Grillo, quien fundó el Movimento Cinque Stelle, un tercer partido político netamente populista pero menos inclinado a la derecha. Este último fue el que atrajo el mayor número de electores durante varios años, particularmente gente joven, tanto de derecha como de izquierda.

También Francia conoció muy tempranamente un populismo de derecha por intermedio de Jean-Marie Le pen, quien comenzó su carrera política junto al muy populista Pierre Poujade y

creó, en los años setenta, el Front National (FN). Este partido llegaría a ser un movimiento populista de masas a partir de los años 2000. Obtuvo el apoyo creciente de los trabajadores pobres de Francia, sobre todo en las regiones más golpeadas por el paro y la desindustrialización. El desarrollo del FN se dio en paralelo con la declinación del Partido Comunista, aunque no hubo un paso electoral directo de uno al otro. En Francia nunca logró imponerse un populismo «antiinstitucional», dotado de un dirigente burlesco a la Beppe Grillo, si bien la posibilidad existió con la aparición en la escena política de Coluche, quien había presentado su candidatura a la elección presidencial de 1981 y contaba con cierta simpatía entre los votantes de la izquierda[1].

En Inglaterra, el populismo se encarnó en el Independence Party de Nigel Farage, creado en 1993 y estandarte antieuropeo que exigía un Brexit inmediato. En 2015, el partido de Farage recolectó más de cuatro millones de votos y debió su progresiva pérdida de popularidad al crecimiento del «cómico» populista Boris Johnson dentro del Partido Conservador quien supo imprimirle una tendencia más popular y más nacionalista. Una vez fortalecido en el plano electoral, Johnson logró hacer salir a Gran Bretaña de la Unión Europea.

Otros países de Europa, tanto occidental como oriental, han visto nacer sus propios partidos populistas, como Alternative für Deutschland (AFD) en Alemania y el Fidesz-Unión cívica de Viktor Orban en Hungría. De todos modos, el éxito más relumbrante del populismo de derecha fue el del empresario y presentador de televisión Donald Trump en Estados Unidos. Con el apoyo del proletariado pauperizado de la «Rust Belt» que antes votaba por el Partido Demócrata y, por supuesto, con el apoyo máximo de los evangelistas y los electores habituales del Partido Republicano, Donald Trump consiguió crear un amplio bloque histórico e infligir una pesarosa derrota a Hillary Clinton y sus electores liberales. Durante cuatro años, Trump no cesó de prometer que Estados Unidos se preocuparía primero de sí misma a fin de recobrar su grandeza y su potencia de antaño. Lo cierto es que su derrota en 2020 no frenó verdaderamente al populismo agresivo de diversas franjas del electorado.

Auténticos dirigentes populistas de derecha ganaron también las elecciones en Brasil, en la India, en Turquía, en Polonia, en República Checa y en Israel. Todos ellos han comulgado en declaraciones de fidelidad a la democracia soberana, combinadas con un desprecio ostensible de su dimensión liberal y pluralista. A semejanza de sus electores, juzgan exagerada, y hasta redundante, la autonomía del poder judicial. Todo lo que pueda atentar contra la unidad nacional popular parece sospechoso y esto vale tanto para la libertad de prensa, insuficientemente controlada a sus ojos, como para ciertos derechos fundamentales.

A pesar de todo, estos movimientos no deben considerarse fascistas. Si bien es verdad que el fascismo y el nacionalsocialismo de entreguerras incluían características populistas, el populismo de hoy, en cambio, por grande que sea el desprecio que manifieste por el pluralismo liberal, no ha traspasado aún el umbral, hasta el momento en que escribo estas líneas, de intentar amordazarlo.

Otro dato significativo y digno de interés es el surgimiento fulgurante, al comienzo del siglo XXI, de partidos populistas de izquierda decididos a rivalizar con el éxito del populismo de derecha. Syriza en Grecia, Podemos en España y La France Insoumise son movimiento dirigidos por personalidades carismáticas, oradores talentosos, que llaman abiertamente a superar la división entre la izquierda y la derecha tradicionales y aspiran a representar al

pueblo frente a las «oligarquías» financieras, de Bruselas y mundiales.

La estrategia de estos partidos está inspirada en un texto de 1985 titulado *Hegemonía y estrategia socialista* que legitima el populismo de izquierda y le presenta un plan de acción. Sus autores, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, son parte de quienes han tratado de dar una respuesta teórica y política a la decadencia histórica de la clase obrera organizada. Rompieron con el enfoque materialista de las relaciones de clases y con el estudio de las relaciones entre ideología y psicología política y decidieron dar la primacía a esta última. Lo que prevalece en política no son los intereses de clase ni la visión del futuro es lo que condiciona la naturaleza de las confrontaciones populares: todo se reduce, pura y simplemente, a la conciencia de la carencia en un momento dado. Según Laclau y Mouffe, el sujeto político se constituye en respuesta directa a los enfrentamientos y no toma forma definitiva hasta que identifica al adversario o, más precisamente, hasta que distingue el «nosotros» del «ellos». Solo una conciencia colectiva como esta, donde se introduce la distinción entre «amigo» y «enemigo» (siguiendo la formulación del jurista y filósofo nazi Carl Schmidt) está en condiciones de definir los campos, de conquistar las adhesiones y de guiar al pueblo invertebrado y amorfo hacia un poder que califican de mucho más democrático.

Mientras en el pasado Jean-Paul Sartre o Herbert Marcuse, habiendo perdido la esperanza en el proletariado industrial como sujeto revolucionario, se volvieron hacia los movimientos de liberación del «Tercer Mundo» o hacia la generación estudiantil de las metrópolis para mantener vivo el espíritu anticapitalista, Ernesto Laclau, Chantal Mouffe y sus adeptos, al perder la esperanza en la socialdemocracia y en el comunismo y, aparentemente, seducidos por el impacto del peronismo argentino, encontraron en el discurso populista un punto de apoyo para el cambio social deseado. Este estado de ánimo populista se focaliza por entero en los términos «pueblo» y «élites». El «bien» ya no está encarnado en la clase de los trabajadores o de los explotados sino en el pueblo en su conjunto, como a comienzos del siglo XIX. La crítica del capitalismo ha cedido el paso a una crítica mesurada de los desvaríos neoliberales de los burgueses malvados. El enemigo no es más la burguesía sino las élites corruptas que se acogen en su seno.

De esto surge que el populista debe ante todo defender la «patria» y oponerse al capitalismo multinacional y sin fronteras. En principio, el populismo de izquierda es menos xenófobo y está más dispuesto a integrar una parte de los extranjeros que llegan para ofrecer su fuerza laboral en el mercado nacional. Pero, en realidad, esto solo se da con una condición, a veces expresada explícitamente, a veces sugerida indirectamente: los extranjeros deben asimilarse lo más rápidamente posible a la cultura del país receptor y su número debe estar limitado y estrechamente controlado por el gobierno.

Es muy significativo que La France Insoumise, el partido fundado en 2016 por el exministro socialista Jean-Luc Mélenchon y que agrupa a numerosos militantes de izquierda, haya tomado la costumbre de entonar «La Marsellesa» y no ya «La Internacional», al concluir sus asambleas, y de desterrar la bandera roja y la de la Unión Europea para desplegar únicamente la tricolor. Esta decisión responde al deseo de no dividir al pueblo con una nostalgia socialista y de no asociarlo a una Europa burguesa sino, por el contrario, unirlo bajo el signo republicano y nacional. Jean-Luc Mélenchon ha hecho de Chantal Mouffe su consejera estratégica, con la esperanza de acceder rápidamente al poder gracias al apoyo de «el pueblo». Puede verse como una ironía de la historia el hecho de que, en 1905, la izquierda

socialista, unida por impulso de Jean Jaurès, se haya denominado la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) y que, cien años más tarde, se haya borrado cuidadosamente toda referencia a la fraternidad internacional. Sin embargo, no parece que esta ruptura deliberada con el internacionalismo haya contribuido en gran medida a la ampliación de la izquierda populista francesa, obligada a buscar nuevas estrategias.

El movimiento griego Syriza, creado en 2004, sirvió de primer modelo a la izquierda populista victoriosa que se estaba constituyendo. Su carismático dirigente Alexis Tsipras, después de haber reunido diversas corrientes radicales de izquierda, fue elegido jefe del Estado en 2015 y pudo armar un gobierno de coalición que incluía un pequeño partido nacionalista conservador. Grecia había sido objeto durante años del pillaje de una oligarquía financiera local que sistemáticamente fugaba sus capitales al extranjero, lo que hacía que la deuda exterior del país no cesara de acrecentarse. La política de austeridad draconiana que impuso entonces la Unión Europea provocó la sublevación de casi la totalidad de los ciudadanos pertenecientes a las clases populares. Los demás partidos de izquierda europeos, más allá de algunas declaraciones simbólicas, no dieron pruebas de solidaridad real ante la situación angustiante de Grecia, de manera que la lucha revistió de entrada un carácter explícitamente nacional.

Alexis Tsipras, finalmente obligado a plegarse a la imposición europea, aplicó severas medidas de austeridad a fin de obtener préstamos y reducciones de la deuda, como habría hecho cualquier gobierno socialdemócrata o de derecha. Adoptó además una política exterior «nacional» que lo llevó a establecer una alianza militar con el gobierno israelí de Benjamin Netanyahu, muy orientado hacia la derecha. No sorprende pues que Syriza haya tenido que ceder su puesto en 2019 a un gobierno de la derecha tradicional.

El partido español Podemos puede considerarse como un poco menos «patriota» y menos antieuropeo, pero igualmente populista en su uso del «ellos» y «nosotros». También este movimiento estuvo dirigido por un personaje carismático que orientaba la cólera de sus partidarios contra «la casta en el poder». Rápidamente, el partido recurrió a modos de organización originales, particularmente mediante el uso de las redes sociales; su base militante, más bien joven, surgía en parte de la clase media cultivada de las grandes ciudades. Si bien Podemos se esforzó por preservar su espíritu contestatario de origen, un sector importante de sus militantes habría preferido poner distancia con el discurso populista. Así, en 2020, a pesar de sus embates contra la vieja izquierda y por presión de sus militantes, el jefe del partido, Pablo Iglesias, integró una coalición con el Partido Socialista y asumió el cargo de vicepresidente del gobierno.

También en Alemania, surgió una corriente populista *(Aufstehen)* en la coalición de izquierda Die Linke, como ha ocurrido en Inglaterra, en el seno del Partido Laborista, donde se abrieron paso los partidarios de izquierda del Brexit. No obstante, parecería que el populismo de izquierda está experimentando una detención, tal vez temporal, con excepción de Venezuela, donde se ha mantenido en el poder.

La solidaridad internacional en el seno de los movimientos de izquierda europeos no se ha puesto en absoluto de manifiesto en estas primeras décadas del siglo XXI. La oposición a la globalización capitalista se ha limitado en gran medida a la defensa del pueblo y de la patria y a la búsqueda desesperada de un retorno a una cultura homogénea y a una soberanía nacional de las que se espera que resuciten la edad de oro del Estado de bienestar perdido.

Es muy probable que esto no suceda, pues el capitalismo y su fuerza de atracción mercantil han mostrado hasta ahora ser más robustos que todos los discursos del populismo de izquierda. Además, el pueblo «auténtico» continúa prefiriendo con mucho el original que enaltece la representación que se hace de sí mismo, es decir, el populismo musculoso de la derecha, portador de un discurso nacionalista y xenófobo mucho más vigoroso.

---

[1] Intelectuales de renombre, entre ellos el sociólogo Pierre Bourdieu, el historiador Jean Chesneaux, el filósofo Gilles Deleuze y el psicoanalista Félix Guattari habían sostenido su candidatura a la presidencia, lo cual atestigua el estado de ánimo que reinaba entonces.

XIX

Consumo y ecología

El discreto encanto de la burguesía

> En efecto, diferenciarse mediante el consumo a menudo no es más que la manera de afirmar la jerarquía social. […] Esos consumos distintivos ya no procuran ni siquiera un goce, un poder o un confort: manifiestan simplemente la capacidad de acceder a cosas que no están al alcance de todos. La única función de esos objetos es hacer tangible la desigualdad social.
>
> André Gorz, *Écologie et politique,* 1978.

En 1980, es decir, cinco años antes de la publicación del ensayo de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau, André Gorz publicaba su *Adieu au prolétariat (Adiós al proletariado),* acto de ruptura con el pensamiento marxista y, tal vez, con el conjunto de las teorías socialistas tradicionales. André Gorz, cercano a Jean-Paul Sartre y a Herbert Marcuse, había creído, como muchos otros militantes de izquierda de los años sesenta, en la posibilidad de la eclosión de una nueva clase obrera, dotada, gracias a la evolución tecnológica, de una competencia y un dominio particulares de los procesos laborales.

A comienzos del siglo XX, la introducción del taylorismo (o el fordismo) había trastocado el trabajo manual en las fábricas de todo el mundo (Charles Chaplin ilustró perfectamente la alienación engendrada por el trabajo en cadena). Luego los progresos de la robotización de los años sesenta suscitaron la esperanza de ver emerger una generación de obreros dotados de nuevas competencias específicas. Millones de trabajadores parecían haber adquirido capacidades nuevas, una especialización y aptitudes que les permitirían aspirar a ser los dueños de sus tareas; en otras palabras, a convertirse progresivamente en alguna clase de técnicos superiores o ingenieros. Más aún cuando los nuevos procesos de producción, particularmente en el sector de la alta tecnología, necesitaban organizaciones menos jerárquicas y un reparto de las tareas aparentemente más igualitario.

Sobre estas bases, una izquierda nueva comenzó a promover la autogestión en las fábricas y los talleres y a soñar con una sociedad autónoma que dominara el mundo de la producción: trabajadores calificados que se mantendrían firmes frente al capital y que, en cuanto ciudadanos, asumirían la hegemonía frente al poder y a la política en su conjunto. La idea de la «autogestión» no era verdaderamente nueva; ya había existido en una forma primitiva desde la aparición de la clase obrera; la encontramos en Proudhon y en otros anarquistas, así como entre los sindicalistas revolucionarios franceses y los militantes de los Industrial Workers of the World, en Estados Unidos. Más tarde, durante la Guerra Civil española, los

anarcosindicalistas lucharán por el poder autónomo de los productores. En los países escandinavos, pero también en la Yugoslavia socialista, numerosas cooperativas organizaron el trabajo de una manera diferente a fin de sustraerlo de la función única de la producción y acercarlo, mediante la gestión autónoma, a una actividad lúdica, hasta artística o científica.

Detrás de esa prioridad otorgada al trabajo se oculta una lógica simple: la civilización humana se estableció y se diferenció en el mundo animal por el trabajo. La actividad productiva se interpuso entre el ser humano y la naturaleza, de donde ha extraído su pan con el sudor de su frente y, en definitiva, la existencia humana se ha fundado en la fabricación y el perfeccionamiento de herramientas: desde la simple hacha al acelerador de partículas, se impuso una dinámica lineal y progresiva.

No obstante, hasta los comienzos de la era moderna, en los siglos XVI y XVII, el trabajo no estaba considerado como un valor positivo. En lengua hebrea la palabra «esclavo» *(eved)* y la palabra «trabajador» *(oved)* tienen la misma raíz. En el jardín del Edén bíblico, nadie trabaja. Solo cuando Dios echa a Adán le anuncia la mala nueva: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan» (*Génesis,* 3:19). En la Grecia antigua estaba bien visto que los ciudadanos se abstuvieran de trabajar para ocuparse de los asuntos de la ciudad. En Roma, Séneca podía celebrar la ociosidad como un valor en sí mismo. El cristianismo, con excepción de ciertas órdenes monásticas, no valoraban la labor. A los ojos de la nobleza europea, el trabajo era una actividad humillante y hasta prohibida; trabajar era generalmente incompatible con la pertenencia a la nobleza.

La visión del trabajo como elemento fundador y finalidad del ser humano data del comienzo de la ruptura del hombre con la tierra y de la lenta aparición del artesanado y luego de la industria. La fe protestante, en sus variantes luterana, calvinista y puritana, ha hecho del trabajo un valor supremo en sí mismo. Max Weber describió perfectamente cómo esa fe reformada hacía del éxito en el trabajo la confirmación de la elección divina y la garantía de acceder al paraíso.

Esta ética protestante penetró victoriosamente todas las ideologías hegemónicas de la era moderna: los colones anglosajones de Norteamérica, los teóricos de la libre economía de mercado, filósofos importantes tales como Rousseau, Hegel o John Stuart Mill, los socialistas y los comunistas de las diversas tendencias, incluido Marx, todos comulgaron en el mito productivista[1]. Ese amplio consenso es bastante sorprendente en cuanto a sus implicaciones. Todo el mundo ha convenido en que el trabajo está en la fuente de la riqueza material y que la transformación del ambiente por medio de la actividad humana es la condición de la realización de la salvación futura. Esta idea fue hasta tal punto hegemónica en el siglo XX que la divisa nazi: «Arbeit macht frei» («El trabajo nos hace libres») inscrita en la entrada de Auschwitz y otros campos de concentración puede interpretarse como un avatar monstruoso de la antigua idea protestante.

El trabajo, ¿libera realmente?

De todas maneras, hubo pensadores que desafiaron la ideología dominante. Al menos dos personalidades célebres de la izquierda vilipendiaron desde épocas tempranas «la pasión laica

por el trabajo»: el marxista Paul Lafargue, quien publicó su sorprendente *Droit à la paresse (Derecho a la pereza)* en la revista semanal *L'Égalité,* en pleno marasmo económico de la década de 1880, y el filósofo inglés Bertrand Russell, quien en 1932 redactó su *Éloge de l'oisiveté (Elogio de la ociosidad),* en un periodo de gran depresión y de paro masivo. Estos dos ensayos vanguardistas transgredían demasiado la *doxa* socialista para ser ampliamente aceptados y recibieron una acogida mitigada sin producir ninguna filiación teórica.

La pauperización de la clase obrera iniciada en los años setenta, descrita en el capítulo anterior, obligó a mucha gente de izquierdas a repensar el lugar mismo que ocupa el trabajo en la vida humana. Las teorías de la autogestión fueron retrocediendo poco a poco y las esperanzas de crear un mundo igualitario, autónomo y no alienado a partir de los procesos de producción fueron a parar al cajón de trastos de la historia y se hizo necesario idear nuevos proyectos de fortalecimiento de la igualdad y la extensión de libertades.

Aquí precisamente se sitúa la importancia del punto de partida de André Gorz y de su *Adieux au prolétariat (Adiós al proletariado)*. Gorz no era el único. Por ejemplo, Murray Bookchin, fundador de la ecología social en Estados Unidos, lo precedió con varias hipótesis críticas y seguramente podemos encontrar otros pensadores que, en la misma época, expresaron tales puntos de vista heréticos. En su opinión, había llegado la hora de librarse de la lógica de la producción capitalista partiendo de una base teórica diferente. Estaba claro que el trabajo ya no era la meta de la existencia humana, que los modos de producción, hasta los más avanzados, no habían logrado anular la jerarquía ni la alienación inherentes a los procesos del trabajo. Y que la baja constante del número de obreros, la precarización del empleo y el paro crónico de las jóvenes generaciones en todas las sociedades «postindustriales» obligaban a repensar el concepto de trabajo como lugar de la conflictividad con el capital.

Hasta entonces se había considerado que el trabajo era el corazón palpitante del progreso y de la abundancia material pero, durante el último cuarto del siglo XX, su intensidad se había vuelto cada vez más excesiva y dañina. El sistema capitalista nunca tuvo como objetivo satisfacer las necesidades sino acumular ganancias; y para ello estaba obligado a asegurarse un aumento permanente de la demanda. Dicho de otra manera, el capitalismo debe extender y reforzar incesantemente la cultura del consumo, condición *sin qua non* de su supervivencia.

A lo largo del siglo XX, dos guerras mundiales, una «Guerra Fría», una desenfrenada carrera armamentista entre los dos bloques, expediciones coloniales y poscoloniales hasta la *«nation building»* de Iraq, permitieron al mundo industrial producir cantidades astronómicas de armamentos convencionales y nucleares y resolver así eficazmente las crisis económicas y los problemas asociados al consumo. A esto se ha agregado el hecho de que las destrucciones masivas causadas por las guerras han suministrados nuevos y vastos campos de inversión lucrativos. Sin esos conflictos armados, las economías nacionales probablemente habrían sufrido grandes dificultades y habrían registrado una multiplicación de crisis cíclicas prolongadas y más severas que las que en realidad se produjeron. Sabiendo que en la era nuclear ya no es posible desatar guerras globales, la economía capitalista se ha esforzado en la búsqueda de nuevas opciones a fin de satisfacer el apetito del monstruo de la producción, nunca saciado de nuevas plusvalías.

Por cierto, el consumo público del Estado de bienestar había cumplido hasta cierto punto su función de absorber una parte de la producción, pero no constituía una base suficientemente sólida para aumentar las ganancias. También se movilizó la publicidad audiovisual a fin de

estimular y ampliar el consumo de los hogares. Y actualmente es imposible mirar televisión, circular en los transportes públicos o navegar por internet sin recibir el bombardeo de publicidades y el mandato de consumir, consumir y volver a consumir… La sociedad del espectáculo actúa como una potente incitación a comprar lo que ya posee el otro o bien lo que el otro aún no posee. El objeto de consumo debe ser por definición lo más perecedero posible a fin de que el consumidor lo reemplace por nuevos productos perecederos. La industria publicitaria es en sí misma un dispositivo de despilfarro permanente, destinada a hacer girar cada vez más rápidamente las ruedas del consumo y de la producción.

El secreto del encanto burgués estriba en la seducción consumista ostentativa, en la invención de modas y la «fabricación» de nuevos gustos. Comprar cada vez más productos, gastarlos para poder comprar otros, más atractivos. Así se ha instilado en las personas el mantra del «consumo, luego existo», convertido en divisa cultural. La racionalidad utilitaria que (supuestamente) guiaba al *homo economicus* en los comienzos de la era capitalista ha sido suplantada hoy por el irracionalismo del *homo consumericus.*

Sin embargo, hasta la década de 1970, todo parecía funcionar. Es verdad que los hippies estadounidenses habían afirmado que repudiaban la civilización consumista de sus padres –por eso remendaban su propia ropa, preferían trabajar menos y se contentaban con poco–, pero pronto terminaron por capitular ante la cultura hegemónica y se reintegraron al circuito del consumo capitalista. En el momento en que maduraban aquellos adolescentes adornados con flores de los años setenta, comenzaba a abrirse camino la conciencia de la destrucción masiva de la naturaleza ocasionada por el hiperproductivismo mundial. Los signos de contaminación del ambiente, cada vez más visibles, suscitaron poco a poco una sensibilidad nueva: había nacido la ecología política e iba a transformarse en una preocupación mayor de todos los pueblos de la Tierra.

Mientras, como vimos, la mayor parte de las corrientes de izquierda habían sido resueltamente productivistas, en el campo de la derecha reaccionaria se había expresado mucho antes la preocupación por la preservación de la naturaleza. En Alemania, a fines del siglo XIX, los movimientos de juventud nacionalistas, particularmente el Wandervogel (El pájaro migratorio), manifestaban ya cierta nostalgia romántica por la pureza y la limpidez de la naturaleza. Y los conservadores alemanes prehitlerianos apreciaban la celebración de la *Gemeinschaft,* la comunidad preindustrial que vivía en simbiosis protectora con la naturaleza. En el periodo de entreguerras, en otros países de Europa, algunas derechas reaccionarias (no fascistas) vituperaban la modernidad y advertían sobre el potencial destructor del capitalismo industrial. Hasta pueden hallarse fragmentos de lenguaje ecológico en la prosa conservadora del régimen de Vichy.

Evidentemente, no todos los primeros ecologistas pueden asimilarse a la derecha tradicional. El escritor estadounidense Henry David Thoreau fue uno de los pioneros, a mediados del siglo XIX, en alertar sobre los atentados al ambiente que cometía el hombre y también en la lucha contra la esclavitud y la segregación. En Francia, *Élisée* Reclus, el geógrafo anarquista, escribió numerosos textos predicando un cambio de la relación del hombre con la naturaleza. Las ideas ecológicas, volvieron a aflorar en las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX, esta vez, mayoritariamente defendidas por corrientes y asociaciones de izquierda.

¡Llegan los Verdes!

En 1980, el año de publicación de *Adieux au prolétariat,* en Alemania se creaba el partido de los Verdes que pronto llegaría a ser la tercera formación política representada en el Bundestag. Sus impulsores eran, en su mayor parte, antiguos izquierdistas como Rudi Dutschke (fallecido justo antes de que se creara el partido), Joschka Fischer y, un poco más tarde, Daniel Cohn-Bendit, o militantes pacifistas como Petra Kelly. El movimiento libraba un triple combate: la preservación de la naturaleza, la igualdad social y la resuelta oposición a la militarización. Radicalmente opuesto al nacionalismo, miró de entrada hacia Europa. En 1998, los Verdes integraron la coalición gubernamental con los socialdemócratas y pasaron así a ser un partido «responsable».

En Suecia, el Partido Ambiental los Verdes, creado en 1981 en el marco de la lucha decidida contra la energía nuclear, también hizo una alianza con el partido socialdemócrata. Más tarde, aparecieron partidos verdes en Francia en 1984, en Austria en 1986 y en Finlandia en 1987. En Dinamarca y los Países Bajos, formaciones de izquierda se unieron respectivamente en 1988 y 1989 en una alianza roja y verde. En Inglaterra, en Estados Unidos y en los demás países occidentales existen partidos ecologistas desde la década de 1990. La ecología política registró sus primeros éxitos en los países ricos, donde las elecciones se atienen al escrutinio proporcional. Esto explica la debilidad de los partidos verdes en España, en Italia y en Grecia, así como su despegue relativamente tardío en Francia e Inglaterra. Existen numerosas divergencias políticas entre estos partidos, incluso entre sus miembros, pero todos fundan su razón de ser en la inquietud profunda frente a la degradación climática y en la crítica de la sociedad de consumo, responsable de la destrucción del ambiente.

Aquí se impone hacer una distinción entre los verdes que se limitan a las cuestiones ecológicas únicamente y que creen que podrán resolverlas o al menos reducir los ataques contra la naturaleza creando grupos de presión que actúen en el nivel de los círculos parlamentarios y gubernamentales, los verdes que no se declaran ni de derecha ni de izquierda y, por último, los anticapitalistas consecuentes para quienes la relación estrecha entre los aparatos del poder y las grandes empresas es responsable de la destrucción del ambiente. En general, estas corrientes proponen hacer alianzas tácticas y hasta estratégicas con los partidos de izquierda tradicionales.

El hecho de que las problemáticas ambientales se planteen en un nivel planetario infundió en estos militantes una mentalidad política universalista que los diferencia de los populistas tanto de derecha como de izquierda; por ello son militantes que no se dejan encerrar dentro de las fronteras del Estado nación y su léxico político es generalmente más «ciudadanista» que «populista». Por ejemplo, en Europa, los ecologistas se pronuncian sin ambigüedad a favor de seguir un proceso de unión política supranacional. En realidad, los vínculos entre ecologistas de diferentes naciones han demostrado ser más estrechos que los que existen entre los partidos de izquierda populistas, aun cuando las acciones comunes hasta ahora han sido escasas. Lo cierto es que el grupo de los ecologistas en el Parlamento Europeo se ha fortalecido en los últimos años hasta superar a los de la izquierda radical y a los populistas de izquierda.

Estos movimientos también han dado un giro feminista de una manera más auténtica que los de la antigua izquierda. El posicionamiento a favor de la igualdad de los sexos ha hecho que el número de militantes nombradas en funciones importantes en los partidos o elegidas en

los organismos públicos sea muy significativo. La feminización de la política ecológica ha renovado la dinámica de los partidos y ha incitado a las mujeres a sumarse al movimiento.

Por otra parte, el compromiso de los jóvenes en la protesta ecológica es particularmente visible, sobre todo en las grandes ciudades. La mayor parte de los militantes y de los electores de estos movimientos pertenecen a la clase media urbana asalariada y disponen de un buen nivel de instrucción. Los ecologistas están menos presentes en el medio obrero y, a pesar de sus esfuerzos, sus militantes de izquierda no han conseguido reunir un apoyo significativo entre los jóvenes parados o no activos. Este defecto de comunicación probablemente explique en parte que un número no desdeñable de ecologistas se niegue a identificarse con la izquierda y prefiera hacer una alianza con los centristas liberales moderados.

Esta realidad sociopolítica es una de las causas probables del debilitamiento de la crítica radical de la civilización consumista y está en contradicción con su filosofía, que establece una correlación entre producción inmoderada de mercancías y contaminación de la atmósfera. La reivindicación de un ingreso mínimo permanente para todo ciudadano a partir de los dieciocho años, pronunciada en círculos cada vez más numerosos y ya puesta en práctica en Finlandia por el gobierno ecosocialista, probablemente constituya una de las vías del advenimiento de un nuevo bloque histórico. La exigencia aún marginal de reducir y compartir el tiempo de trabajo como solución al problema del desempleo crónico podría desarrollar una solidaridad entre sensibilidades políticas de horizontes diferentes.

En *This Changes Everything (Esto lo cambia todo),* la canadiense Naomi Klein, una de las voces más conocidas de la izquierda ecologista, ha querido mostrar que si hoy se las deja seguir creciendo, las revoluciones industriales –a las que antes se les atribuía la abundancia material en gran parte del globo– constituirán una amenaza directa al equilibrio de los sistemas naturales garantes de la perennidad de todo lo vivo. Para ello, ha encarado frontalmente el problema de la contradicción entre los principios de la economía de libre mercado y su incapacidad para hacer descender masivamente la emisión de carbono. La cuestión de saber hasta qué punto su tentativa crítica ha logrado cubrir el conjunto de este complejo asunto es aún tema de debate, pero la difusión de sus ideas en la izquierda estadounidense ha permitido estrechar el vínculo entre exigencias sociales y problemáticas ambientales en el seno del Partido Demócrata y, más particularmente, en su ala izquierda, sostén de la candidatura de Bernie Sanders a la presidencia estadounidense en 2020.

Esto no equivale a decir que un espectro verde atormente el Occidente postindustrial. Así como el comunismo no era objeto de temor en la Europa de 1848, como pretendían Marx y Engels en el *Manifiesto,* la ecología política no amenaza aún la avidez de los conglomerados industriales en estas primeras décadas del siglo XXI.

Las ideas no avanzan solas dando zancadas por las grandes avenidas de la historia; siempre hay fuerzas sociales portadoras de intereses que las toman firmemente en sus manos y que, en un momento u otro, las transcriben en el dominio público.

---

[1] Karl Marx quebrantó un poco esta ética al reconocer, en el tercer volumen de *El Capital:* «En realidad, el reino de la libertad empieza allí donde se acaba el trabajo determinado por la necesidad y la finalidad externa». Una parte de sus escritos de juventud dedicados a la teoría de la alienación se aparta también del culto al trabajo.

Conclusión melancólica

Desigualdad y pandemia

> Soy plenamente consciente de que está de moda negar que el socialismo tenga algo que ver con la igualdad. […] Lo que atrae a los hombres corrientes hacia el socialismo y los impulsa a querer arriesgar su vida por él, la «mística» del socialismo, es la idea de la igualdad.
>
> George Orwell, *Homage to Catalonia,* 1938.

He redactado lo esencial de este ensayo, que toca a su fin melancólico, durante la erupción de la pandemia COVID-19. En el momento de escribir estas líneas, nadie sabe cuáles serán sus consecuencias en el largo plazo, principalmente en lo tocante a las eventuales convulsiones económicas y sociales. Sin embargo, desde este momento ya es evidente que no se trata solamente de una crisis sanitaria sino también socioeconómica. ¿Se traducirá además en una ruptura de la civilización? Es difícil saberlo. Consciente o inconscientemente, uno imagina siempre el futuro por analogía con el pasado. Pero en el caso de la pandemia actual esas analogías son particularmente problemáticas. Por más que la historia de la humanidad haya estado punteada de numerosas epidemias, sabemos muy poco sobre el impacto real que tuvieron y sobre sus modos de propagación.

Por ejemplo, la epidemia que golpeó a Atenas en el siglo V antes de nuestra era y causó la muerte de un tercio de sus habitantes no modificó el orden político de la ciudad esclavista antigua, pero no podemos excluir que haya contribuido indirectamente a iniciar su decadencia. Es posible, asimismo, que las olas de la peste de Justiniano que anegaron la cuenca mediterránea del siglo VI al VIII hayan precipitado la caída del Imperio bizantino y hayan favorecido así la expansión del islam y los comienzos del feudalismo en Europa. También se sabe que los agentes infecciosos aportados por los europeos al continente americano a partir del siglo XVI causaron la muerte de gran número de indígenas y que facilitaron considerablemente la expansión de la colonización blanca.

La «gripe española» de 1918, que causó la muerte de cuarenta millones de personas en todo el mundo, ha dejado ciertamente una huella en las memorias, pero siempre se la percibió como la consecuencia «natural» de la catástrofe telúrica de la Primera Guerra Mundial. Por lo demás, se le dedicaron muy pocos estudios específicos, no más que a la mayoría de los demás grandes flagelos epidémicos sufridos desde la Antigüedad hasta el siglo XX.

¿Tienen las epidemias una incidencia en las relaciones de fuerzas entre las clases sociales? ¿Agravaron las desigualdades sociales y económicas? Según el historiador Walter Scheidel, las guerras de masas, las revoluciones violentas, la caída de los reinos y las epidemias mortíferas han desempeñado un papel en la disminución de las desigualdades sociales. Paradójicamente, los periodos de estabilidad serían más propicios para profundizar las desigualdades entre clases y para enquistar los privilegios tradicionales. El autor tiende a hacer

generalizaciones, basadas en datos insuficientes y, por lo tanto, susceptibles de ser desmentidas. Aunque pueda haber un consenso, digamos, sobre el hecho de que la Segunda Guerra Mundial o las Revoluciones rusa y china, a pesar de las tragedias que engendraron, han reducido las desigualdades, se comprueba que en los países nórdicos pudo instaurarse una relativa igualdad sin recurrir a acciones tan violentas y traumáticas.

Cuando se trata de pandemias y de guerras, no disponemos de datos ni de cifras suficientes para formular una opinión definitiva y general. Pero, como el punto de partida de este libro es el advenimiento de la idea de igualdad, que coincidiría con el inicio de la movilidad social en el siglo XVI, podemos destacar la parte que cumplió la «peste negra» en el momento de esa bisagra histórica mayor.

La peste negra se declaró en Asia antes de llegar a Europa por el Mediterráneo a mediados del siglo XIV. Duró cinco años. Las estimaciones del número de muertos varían entre setenta y cinco y doscientos millones. En Europa y en otras regiones del mundo, cerca de un tercio de la población perdió la vida. Por lo que sabemos, esa pandemia, más allá del gran sufrimiento y el deterioro del nivel de vida que causó, no influyó en modo alguno en el desarrollo de las poblaciones fuera de Europa, mientras que en gran parte del viejo continente su impacto fue muy diferente y más complejo.

La disminución de la mano de obra tuvo como consecuencia la imposibilidad de cultivar los campos en todo el mundo. En Europa, esta situación amplificó un proceso que ya estaba en marcha. El costo del trabajo, en alza antes de que se declarara la epidemia, dio un salto suplementario; los siervos y los aldeanos tomaron conciencia de ello y reaccionaron abandonando, a menudo por primera vez, su lugar de nacimiento para marcharse a regiones donde el trabajo era mejor remunerado y algunos de ellos llegaron a las ciudades donde la peste había diezmado a los habitantes. La movilidad social, ya iniciada antes de la epidemia, como resultado de los progresos en la producción agrícola, experimentó una nueva aceleración y contribuyó así a un giro histórico sin precedente que pondrá a Europa en la vía de la formación del capitalismo, previo a la Revolución industrial.

La mayor parte de los investigadores admiten la hipótesis del papel que desempeñó la peste en la desagregación de la servidumbre y en el advenimiento de la economía de mercado. Con todo, esta última no surgió de la nada. No son las pandemias, las guerras ni las revoluciones las que crean verdaderamente los mundos nuevos, pero parecería que, en determinadas circunstancias, tienen la capacidad de hacer progresar o de acelerar procesos o, por el contrario, de atrasarlos y hasta de bloquearlos.

¿Qué tendencias contemporáneas estaría en condiciones de acelerar o existe el peligro de que acelere el SARS-CoV-2? ¿Cuál puede ser el futuro del «mito» de la igualdad que las fuerzas declinantes de la izquierda llevan supuestamente sobre sus espaldas desfallecientes?

La igualdad en la era de la globalización

Según Thomas Piketty y otros economistas de renombre, las desigualdades económicas en las sociedades occidentales se habían reducido entre los años 1930 y 1980. Pero, desde entonces, la brecha ha vuelto a ampliarse y hemos regresado a los niveles de desigualdad que

caracterizaban la economía mundial en vísperas de la Primera Guerra Mundial. El hecho de que los ingresos del capital superen constantemente el ritmo de crecimiento de la economía constituye el rasgo principal de esta dinámica. Dicho de otro modo, los detentores de los capitales se enriquecen más rápidamente que las personas cuyos ingresos provienen del trabajo. A esto se agrega el hecho de que la gran prosperidad, transmitida por herencia, se concentra, de una generación a la otra, entre un número reducido de propietarios, lo que aumenta la desigualdad entre las clases.

Estos procesos no son el resultando de ningún orden económico «natural»; provienen esencialmente de relaciones de fuerzas políticas, es decir, de la ausencia de una «mano invisible» gubernamental que decida una política impositiva más progresiva sobre los ingresos, sobre la renta, sobre las sucesiones y sobre la propiedad en general y que, en paralelo, dedique una parte más importante de la riqueza producida a políticas de inversiones y a ayudas públicas. La decadencia de las fuerzas organizadas que representan a los trabajadores, el debilitamiento de los partidos de izquierda cuya base eran precisamente esas fuerzas, la transformación de algunos de esos partidos en movimientos más inclinados a hacer de portavoces de las clases medias y superiores son todos fenómenos que, a fines del siglo XX, desembocaron en una hegemonía ideológica y política del mercado libre que ha dado casi enteramente la espalda a la cuestión social.

Este análisis de la desigualdad socioeconómica contemporánea no pretende ser exhaustivo. El economista serbio Branko Milanovic insiste en señalar un aspecto: las diferencias de ingreso entre la élite económica, las clases medias inferiores y los asalariados pobres indiscutiblemente han crecido durante las últimas décadas del siglo XX y las primeras del XXI; pero al mismo tiempo, la aceleración de la globalización y las inversiones masivas de capitales locales y multinacionales en los países en vías de desarrollo han tenido el efecto de reducir las desigualdades entre las clases trabajadoras occidentales y esas mismas clases de otros países, principalmente asiáticos. Ciertamente, la brecha entre la clase dominante y las clases inferiores se ha profundizado, pero durante los últimos cuarenta años, los ingresos de millones de chinos, de vietnamitas, de tailandeses, de indios o de indonesios han experimentado un aumento sustancial. La espantosa miseria que reinaba casi en todas partes durante toda la historia de la humanidad ha comenzado a reducirse, moderada pero significativamente, aun cuando una de cada nueve personas en el mundo sufra aún hambre o carencias alimentarias.

En Asia, la industrialización prosperó con fábricas contaminantes. No todos los talleres insalubres que la vieron nacer han desaparecido en la actualidad, pero en numerosos sectores de la producción, principalmente en China y en Vietnam, los salarios de los obreros se han duplicado y hasta triplicado. Gradualmente, las diferencias de ingresos entre los trabajadores latinoamericanos y europeos del Este y los de Europa occidental y Estados Unidos han ido disminuyendo, permitiendo así el surgimiento de nuevas clases medias en aquellas regiones.

En consecuencia, las relaciones entre los centros y las periferias de la globalización económica han experimentado mutaciones esenciales. Estos procesos, que enriquecieron enormemente a una minoría de grandes poseedores de capitales, han profundizado cada vez más las desigualdades de ingresos entre las clases en el seno de los países ricos. Independientemente de cuáles sean sus caprichos y su codicia, las clases superiores no se contentan con «consumir» personalmente la mayor parte de sus ganancias sino que las

vuelven a volcar en el circuito económico en una búsqueda permanente de campos de inversión más lucrativos. Por lo tanto, podemos decir que, sin habérselo propuesto, la globalización habrá contribuido a reducir las desigualdades entre la mayoría de las personas que viven y trabajan en buena parte del planeta.

En suma, que la globalización económica está concretando en estas primeras décadas del siglo XXI lo que no logró el colonialismo en el siglo XIX (contrariamente a lo que suponía Marx) y que tampoco consiguieron realizar las revoluciones de liberación nacional del siglo XX (contrariamente a lo que habían imaginado los marxistas-leninistas). De todos modos, conviene precisar que los cambios de nivel de vida se han producido sobre todo en regiones dotadas de aparatos del Estado capaces de ordenar y de controlar el ritmo de regulación de las inversiones extranjeras. En los lugares donde se ha mantenido la relación de fuerzas colonial anterior, bajo máscaras de «regímenes independientes», la economía ha permanecido atrasada y sometida a la explotación, particularmente en África, ciertas zonas del Oriente Medio o en territorios antiguamente colonizados al sur de la Federación de Rusia.

El virus y la desigualdad

Es poco probable que la pandemia actual haga desviar estas grandes orientaciones económicas. Por ejemplo, la grave crisis financiera que sacudió el mundo en 2008 y acentuó las desigualdades en los países occidentales no frenó fundamentalmente la progresión relativa de la igualdad socioeconómica entre las naciones y hasta es posible que la haya reactivado.

Lo mismo puede decirse de la convulsión de la economía inducida por la COVID-19. La desaceleración de la actividad en importantes sectores del comercio y de la producción no ha hecho aparecer, por el momento, tendencias que contraríen los procesos mundiales anteriores. En Estados Unidos, antes de la pandemia, dirigentes de empresas en dificultades, desempleados desesperados y populistas de derecha y de izquierda habían manifestado su disconformidad con el auge del libre mercado mundial y expresado el deseo de un retorno al proteccionismo, lo que tuvo el efecto de llevar a Donald Trump al poder. No obstante, es dudoso que estos gritos de alerta consigan bloquear los procesos de la globalización, como lo muestran los tratados comerciales que continúan ratificándose.

Evidentemente, una gran guerra podría frenar el ascenso de la potencia del mercado mundial pero, por ahora, las armas atómicas impiden reeditar los actos de locura nacionalistas e imperialistas característicos del siglo XX.

Después de la Ilustración del siglo XVIII que dio nacimiento al individualismo y el universalismo racional –herederos en parte del cristianismo–, después del socialismo del siglo XIX, que quiso fortalecer esa tendencia agregándole el internacionalismo igualitario como contrapeso del nacionalismo chauvinista entonces constitutivo de los pueblos nacientes, después del siglo XX, zarandeado y desgarrado entre las orientaciones contradictorias de los ideales humanistas de la Ilustración y los intereses materiales rígidos y egoístas, el siglo XXI en sus comienzos muestra que la mayoría de la humanidad da signos de fatiga frente a los legados de la justicia social y de los derechos humanos.

La solidaridad humana de base y la fraternidad que la acompañaba conferían a la cultura

democrática liberal moderna un aura de conciencia moral. Si bien esas virtudes no se han desintegrado por completo, es evidente que atraviesan hoy una crisis epistemológica y ética compleja.

Ante todo, la confrontación con la reciente pandemia ha puesto de manifiesto, más que nunca antes, las profundas desigualdades que afectan a todas las sociedades humanas. El marasmo económico no solo ha empeorado la pobreza y la inanición sino que además ha agravado las condiciones de existencia de las clases populares: la segregación socioespacial y las condiciones sanitarias han influido en el ritmo de las contaminaciones y, en consecuencia, en el nivel de mortalidad. La ausencia de cobertura médica pública en numerosos países –entre ellos el más rico de todos, Estados Unidos– ha condenado a muerte o a sufrimientos prolongados a muchas personas enfermas. En 1966, Martin Luther King había declarado: «De todas las formas de desigualdad, la injusticia en el acceso a los servicios de salud es la más chocante y la más inhumana». Frente a la crisis sanitaria que padece actualmente el mundo, estas palabras hoy parecen más actuales que nunca.

La pandemia es desigualitaria no solo en la manera en que afecta diferencialmente a ricos y pobres, blancos y negros, los que han podido seguir trabajando o estudiando a domicilio y los que han perdido su empleo y a veces su vivienda: también ha marcado los contornos de la desigualdad estructural entre centros urbanos bien dotados y suburbios desfavorecidos, entre jóvenes y viejos, entre ciudadanos autóctonos y trabajadores extranjeros y refugiados que viven en las márgenes de las ciudades. En estos tiempos de crisis, los países pobres no han recibido toda la ayuda necesaria en equipamiento ni en medicamentos y se han hallado sin protección («afortunadamente» sus poblaciones son jóvenes pero, por desgracia, los mayores no han sobrevivido). Se suponía que la globalización había creado una «aldea global» donde reinarían la amistad y la armonía, pero la pandemia, por el momento, no ha unido a la humanidad alrededor de fines compartidos.

Además, la pandemia ha acrecentado la incertidumbre del mañana. La visión de porvenir que fue el estimulante mental de la política moderna, particularmente de la izquierda, había sufrido ya un golpe terrible a fines del siglo XX. La idea de que vivimos en un planeta lleno de peligros, que se consume y donde los recursos se están agotando está en el origen indirecto del cambio de paradigma de las ideologías hegemónicas.

Una rebelión hueca

¡No nos equivoquemos! La fractura ideológica –y tal vez mental– que sufre la izquierda desde fines del siglo XX, no ha desacelerado en absoluto las olas de protestas populares. Desde el comienzo del nuevo siglo, asistimos a una agitación creciente en las diversas regiones del mundo. Un profundo descontento ante los resultados de la economía de mercado ha suscitado reacciones numerosas y variadas. En 2008, una ola de manifestaciones y de agitación inundó Grecia. En 2011, cerca de un millón de manifestantes se reunieron en las plazas de Madrid y otras ciudades españolas. Los «Indignados» denunciaban a la clase política institucional y las manipulaciones del mundo de la banca. Unos meses más tarde, el movimiento Occupy Wall Street, iniciado en Nueva York, ganaba muchos otros estados

norteamericanos en 2012. Esta revuelta espontánea señalaba muy eficazmente la connivencia entre los políticos y el mundo de las finanzas.

La rebelión social no afectó únicamente el mundo occidental: a fines de 2010, la Primavera Árabe sacudió el Magreb y el Oriente Medio. La chispa de la protesta se encendió en Túnez y se extendió rápidamente a Egipto, Yemen, Libia, Argelia, Siria, Jordania e Iraq y luego a otros estados. La pobreza, el desempleo masivo y sobre todo la corrupción de los regímenes del «socialismo árabe», como de todos los gobiernos conservadores, fueron los detonantes de esta fuerte efervescencia. La dinámica espontánea que estuvo en el origen de estas movilizaciones se apagó pronto, los poderes procedieron a realizar algunos reemplazos de dirigentes, sin que ello implicara modificar los aparatos ni los sistemas de gobierno y todo se resolvió en la profunda decepción de la mayor parte de los manifestantes.

En noviembre de 2018, el movimiento de los Gilets jaunes (los Chalecos amarillos), iniciado para protestar por el aumento del impuesto a los combustibles, inflamó Francia. Rápidamente, la cólera se enfocó también en el costo de vida y las desigualdades sociales. La mayoría de los manifestantes pertenecían a las zonas rurales y periurbanas y, en general, a las clases medias inferiores precarizadas, los trabajadores manuales mal remunerados y los jóvenes parados y privados de un futuro. Esta protesta popular hizo converger hacia los cruces de carreteras y los centros de las ciudades a centenares de miles de personas que recibieron el apoyo de millones. En octubre de 2019, el alza de las tarifas de los transportes públicos decidida por el gobierno chileno de derecha hizo salir a las calles a un millón de manifestantes; no se había visto una movilización de tal amplitud en un país de América Latina desde la caída de Salvador Allende.

En muchos otros países estallaron revueltas: en Israel, en Irán, en el Líbano, en Argentina. Casi todas terminaron sin que se produjera ningún cambio político significativo y sin dejar huella. Evidentemente, las protestas sociales rara vez son las plataformas de un programa político y, con la mayor frecuencia, no se sustentan en una visión del mundo articulada y homogénea. En estos comienzos del tercer milenio, las multitudes encolerizadas no son portadoras de exigencias bien discernibles que puedan dar lugar a la creación de movimientos organizados con dirigentes elegidos. La mayoría de los manifestantes se han negado explícitamente a identificarse con la derecha o con la izquierda y se han mostrado más bien en posiciones defensivas, sin estrategia ni perspectiva de cambio político y social real. Nunca hubo la intención de convocar a una «mundialización» de la oposición ni de crear un movimiento internacional de solidaridad.

A primera vista, los levantamientos de estas primeras décadas del siglo XXI presentan ciertos signos que recuerdan las revueltas campesinas de otros tiempos que pasaron a la historia con el nombre de *«jacqueries»* (rebeliones rústicas). Esos amotinamientos rurales, anteriores al nacimiento de la política moderna (con la revolución inglesa del siglo XVII), casi nunca consiguieron hacer cambiar los sistemas de poder dominantes de la era precapitalista.

Las rebeliones campesinas que estallaron a partir del siglo XIV en Inglaterra, en Francia, en Alsacia y en los principados germánicos, en ocasiones adquirieron un aspecto enérgico y violento, suficiente para atemorizar a las clases dominantes. Se trataba de rebeliones espontáneas contra la explotación y la opresión, pero no a favor de la igualdad[1]. En su mayor parte fueron reflejos de defensa desesperados contra la pesadez de la carga impositiva, las injusticias y la trasgresión de costumbres populares, pero no se trataba de luchas

reivindicativas a favor de una política de naturaleza revolucionaria. Esas rebeliones «primitivas» no estaban impulsadas por un imaginario que apuntara al futuro y no hicieron emerger mitos movilizadores en el largo plazo.

La historia, por supuesto, no se repite; siempre inventa fenómenos desconocidos e inesperados. Por lo tanto, solo nos queda examinar el presente con las gafas del pasado, conscientes de que quien quiera predecir el futuro haciendo alguna analogía corre el riesgo de caer en una trampa. Las «revueltas rústicas» posmodernas actuales no se parecen en nada a las *jacqueries* premodernas. La multitud de los manifestantes que protestan en los diferentes países no se compone de trabajadores de la tierra analfabetos; todos han terminado la escuela elemental y una gran mayoría de ellos dominan perfectamente la lectura y la escritura; algunos hasta toman parte activa en niveles complejos de la producción moderna.

Sin embargo, la desconfianza que les genera todo proyecto político, la negativa a actuar dentro del marco de los partidos existentes o a participar en la creación de nuevos movimientos, constituyen un signo de los tiempos. Además, las reticencias a identificarse con cualquier familia de la izquierda –socialdemócrata, comunista o libertaria– no son solamente el resultado de las duras derrotas sufridas por esas corrientes. No ha sido la burocracia opresiva del estalinismo ni los crímenes del maoísmo ni la complacencia con el colonialismo de la socialdemocracia lo que indujo el descrédito actual de la izquierda en el mundo, aun cuando todos esos elementos hayan contribuido a su debilitamiento y a la desvalorización del término mismo «socialismo». La desilusión nunca dejó de acompañarlo desde sus orígenes, pero eso no le impidió renacer en varias oportunidades ni lograr mantener cierto grado de conflictividad social mientras mejoraba la situación de millones de personas en todo el mundo.

De todos modos, parece que en este caso nos encontramos ante una ruptura de un género nuevo. El descrédito de la izquierda no se limita a su «realismo» político. La decepción no se explica únicamente como consecuencia de las promesas no cumplidas ni del fracaso de sus políticas. El hecho de que muchos le den la espalda da testimonio de la regresión del imaginario de la igualdad y de las reticencias que suscita. Allí se sitúa el motor mental de la mutación que afecta el mundo moderno. La «mística» de la izquierda –para retomar la terminología de George Orwell– se parecía, en algunos aspectos, a una creencia religiosa, una fe con miras al futuro y no a algún pasado mitológico. Ahora bien, al finalizar el siglo XX, esa «mística» perdió parte de su fuerza y de su visión movilizadora.

Este fenómeno se inscribe en coyunturas que este ensayo ha procurado rememorar, tales como las mutaciones registradas en las estructuras de clases y la naturaleza de los conflictos que se dan en el seno de las economías desarrolladas *(Adieux au prolétariat).* A esto se agrega la dependencia cognitiva de la imagen, que satura el campo de visión del público desde la segunda mitad del siglo XX, sin que se haya instaurado un verdadero dispositivo crítico para analizarla, mientras que los sistemas educativos se apoyaron durante décadas en la palabra escrita. ¡Y qué decir del papel creciente que cumplen las redes sociales, donde «la verdad» no solo se manipula y se determina en función de un público preciso sino que además es reemplazada aún antes que uno haya tenido tiempo de interrogarse sobre su veracidad!

A tientas en la oscuridad

Hasta el día de hoy no disponemos de datos suficientes para descifrar los procesos mentales y políticos en curso. Sin embargo, la crisis asociada a la pandemia ha puesto de relieve la aceleración de los fenómenos que la habían precedido. Por ejemplo, las expresiones de cólera social, durante la epidemia, han hecho visible la dimensión apolítica y a veces irracional del comportamiento de las masas. Las manifestaciones contra las restricciones y los confinamientos, decretados por los gobiernos tanto de derecha como de izquierda a fin de frenar la expansión de la enfermedad, reflejan una cólera populista y una frustración ciega que aspira a limitar el papel del Estado en relación con la sociedad civil sin proponer ninguna solución de reemplazo, por mínima que sea. La sensibilidad actual está sumergida como nunca antes en los vapores paranoicos del complot y la conspiranoia, y del repliegue chauvinista, en nombre de una soberanía nacional supuestamente capaz de resolver todos los problemas.

Los gobiernos han otorgado ayudas financieras con el objeto de calmar la cólera de los pueblos y permitir el retorno a los negocios, pero gran parte de esas sumas han aterrizado en los bolsillos de los patrones. De modo que esta acción no se parece en nada al inicio de un nuevo Estado de bienestar y tampoco se vislumbra ningún signo de intervención pública que apunte a refrenar la libre circulación de los capitales ni a reducir la influencia dominante del poder financiero en la economía. La aplicación de una política económica más igualitaria necesita que las fuerzas sociales se organicen y creen nuevas relaciones de fuerzas.

¿Asistimos a la gestación de movimientos o corrientes capaces de abrir el camino a un nuevo New Deal? Intelectuales de izquierda vuelven a poner en la agenda una serie de opciones «socialdemócratas» y «keynesianas». Otros elaboran audaces teorías y reivindicaciones ecológicas, mientras que algunos desean impulsar un debate de fondo sobre las perspectivas «postcapitalistas». De todos modos, nadie parece estar en posición de determinar qué actores sociales podrían ser los sujetos de un vuelco político hacia una sociedad igualitaria y justa.

Frente al ascenso del desempleo, se han presentado algunas ideas originales como la disminución y mejor distribución del tiempo de trabajo. Así como, en los comienzos del siglo XX, se obtuvo la jornada laboral de ocho horas, considerada hoy la norma, teniendo en cuenta los niveles de productividad actuales, se impone una nueva reducción del tiempo de trabajo. Por otra parte, en respuesta a una situación en la que tantas personas de todas las edades están privadas de un empleo, los economistas progresistas han propuesto instaurar un ingreso de base universal o un salario vital. El acceso a la vivienda social, la gratuidad de los estudios superiores y, por supuesto, el seguro universal de enfermedad constituyen otros tantos objetivos mayores de los hombres y mujeres que aspiran a una sociedad más justa.

Para hacer realidad estos objetivos y muchos otros, hace falta constituir un bloque histórico que incluya las clases sociales cuyos intereses necesitan reformas radicales. Los estratos asalariados urbanos en posición de fuerza, empleados en el sector privado de alta tecnología o en los servicios públicos (administración, educación, salud, cultura, etcétera) deben concebir un futuro más inclinado a establecer una alianza con categorías diferentes situadas en la parte baja de la escala social. Por el momento, no es sorprendente que estas últimas manifiesten una abierta hostilidad contra los «asalariados privilegiados y protegidos», hostilidad que se expresa por medio del antiliberalismo y el chauvinismo. Solo cuando los asalariados «de arriba» se den cuenta de que su porvenir depende de los asalariados «de abajo», sobre todo de los más jóvenes y cuando estos últimos se cansen del culto inútil a los ídolos populistas,

podrán emerger estrategias que lleven a una política diferente, reformista o revolucionaria. Por desdicha, todavía no es ese el caso.

Y a todo esto, ¿qué pasa con la izquierda extenuada? Se dice que Galileo, quebrado por la Inquisición, después de haber confesado que estaba equivocado en sus reflexiones sobre el recorrido del planeta alrededor del sol, al salir del tribunal no pudo evitar exclamar: «E pur si muove!» («Y sin embargo, ¡se mueve!»). Invito a pesimistas de la inteligencia y a optimistas de la voluntad a adoptar esta afirmación, aun cuando no es tan seguro que haya sido efectivamente pronunciada.

---

[1] Con excepción de algunas corrientes anabaptistas en los territorios germánicos, sobre todo las de Thomas Müntzer.

Agradecimientos

Agradezco de todo corazón a los amigos cercanos y no tan cercanos que, de una manera u otra, me han ayudado a completar este libro: Yehonatan Alsheh, Richard Desserme, Israël Gershoni, Noa Greenberg, Julien Lacassagne, Gerardo Leibner y Varda Sand, mi esposa.

Agradezco muy particularmente a mi amigo Michel Bilis, quien tradujo este libro del hebreo al francés, así como a todo el equipo de Éditions La Découverte y, especialmente a Rémy Toulouse, quien ha realizado un gran trabajo para hacerlo accesible y legible.

PINCHE AQUÍ

AKAL

Cuestiones de antagonismo